

# Federico Andahazi

El libro de  
los placeres  
prohibidos



Lectulandia

En el Monasterio de las Adoratrices de la Sagrada Canasta, un extravagante y lujurioso burdel a las orillas del Rin, el habitual regocijo ha dejado lugar a un silencio compacto. Zelda, una de las más antiguas y requeridas de las místicas consagradas a la práctica de «los placeres prohibidos», ha sido desollada viva y el terror se ha apoderado de todas sus compañeras. Será uno en una serie de cruentos y misteriosos asesinatos.

¿Cuál es la relación de Johannes Gutenberg con estos crímenes? Recluido en una lóbrega abadía en las afueras de Estrasburgo, Gutenberg experimenta con una máquina y una técnica para reproducir libros. Cuando por fin consigue imprimir los primeros ejemplares, lejos de encontrarse con la gloria, es arrestado por comerciar libros apócrifos y acusado de ser el falsificador y estafador más audaz que recuerde el Sacro Imperio Romano Germánico.

**Lectulandia**

Federico Andahazi

# **El libro de los placeres prohibidos**

ePub r1.1

Titivillus 16.07.15

Federico Andahazi, 2012

Imagen de cubierta: *El suicidio de Lucrecia*, Lucas Cranach el Viejo, 1538

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# PRIMERA PARTE

# 1

Las seis torres de la basílica de St. Martin clavaban sus afiladas agujas en la niebla nocturna, desaparecían en la bruma y volvían a surgir por encima del techo incorpóreo que cubría la ciudad de Mainz. Románico uno, bizantino el otro, ambos triconques de la catedral bicéfala se imponían sobre las demás cúpulas de la ciudad. Más allá, las aguas del Rhin dejaban ver las ruinas del viejo puente de Trajano que, semejante a la osamenta de un monstruo encallado, yacía entre las dos márgenes del río. Los techos de pizarra negruzca del castillo y los cincuenta arcos del antiguo acueducto romano coronaban el orgulloso casco de la colina de la *Zitadelle*.

A pocas calles de la basílica se erigía el pequeño Monasterio de las Adoratrices de la Sagrada Canasta. En rigor, aquel angosto edificio de tres plantas que se alzaba en Korbstrasse, cerca del Marktplatz, no era precisamente un beaterio. Muy pocos sabían que detrás de la sobria fachada se ocultaba el lupanar más extravagante y lujurioso del Imperio, lo cual, por cierto, era mucho decir. El burdel recibía su curioso apelativo como resultado de la conjunción del nombre de la calle en la que estaba situado<sup>[1]</sup> y de la devota dedicación con que las putas de la casa se encargaban de dar placer a los privilegiados clientes.

Durante el día, en aquella callejuela empedrada se abrían de par en par las persianas de las tiendas de los fabricantes de canastas, cuyos principales clientes eran los puesteros de la plaza del mercado. Pero cuando caía la noche y los cesteros cerraban sus puertas, la calle volvía a animarse con el jolgorio de las tabernas y las canciones vulgares de las prostitutas que, asomadas a las ventanas, mostraban sus escotes generosos a los viandantes. Sin embargo, a diferencia de los burdeles ordinarios, pintados de colores vivos y atestados de mujeres desdentadas, hediondas y bulliciosas, el monasterio pasaba virtualmente inadvertido. Las meretrices de la casa eran dueñas de un sensual recato, de una voluptuosa religiosidad que despertaban tentaciones semejantes a las que suscitaban las jóvenes vírgenes que habitaban los conventos. ¿Cuántos hombres albergaban el secreto deseo de participar de una orgía con las monjas de una hermandad? Acaso el cumplimiento de aquellos lúbricos anhelos era el secreto del éxito de la singular casa de putas.

Sin embargo, desde que una serie de hechos macabros irrumpieron en el Monasterio de la Sagrada Canasta, el habitual clima festivo había dejado lugar a un silencio compacto, hecho con la argamasa del terror. Cuando se ponía el sol, una espera angustiosa se adueñaba de las mujeres, como si una nueva tragedia fuera a precipitarse. Aquella noche de 1455 el miedo era tan denso como la niebla que se cernía sobre la ciudad. Los burdeles vecinos y las tabernas ya habían cerrado sus puertas. La bruma era un ave de mal agüero que sobrevolaba los tejados. En el monasterio quedaba apenas un puñado de clientes. Las mujeres rogaban a Dios no resultar elegidas por los visitantes. Lo único que anhelaban era encerrarse en sus

alcobas, entregarse al sueño y que desde las ventanas asomara un nuevo amanecer.

Zelda, una de las putas más requeridas del burdel, tenía la suficiente antigüedad para elegir a sus clientes y decidir cuándo y cómo brindar sus oficios. De modo que, haciendo uso de sus bien ganadas prerrogativas, dio la noche por concluida, echó cerrojo a la puerta de su claustro y cambió las cobijas de su cama. Antes de prepararse para dormir, se asomó por la ventana: la calle estaba vacía y apenas si podían verse los edificios de la vereda opuesta a causa de la niebla. Cerró las celosías y colocó el grueso pasador que trababa ambas hojas de la ventana. Sentada en el borde de la cama, se quitó la ropa como si quisiera desembarazarse no solo del corsé que le apretaba el vientre y las costillas, sino de todo vestigio de la jornada que acababa de terminar. Humedeció un paño de algodón en una jofaina con agua de rosas y luego frotó su cuerpo con movimientos lentos y repetitivos. Como si se tratara de un íntimo ritual religioso, de una suerte de unción autoimpuesta, Zelda pasaba el lienzo empapado sobre su piel con la solemnidad de una sacerdotisa. A pesar de que ya no era joven, la mujer tenía el cuerpo escultórico de las cariátides griegas: las piernas torneadas, las caderas generosas y los pezones desafiantes. A medida que frotaba el paño, Zelda se despojaba de las huellas que había dejado el paso del día y removía los restos de las efusiones ajenas. Parecía querer quitar de su piel no solo las marcas de la dura jornada, sino también las otras, las que no pueden borrarse con agua de rosas, las indelebles, las que se hacen carne más allá de la carne.

Aquella íntima ablución le devolvía algo de la calma que había perdido desde que cayó la noche con su velo de bruma oscura. Enjuagó el paño y creyó escuchar un breve crepitar en algún lugar de la alcoba. Giró la cabeza sobre sus hombros hacia uno y otro lado, pero no vio nada fuera de lugar. Tal vez —se tranquilizó— fue el sutil eco del ruido del agua contra la porcelana. Volvió a sumergir la tela y entonces vio en la superficie curva de la jofaina el reflejo de una figura que asomaba desde el cortinado. Quedó inmóvil. No se atrevió a mirar hacia atrás. Había alguien dentro del cuarto. Solo entonces Zelda comprendió que ella misma había tendido su propia trampa. Estaba encerrada. No tenía tiempo ni distancia suficiente para quitar el cerrojo de la puerta o el pasador de la ventana; el extraño la tenía al alcance de su mano. A medida que pensaba en la manera de huir del claustro, veía en el reflejo de la porcelana cómo aquella figura surgía detrás de las cortinas con el brazo en alto. Lo sabía. Muy a su pesar, lo esperaba. Era la elegida. Como si estuviese hecha de la misma sustancia oscura, fría y silente de la niebla, aquella silueta la había estado observando todo el tiempo. Zelda dejó caer el paño dentro del recipiente e intentó incorporarse. Ya era tarde. Sintió que la tomaba por detrás, rodeándola con un brazo, a la vez que, con la otra mano, le tapaba la boca para que no pudiese gritar. La mujer, mientras intentaba liberarse, veía por el rabillo del ojo la casulla negra que ocultaba la cabeza de su atacante quien, con la mano en alto, empuñaba un escalpelo brillante y aterrador. En un solo movimiento rápido y preciso, el agresor introdujo dentro de la boca de Zelda el paño con el que, hasta hacía un rato, se aseaba delicadamente. Con

sus dedos largos y ágiles, el intruso empujó el trapo hacia la garganta hasta obturarle la tráquea. La mujer se revolvía intentando tomar aire, pero el algodón mojado era un escollo infranqueable. La figura encapuchada ahora se limitaba a sujetar los brazos de Zelda para impedir que se quitara la tela con las manos y asegurarse así de que no pudiera respirar ni emitir sonido alguno. Solo era cuestión de esperar a que llegara la asfixia. El cuerpo de la mujer se conmovió por sí solo para expulsar el trapo con una náusea involuntaria. La cena frugal ascendió desde el estómago hacia la garganta y al toparse con el paño volvió como un reflujo incontrolable e inundó los pulmones. La rosada piel de Zelda se había convertido en una superficie violácea a causa de la falta de aire. La mujer conservaba el gesto de horror: los ojos pugnaban por salirse de las órbitas, la boca abierta en una expresión de pánico y desesperación constituían un cuadro macabro. El extraño, cubierto de pies a cabeza por una túnica negra, observaba la piel de su víctima con ojos extasiados, mientras jadeaba, alucinado, hasta el paroxismo. Zelda aún conservaba un rescoldo de vida aunque ya no podía moverse. Entonces, el atacante se apuró a proceder antes de que alguien pudiera llamar a la puerta. Con el cuerpo todavía tibio y palpitante, sintió cómo el encapuchado hundía el escalpelo en la base del cuello y hacía una incisión vertical hasta el pubis. El propósito no era matarla de inmediato, sino, antes, desollarla. Zelda, *in pectore*, imploraba a Dios que se la llevara con Él cuanto antes. El atacante mostraba una destreza asombrosa. Tomaba el escalpelo como quien toma una pluma. Trabajaba con una habilidad propia de los oficios más delicados. No procedía como lo haría un carnicero. Practicada la primera incisión, comenzó luego a separar la piel de la carne con cortes sutiles, a la vez que desprendía el pellejo sin lastimarlo. Fue un trabajo rápido y preciso; retiró la piel entera, en una sola pieza, como si se tratara de un abrigo. Zelda murió en el exacto momento en que el agresor concluyó su macabra tarea, sin ahorrarle ningún sufrimiento. Aquella figura semejante a la niebla extendió la pieza de cuero humano y la abrazó como quien se reencontrara con la persona amada. Era una escena patética: el asesino, cubierto de pies a cabeza de manera tal que no dejaba ver un ápice de su cuerpo, se aferraba a ese colgajo, que presentaba la forma de una mujer deshabitada, como si quisiera meterse dentro de aquel pellejo. Así permaneció largo rato, hasta que, finalmente, enrolló la piel, la guardó en una talega, abrió la puerta del claustro, se aseguró de que no hubiese nadie cerca, corrió escaleras abajo y, como un fantasma, desapareció del mismo misterioso modo en que había aparecido.

## 2

La madrugada había disipado la bruma de la noche anterior. El sol del amanecer ingresaba por los vitrales de la catedral, en cuyo interior daba comienzo la primera audiencia del juicio contra los tres falsificadores más grandes que recordara el Sacro Imperio Romano Germánico. Los hombres habían sido arrestados mientras intentaban comerciar libros falsos que fabricaban, con gran talento para las malas artes, en las lóbregas ruinas de la abadía de San Arbogasto, en las afueras de Estrasburgo.

Cuando el canónigo a cargo del tribunal dio la orden, uno a uno, los reos fueron obligados a sentarse en la silla curial, cuya tabla presentaba un hueco en el centro. El primero, un hombre alto, delgado y de barba generosa llamado Johann Fust, levantó la falda de su toga de fina seda y se sentó de modo tal que sus genitales desnudos quedaron colgando dentro del orificio. Otro religioso se hincó a sus pies, cerró los ojos, estiró el brazo y llevó la mano a la parte inferior del asiento. Con todos sus sentidos concentrados en el tacto, sopesó las partes del acusado. Luego de comprobar la contundencia toruna de los testículos que reposaban en la concavidad de su diestra, el cura giró la cabeza hacia los jueces y dictaminó a viva voz:

—*Duos habet et bene pendentes*<sup>[2]</sup>.

Sin embargo, la inspección no terminó allí. El prelado, dispuesto para ese único fin, cambió ligeramente la mano de lugar y recorrió con los dedos las vergüenzas del reo como si todavía albergara alguna duda. Apretó los párpados, frunció el ceño y luego, con gesto experto, concluyó:

—*Haud preaputium, iudaeus est*<sup>[3]</sup>.

Desde que Juana de Ingelheim, nacida también en Mainz, se hiciera pasar por varón hasta llegar a ocupar el Papado con el nombre de Benedicto III, se mantenía en toda la Rheinland-Pfalz la inspección curial antes de dar inicio a cada sumario. Resultaba imprescindible que el tribunal tuviera la certeza del género de los acusados para no repetir el error.

No sin disimular la humillación, el primer acusado se incorporó y, acomodándose la ropa, dejó su lugar al segundo, un hombre enjuto, pálido y de aspecto enfermizo, de nombre Petrus Schöffler. Con igual técnica, el clérigo se acuclilló, tanteó debajo de la tabla y, esta vez sin dudarle, resumió en una sola frase:

—*Duos habet et iudaeus est.*

No resultaba un hecho auspicioso para Fust y Schöffler la revelación de sus orígenes judíos ante un tribunal de la Santa Iglesia.

Por último, tomó asiento el tercero, un hombre de apariencia singular: los extremos del tupido bigote confluían en una barba rojiza y bifurcada que se precipitaba desde las comisuras de los labios hasta el pecho como torrentes de una cascada. El semblante altivo, la frente despejada y la mirada orgullosa; los ojos

oblicuos y un gorro de piel le conferían un aspecto inciertamente mongol. A diferencia de los anteriores, este último vestía un mandil de trabajo y tanto sus vestiduras como sus manos estaban manchadas de negro y rojo. El sacerdote volvió a prosternarse junto a la silla curial y, después de tocar, sentenció sin vacilar:

—*Duos habet et bene pendentes.*

El apellido del reo era Gensfleisch zur Laden, aunque era más conocido por el nombre de la casa en la que se había criado: Gutenberg, Johannes Gutenberg, el falsificador más audaz de todos los tiempos.

Comenzaba a clarear; sin embargo, las adoratrices del Monasterio de la Sagrada Canasta permanecían en vigilia como si la noche todavía no hubiese terminado. A diferencia de otras madrugadas, el amanecer no las encontraba en medio del acostumbrado clima de sagrado libertinaje; se imponía, en cambio, un silencio hecho de dolor y tristeza, de miedo y estupor. De duelo. Las velas de los candiles no ardían para celebrar los dionisiacos gozos de la vida, sino para acompañar la congoja ante los inesperados avatares de la muerte. Los habituales gemidos de placer provenientes de las recámaras se habían transformado aquella madrugada en sollozos y llantos ahogados.

Todas las mujeres de aquel peculiar prostíbulo habían pasado la noche velando los restos de Zelda. Su belleza madura, la piel tersa y perfecta que semejaba la lisura de la porcelana, eran un recuerdo difícil de conciliar con los despojos que yacían en el cajón. Su cuerpo había sido encontrado poco después del crimen, tendido de espaldas sobre su cama. Las demás mujeres descubrieron, horrorizadas aunque no sorprendidas, el cadáver cuidadosamente desollado. No presentaba contusiones visibles, ni huesos quebrados. El paño, que aún asomaba desde el fondo de su garganta, era la prueba de que había muerto por asfixia.

Zelda era la tercera meretriz exterminada durante los últimos meses. No cabía ninguna duda de que se trataba de la misma mano criminal que, con idéntica habilidad, primero asfixiaba a sus víctimas y luego, sin otro propósito aparente que el de darse un enfermizo placer, las desollaba. La primera muerte había provocado en las demás mujeres un sentimiento de espanto, congoja y vulnerabilidad. Fue un hecho inusitado, una sangrienta excepción a la festiva regla del burdel. La segunda no solo agregó estupor y sembró el enigma y el miedo, sino que quebró la regla. La tercera transformó el miedo en pánico y trastrocó la excepción en regla. Lo inesperado se convirtió en una atormentada espera de la próxima fatalidad: cualquiera podía ser la siguiente víctima; cualquiera podía ser el asesino. El temor impedía ver a las mujeres que los crímenes respondían, al menos, a una lógica: la sucesión de muertes guardaba relación con las edades de las víctimas: la primera era inmediatamente mayor que la segunda y la segunda que la tercera. Ninguna tenía una respuesta al porqué de los crímenes por la sencilla razón de que no podían formularse siquiera una pregunta. En cuanto a la identidad del asesino, nadie en el burdel conseguía establecer una conjetura. Los últimos clientes que solicitaron los servicios de las mujeres muertas, luego de ser atendidos, habían sido acompañados por ellas hasta la puerta y, tal como indicaba el protocolo de la casa, fueron gentilmente despedidos por alguna de ellas. De modo que el asesino tuvo que haber entrado en los aposentos de manera furtiva. El miedo no solo se había apoderado de las prostitutas, sino también de los clientes. A medida que las macabras noticias se propagaban por la ciudad, la clientela se iba reduciendo conforme se multiplicaban los asesinatos, hasta desaparecer casi por

completo; los hombres no solo temían por su vida, sino, cuanto menos, por su reputación: de pronto, todas las miradas estaban puestas sobre el burdel. Todas, salvo las de las autoridades, que no mostraban demasiado interés en los asesinatos; al contrario, se hubiera dicho que la desidia con la que actuaban hablaba de una tácita complacencia: la vida de un puñado de putas no merecía una investigación. Por otra parte, existía el riesgo de que una pesquisa dejara en evidencia la asidua visita al burdel de personajes demasiado poderosos. La concurrencia escaseaba; los salones y las habitaciones del otrora alegre Convento de la Sagrada Canasta ahora se veían vacíos y un frío desconocido se había adueñado del lugar. La soledad, lejos de ofrecer seguridad a las mujeres, no hacía más que confrontarlas con la silenciosa acechanza de la muerte. A pesar de la quietud y de todas las precauciones que habían tomado — las puertas y ventanas quedaban cerradas con postigos y pasadores— no hubo forma de evitar que el incógnito asesino, luego de los dos primeros crímenes, volviera a entrar como una sombra, matara a Zelda sin hacerse oír y huyera de la misma sigilosa manera. El terror no se limitaba a los muros del burdel; nadie que viviera en la ciudad de Mainz ignoraba la silente presencia del matador. Cuando caía la noche, las calles quedaban desiertas. Las tabernas y los demás prostíbulos cerraban sus puertas más temprano o, en algunos casos, ni siquiera las abrían. Si alguien escuchaba pasos a sus espaldas, apuraba la marcha escudriñando con el rabillo del ojo sin darse vuelta. Las sombras movedizas proyectadas por los faroles mortecinos de las esquinas creaban la fantasmagórica ilusión de la cercanía del asesino. El miedo se alimentaba con silencio y el silencio, con miedo. Nadie se atrevía a hablar de los crímenes por temor a ser alcanzado por las sospechas: cualquier hombre que expresara en público su preocupación podía ser tomado como cliente y cualquier cliente, como criminal. Las madres temían por sus hijas y las hijas por sus propias vidas. Cada noche era una nueva pesadilla.

Semejante a las reses que colgaban en los puestos del mercado, el cuerpo de Zelda presentaba el color rojo de los corderos faenados. Tan insoportable era la visión del cadáver que ninguna de sus compañeras se atrevió a mirar por última vez dentro del cajón.

Ninguna salvo Ulva, la mayor de las adoratrices. La decana de las putas de la congregación sabía combinar la amorosa dulzura de una madre con la mística autoridad de una superiora de convento y la mundana habilidad de la regenta de un burdel. En silencio, sin derramar una sola lágrima, Ulva se juró encontrar al asesino y vengar a sus protegidas. Los dos crímenes anteriores le habían dejado un dolor innombrable, pero este último había conseguido que la desolación se transformara en odio, en un odio que hasta entonces desconocía. Solo ella sabía qué le habían arrebatado junto con la vida de Zelda.

Muchos acontecimientos, en apariencia inconexos, en ocasiones están unidos por las cuerdas invisibles que tienden el azar y el destino. A nadie se le habría ocurrido vincular la muerte de las tres prostitutas con el juicio que tenía lugar en la catedral. De hecho, aquel proceso pasaba por completo inadvertido en medio del terror que se había apoderado de los habitantes de Mainz. Por otra parte, los acusados permanecían en un oscuro calabozo en el momento en que la última mujer fuera asesinada. Tal vez el fiscal habría podido establecer algún vínculo entre ambos hechos, suponiendo que lo hubiera. Sin embargo, lo impulsaba un interés puramente personal; el caso de los libros falsificados se había transformado para él en una obsesión rayana en la monomanía. De hecho, el acusador se mostraba mucho más preocupado por los manuscritos apócrifos que por los feroces asesinatos que aterrorizaban a la población. En rigor, la aparición de obras adulteradas no solo ponía en riesgo los principales dogmas de la fe y las verdades contenidas en los libros sagrados, sino la propia subsistencia del fiscal *ad hoc*.

Cuando los reos terminaron de acomodarse las vestiduras y se sobrepusieron al escarnio, fueron obligados a incorporarse frente al fiscal para que conocieran los cargos que les imputaba. Las ropas de Johannes Gutenberg estaban manchadas con tinta negra, prueba indeleble del delito. Sus manos, en cambio, mostraban manchas rojas en las líneas de las palmas, en los pliegues de las falanges de los dedos y debajo de las uñas. El acusador había advertido aquellos restos de suciedad y, en el momento de su detención, exigió al notario que tomara debida cuenta del hecho e impidió que el reo pudiera lavarse las manos antes de enfrentar a los jueces.

El querellante oficial ascendió al estrado y desde lo alto, en actitud teatral, señaló a los acusados con el índice extendido. Así, dirigiéndose al presidente del jurado, el fiscal inició su alegato:

—Yo, Sigfrido de Maguntia, humilde copista bajo la magnificencia de Su Majestad, nombrado fiscal merced a mis conocimientos sobre los secretos del oficio de copiar libros, acuso.

Dijo estas primeras palabras con el tono formal de quien pronuncia una fórmula. Pero la calma era solo un recurso, un breve prelude para suscitar la atención de los jueces. Una vez que todos los ojos se posaron sobre su figura y el silencio se tornó espeso, la voz del fiscal atronó:

—¡Acuso a los reos del crimen más cruel que se haya cometido desde la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo, de cuyos prodigios hemos sabido gracias a los libros sagrados que escribieran sus apóstoles y discípulos!

Si alguno de los magistrados pensó que aquella era la máxima potencia que podía alcanzar la voz humana, se equivocó. Como si la delgada anatomía de Sigfrido de Maguntia estuviese habitada por un ser inconmensurable, de su garganta surgió un rugido grave y áspero:

—¡Los acuso de haber cometido el asesinato más alevoso del que guarde memoria la humanidad! Y por cierto, os digo que la humanidad toda estará condenada al olvido de su pasado si el crimen perpetrado por los reos no encontrara un castigo ejemplar. No permitáis que la simiente maldita dé frutos y se propague. Señorías: mirad sus manos, cuyas rojas máculas delatan el más atroz de los crímenes. ¡Yo, Sigfrido de Maguntia, acuso a estos tres falsarios de haber cometido no uno, ni dos, ni tres asesinatos, sino de ser los artífices de la mayor matanza de la historia!

En ese punto, demostrando una agilidad que contrastaba con su figura decana, el fiscal descendió velozmente del estrado como si sus pies, ocultos por la sotana, no hubiesen tocado el suelo. Tal vez por obra de la etérea falda de su atuendo clerical, se hubiese dicho que el clérigo voló, rasante y vertical, hacia los acusados. Cuando estuvo frente a ellos, los miró con un gesto cargado de repulsión y acercando su mano a las vestiduras de los reos pero cuidando no tocarlas, prosiguió:

—Majestades: mirad sus ropas manchadas, ved los rastros de la masacre que han dejado a su paso. ¡Acuso a los reos de haber dado muerte infame a Herodoto de Halicarnaso y a su obra fundamental, *Historiae*! ¡Los acuso de asesinar a Tucídides y su narración de la guerra del Peloponeso! ¡Acuso a los reos de ultimar a Jenofonte y su *Anábasis*, su *Ciropedia* y sus *Helénicas*! ¡Los acuso de lapidar con mano cruel a todos los que supieron narrar la historia para ventura de los hombres y victoria de la posteridad! ¡Los acuso de profanar el pasado, de envilecer el presente y de exterminar el futuro, en el vientre de los tiempos, antes de dejarlo nacer!

Con la clara intención de provocar a los reos para que reaccionaran de manera intempestiva frente a los jueces, el fiscal esgrimió su índice muy cerca de las narices de Gutenberg primero, luego de Fust y finalmente de Schöffer. De un modo realmente enervante, el acusador sacudía su dedo para incitar una respuesta violenta. Y estuvo a punto de lograrlo: Gutenberg, movido por un impulso canino, levantó el labio superior dejando ver su colmillo derecho y poco le faltó para morder la movediza mano del locuaz acusador. Pero se contuvo, cerró los ojos y, resignado, continuó escuchando el arrebatado discurso:

—Yo, Sigfrido de Maguntia, acuso a los reos de haber derribado el Árbol de la Sabiduría y, no conformes con el ultraje, después de pisotear las ramas del Bien y del Mal, devoraron sus frutos prohibidos. Los acuso de dar muerte por segunda vez a Abel y, cebados de odio, de asesinar también a Caín. ¡Acuso a los reos de ultrajar la torre de Babel y de borrar el prodigio de Noé! Los acuso así, de blasfemar sobre el *Libro del Génesis*. Acuso a estos tres herejes de matar a Moisés, de cuyo puño y letra hemos conocido los demás libros del *Pentateuco* por él escritos. Yo, Sigfrido de Maguntia, heredero del oficio de Moisés, acuso a los reos de masacrar a Josué, a Ruth y a Samuel. Los acuso de matar a los Reyes: a Saúl y a David y a su hijo Salomón. ¡Los acuso de mancillar los sagrados libros de las *Crónicas* y a todos y cada uno de los Reyes de Israel! ¡Los acuso de haber dado muerte a Esdras y a Nehemías, escribas ambos como este humilde servidor, gracias a cuya pluma hemos sabido de la

reconstrucción del Templo y de la erección de sus murallas!

Esta última frase la pronunció a los gritos. De pronto hizo una pausa, elevó la mirada hacia las alturas y, como si buscara escuchar las palabras que le dictara el Altísimo, volvió a ascender al estrado. Con los brazos abiertos y una súbita calma, el fiscal se dispuso a continuar. Los jueces esperaban un tono que se compadeciera con su nuevo estado de ánimo; sin embargo, poco menos, saltaron de sus asientos cuando el acusador vociferó como si la ira de Dios se hubiese apoderado de su garganta:

—Yo, Sigfrido de Maguntia, modesto copista, acuso a los reos de matar a los profetas Isaías y Jeremías, al escriba Baruch, a Ezequiel y a Daniel. Ved, Señorías, sus manos emporcadas por la roja saña criminal. ¡Los acuso de martirizar nuevamente a Job y de mancillar el *Libro de los Salmos* y los *Proverbios* y el *Eclesiastés* y *El Cantar de los Cantares* y el *Libro de la Sabiduría* y el *Libro del Eclesiástico*!

Y cuando parecía imposible para un mortal gritar aún más fuerte, el fiscal, superándose a sí mismo, alcanzó otro peldaño en la escala vocal. Con los ojos desorbitados, rojo de furia, lanzó:

—¡Yo, Sigfrido de Maguntia, acuso a los reos de haber dado muerte a los Santos que escribieron los prodigios de Nuestro Señor Jesucristo: a Mateo, a Marcos, a Lucas y a Juan! ¡Los acuso de haber asesinado a Pablo, cuyas epístolas constituyen los Libros más valiosos de la cristiandad! ¡Acuso a los reos de haber matado a Pedro y a Judas! Mirad, Señorías, sus manos y sus ropas manchadas por el crimen.

Los jueces, llenos de perplejidad, miraban las manos en apariencia ensangrentadas de Gutenberg y, ante la elocuencia del fiscal, no hubiesen albergado dudas acerca de la culpabilidad de los acusados si no hubiera sido por el hecho de que los personajes presuntamente asesinados habían muerto varios siglos atrás. La voz del acusador reverberaba en las alturas del domo y se multiplicaba al repercutir contra las paredes:

—¡Yo, Sigfrido de Maguntia, acuso a estos tres criminales de entregar, de apresar, de martirizar y de crucificar nuevamente a Nuestro Señor Jesucristo, cuyo calvario hemos conocido a través de la Pasión! Ved, Señorías, estas manos limpias como las de Pilatos —dijo señalando los dedos entrelazados de Fust— y aquellas otras —refiriéndose a las de Gutenberg—, sucias como las de los esbirros que colocaron la corona de espinas sobre la cabeza de Cristo. Señorías: ¡Acuso a Johannes Fust, a Petrus Schöffer y a su cabecilla, Johannes Gutenberg, de cometer el más cruel asesinato!

El fiscal tomó aliento, hizo un largo silencio, contuvo la respiración, y cuando tuvo la certeza de que los jueces ya no podían resistir el suspenso, Sigfrido por fin concluyó terminante:

—Majestades, acuso a los reos de asesinar al libro.

Un cortejo compuesto solo por mujeres acompañaba el cajón hacia su destino final. Los empleados del cementerio veían no sin extrañeza cómo aquellas manos femeninas levantaban en vilo el pesado féretro, a cuyo frente iba Ulva. No había ningún hombre en el séquito y, de hecho, ellas se negaron de manera tajante a los ofrecimientos de ayuda; los principios secretos de la congregación prohibían a los varones participar de la ceremonia. Ni siquiera dejaron que los sepultureros hicieran su trabajo. Ellas mismas tomaron las palas y, como si hubiesen aprendido el necrológico oficio en los dos entierros anteriores, cavaron un hoyo perfectamente rectangular. Las miradas de los curiosos se detenían en los escotes, dentro de los cuales las carnes generosas se sacudían al compás de las paladas; a una distancia prudencial, los ojos lascivos de los enterradores se regocijaban ante la visión de las piernas que asomaban desde las faldas y se tensaban al posarse sobre el borde de la pala. Cada tanto, Ulva les lanzaba una mirada cargada de fastidio y, como aves de rapiña, los funebreros retrocedían unos pasos para recuperar terreno poco después. Una vez que terminaron de cavar, se secaron el sudor de la frente con las mangas, tomaron aliento y, sin ayuda de extraños, también ellas se encargaron de descender el cajón mediante sogas, hasta la entraña de la tierra húmeda. Luego, con la respiración agitada por la fatiga y el llanto, cubrieron el cajón con la misma tierra que acababan de remover. Un aire fresco corría entre las callejuelas del cementerio y se mezclaba con el hedor nauseabundo que dejaban escapar las sepulturas más recientes. Por fin, hundieron una austera lápida sin cruz con el nombre de Zelda y la dejaron en compañía de las otras dos mujeres que yacían a su lado debajo del suelo. Con los ojos hinchados por las lágrimas, la noche en vela y la luz del sol, las mujeres emprendieron el regreso al Monasterio de la Sagrada Canasta.

Aquel tibio sol de media mañana que encandilaba a Ulva, se filtraba también por los vitrales de la catedral e iluminaba a los miembros del tribunal. Casi inadvertido, a un costado de los altos estrados que ocupaban los jueces y muy por debajo de ellos, se ubicaba el pequeño pupitre sobre el cual doblaba sus espaldas Ulrich Helmasperger, el escribiente encargado de tomar nota fidedigna de todo cuanto se decía en el juicio. Con el oído atento y la mano veloz debía atrapar cada una de las palabras que resonaban en el recinto sin otro auxilio que el de la pluma, el tintero y el papel. No tenía voz ni, mucho menos, voto. Impedido de preguntar o pedir aclaración, estaba obligado a reproducir los dichos altisonantes y también las palabras susurradas y apenas audibles. Además de expedito y fiel a los dichos, tenía que escribir con letra clara y perfectamente legible. Su tarea, difícil de por sí, se veía complicada por el protagonismo de Sigfrido de Maguntia. El notario no ignoraba que estaba en presencia del mejor calígrafo de Mainz. Y el fiscal, por cierto, no le ahorraba ningún sufrimiento. Mientras hablaba, deambulaba de aquí para allá y con frecuencia se detenía junto al pupitre para examinar el trabajo de Helmasperger

quien, durante aquellos trances, no solo debía conservar el pulso y la atención, sino, además, evitar que las gotas de sudor que brotaban de su frente a causa de los nervios que le provocaba la cercanía del fiscal, cayeran sobre el papel. Por otra parte, existía una sorda hostilidad entre los copistas y los notarios. Los primeros sentían un hondo desprecio por los segundos, a quienes consideraban meros amanuenses sin arte ni categoría. Por su parte, los escribientes, curtidos en el crisol de la urgencia, piezas fundamentales de los trámites más importantes del Estado, juzgaban a los calígrafos como engreídos y dueños de un virtuosismo pomposo, excesivo y superficial, cuyos ornatos inútiles no hacían más que opacar el sentido de los textos y relegarlos a un segundo plano. Por su parte, no existía peor ofensa para un escriba que alguien, por error, le dijera «escribiente». Como fuere, el fiscal debía sentirse profundamente agradecido con el notario, ya que, por intrascendente que considerara su trabajo, Ulrich transcribía los dichos de Sigfrido con exactitud. Pero el hábil escribiente tenía otros motivos para sentirse inquieto además del modo en que el fiscal metía sus narices en sus notas. Helmasperger no solo era un miembro destacado del gremio de los funcionarios públicos, un fiel servidor de la justicia y de la Santa Iglesia; además de todo eso, era un devoto de las adoratrices de la Sagrada Canasta y, antes de que se abatiera la desgracia, solía visitar el burdel por lo menos una vez a la semana. Al temor se sumaba la preocupación de que alguno de los presentes en la sala pudiese reconocerlo como un habitual cliente del prostíbulo. Por este motivo, intentaba mantener el rostro oculto dentro del semicírculo que formaba con sus brazos. No era sencillo para el notario conservar el pulso firme bajo aquella suma de circunstancias.

Luego de dar inicio al alegato acusatorio, ante la expresión absorta de los jueces, el fiscal descendió de la tarima, caminó hacia una extensa mesa en la que reunía las pruebas, tomó dos libros que descansaban en un compartimiento debajo de la tabla y los posó sobre un atril. Con los brazos abiertos de par en par abrazó los enormes volúmenes, cual Moisés sosteniendo las Tablas de la Ley en el Monte Sinaí. Así, Sigfrido de Maguntia se dispuso a hacer una revelación que arrancaría resuellos de sorpresa en los presentes.

Las portadas de ambos libros se veían exactamente iguales. En apariencia, se trataba de dos bellos manuscritos de la Biblia de gran tamaño. Las portadas de cuero bruñido y repujado presentaban idénticos motivos: cuatro marcos rectangulares concéntricos, adornados con profusión de detalles grabados. Los lomos de las Escrituras estaban reforzados con nueve alforzas, también de cuero, que protegían las costuras de los folios. Luego de exhibir las portadas, Sigfrido procedió a abrir sendos libros en la misma página: los jueces, a instancias del fiscal, contaron los renglones: en ambos casos, se trataba de 42 líneas agrupadas en dos columnas. Entonces, el acusador mostró las últimas páginas de los dos ejemplares, haciendo notar a los magistrados que uno y otro tenían la misma cantidad de carillas: exactamente, 1282.

La letra del manuscrito, hermosa y perfectamente legible, ponía de manifiesto el magistral oficio de los copistas, labor que debió haber llevado varios años. Estaba

hecho sobre papiro egipcio, cuya calidad podía comprobarse tanto a la vista como al tacto: el tono amarfilado evitaba la fatiga de los ojos y la trama, que formaba una cuadrícula diminuta, suave, casi imperceptible, era a la vez de una resistencia tal, que si alguien hubiese querido romperlo, solo podría haberlo hecho con un elemento cortante o punzante. Las letras capitales al inicio de los libros, capítulos y versículos estaban ricamente ornamentadas con ribetes y orlas. Las mayúsculas dentro del cuerpo del texto habían sido iluminadas con tinta roja. Cada libro valía una verdadera fortuna: no menos de cien escudos; dinero suficiente para comprar una casa lujosa en el mejor sitio de Mainz.

Los reos, lejos de mostrar orgullo ante los halagos del fiscal y el asombro de los jueces, se veían abatidos. Un gesto de preocupación se dibujaba en una arruga entre las cejas de Gutenberg, quien cambiaba miradas de inquietud con Fust y Schöffer. Sigfrido de Maguntia tomó uno de los libros y se lo entregó al presidente del tribunal para que lo examinara personalmente. El juez lo sopesó, recorrió la portada con la yema de los dedos, lo abrió al azar y leyó los distintos pasajes. Admiró la caligrafía y las iluminaciones, raspó el papiro con la uña y hasta se acercó el libro a la nariz para oler el hermoso perfume de la mezcla vegetal del papiro y la tinta con el aroma animal del cuero. Como si no quisiera despegarse de aquella Biblia, finalmente y a su pesar, la puso a consideración de sus colegas. Con el mismo embeleso ante tan precioso ejemplar, los jueces asintieron ampulosamente antes de devolver el libro y la palabra al presidente del cuerpo:

—Son las Escrituras más maravillosas que he tenido entre mis manos —dijo sin dudar.

—En otras circunstancias os agradecería el cumplido, pues una de estas Biblias la escribí yo mismo de mi puño y letra. Os suplico ahora que examinéis esta otra Biblia —agregó el fiscal, al tiempo que le daba el otro ejemplar—; pero antes debo advertiros que uno de los libros nada tiene de sagrado, pues es obra...

Sigfrido de Maguntia hizo una larga y deliberada pausa y alzando la voz, casi en un grito, completó:

—... pues una de estas Biblias... ¡es obra del demonio!

La mano del notario tembló al escribir esta última palabra.

Igual que su madre. Igual que su hija. Igual que la madre de su madre. Igual que la hija de su hija. Igual que la madre de la madre de su madre y que las hijas de las hijas de sus hijas. Igual que las setenta generaciones de putas que la antecedieron. Igual que las setenta generaciones de putas que habrían de sucederle, Ulva, la puta madre de todas las putas del Convento de la Sagrada Canasta, mantenía viva la llama del oficio más antiguo de todos los oficios. A pesar de la tristeza por sus hijas muertas, a pesar de las lágrimas, a pesar de todos los pesares, Ulva intentaba devolver al salón en el que había sido velada Zelda el aspecto de un burdel. Retiró las sillas y en el lugar en el que había estado el féretro, volvió a poner la poltrona tapizada en seda roja. No era, sin embargo, la primera vez que la muerte se ensañaba con ellas.

A lo largo de la historia, el destino no parecía tener piedad con las putas: enterradas hasta el cuello y lapidadas en Oriente Medio, purificadas por las llamas de las hogueras de la Santa Inquisición, perseguidas, encerradas y muertas, volvían a nacer una y otra vez desde el origen de los tiempos. Ulva no tenía motivos para sorprenderse por el asesinato de tres prostitutas. Desde los albores de la humanidad, se habían cometido incontables masacres; sin embargo, ninguna madre estaba preparada para la muerte de sus hijas, aun a sabiendas de que sobre sus espaldas pesara la condena moral de antemano. Las putas, igual que las brujas, eran hijas de Satanás.

Sigfrido de Maguntia se regocijaba al ver la expresión espantada de los jueces que habían dado un respingo en sus asientos al escuchar el nombre del maligno. El presidente del tribunal soltó el ejemplar que sostenía entre las manos ante la posibilidad de que hubiese sido tocado por el mismísimo demonio. Entonces, aprovechando el golpe de efecto, el fiscal prosiguió:

—Señorías: comparad con atención ambos libros. Confío en que vuestro sabio criterio sabrá diferenciar la obra de Dios de la del Diablo.

No sin disimular un gesto de terror, los jueces emprendieron un minucioso cotejo entre ambas Biblias. Prestaron atención al contenido del texto, a la caligrafía, compararon letra por letra versículos tomados al azar, se detuvieron en las capitales, las mayúsculas coloridas y las minúsculas. Además de compartir la perfecta factura, ambos libros no parecían guardar diferencias: estaba escritos sobre el mismo papiro, presentaban iguales portadas, tenían la misma cantidad de alforzas que cubrían las costuras e igual peso; en fin, no cabía duda de que ambos libros habían salido del mismo taller.

El veredicto fue unánime:

—Parecen iguales —sentenció el presidente del jurado.

Sigfrido de Maguntia volvió a trepar al estrado y, sin abandonar su histrionismo, declamó agitando los brazos:

—Me permito contradeciros, Señorías. No parecen iguales... ¡son iguales! Más

aún: son idénticos. Excelencias, soy ahora un hombre viejo. He perdido salud pero he ganado sabiduría en virtud de mi noble trabajo. Dedicué la mayor parte de mi vida a copiar Biblias, siempre con la misma pasión y entrega al Altísimo. El sacrificio de mi diestra es la prueba —dijo el fiscal exhibiendo sus dedos como garras, deformados por la artritis—. Y cuando digo sacrificio no queráis oír una alegoría; mi mano ha enfermado y apenas si puedo mover los dedos a costa del dolor inenarrable que mora en el tuétano de mis huesos a fuer de animar la pluma para componer manuscritos. No peco de soberbia al deciros que nadie en toda la ciudad de Mainz conoce como yo el arte de copiar libros. Vosotros, acaso sin notarlo, acabáis de admitir un hecho que no podría calificarse de otro modo más que de diabólico al reconocer que no puede advertirse diferencia entre ambos libros. Señorías: nunca antes, en toda mi vida, había visto dos manuscritos idénticos. La imperfección de los hombres es la que nos hace ver que la perfección no pertenece a los mortales. Puedo darme cuenta de que uno de los libros no es de mi autoría por la inquietante razón de que ambos son exactamente iguales. Ni el más experimentado de los copistas podría dibujar una letra igual a otra, incluso en una misma palabra. Tomad una línea al azar del mismo libro y comparad, por ejemplo, las diferentes letras «a». Comprobaréis sin esforzaros demasiado que cada una presenta una singularidad.

En efecto. Los jueces pudieron ver claramente que, en algún caso, la parte circular era perfectamente cerrada y, en otro, presentaba un pequeño resquicio; que unas veces la parte superior estaba rematada con un punto apenas perceptible y otras culminaba con una pequeña punta como de anzuelo. Cada letra, como los rostros de las personas, era singular, distinta y, miradas con mayor detenimiento, podía afirmarse que tenían expresiones diferentes.

El escribiente Ulrich Helmasperger hubiese dado su mano derecha por ver aquel prodigio de no haber sido porque la tenía ocupada en escribir. Por otra parte, la locuacidad del fiscal era tal, que el notario ni siquiera podía levantar la vista del documento ante el tropel de palabras que brotaban de la boca de Sigfrido de Maguntia.

—Ahora bien; comparad esa línea con el mismo renglón del otro libro —desafió el fiscal.

El rostro de los jueces empalideció: ambas líneas eran idénticas. Es decir, se repetían las mismas imperfecciones en cada palabra, en cada letra. Era imposible lograr semejante identidad.

—Excelencias —dijo el acusador—, por más que me lo propusiera, nunca podría dibujar letras iguales. Por la misma razón, jamás podría repetir los defectos con tanta precisión, pues si tuviese yo esa habilidad, no incurriría en defecto alguno. Y eso no es todo: recuerdo claramente haber cometido un error que consta en el colofón; ved: donde dice *Spalmorum* debería decir *Psalmorum*. Resulta evidente que no podría haber incurrido dos veces en la misma errata. Y sin embargo, hela ahí. Mi piel se eriza de terror al comprobar que ambos libros son como dos gemelos monstruosos e

inexplicables.

Sigfrido de Maguntia bajó la cabeza y, con auténtica contrición, dijo:

—Señorías, debo en este punto confesaros algo que me produce una honda vergüenza: ni yo mismo soy capaz de distinguir cuál Biblia es de mi autoría y cuál la falsificación. Y no puedo atribuir semejante maligno prodigio sino a la magia y a la hechicería.

Señalando a los tres acusados, el fiscal extendió cuanto pudo su índice deforme y bramó:

—Ante Dios y ante vosotros, Excelencias, acuso a los reos de brujería, pues no existe otra forma de multiplicar las cosas sino por medio de la nigromancia, herramienta del demonio y vehículo del mal. Con la sagrada excepción de Nuestro Señor Jesucristo, quien multiplicó los panes y los peces merced al milagro divino, nadie podría ser capaz de semejante portentoso. Nadie, salvo el repugnante impostor: ¡Lucifer! Excelencias: os pido, de acuerdo con las leyes del Santo Oficio, que si los acusados no pudieran demostrar las artes con las que obtuvieron la falsificación, sean condenados a morir en la hoguera bajo el cargo de satanismo.

En el nombre de la madre, de la hija y del santo espíritu que las mantenía unidas, las meretrices del Convento de la Sagrada Canasta intentaban sobreponerse a la desgracia y al miedo para reabrir las puertas del burdel. Tarea difícil, pues no existía ningún indicio de que el asesino se hubiese conformado con la muerte de Zelda. Ulva sospechaba que aquel verdugo silencioso tal vez no matara por odio sino por razones mucho más complejas de comprender. El sexo y la muerte eran, finalmente, los pilares de los grandes enigmas: el del origen y el del final, el de la tentación y el del pecado, el de la perdición y el de la salvación eterna. La mayor de las putas sabía que en cada hombre y en cada mujer se replicaba la tragedia del pecado original. Cuántos clientes llegaban al burdel hambrientos de sexo y se retiraban empachados de remordimiento, cual Adanes caídos en las tentaciones de aquellas Evas voluptuosas. Antes de ser adoptadas por Satanás, las putas eran las hijas dilectas de Dios. Desde la época de Inanna en Sumeria, de Ishtar en Acadia, de Artemisa en Jonia; desde los días de Elishet-Zenunim en Babilonia, de Cibeles en Frigia y de Afrodita en Grecia, las putas gozaron de la veneración en los templos: santificadas y elevadas a la categoría de deidades, fueron objeto de culto ritual en las épocas doradas. En Babilonia se las conoció como *kadistu* las sagradas; en Grecia, las doncellas consagradas de los santuarios eran las *hieródulas*; en la India, las santas *devadasis* y en Jerusalén las *Kadesh* fueron introducidas en el templo a instancias de la opresión de los babilonios. Cuando el pueblo hebreo consiguió liberarse del yugo, se las identificó como símbolo del antiguo enemigo: la Puta de Babilonia era, en realidad, Babilonia, la puta, la responsable de la inminencia del Apocalipsis, la esposa de Satanás. Así, abruptamente descendidas del Cielo al infierno, las prostitutas fueron demonizadas, temidas y, en la misma proporción, igualmente deseadas. Emparentadas con las brujas, las putas eran para muchos las dueñas de una sabiduría vedada al resto de las mujeres y, sobre todo, a los hombres: el secreto arte de dar placer. Qué no estarían dispuestos a pagar monarcas, nobles y comerciantes poderosos para conocer, aunque más no fuera, algunas pocas páginas de los libros prohibidos que recopilaban las experiencias de generaciones de meretrices a lo largo de su existencia, más dilatada que la historia misma. Las adoratrices de la Sagrada Canasta conocían como nadie todos los arcanos del deleite carnal; no solo los llevaban grabados en la memoria y en cada ápice de su cuerpo, sino que atesoraban los manuscritos más valiosos y oscuros en la mayor clandestinidad. El mismísimo Santo Padre hubiese dado un brazo para tener aquellos libros en su biblioteca secreta.

Más preocupado por los libros sagrados que por los profanos, Sigfrido de Maguntia observaba con satisfacción el gesto de los reos ante su pedido de la pena capital. Gutenberg tragó saliva; su semblante azorado era una mezcla de incredulidad e indignación. Fust empalideció y bajó la cabeza. Schöffler sintió que sus rodillas se aflojaban y debió sujetarse en el reclinatorio para no caer al suelo. Estaban

preparados para ensayar una defensa ante los cargos de falsificación y estafa, pero jamás imaginaron imputaciones por nigromancia, brujería y satanismo. Estaban, incluso, resignados a purgar su culpa a expensas de sus patrimonios y, en última instancia, a sufrir unos meses de reclusión. Pero ni en el peor de los escenarios concibieron la posibilidad de enfrentar la pena de muerte. Johannes Gutenberg, mientras observaba el gesto imperturbable de los jueces iluminados por la luz seráfica que ingresaba a través de los imponentes vitrales del claustro, intentaba reconstruir *in pectore* de qué manera se habían encadenado los eslabones del destino para llegar a ese punto. Gutenberg se creía llamado a la gloria y siempre había guardado la íntima ilusión de que la posteridad le pertenecía. Sin embargo, existían iguales motivos para que su nombre quedara impreso en la memoria de la Germania como un héroe o como el más despreciable de los villanos.

La fascinación de Gutenberg por los libros, las técnicas xilográficas, la fundición de metales y el grabado de láminas se remontaban a su más tierna infancia. El padre de Johannes había sido regente de la Casa de Moneda durante más de una década. Su nombre era Friedrich Gensfleisch; su familia y amigos lo llamaban con el cariñoso diminutivo de Friele, pero todos lo conocía como Gensfleisch der Arme<sup>[4]</sup> a causa de su paradójica austeridad: la totalidad del dinero que circulaba en la ciudad había pasado por sus manos. Ni los señores feudales más prósperos, ni los comerciantes que traían sedas y especias del Oriente, ni los príncipes o los emperadores, habían visto, siquiera, los tesoros que a diario fabricaba Friele Gensfleisch. Monedas de oro y plata, lingotes áuricos, barras de argento y cuanta cédula oficial sirviera para atesorar fortuna o pagar bienes eran para él un material tan cotidiano como la masa para el panadero.

Pese a disponer del manejo de semejantes arcas, Gensfleisch der Arme era un hombre de apariencia y actitud franciscana y una honestidad intachable. Jamás consideró la posibilidad de quedarse con una moneda que no le perteneciera, aun cuando su salario constituía una ínfima parte del dinero que producía. Justo es decir que no había en toda la Germania un hombre tan obsesionado por el dinero como él; no porque lo ambicionara para sí, sino porque era dueño de un perfeccionismo rayano en la enfermedad. El menor defecto en una moneda, imperceptible para el más experimentado acuñador, era para él una mácula intolerable al tacto y a la vista. Una diferencia insignificante en el canto de un céntimo era motivo para devolverlo al crisol. Podía distinguir una moneda falsa con los ojos cerrados. Despreciaba a los falsificadores mediocres, no por falsificadores sino por mediocres.

—Si algún falsificador consiguiera hacer una moneda tan buena como las mías, merecería con justicia ser rico —le dijo una vez al pequeño Johannes; frase que habría de significar un irresistible desafío para su hijo—. El dinero es falso por definición, no es más que una convención, un acuerdo común fundado en la fe: el dinero auténtico es una falsificación de buena fe; la moneda falsa es una falsificación de mala fe. El valor no está en la moneda sino en la fe. ¿Quién puede fijar el precio

de las cosas; qué relación consustancial de equivalencia existe entre una hogaza de pan y un pequeño disco de metal? Si, por ventura, se acabara todo el trigo del mundo, a nadie se le ocurriría engullir monedas de oro. Un príncipe sediento no dudaría en trocar todos sus tesoros por una tinaja con agua de un oasis. Fortuna que, ciertamente, nadie aceptaría si aquella fuese la única fuente de agua. No puede falsificarse el agua ni el aire ni la tierra ni el techo ni el pan ni los peces. Solo puede falsificarse lo que ya es una falsificación, es decir, aquello que no tiene utilidad en sí mismo ni constituye un bien de por sí.

Y ahora, frente al tribunal que lo acusaba de falsario, mientras escuchaba el alegato del fiscal, Gutenberg recordaba la frase que su padre solía repetir una y otra vez: «Para ser un buen acuñador de moneda hay que aprender a ser indiferente a los encantos del dinero».

Para ser una buena puta hay que aprender a ser indiferente a los encantos del placer —solía repetir Ulva ante sus inexpertas hijas. Fiel a la vieja tradición, el burdel de la Sagrada Canasta no tenía clientes sino devotos. Sus anfitrionas no eran simplemente putas, sino hetairas dignas de la antigua aristocracia griega. Los aposentos en nada se parecían a los cubos miserables de los prostíbulos vecinos, sino a los recintos decorados de los palacios dedicados al placer de la mítica Pompeya.

Quienes probaban las inigualables habilidades de las adoratrices del Convento de la Sagrada Canasta jamás volvían a experimentar un goce semejante con otras mujeres. Nadie conocía como ellas los secretos de la anatomía masculina, cómo recorrerla y convertir cada ápice del cuerpo en un territorio de deleites inéditos. Comprendían como ninguna el espíritu varonil, centrado siempre en el amor propio; sabían pronunciar las palabras precisas en el momento justo para provocar la chispa de la vanidad: nada enardecía tanto el rústico carácter lujurioso de un hombre como un halago a su virilidad, un gemido exagerado o el simulacro de una extática culminación pletórica de aullidos, exclamaciones y ahogos.

Los hombres que pasaban por las alcobas del burdel más caro de Mainz no podían sustraerse a la tentación de volver una y otra vez. Hubo quienes se precipitaron a la ruina después de haber dilapidado fortunas en sus alcobas. Los devotos de la congregación veneraban las destrezas de las putas más putas de todas las putas. No se trataba de un mero encuentro carnal, sino de una experiencia que, nacida de los más bajos instintos, alcanzaba las sublimes alturas deíficas. Por paradójico que pudiese resultar, los hombres que visitaban el burdel no se retiraban con la abrumadora sensación de quien ha pecado; al contrario, tenían la certeza de haber cumplido una elevada misión religiosa. Y así era. Cada vez que un cliente se entregaba a los brazos de las adoratrices, ignoraba que, en rigor, se convertía en la pieza fundamental de un rito sagrado y ancestral. Sin sospecharlo, los numerosos fieles de aquel peculiar monasterio eran las perfectas víctimas propiciatorias de las ceremonias secretamente dedicadas a Ishtar. El placer que recibían no solo se pagaba en contante y sonante, sino que, al entregarse en cuerpo y alma, eran inmolados en el altar de la más voluptuosa de las deidades; mientras gozaban de las delicias incomparables de Ulva y sus hijas, eran sacrificados en el milenar tabernáculo de la diosa babilónica.

Cada servicio que recibían los clientes era para ellas un complejo y silencioso ritual compuesto por ofrendas y sacrificios en el marco de un acto supremo de comunión con la divinidad. Ninguno de los ardientes feligreses que llegaba cada día al convento era consciente de que recibía los mismos placeres que ofrecían las sacerdotisas en los antiguos templos babilónicos en los que se practicaba la prostitución ritual. De la misma forma que en los pretéritos santuarios, la ceremonia comenzaba con los ritos iniciales. Estos eran actos preparatorios para la celebración. Se reunía primero un grupo de entre seis y doce hombres en el salón principal

presidido por una magnífica escultura de mármol del Dios Príapo en escala natural, suponiendo que este último término pudiese aplicarse a las dimensiones anatómicas de la deidad masculina. Incluidos todos en torno del dios del colosal falo enhiesto, se encomendaban a su magnificencia pidiendo que su virilidad les fuese conferida. La ceremonia era celebrada por Ulva quien, como una sacerdotisa, pronunciaba las oraciones que los fieles debían repetir. Uno a uno, los hombres se turnaban para besar el pétreo glande de la deidad masculina y luego se entregaban al acto penitencial. Este consistía en humillarse a los pies de una de las hijas de Ulva quien, sentada en un trono, obligaba a los fieles a que lamieran la suela de sus sandalias acordonadas en torno de las pantorrillas, mientras los castigaba con una fusta en las espaldas arqueadas instándolos a que pidieran perdón por sus faltas contra las mujeres. Hecho esto, el grupo pasaba a un recinto contiguo donde dejaban sus ofrendas. En una gran bandeja de bronce depositaban sus monedas de oro que, al caer, sonaban como los badajos de una campana. De acuerdo con la intensidad del ruido y la cantidad de tañidos, cada uno de los hombres ponía en evidencia el monto de la ofrenda. Quienes más fuerte hacían sonar el metal, mayores placeres habrían de recibir.

Concluido el acto penitencial y la colecta, el grupo de hombres se dirigía con las espaldas enrojecidas por la fusta hacia el oratorio de Ishtar. En rigor, ignoraban quién era aquella figura femenina que presidía el tabernáculo. Desde un bajorrelieve de arcilla, la diosa mostraba unas grandes alas desplegadas mientras su pierna desnuda asomaba de un vestido ceñido al cuerpo al tiempo que subyugaba bajo la planta del pie al león rendido. Ulva, con sus enormes tetas al aire, daba inicio a las oraciones:

*Iltam zumra rasubti ilatim*  
*Litta id Belet Issi Conejo Igigi*  
*Ishtar zumra rasubti ilatim*  
*litta id Belet ili nisi Conejo Igigi*<sup>[5]</sup>

Hincados en torno del altar, los clientes repetían la jaculatoria en un murmullo. Aunque no entendían una sola palabra de aquella lengua muerta, se hubiera dicho, a juzgar por sus expresiones, que ingresaban en un trance en el que el cuerpo y el alma de cada uno se fundía con los de los demás fieles, al tiempo que entraban en comunión con las adoratrices y con la deidad. A diferencia de las misas que se oficiaban en las iglesias, en el convento de la Sagrada Canasta la carne se elevaba, literalmente, a las mismas alturas que alcanzaba el espíritu. Muchos de los hombres se desnudaban en esta instancia, presas de unas erecciones soberanas que las vestiduras no alcanzaban a contener. Finalizada la oración en lenguas, Ulva pronunciaba las plegarias en idioma germano:

—Este cuerpo es el pan bajado del cielo, quien coma de este cuerpo gozará para siempre. El que come mi carne y bebe de mí, tendrá goce eterno, entrará en mí y yo entraré en él.

En este punto, dos de las sacerdotisas se colocaban en la entrepierna un gran falo de barro cocido forrado con cuero adosado al cuerpo por un cinto y se acercaban al grupo de hombres que, arrodillados, ofrecían sus proas a Ishtar y sus popas a Príapo. Así, en esa posición, se disponían a recibir los embates de las adoratrices que los penetraban frenéticamente. Igual que las antiguas deidades que reunían ambos sexos en un solo cuerpo, sodomizaban a los feligreses quienes, con los ojos en blanco, gemían de placer, dolor y arrobamiento místico. Ningún hombre era forzado ni sometido contra su voluntad; todos, sin excepción, se entregaban a las bellas mujeres fálicas de *motu proprio*.

—Yo entraré en ti y tú entrarás en mí. Y al comer de mi carne y beber de mí, entraréis los unos en los otros como hermanos, porque por este sacramento os uniréis a Ella y con su cuerpo y su sangre, formaréis un solo cuerpo —proclamaba Ulva con los ojos cerrados y las piernas abiertas apoyadas sobre los brazos del trono.

Entonces, sin dejar de ser sodomizados por las mujeres que llevaban las vergas de cuero amarradas a la cintura, los hombres se unían penetrándose los unos a los otros formando filas, círculos o hileras serpenteantes que se estremecían como un cuerpo único. A los ojos de un extraño podría parecer que reinaba allí el más herético de los caos; sin embargo, todo se ajustaba a un ritual preciso y nada escapaba de los protocolos litúrgicos de los templos babilónicos. Reunidos en cuerpo y alma, enlazados sus corazones con la diosa de la lascivia, el grupo de fieles se disponía a entregar la ofrenda perentoria de sus fluidos corporales. Uno a uno, todos los hombres volcaban su blanca simiente en la canasta de oro que estaba a los pies de la diosa. Luego, Ulva transvasaba el contenido a un cáliz y entonces se iniciaba el gran banquete de Nuestra Señora: en un mismo acto los fieles bebían la blanca sangre cual vino claro y se alimentaban del *corpus*, como si se tratara de una hostia viscosa y nutritiva. Luego de aquel primer éxtasis, las fuerzas de los hombres no solo no decaían, sino que, al contrario, iban en ascenso, hecho que se ponía de manifiesto en sus miembros todavía erguidos y cada vez más henchidos. Ulva daba fin a aquella extraña *Eukharistia*, pronunciando una breve frase:

—*Ite Missa est.*

Al rito grupal le sucedía la ceremonia íntima. Cada sacerdotisa elegía un feligrés y lo conducía hasta una alcoba. Lo que sucedía dentro de aquellos claustros, semejantes a los recintos privados de los templos de la antigua Babilonia, era un secreto que ni las sacerdotisas ni los fieles podían revelar. Era un acto que obedecía a los más antiguos arcanos, escritos en los sagrados libros del placer, cuyos caracteres solo podían leer las iniciadas. Solamente los hombres que pasaron por los adoratorios de Ishtar en Asia Menor y los del Convento de la Sagrada Canasta conocieron aquellos deleites en los que la carne y el espíritu alcanzaban las alturas del panteón y fueron los privilegiados que, en vida, pudieron ver el divino rostro. Cautivos de aquellos placeres desconocidos, los fieles creían que ellos eran los agasajados, los que recibían los más gratos homenajes por parte de las prostitutas. Sin embargo, igual

que en los antiguos templos babilónicos, eran meros objetos dentro del culto. En realidad, ellos eran ofrendados por las sacerdotisas a la gloria de la deidad. No se trataba de homenajear a los clientes, sino, al contrario, de complacer a Ishtar a través de los hombres, inocentes víctimas propiciatorias de aquellas celebraciones.

Una vez finalizados los rituales, cada quien se retiraba de la congregación con la cabeza gacha, el paso veloz y sin siquiera saludarse. Luego de haber compartido el pan y el vino, después de haber fundido sus cuerpos y hasta sus fluidos, los devotos de la sagrada canasta continuaban sus vidas como si nada hubiese sucedido. Comerciantes, funcionarios públicos, militares, aplicados calígrafos, escribientes, encumbrados miembros de los más diversos gremios y clérigos intachables se cruzaban en las calles, en los puestos del mercado y en la iglesia como si no se conocieran, como si jamás se hubiesen visto; vecinos respetables, esposos dedicados y padres ejemplares compartían sus secretos en el más hermético silencio. Tal vez, el vínculo más fuerte que los unía era el irrefrenable deseo de volver al burdel cuanto antes.

Los visitantes furtivos empleaban tantos argumentos para venerar a sus carísimas amantes en privado como para condenarlas en público. De hecho, los grandes señores que solicitaban los más excéntricos caprichos, eran los primeros en rasgarse las vestiduras en los púlpitos y los salones de palacio para denunciar la decadencia y la degradación.

Los nexos entre el burdel y los representantes del poder eran más estrechos y antiguos de lo que los propios clientes podían imaginar. Nadie mejor que las mujeres que trabajaban en el prostíbulo conocían la naturaleza de la vieja relación que mantenían con la Iglesia y la realeza. En rigor, el monasterio de la Sagrada Canasta tenía una organización más semejante al de un verdadero convento que al de una casa de putas, aunque era mucho más que ambas cosas. En aquel edificio de tres plantas funcionaba, también, una suerte de universidad en la que se impartían no solo las más altas enseñanzas en las voluptuosas artes del placer, sino, además, una educación exquisita, digna de las cátedras más prestigiosas de Europa. Allí nacían y crecían rodeadas del amor de su madre y el de sus hermanas de sangre y de oficio. Allí se educaban y trabajaban. Allí concebían a sus hijas y envejecían con el primoroso cuidado de las más jóvenes y allí morían, acompañadas hacia la antesala del más allá, tomadas de la tibia mano de sus hermanas en el último aliento. Era una comunidad de mujeres y, salvo en su condición de clientes, prescindían por completo de los hombres.

Hombres. Solo los hombres estaban en condiciones de impartir justicia. Frente a aquel tribunal compuesto por siete hombres que habrían de decidir su destino, Gutenberg evocaba el día en que su padre lo llevó por primera vez a conocer la Casa de Moneda. Nunca olvidaría la infantil emoción que lo embargó aquella lejana mañana, que habría de recordar por siempre como el momento más trascendental de su existencia. Ningún otro recuerdo le producía la misma pueril excitación que la evocación de aquel imponente templo pagano del dinero: el olor de los metales fundidos, el brillo resplandeciente de las monedas de oro y plata recién acuñadas. La Casa de Moneda era un mundo en el que, con una precisión solo comparable a la mecánica del universo, convivían fundidores, copistas, grabadores, dibujantes, escribientes, contadores de dinero y los más diversos artesanos, cuya tarea era tan específica que parecía inverosímil que existieran como oficios independientes. Por ejemplo, había quien solo se dedicaba a contar florines, otro a agruparlos en cantidades y otro a contarlos por segunda vez.

La primera oportunidad en la que el pequeño Gutenberg entró en la Casa de Moneda sintió un estremecimiento idéntico al que debieron experimentar los privilegiados romanos del antiguo Imperio que pudieron conocer el interior del templo de Juno Moneta, el santuario enclavado en la cumbre del Capitolio, séptima colina de Roma, en el que se acuñaba el dinero.

—Todas las cosas tienen su nombre y su precio. Lo que no tiene precio, no tiene nombre y lo que no tiene nombre, no existe —solía decir el padre de Gutenberg.

—Dios tiene nombre, pero no tiene precio —objetó una vez la esposa de Gensfleisch durante la cena en la mesa familiar.

—Treinta denarios —contestó su marido con la naturalidad de un tendero, recordándole el puñado de monedas por el que Judas vendió a Jesús.

Pese a su condición profana, la Casa de Moneda producía el mismo reverencial sobrecogimiento que debía provocar el templo de Juno o el santuario de Teseo Estefaneforo en Atenas, bajo cuyo patronazgo se acuñaba el dinero para toda la Grecia antigua. Los techos altos y abovedados, las columnas imponentes, los vitrales majestuosos, los soldados armados con lanzas y escudos en la puerta de cada recinto, el estruendo de las masas sobre las cuñas, semejante al sonido de las campanadas, todo tenía un aura extrañamente sagrada. De hecho, un poco en broma, un poco en serio, muchos de los viandantes que pasaban por la puerta solían persignarse. Si las diferentes iglesias competían entre sí por la cantidad de tesoros que poseían, por la exuberancia del oro de sus retablos monumentales, sin dudas la Casa de Moneda superaba en riquezas a todas las catedrales de la Germania. Gutenberg rememoraba aquella primera visita en la que, siendo muy pequeño, caminaba tras el paso decidido de su padre: sus piernas breves y sus ojos enormes debían esforzarse para poder recorrer aquellos salones que se sucedían austeros y a la vez majestuosos en su escala

colosal.

En la mayor parte de Europa el dinero se acuñaba según las tradiciones antiguas. Desde la aparición de las primeras monedas en el Asia Menor durante el siglo IV, la técnica no había variado demasiado: primero el hornacero fundía el oro y la plata. Luego, el metal se extendía en láminas a golpes de maza y se cortaban las piezas del tamaño y la forma de cada moneda según su valor. Los cospeles lisos pasaban de la hornaza al portal. Allí se insertaba la moneda virgen entre dos cuños: uno superior para la cara y otro inferior para la cruz. Entonces el operario descargaba un único y certero golpe de martillo y la moneda quedaba terminada. Era un trabajo rudimentario y la calidad de la moneda dependía de la fuerza del golpe sobre el cuño. Muchas veces se notaba a simple vista la diferencia entre una moneda y la otra. La autenticidad se comprobaba mediante puntos secretos o marcas imperceptibles, aunque los falsificadores no tardaban en descubrir las diferentes señas ocultas. Así se fabricaban las monedas en la mayor parte de Europa. Los germanos, sin dudas, estaban entre los más avanzados acuñadores. El padre de Gutenberg no solo había ideado las más novedosas técnicas, sino que guardaba sus secretos con el mayor celo.

Las piezas que salían de la Casa de Moneda regida por Gensfleisch el Pobre causaban admiración entre los entendidos: no existían diferencias perceptibles no ya entre las de una misma partida, sino incluso entre monedas de distintos años. En rigor, muy pocos sabían que los cospeles de Mainz no se acuñaban a fuerza de martillo, sino con una de las primeras herramientas mecánicas aplicadas al proceso de amonedación. Las planchas salidas de la hornaza se extendían con una prensa que el propio Gensfleisch había ideado a partir de las almazaras con las que se extraía el aceite de oliva. El peso uniforme del rodillo de piedra sobre el metal caliente hacía que las láminas de oro y plata fueran perfectamente parejas, sin defectos de textura y espesor. El acuñado de los cospeles tampoco dependía de la fuerza siempre cambiante de un operario, sino de otra prensa semejante a las que utilizaban los viñateros para obtener el jugo de uva. Se trataba de una máquina de estructura de madera, provista de un gran torniquete metálico al que se le aplicaba presión mediante una palanca activada por dos operarios. La parte móvil de la prensa tenía una plancha con las cuñas de la cara, mientras en la base fija estaban las cuñas de la cruz. En cada prensada se acuñaban diez monedas. Como la presión ejercida sobre la palanca era siempre la misma —cuatro vueltas de manivela—, no había posibilidad de que la profundidad del bajorrelieve variara. Pero, además, para evitar que los delincuentes pulieran el borde de las monedas para obtener de ese modo limadura de oro y plata, Gensfleisch había implementado una técnica para ranurar el canto. De esta manera, si se las raspaba, al barrerse las estrías, la adulteración quedaba en evidencia. Era prácticamente imposible falsificar aquellas monedas; pero aun suponiendo que alguien tuviese semejante oficio y audacia, hubiera resultado tan oneroso el fraude que un falsificador no habría perdido el tiempo en intentarlo.

Desde muy pequeño, Johannes había aprendido a guardar los secretos de su

padre. El pecho del hijo del regente de la Casa de Moneda se henchía de orgullo al saberse depositario de la confianza paterna. De hecho, aun siendo adulto, jamás reveló a nadie los prodigios de los que había sido testigo durante su infancia. No solamente debía guardar silencio sobre las técnicas y las máquinas, sino también sobre las cantidades de materiales preciosos que albergaba la Casa de Moneda. El día en que entró por primera vez en el recinto de fundición, no pudo articular palabra: jamás imaginó que podía existir semejante cantidad de oro en todo el mundo. La gigantesca sala de techo abovedado, más alto que el domo de una iglesia, estaba presidida por una chimenea colosal que surgía del crisol. Sobre el sector derecho había una montaña de lingotes de oro trabados unos con otros como ladrillos, formando una pirámide en cuya cima un operario acomodaba los lugares vacantes de las barras doradas que otro dejaba caer al crisol mediante una roldana. A pesar de que era un lugar en el que no ingresaba la luz directa, el brillo del oro era tal, que Johannes debió entrecerrar los ojos. Su padre lo invitó a que tomara un lingote. Con la inocencia de un niño, se inclinó, lo afirmó con ambas manos e intentó levantarlo: era como si estuviese soldado al piso. Solo entonces tuvo noción del peso del oro y comprendió por qué el suelo de la sala de fundición estaba notablemente hundido debajo de la pirámide refulgente.

Pero lo que marcó a fuego al pequeño Johannes no fueron las montañas de oro y plata, ni las arcas repletas de monedas, sino la sala de los copistas. En el piso superior, al que se accedía por una escalera de mármol, había un recinto luminoso por el que entraban los rayos de sol a través de una sucesión de ventanas de arcos moriscos de medio punto. Coincidentes con cada ventana, se extendían, paralelas, largas mesas inclinadas, en cuyas banquetas se sentaban, uno junto a otro, los copistas. Las espaldas arqueadas, los párpados tensos, el pulso firme y la pluma en la diestra, los escribas no levantaban la vista de sus manuscritos. Todos vestían un mandil que les protegía el pecho y la falda, un gorro que impedía que el pelo invadiera sus ojos reconcentrados y, como si fuese parte del uniforme, todos sin excepción, tenían barbas largas y pobladas. La primera vez que el pequeño Johannes entró en la sala de los copistas tuvo la impresión de estar en un salón de espejos cuyos reflejos se multiplicaban unos con otros: le costaba distinguir un escribiente de otro. En aquel recinto, no solo se confeccionaban títulos de propiedad, documentos de pago, garantías y un sinfín de sellos oficiales, sino los preciosos libros que poblaban las bibliotecas más valiosas de la Germania e incluso las de más allá de sus fronteras. Desde hacía algún tiempo, un decreto real permitía a los laicos hacer copias de libros sacros y profanos. Hasta entonces, los únicos que gozaban del privilegio de copiar manuscritos eran los religiosos. La Iglesia no veía con buenos ojos que el oficio se extendiera hacia manos ajenas. Los clérigos argumentaban que los libros sagrados debían hacerse en recintos sagrados y los libros profanos tenían que contar con la bendición de los religiosos, del mismo modo que los mortales debían recibir el bautismo para obtener el perdón por el pecado original y cualquier otro que habitara

en ellos. Por otra parte, temían que los laicos pudieran sustituir subrepticamente alguna palabra que cambiara el sentido de las Escrituras, prerrogativa que ellos mismos se habían atribuido durante siglos. ¿Cuánto se conservaba en la Biblia de los manuscritos originales? De hecho, nadie sabía dónde estaban los auténticos Evangelios surgidos de la pluma de los protagonistas y los testigos directos de la prodigiosa vida de Jesús. No se conocía siquiera una copia en arameo ni en hebreo, idiomas originales de los distintos libros que componían las Sagradas Escrituras. Tantas y tan extensas eran las discusiones, incluso en el seno de la Iglesia, que llegar a establecer un canon fue un litigio mucho más político que teológico, aun suponiendo que la teología no fuese una rama de la política. Fue en el sínodo de Roma del año 382, durante el reinado de Dámaso I, cuando, luego de ardorosas discusiones, se estableció el canon oficial de la Iglesia; versión que San Jerónimo tradujo al latín como un libro único compuesto a su vez por dos grandes libros: el Antiguo Testamento, es decir, la suma de los deuterocanónicos, y el Nuevo Testamento. De modo que la Biblia, a falta de escritos originales, era una reunión de textos recogidos por la tradición hebrea del Tanaj, y una recopilación de epístolas y evangelios surgidos de copias sobre copias, y de una sucesión de traducciones de escritos del hebreo y del arameo al griego, y del griego al latín.

Los diez copistas que ocupaban las tres primeras mesas de la sala se dedicaban exclusivamente a copiar Biblias. Día tras día, sin pausa, dibujaban una detrás de otra las letras que formaban el Libro Sagrado. Cada ejemplar demandaba aproximadamente un año, a razón de dieciséis horas de trabajo diario, y, cuando finalmente concluían un libro, inmediatamente comenzaban el siguiente.

Durante aquella primera visita a la Casa de Moneda, el pequeño Gutenberg caminaba entre los copistas en puntas de pie para no distraerlos con el ruido de sus zapatos. Bajo la celosa mirada de su padre, escrutaba por sobre el hombro de los calígrafos, manteniendo la distancia suficiente para no rozar las plumas ni, mucho menos, tocar el tintero. La amenaza de que la tinta pudiera derramarse sobre un manuscrito era una suerte de espada de Damocles que pesaba sobre cada copista; semejante posibilidad significaba una tragedia de dimensiones literalmente bíblicas. Johannes observaba absorto cómo la mano se desplazaba por el papel dejando a su paso las letras perfectamente alineadas. El niño imaginaba la sabiduría de aquellos hombres que dedicaban su vida entera a diseminar el conocimiento acumulado por la humanidad. Cada calígrafo, inclinado sobre el libro, el gesto reconcentrado, la barba semejante a la de Zeus y la pluma como parte de su anatomía, componían la imagen viva de la sabiduría.

—Estos hombres deben ser verdaderos sabios —dijo Johannes a su padre.

—Tal vez... —dijo Gershfield esbozando una sonrisa, para completar:

—... si supieran leer.

Entonces el padre de Gutenberg invitó a su hijo a sentarse junto a él y le reveló algunos secretos del oficio:

—Los mejores copistas son aquellos que no saben leer. El sentido del texto no solo altera la caligrafía, sino que induce al error, en la medida en que muchas veces comprendemos lo que deseamos leer o, peor aún, solo entendemos aquello que está al alcance de nuestra razón. Por otra parte, es muy frecuente disentir con un texto, de manera que los copistas letrados pueden verse tentados a dejar su propia opinión en una obra ajena.

Con los ojos fijos en el tribunal pero la atención puesta en sus recuerdos, Gutenberg oía el alegato del fiscal como una letanía y observaba cómo el notario Ulrich Helmasperger plasmaba en el papel cada una de las palabras que, como puñales, surgían de la boca de Sigfrido de Maguntia. La contemplación del escribiente, cuya mano se movía sobre la superficie de la hoja como un pez en el agua, avivaba las remembranzas de Johannes. Así, refugiado en su memoria, evocaba aquel lejano día en que, al salir de la Casa de Moneda, descubrió que sus escasas certezas acababan de derretirse en el crisol junto a los metales preciosos. Se preguntaba cómo era posible que quienes pasaban toda la vida escribiendo solo fueran dueños de su ignorancia y aquellos otros que habían dedicado su existencia a fabricar dinero no poseían más que pobreza. Pero entre tantas palabras, una frase de su padre quedó resonando en la memoria del pequeño Gutenberg: «Un buen copista debe desconocer el alfabeto».

Una buena puta debe saber leer, escribir, hablar varias lenguas y transmitir todos sus conocimientos a sus hijas —enseñaba Ulva a sus jóvenes discípulas.

Tres generaciones convivían en la Congregación de la Sagrada Canasta: Ulva, la mayor de todas las putas, sostenía entre sus brazos a la pequeña hija de Zelda, que reclamaba a gritos los amorosos cuidados que hasta hacía muy poco le prodigaba su madre. El llanto de la niña, que extendía sus manos diminutas hacia el cuarto que ocupaba Zelda, agregaba patetismo a la tragedia y contagiaba a las demás mujeres, que no podían evitar un amargo sollozo. Vieja como era, Ulva desnudó una de sus tetas enormes y todavía turgentes, acomodó la pequeña boca sobre el pezón y a fuerza de succionar, con más angustia que hambre, la niña consiguió que, una vez más, obrara el milagro: aquellas tetas acostumbradas a ofrecer placer, volvieron a dar el maternal alimento. La leche salía a borbotones, inundaba la boca ávida de la niñita y se derramaba sobre el ánimo de todas, devolviendo la calma y el silencio.

Pese a que Ulva jamás había parido, tenía decenas de hijas. De hecho, todas las mujeres que rodeaban el ataúd la consideraban su madre. No se trataba de un mero sentimiento o de una figura retórica: Ulva se había comportado con todas ellas como una madre verdadera; además de cambiarles la ropa, acunarlas y cantarles canciones para que se durmieran, en muchos casos, las había amantado. Y no solo cuando eran niñas. Todas recordaban el día en que, sin que nadie pudiese preverlo, la desgracia se abatió sobre la ciudad. Desde sus orígenes, Mainz había sido objeto de la codicia de diversos invasores. A fines del siglo iv fue saqueada por los alamanes, los suevos y los alanos. Los silingos la destruyeron en el siglo v. Reconstruida años más tarde, fue ocupada nuevamente por los hunos. Cuando las invasiones parecían cosa de la antigüedad, a mediados del siglo xv, Mainz sufrió uno de los peores asedios: el de la muerte negra. La peste se extendió rápidamente por la ciudad; virtualmente sitiados entre el río y las murallas, los habitantes no tenían escapatoria. A merced de la fiebre, con la piel lacerada por los bubones, presas del delirio, la locura y el ardor, los genitales purulentos al aire porque no toleraban siquiera el contacto de la ropa, ejércitos de enfermos deambulaban por las calles como en las representaciones del infierno. En algunos casos, hombres y mujeres se arrojaban desde el puente hacia el Rin impulsados por el hervor surgido de las entrañas. Preferían morir ahogados en las aguas frías y torrentosas a padecer aquel dolor inenarrable. Los clérigos encontraban la causa de la tragedia en la ira de Dios; los médicos, en los inusuales calores del último verano y en los vapores cargados de las aguas estancadas; las brujas y los astrólogos miraban al cielo y señalaban la alineación de Marte, Júpiter y Saturno. Ante la falta de un criterio unánime, todos dirigieron la mirada a la sinagoga de la ciudad; entonces, se arribó a un acuerdo: los culpables eran, cuándo no, los judíos. Nadie sabía explicar exactamente en qué consistía su responsabilidad, pero,

sin dudas, ellos habían despertado la furia divina manifestada en el alineamiento de los planetas que provocó las altas temperaturas del verano, producto de lo cual se estancaron las aguas y se llenaron de animáculos pestilentes. Igual que durante la peste de 1283, los judíos fueron inculpados y ajusticiados. En aquellos días, las autoridades llevaron a la hoguera y quemaron vivos a más de seis mil judíos. En la última ocasión, ni siquiera fue necesario que intervinieran las autoridades: la turba enardecida los iba a buscar a sus casas, a sus templos, a sus comercios y, arrastrándolos por las barbas, los ultimaban a golpes. Sus cadáveres eran amontonados en la plaza y, como a los fardos de heno, les prendían fuego para exterminar el origen del mal.

En medio de la locura generalizada, la población era diezmada por la peste, por el ejército y por las multitudes iracundas, enfermas y hambrientas. La congregación de la Sagrada Canasta, obediente a sus ancestrales preceptos, acostumbrada a las persecuciones, guardaba grandes cantidades de provisiones en un sótano secreto. Ulva cerró las puertas, selló las ventanas y no permitió que nadie entrara ni saliera del edificio. Luego racionó las reservas de alimentos con su maternal ecuanimidad y así consiguió mantener alejada la epidemia y la hambruna, mientras la muerte se adueñaba de la ciudad. Pasaban los días, las semanas y los meses, pero la enfermedad no retrocedía. Hasta que un día se acabó el agua y la comida. Entonces, Ulva extrajo una de sus tetas colosales, se la llevó a su propia boca y comenzó a succionar. Todas las mujeres la miraban pensando que la peste negra se había apoderado de la razón de la mayor de las putas. De pronto, la comisura de sus labios se humedeció con un hilo blanco y espeso, hasta que desde el pezón surgió un manantial de leche tibia. Una por una, primero las más pequeñas, luego las más viejas, todas bebieron de aquella fuente providencial. Ulva, la puta madre, alimentó a sus hijas, nietas y hermanas con sus tetas blancas, gigantes y hermosas durante meses. La muerte negra no pudo llevarse ni a una sola de las adoratrices del Monasterio de la Sagrada Canasta.

Ulva no solo conservaba intactos los atractivos de su juventud, sino que, a juicio de muchos, los años la habían vuelto aún más deseable. Siempre había podido darse el lujo de elegir a sus clientes y, en su vejez, era aún más solicitada que en la primavera de su existencia. Sus tetas portentosas, inconmensurables, mantenían la turgencia de siempre. La cintura de Ulva todavía era estrecha y su vientre, mullido y generoso, producía la plácida atracción de los almohadones de terciopelo. Sus muslos gruesos, duros, rosados, porcinos —si los cerdos no cargaran con el injusto desprecio bíblico— resultaban para muchos su mayor encanto. Como las buenas madres, Ulva daba consejos a sus hijas legándoles toda su experiencia para evitarles pesares innecesarios. Fogueada en el crisol del oficio, la puta madre les enseñaba a las iniciadas todos los secretos y sutilezas del elevado arte de dar placer en el recinto consagrado a la deidad masculina por excelencia. La escultura que tutelaba el salón no coincidía con la representación del Príapo de los murales pompeyanos ni el que adornaba los jardines de Roma; no era aquel del miembro vencido por su propio peso y el glande escondido tras un prepucio semejante a un gorro frigio, sino el Príapo-Mercurio, el de la verga enhiesta, curvada hacia arriba, con la testa soberbia y descubierta, apuntando hacia las alturas como si quisiera hacerse el lugar que siempre le fue negado en el panteón.

La estatua de mármol no pretendía ser un mero ornato, ni tenía por función alejar el mal agüero, atraer la abundancia ni, mucho menos, propiciar la fertilidad masculina, como solía encomendársele. Nada de eso. La imponente escultura del lujurioso hijo de Dionisos y Afrodita cumplía un papel eminentemente pedagógico. Si los profesores de medicina enseñaban a sus alumnos las formas y el funcionamiento de los órganos abriendo cadáveres y diseccionándolos, Ulva se servía del escultural cuerpo de Príapo para que las putas principiantes aprendieran la anatomía y la fisiología del deleite masculino. Antes de que la tragedia se adueñara del prostíbulo más lujoso de Mainz, la mayor de las putas enseñaba a sus hijas algunos de los secretos del arte de dar placer. Estas enseñanzas solían ser tan festivas como didácticas. Pero luego de los asesinatos, Ulva no tenía ánimos para reunir a sus discípulas en torno de Príapo.

La tragedia había entrado en el monasterio de las Adoratrices de la Sagrada Canasta sin que nadie hubiese podido predecirla. La alegre monotonía que imperaba en el burdel, de pronto se vio conmovida por la macabra e insistente visita de la muerte. Ulva, más preocupada por la suerte de sus hijas que por la suya propia, mientras intentaba dilucidar el misterio y averiguar quién se había ensañado con ellas de semejante forma, debía mantener alta la moral de las suyas y no permitir que las invadiera el terror y el desánimo. La mayor de las meretrices tenía la certeza de que la sucesión de crímenes tenía relación directa con el secreto mejor guardado del monasterio: los valiosos manuscritos; los libros que guardaban los arcanos más

antiguos del más antiguo de los oficios.

Ulva sabía que debía ocuparse de aquel aciago presente, sin descuidar el futuro de sus hijas enseñándoles los pormenores del trabajo. Sin embargo, ya casi no llegaban clientes al burdel. La magnífica figura de Príapo se erigía solitaria en medio del salón principal; su miembro tieso y arqueado parecía reclamar los prodigiosos agasajos que la puta madre solía prodigarle durante sus clases magistrales. Hasta hacía muy poco, las manos expertas de Ulva recorrían aquel torso ancho, descendían hasta el vientre poblado de músculos, daban un rodeo por los glúteos redondos como las grupas de un fauno hasta que, por fin, llegaban al lugar esperado por todas las discípulas. Las dimensiones colosales del Dios fálico eran doblemente útiles: por un lado, permitían señalar con claridad cada detalle anatómico y, por otro, encendían el entusiasmo y la atención de las aprendizas. Entonces, Ulva iniciaba la lección:

—En primer lugar, preparad un odre con agua de rosas tibia. Luego, y esto es sumamente importante, adoptad una posición cómoda. Nunca os hinquéis de rodillas ante el cliente. Sentaos en el borde del lecho y procurad que el hombre permanezca de pie. Todo cuanto contribuya a cansar al cliente, redundará en descanso para vosotras. Retirad el prepucio dejando el glande descubierto y frotadlo suavemente con abundante infusión. El agua tibia dilata los tejidos, prepara la erección, inflama los testículos y, sobre todo, remueve la mugre y los olores pestilentes.

Entonces, Ulva ejemplificaba con la monumental verga de Príapo cómo lavar las partes antes de ocuparse ellas.

—La felación no debe iniciarse jamás en el glande. Tened presente: antes de alcanzar la cima, debéis deteneros en todas las estaciones previas.

Dicho esto, iniciaba el recorrido del *Via Voluptuosis*, a través del largo y empinado camino del placer.

—Primera estación: la raíz de la verga —anunciaba Ulva, con una claridad sinóptica—. La peregrinación comienza debajo de los testículos, y de allí deberéis ascender y deteneros en las sucesivas estaciones —decía Ulva, mientras iniciaba el extenso recorrido del deleite.

Así, sentada en el borde de una poltrona semejante a la de Cleopatra, la mayor de las putas explicaba a sus discípulas de qué manera hacer una perfecta *fellatio* valiéndose del modelo escultórico del más viril de los dioses.

—Antes de que la boca tome contacto con las partes, deberéis acostumaros a enfundar los dientes para que jamás entren en contacto con los tejidos del miembro, todos sumamente sensibles. Una mordida involuntaria en cualquiera de las partes podría causar un gran dolor e incluso algún daño. Sin embargo, antes de comenzar a utilizar la boca deberéis aprestar los dedos. Aseguraos de que las manos se hayan calentado con la infusión tibia, jamás habréis de iniciar los tocamientos con las manos frías. Frotad las raíces de la verga en sentido ascendente, alternando el pulgar derecho con el izquierdo, hasta que notéis que el miembro aumenta su volumen.

Sentada cómodamente ante el Dios de la fertilidad masculina, la prostituta decana

rodeaba el saco testicular con el índice y el pulgar de la diestra, mientras con la otra mano frotaba el músculo que unía los genitales con el ojo del culo. Llegado a este punto, hacía una primera recomendación:

—Debéis ser muy cuidadosas en este sitio y avanzar con suma precaución, tanteando la disposición del cliente. A ningún hombre le es indiferente el propio culo. Los hay aquellos que no toleran siquiera un leve llamado a sus puertas clausuradas con cerrojos, y los hay hospitalarios que, como gentiles anfitriones, os invitarán a que ingreséis inmediatamente en su cálido aposento con un dedo, con dos, con tres y hasta con la mano entera. Puede suceder que, en algunos casos, el motivo de la renuencia de los primeros sea el pudor, la salvaguarda del honor o el temor a descubrir los placeres de Sodoma. En ocasiones, lograréis encontrar la llave mágica para abrir la puerta trasera del deleite masculino. Pero nunca debéis intentar forzar la cerradura si no queréis perder un buen cliente.

Luego de este breve desvío, Ulva volvía a tomar la sagrada vía de la Pasión.

—Una vez que el miembro alcanzó la primera etapa de la erección, debéis proseguir hasta la siguiente estación.

En este punto se interrumpía, establecía un breve suspenso y luego, señalando la ubicación exacta en la ruta priapística, enunciaba:

—Segunda estación: el testículo mayor. Difícilmente habréis de encontrar un hombre que los tenga iguales. Pero antes, debéis saber que todo testigo quisiera ser protagonista y que no se conforma con ser *testis* ni, mucho menos, *culus*, es decir, un pequeño fisgón. Dad a los *testiculus* la importancia que reclaman y, por cierto, merecen.

Hecha esta breve digresión, Ulva continuaba con los aspectos prácticos:

—Hay dos formas de congraciarse con los redondos testigos; la primera es golpetearlos con movimientos rápidos de la lengua.

Entonces, Ulva sacaba la lengua y comenzaba a moverla con tal velocidad que se tornaba virtualmente invisible como la cola de una serpiente de cascabel. Acercaba su boca a uno de los testículos de Príapo y así, con la lengua en movimiento, como si tuviese vida propia, percutía de tal manera sobre el mármol que podía escucharse un repiqueteo.

—Estos golpes con la lengua estimulan la producción del fluido seminal, provocando la excitación de la verga. Notaréis que la erección se torna rampante y aumenta en dureza, a la vez que provoca contracciones como si la testa calva y brillante asintiera prestando su acuerdo. Deberéis, entonces, seguir el ritmo de estos espasmos con el movimiento de la lengua y los dedos. Cada verga tiene su propio ritmo. No hay que ir muy rápido ni demasiado lento. Pocas mujeres conocen este secreto. Si conseguís descubrir el sutilísimo *tempo*, tendréis al cliente en un puño. La tercera estación es el testículo menor y debéis proceder de la misma manera que con el anterior, aunque tratándolo con mayor delicadeza, ya que el más pequeño es, también, más frágil. Si lo maltratáis, correréis el riesgo de dar muerte al enhiesto

gladiador.

—Y ahora, preparaos para dar el salto de los escarpados peñones de los testículos al camino recto hacia el placer supremo.

—Antes de enseñaros a dar grande deleite al miembro viril, debo daros una buena y una mala noticia: la buena, para que no temáis por vuestra integridad física, es que jamás encontraréis una verga de semejante tamaño —decía, poniendo en evidencia las dimensiones caballunas de las dotes de Príapo.

—¿Y la mala? —preguntaban las jóvenes putas, con una mezcla de alivio y desazón.

—La mala es que jamás encontraréis una verga de semejante tamaño.

Las aprendizas reían con un dejo de decepción.

Ulva señalaba entonces la protuberancia alargada que iba desde la base del miembro hasta el comienzo del glande y que, gracias a las generosas dimensiones de Príapo, podía notarse en toda su extensión y detalle.

—Tercera estación: el *corpus spongiosum* —anunciaba Ulva—. Es esta la parte más blanda de la verga. La textura esponjosa os permitirá llevar y traer los fluidos con un suave movimiento de los dedos y la lengua, provocando un intenso placer. Podéis lamer el *corpus spongiosum* con la punta de la lengua en forma ascendente y, paralelamente, recorrer, con la palma de la mano, el *corpus cavernosum*. De esta manera habréis de acarrear todos los humores hacia la cabeza, haciendo que esta se agrande y se caliente. Sin embargo, habréis de dilatar un poco más la espera; antes de alcanzar el glande, debéis dirigiros a la próxima estación.

Ulva guardaba un momento de silencio para que las discípulas pudiesen incorporar tantas enseñanzas y luego continuaba:

—Cuarta estación: el *sillon baleano preputial*.

La mayor de las putas mostraba el pliegue que rodeaba el cuello sobre el que se asentaba el glande de Príapo y luego recorría aquel perímetro con el extremo de la lengua como lo haría un satélite en torno de su planeta.

—Llegado a este punto deberéis administrar con precaución vuestro entusiasmo, ya que el cliente podría alcanzar el éxtasis. No es conveniente que esto suceda, puesto que no se resignará a que ese sea el fin de la visita; aun si quedara exhausto, no querrá irse sin consumir, no solo porque pagó, sino que, además, el amor propio se lo impediría. En este caso, deberéis volver a empezar desde el principio para reanimar al guerrero caído, lo cual os demandará el doble de esfuerzo y de tiempo. Si notarais cualquier indicio de la proximidad del éxtasis, deteneos de inmediato hasta que comprobéis que el peligro se haya alejado. Entonces sí, podéis avanzar hacia la siguiente estación.

Ulva se tomaba un tiempo para reclamar la mayor atención de sus hijas y proseguía:

—Quinta estación: el glande.

Señalaba la delgada membrana que unía la enorme y brillante cabeza fálica con la piel del tronco y agregaba:

—Jamás debéis tocar el frenillo con los dedos ni, mucho menos, con los dientes; rozadlo apenas con la lengua. Cualquier movimiento inapropiado podría producir el desgarramiento o el rompimiento de la membrana, provocando una hemorragia incontrolable. En rigor, lo que debéis lamer es la zona que lo rodea: casi todo el placer se concentra en este punto, de modo que habréis de ser cuidadosas y no excederos en la fruición ni en el tiempo. Un minuto es tiempo de sobra. Finalmente, sí, dirigíos a la quinta y última estación: el glande.

La puta madre, haciendo gala de un oficio envidiable, abría la boca y, de un solo bocado, se engullía la cabeza gigantesca del miembro de Príapo. Con la disposición de las boas, Ulva conseguía no solo abarcar la magnificencia de aquel glande pétreo, sino que, en un acto que se diría mágico, hacía desaparecer la mayor parte de aquella verga colosal más allá de su garganta. Las discípulas, llenas de asombro, no se explicaban cómo lograba semejante prodigio.

—Aprovechad que habéis quedado boquiabiertas para practicar —decía Ulva a sus alumnas, a la vez que las invitaba a que recorrieran las cinco estaciones del enorme mástil arqueado del Dios que había derrotado al burro en la competencia por la supremacía fálica. Las que conseguían introducir el glande en la boca, de inmediato daban un respingo, producto de las arcadas, al intentar meterlo un poco más profundo. Luego de divertirse un buen rato mientras veía a sus discípulas al borde del vómito, Ulva proseguía con la lección:

—Ahora que sois unas expertas feladoras, os enseñaré algunas técnicas secretas —decía Ulva.

La mayor de las putas volvía a ocupar su posición en la poltrona junto a Príapo y continuaba:

—Os enseñaré a hacer el *Vuelo del colibrí*: agitada la lengua de la manera en que aprendisteis y, como lo haría un picaflor, recorred las estaciones en el orden establecido, pero deteniéndoos por breves instantes en cada una, tocando apenas las partes de la verga. Una vez que alcancéis la cúspide, introducid la punta de la lengua en el meato y hacedlo vibrar desde adentro de la misma manera que un colibrí metería el pico dentro de la flor. Cuanto más profunda y vibrantemente introduzcáis la lengua, mayor será el placer.

La boca de Ulva iba y venía por el grueso tronco de Príapo semejante al levísimo vuelo del picaflor y su lengua vivaz se tornaba invisible como las alas del pequeño pájaro.

—Ahora preparaos para aprender el *Beso de Judas*: se llama así porque es una técnica artera para provocar el éxtasis inmediato si el cliente, voluntaria o involuntariamente, lo retrasa dilatando en exceso la visita.

La puta superiora desnudaba su pecho y, a la vez que atrapaba el tronco de la verga del Dios libertino entre sus tetas colosales, introducía el glande en su boca. Luego de mostrar a sus alumnas la posición correcta, detallaba:

—Afirmad la cabeza dentro de vuestra boca presionándola fuertemente entre la

lengua y el paladar. Como haría un lactante con el pezón de su madre, succionad vigorosamente haciendo un vacío cada vez más intenso en cada mamada como si ordeñarais con la boca. Al mismo tiempo, frotad el tronco entre vuestros pechos, con una mano estirad suavemente los testículos y, con la otra, la raíz de la verga. Así, con todas las estaciones tomadas por asalto, el éxtasis no tardará en llegar. La descarga será tan contundente que el cliente quedará exhausto, a tal punto que deberéis tomar precauciones para que no caiga rendido con el más profundo de los sueños.

Luego de explicar con palabras claras y comprensibles, Ulva hacía la demostración práctica con la escultura. A pesar de su edad, las discípulas no podían evitar una profunda excitación al ver a la puta más puta de todas las putas, prendida con toda su generosa humanidad, agitándose y contoneándose sobre aquella verga majestuosa. Cualquier testigo habría asegurado que el rostro marmóreo de Príapo se transfiguraba en una súbita mueca de placer. Hubo quien juró que, cierta vez, Ulva consiguió que brotara un fluido blanco, espeso y copioso del falo de piedra del Dios de la lujuria, milagro mucho más asombroso que el de la Virgen de Speyer que, en ocasiones, lloraba lágrimas de sangre.

Sin embargo, todos estos prodigios que la puta madre enseñaba a sus hijas eran apenas meros artificios en comparación con los verdaderos secretos, reservados solo a las elegidas. Las que accedían a los arcanos del placer supremo eran muy pocas: apenas una entre cientos. La elegida era la única entre todas habilitada para acceder a la lectura del libro mejor guardado de todos los libros: el *Libri voluptatium proibitorum*.

Y las últimas elegidas habían sido, precisamente, la tres mujeres asesinadas; las depositarias del secreto del placer supremo, destinadas a suceder a la mayor de las putas. Las únicas, además de Ulva, que sabían dónde se ocultaba el *Libro de los placeres prohibidos*.

—La lectura no debe ser considerada como un deleite del intelecto ni, mucho menos, un divertimento —declamó Sigfrido de Maguntia en lo alto de la tarima dirigiéndose al tribunal—. La lectura es un acto sagrado, solo reservado a quienes deben interpretar las Escrituras y difundirlas entre los simples. Vosotros y nadie más que vosotros, doctores de la Iglesia, sois los responsables de lo que nosotros, clérigos, debemos leer en la misa. Y en verdad os digo que no existe razón alguna para que la lectura exceda los breves límites del púlpito. Los libros no fueron hechos para estar al alcance de cualquiera. Dios confió a Moisés las tablas de la Ley, no al pueblo. Los simples no tienen el raciocinio suficiente para discriminar por sí mismos lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Para eso estáis vosotros, los pastores del rebaño. ¡Imaginad por un momento qué sucedería si los libros se multiplicaran con la misma facilidad con que estos falsarios consiguieron, mediante brujería, reproducir las Escrituras!

En realidad, Sigfrido de Maguntia no solo velaba por el cuidado del rebaño, sino, antes, por su propia razón de ser; el fiscal no podía permitir que su oficio de copista corriera el riesgo de desaparecer.

—Excelencias: imaginad si el satánico artificio de los falsificadores de libros se esparciera como la mala simiente en el viento. ¿Qué sería de los copistas, que, a más del noble oficio de escribir, velan por la autenticidad de la Sagrada Palabra? ¿Qué sucedería si las Escrituras fuesen adulteradas por los falsarios? Y no me refiero solo a los libros: ¡Los propios textos incluso podrían ser fácilmente mutilados sin la celosa vigilancia de los copistas! Ved, majestades, la magnitud del peligro: ¡La palabra de Dios sería reemplazada por la vil soflama del demonio!

Sigfrido de Maguntia descendió del estrado, se acercó al tribunal y, mirando a cada uno de los jueces, preguntó:

—¿Estáis al corriente, señorías, de que el padre del principal acusado, además de conocer como nadie el arte de la acuñación, fue durante años regente de la Casa de Moneda y el encargado de dictaminar en los casos de falsificación de dinero? ¿Estáis en conocimiento, excelencias, de que el principal acusado heredó el oficio de su padre?

El fiscal se acercó a Gutenberg y, señalándolo con el índice, dijo:

—¿Quién está en mejores condiciones de falsificar que aquel que conoce desde la cuna todos los secretos que aplican los embaucadores?

Johannes, mientras escuchaba absorto el venenoso alegato del fiscal, evocaba la figura de su padre.

Friele der Arme, severo regente de la Casa de Moneda, era aún más espartano como jefe de su casa: dueño de un carácter inflexible, no permitía la menor falta de conducta. Su madre, Else Wyrich, era, en cambio, una mujer dulce, delicada y permisiva con la disciplina y la educación de Johannes, el primogénito, y con los

otros tres hijos del matrimonio. No dudaba, incluso, en apañarlos ante un correctivo arbitrario o excesivo por parte de su padre. Else era una mujer justa; su carácter afable se condecía con una expresión calma y una alegría contagiosa, aunque no con su cuerpo, enorme y rubicundo. Hija de un comerciante viudo llamado Werner Wyrich zum steinern Krame, se había criado en la fábrica de hachas de su padre.

Else parecía forjada con el hierro de las macizas piezas que salían del taller paterno. Tenía una estatura infrecuente para una mujer y era, incluso, más alta que la mayor parte de los hombres de Mainz. Rubia, de pelo casi blanco y piel transparente, la mirada clara y amable contrastaba con sus brazos fuertes, gruesos, y las piernas musculosas. Criada entre operarios en el rigor de la forja, manejaba el hacha como nadie y le gustaba hacer las tareas consideradas masculinas: cortaba leña y acarreaba los troncos al hombro; era ella quien hacía los trabajos más duros de la casa, como reparar los tirantes de madera, arreglar las carpinterías y mantener el tejado. Desde luego, también se encargaba de los demás quehaceres propios de las mujeres: cocinar, hacer la ropa, ocuparse de la limpieza y del cuidado de los hijos. Friele era el cerebro y Else, el músculo; él era el general, pensante y riguroso, y ella la tropa, obediente y aguerrida. La figura monumental de Else, hacha en mano, era suficiente disuasivo para cualquiera que se acercara a la casa con intenciones dudosas. Muchos suponían que el nombre de la casa, Gutenberg<sup>[6]</sup>, era un homenaje a aquella femenina montaña de protección y bondad. Dueña de un instinto animal, cuidaba a su prole de los extraños, pero también de los propios. Así como las perras protegían a las crías del ataque de los machos, con el mismo coraje, Else se interponía, silenciosa pero intimidante, entre Friele y los niños cuando él se excedía en su autoridad e insinuaba levantarles la mano. Por otro lado, el canto era parte sustancial de su persona: si estaba alegre, cantaba; si amanecía de talante decaído, cantaba para infundirse ánimos; cantaba mientras trabajaba y, al volver de compras de la plaza del mercado, caminaba cantando para no cejar en la marcha y aligerar el peso de las talegas repletas que cargaba al hombro. Desde pequeño, Johannes se había acostumbrado a que su madre los despertara a él y a sus hermanos con una melodía animada y los durmiera con una canción de cuna. Con el paso de los años, prefería mostrarse como un joven de carácter fuerte ante su padre para complacerlo y evitarse sermones; pero ante Else solía exhibir sus debilidades y así recibir la maternal protección de aquella mujer dulce y gigantesca.

Y ahora, frente al tribunal, mientras asistía a las que imaginaba como las últimas escenas de su existencia, no podía evitar el recuerdo de su madre; en lo más profundo de su corazón, deseaba que ella estuviese allí y, con su estampa todopoderosa y su sonrisa sempiterna, llegara para llevarlo entre sus brazos como cuando era un niño. Un velo acuoso humedeció los ojos de Gutenberg y debió simular un acceso de tos para no quebrarse en un sollozo.

Y así, como si quisiera reconstruir cada instante de su vida ante la posibilidad cierta de perderla, recordó el momento preciso en que decidió su destino. A partir de

aquella lejana primera visita a la Casa de Moneda, Johannes se prometió ser un digno sucesor de su padre, quien, por cierto, no le ocultó ningún secreto del oficio; al contrario, fue un maestro generoso y paciente. De hecho, con apenas doce años, llegó a ser la mano derecha de Friele. Juntos llegaban al trabajo antes de que despuntara el alba y eran los últimos en retirarse cuando caía la noche. Al principio, los empleados recibieron al joven Johannes con frialdad y recelo; lo veían solo como el hijo del regente. Sin embargo, lejos de ocupar un lugar de privilegio, los primeros trabajos que le asignó su padre fueron los más ingratos: cargar el metal hacia el crisol, acarrear las monedas, limpiar las máquinas y barrer las virutas de oro y plata. Cada vez que Friele comprobaba que estaba por desaprovechar la menor brizna de metal, Johannes recibía castigos mucho más severos que los de cualquier otro empleado. Solo así se ganó el respeto de sus compañeros. Con el tiempo demostró reunir las mejores cualidades de un fundidor. A tal punto llegó a destacarse, que el obispado de Mainz solicitó al regente de la Casa de Moneda los servicios de su hijo. Para Friele fue una de las más difíciles decisiones de su vida; por una parte quería que Johannes fuese el heredero de su cargo aunque, por otra, sabía que sería mejor para su hijo que iniciara un camino propio y se forjara un destino por sus medios. De modo que al cumplir los trece años, Johannes dejó de depender de su padre e ingresó en los talleres del clero como maestro herrero. Rápidamente se convirtió, además, en uno de los más destacados orfebres. Nada parecía interponerse para que Gutenberg llegara a ser regente de herreros, fundidores y orfebres del obispado de la ciudad. Sin embargo, las tragedias suelen llegar sin anunciarse.

—Jesucristo debió pasar por todas y cada una de las estaciones del suplicio de la Pasión y sufrir en carne propia por nosotros, pecadores —dijo al retomar su alegato Sigfrido de Maguntia—. ¿Cómo podríamos banalizar el más estremecedor de los libros de la Biblia? Excelencias, tened por cierto que volveríamos a martirizar al Hijo del Hombre si los falsarios se adueñaran de Su palabra. Los únicos libros verdaderos en los que se ha de leer la Pasión y sufrimiento de Nuestro Señor son aquellos que están escritos de puño y letra, de acuerdo con el puño y la letra de los que dejaron testimonio de Sus prodigios. No puede concebirse otro libro que el manuscrito. Cualquier otra forma de producir libros, mediante el artificio que fuere, no merece ser tenido sino como una falsificación y considerarse obra de Satanás.

El fiscal hizo un silencio, se paseó de un lado al otro del recinto como si vacilara en hacer una gran revelación, hasta que finalmente se decidió:

—Excelencias, sabéis que la ocasión hace al ladrón. No quiero deciros con esto que todos son potenciales criminales, sino que, acaso, muchos hombres son buenos porque el destino no los ha puesto a prueba. Tal vez sean muy pocos aquellos que se enfrentan con la desgracia y la transitan con dignidad y sin corromperse. Excelencias, el principal acusado ha sido víctima de una de las peores calamidades que ha vivido nuestra ciudad. Como tantos otros hombres y mujeres de su condición ha padecido el saqueo de su casa, el robo de sus bienes y el exilio. Estoy seguro de que este infortunio ha sido la forma en que Dios lo puso a prueba. Y debo deciros, señorías, que este suplicio ha puesto de manifiesto la pobre catadura moral del acusado y su debilidad de espíritu. Este fue el motivo que lo empujó a delinquir. Solo encuentra al diablo aquel que lo busca.

Mientras el notario apuraba la pluma para no perder una sola palabra, Gutenberg, que hasta entonces oía el alegato del fiscal como una letanía, de pronto se sintió realmente aludido, como si Sigfrido de Maguntia acabara de echar sal sobre una vieja herida que jamás había terminado de cicatrizar. Entonces, recordó el día en que se iniciaron sus desgracias.

Hacia fines de 1411, la economía de Mainz ingresó en un camino tortuoso. Uno de los primeros en percibirlo fue, como no podía ser de otro modo, Friele der Arme. Las autoridades políticas le exigían, cada vez con más frecuencia, que fabricara mayores cantidades de dinero, a la vez que los puesteros de la plaza del mercado se veían obligados a trasladar a sus precios los aumentos diarios con que debían pagar las mercaderías. En octubre de ese mismo año, la Casa de Moneda fabricó más dinero que nunca. Las monedas se evaporaban de las manos de los pobladores con la misma velocidad con que salían de la prensa. El padre de Gutenberg supo que nada bueno podía anunciar aquella combinación de factores. En noviembre de ese año, una cédula ministerial decretó un drástico aumento de los impuestos. El escaso dinero que quedaba en manos de los campesinos era salvajemente arrebatado por los

recaudadores, hasta que, con el inicio del nuevo año, se agotaron los magros ahorros y, en consecuencia, la paciencia de los pobladores. En diciembre de 1411, el pueblo de Mainz, desesperado, se levantó contra las autoridades. Hubo incendios, saqueos y ajusticiamientos sumarios de uno y otro lado. Sus vecinos de toda la vida, campesinos que vendían sus productos en el mercado, puesteros, gente pobre con la que se saludaban amablemente todos los días, de repente actuaban como salvajes desconocidos. Antorcha en mano, incendiaban todo cuanto podían y saqueaban sin miramientos hasta llenar sus miserables carretas.

La sublevación estaba dirigida al patriciado y aunque Friele der Arme no pertenecía exactamente a aquel reducido círculo, se vio obligado a huir junto a los suyos. Resultaba imposible explicar a la turba enardecida que el regente de la Casa de Moneda, en realidad, no tenía un cobre y era casi tan pobre como todos ellos. De modo que, igual que el puñado de familias más acaudaladas, debieron dejar la casa con los escasos bienes que pudieron rescatar.

Quiso el destino que, poco tiempo atrás, Else heredara de su padre una pequeña finca en Eltville am Rhein, un verde y elevado mirador entre las ciudades de Wiesbaden y Lorchhausen sobre la margen norte del Rin. Friele y su familia tenían todo para ser felices; se hubiera dicho que aquella casa en la ladera de la colina más alta, desde cuyas ventanas se veía el río y la imponente silueta del Castillo de los Electores que se elevaba como una monumental torre de ajedrez, era el sitio perfecto para retirarse luego de una vida sacrificada.

El nuevo hogar distaba de ser lujoso; en realidad, se trataba de un antiguo cobertizo transformado en vivienda. Si bien era mucho más grande y luminoso que la casa de Mainz, no ofrecía ninguna de las comodidades de las pequeñas moradas tradicionales de los burgos; al contrario, la familia se encontró con la gélida rusticidad de los hogares de los campesinos. Las paredes no estaban revestidas de maderas nobles, sino que entre los largueros del piso y las tablas de las paredes había resquicios por donde entraba una molesta ventisca y la penetrante humedad de la tierra bajo el suelo. No había mármoles en las escaleras ni ornamentos en las columnas. Los frágiles peldaños que conducían a la buhardilla se doblaban y crujían debajo de los pies como si fuesen a desplomarse uno tras otro. Aquí y allá saltaban gallinas, gansos y roedores indescifrables cada vez que algún miembro de la familia se aventuraba hacia un rincón inexplorado.

Else, acostumbrada desde niña a la vida rústica, no vivió la forzada mudanza como una tragedia; al contrario, el entorno verde y bucólico era completamente afín a su alma forjada con la dureza de las hachas que fabricaba su padre. Tenían viñedos para trabajar y producir los mejores vinos, árboles frutales y un clima seco y soleado durante todo el año. Para Else aquel era un pequeño paraíso en la Tierra. Friele, al contrario, se sentía en el infierno; primero su carácter y luego su salud sufrieron un cambio drástico. Sin saber a qué dedicar su nueva existencia, Friele deambulaba por los alrededores del Castillo de Crass y los palacios más aristocráticos de la Germania

como un tigre enjaulado. Extrañaba su ciudad de Mainz, la penumbra de la Casa de Moneda, la silenciosa sala de los copistas y el burbujeo del oro y la plata en el crisol. No podía evitar la insoportable certeza de que las delicadas monedas fabricadas por él se convertirían en toscos discos opacos en manos de cualquiera de los candidatos a sucederlo.

Mientras Priapo, en la soledad del salón principal del burdel, parecía añorar los tiempos pasados, en la catedral, el notario Helmasperger, que tan bien conocía las habilidades de Ulva y sus hijas, inclinado sobre el pupitre, apuraba la pluma para no dejar escapar ninguna de las palabras del verborrágico fiscal. Igual que el Dios de la virilidad, el escribiente también deseaba en silencio recibir otra vez las incomparables caricias de las adoratrices de la Sagrada Canasta. Gutenberg, por su parte, asistía al alegato de Sigfrido de Maguntia, quien desplegaba sus elocuentes argumentos para convencer al tribunal. Al tiempo que el acusador se regodeaba con sus propios artificios semánticos, Gutenberg recordaba la compleja relación que lo unía y a la vez lo distanciaba de su padre.

Aunque jamás se atrevió a ponerlo en palabras, Friele descubrió que, de la noche a la mañana, se había hecho pobre. La austeridad que siempre lo caracterizó era, finalmente, una elección propia; la pobreza era, en cambio, una cruel imposición del destino. El salario que recibía como director de la Casa de Moneda le permitía una vida desahogada, sin privaciones para su familia y le alcanzaba, además, para disponer de unos pequeños ahorros. Pero ahora tenía las manos vacías y no sabía en qué ocuparlas: los ahorros jamás pudo rescatarlos del saqueo y no encontraba dónde ni cómo ejercer su oficio.

Johannes, que por entonces era un adulto, recriminaba a su padre con un silencio hostil la desaprensión que siempre había manifestado hacia el dinero. Sin mencionarlo, le hacía ver que la ruina en la que habían caído era su exclusiva responsabilidad. Los sermones sobre la importancia de llevar una existencia modesta quedaban refutados por la súbita desgracia. Johannes recordaba la montaña de oro, las barras de plata, las planchas de cospeles, los miles de monedas apiladas, resplandecientes, todos aquellos tesoros de la Casa de Moneda al alcance de la mano, como el recuerdo de un sueño lejano.

Durante la cena familiar, iluminado por una mísera vela, Johannes miraba a su padre con los ojos cargados de resentimiento. Sin atreverse a pronunciar la paradoja, le reprochaba a Friele su conducta irreprochable. No le perdonaba, ya no la honestidad, sino que los hubiese educado a él y a sus hermanos en la más absoluta rectitud. No solo hacía responsable a su padre de haberse mantenido incorruptible, sino de que no le hubiese enseñado que la honestidad no otorga fortuna. Robaban los príncipes y sus funcionarios; robaban los ministros y los recaudadores; robaban los amanuenses y los consejeros; todos robaban, salvo el estúpido de su padre. Pero con un agravante: todo el dinero que corrompía las conciencias y degradaba la moral, salía, precisamente, de la Casa de Moneda. ¿Cómo era posible que el hombre que proveía el vil metal a todo el mundo no se hubiese quedado siquiera con una sola moneda de las que él mismo fabricaba?

Era un secreto a voces que los príncipes, sus ministros, consejeros y escribas

acaparaban enormes sumas de dinero, oro, plata y toda clase de tesoros no solo por ambición personal, sino como precaución ante la posible caída del reino en manos enemigas. Justificaban la corrupción con el argumento de que aquella fortuna pagaría un hipotético exilio. ¿Acaso su padre no era también un funcionario? Su cargo, eminentemente político, del que dependía gran parte de la economía, lo ponía en el centro de las pugnas del poder y lo exponía a las consecuencias de una derrota como la que estaba padeciendo. ¿No tenía entonces el mismo derecho que los príncipes para enriquecerse, habida cuenta de que, a diferencia de aquellos, él no gozaba de investidura real ni de un título nobiliario en el que ampararse? Sin embargo, su padre ya había respondido a esa pregunta durante los días previos a la revuelta; anticipándose a los hechos, había comentado como al pasar en la mesa familiar:

—Un verdadero príncipe, un gobernante que se precie de tal, debe ofrecer la vida antes que entregar la dignidad de sus súbditos y la suya propia.

Luego de los incendios, los saqueos y las promesas de los campesinos de matar a todo el patriciado, a medida que los rescoldos se fueron apagando y los ánimos se aplacaron merced a nuevas promesas, los mismos gobernantes que permanecían en el poder desde siempre, como expertos ajedrecistas hicieron algunos enroques, sacrificaron unos cuantos peones y algún alfil y, como si nada hubiese sucedido, continuaron aferrados a sus sillones. Los pobres siguieron tan pobres como siempre y los ricos se enriquecieron aún más. Pero Friele y su familia, ellos sí habían tenido que exiliarse sin un cobre.

Johannes sentía que habían cercenado su futuro de un plumazo. El destino que había imaginado al frente de la Casa de Moneda o de los talleres del Arzobispado acababa de evaporarse para siempre. Entonces, la mosca verde del resentimiento puso sus fatídicos huevos en la herida. La larva del rencor comenzó a crecer dentro del espíritu de Gutenberg corroyendo su conciencia, hasta que un mal día, la cría hambrienta de la codicia se apoderó de toda su persona. Fue este un proceso invisible y silencioso. Como todos aquellos que han tomado la resolución de alejarse del camino, Johannes no se percibía a sí mismo como un delincuente; al contrario, un sentimiento de justicia guiaba sus pasos sigilosos. Sentía que el mundo estaba en falta con él, que el destino lo trataba con saña, que su padre lo había abandonado a su suerte y que el resto de los mortales era incapaz de comprenderlo. Todo esto se potenciaba con la fuerza incontenible de la juventud y un cierto barniz de romanticismo. Else ni siquiera se percató de la oscura metamorfosis que había sufrido su hijo. Pero su padre, sí.

Padre e hijo estaban unidos por la sangre, las rígidas reglas de la moral familiar, la confianza y el amor paterno-filial. El trabajo duro en la forja los había hecho inseparables como los metales fundidos en el crisol. Sin embargo, tocados por la misma naturaleza de las monedas, Friele y su hijo Johannes se convirtieron en la cara y la ceca, en dos entidades indisolubles pero contrapuestas. Igual que los lados de una moneda, padre e hijo no podían verse, ni tocarse, ni dirigirse la palabra.

A la dolorosa enemistad con Johannes, se sumó la nueva existencia intolerable para Friele. La vida apacible del campo no era para él. Tanto sol y aire puro, lejos de las emanaciones tóxicas de la fundición y los talleres sombríos, tanto silencio y tranquilidad en comparación con el ruido de los martillos, las prensas, los gritos de los operarios, el vértigo de entregar la producción en tiempo y forma, tanta paz y sosiego acabaron por matar a Friele en 1419.

Gutenberg recordaba la súbita muerte de su padre, mientras el fiscal continuaba con su alocución, cargada de golpes de efecto y gestos grandilocuentes.

Habida cuenta del aciago fin de su marido, Else, aun a su pesar, decidió que Johannes continuara la tradición paterna y lo envió a estudiar a la Universidad de Erfurt donde fue inscripto con el nombre de Johannes de Eltville. Fue un estudiante destacado: sus conocimientos previos, todos los secretos que le había revelado su padre, su paso como orfebre por el arzobispado de Mainz y las manos curtidas tempranamente en el trabajo duro, causaban asombro en sus maestros y envidia entre sus compañeros. Era un joven introvertido, curioso y mucho más afecto a la investigación y a la práctica que a las disquisiciones teóricas. Tenía la misma habilidad que su padre para el arte de la fundición, la sutil delicadeza para la orfebrería, la fuerza y la precisión para la herrería. Pero, además, resultó ser un experto grabador. A diferencia de Friele, no solamente apreciaba el dinero como un mero objeto artesanal, sino como la *via regia* para alcanzar sus mundanales propósitos.

Una vez que obtuvo todos los conocimientos necesarios, renunció a los honores y a los títulos y, antes de completar los estudios, partió a Estrasburgo, donde vivía un hermano de su madre. Reservado y silencioso, nadie sabía exactamente cuáles eran los planes del muchacho llegado de Mainz. Por entonces decidió ocultar su rostro detrás de aquella barba de aspecto mongol. A pesar de la estatura que había heredado de su madre, solía pasar inadvertido: la cabeza gacha metida entre los hombros y enfundada siempre en un sombrero, la ropa oscura y el paso ligero, le conferían el escurridizo aspecto de una sombra.

Gracias a los contactos de su tío y a su indiscutible talento, Johannes entró a trabajar como orfebre en el ejército de Estrasburgo. A sus conocimientos en el arte de la fundición, la herrería, la acuñación, la copia de libros y la orfebrería, se sumaba el de las armas. Todas las artes, ciencias y oficios eran para él la mayor fuente de curiosidad. Ávido de saber, llevaba los estudios y la experimentación hasta las últimas consecuencias.

De *motu proprio*, solicitó autorización para fabricar una espada diseñada por él. El general que le había facilitado los elementos que había pedido el joven de Mainz quedó mudo al ver la pieza: la empuñadura ricamente labrada y decorada con piedras preciosas incrustadas, la hoja liviana pero capaz de cortar un pelo a lo largo, la convertían en un arma tan bella como mortífera. La admiración del general no solo le significó el ascenso inmediato a Johannes, sino que le abrió las puertas de una nueva disciplina: la joyería. Un hermano del militar era uno de los joyeros más prósperos de Estrasburgo. Como no podía ser de otro modo, el general mostró a su experto hermano la espada que acababa de obtener. Al ver la empuñadura y el modo en que estaban engarzadas las piedras preciosas, el comerciante no dudó en emplear a

Gutenberg. A su modesto sueldo en los talleres del ejército, se sumó una nada despreciable suma de dinero que le pagaba el joyero para que diseñara alhajas. Podía haber progresado en este último oficio hasta convertirse en una eminencia de la joyería. Sin embargo, consideraba que las alhajas eran algo frívolo, ostentoso y superficial que se alejaba de las alturas que imaginaba para su futuro. Por otra parte, había resuelto no volver a transitar el camino empinado, árido y previsible, que había recorrido su padre. El atajo para llegar a su destino de riqueza no sería a campo traviesa, sino por arriba, volando como las águilas. Él merecía algo más que una existencia pedestre como la del viejo Friele, convertido en el ejemplo de lo que no quería ser.

Rápidamente abandonó la joyería y se dedicó al estudio de la impresión de láminas. A las técnicas tradicionales, Johannes sumó sus conocimientos de acuñación de monedas mediante el prensado con planchas metálicas. Tan preciosos resultaron sus trabajos, que en marzo de 1434 recibió una notificación lacrada de manos de un mensajero oficial. Se trataba de una invitación del mismísimo alcalde de Estrasburgo. De repente, Gutenberg descubrió que había logrado hacerse un camino por sus propios medios. Gracias a sus méritos y no a los favores de algún influyente personaje, llegó al lugar que todo joven con aspiraciones anhelaría. Y aunque sabía que su destino habría de trascender el mero grabado, el joven Johannes Gutenberg sintió que tocaba el cielo con las manos. De la noche a la mañana se convirtió en el grabador oficial del Ayuntamiento de una de las ciudades más importantes de Europa. Como si todo esto fuese poco, el alcalde lo envió a Holanda para que terminara su formación junto al más grande grabador de todo el mundo: Laurens Koster.

Sigfrido de Maguntia, para suplicio del agotado notario, volvió a encaramarse en el estrado, se tomó con ambas manos del balaustre de madera labrada y elevando nuevamente el tono de la voz, agregó una nueva imputación al principal acusado.

—Excelencias —comenzó a decir, dirigiéndose a los jueces—, además de los cargos de falsificación, nigromancia, brujería y satanismo, acuso a los reos de robo. ¡Vulgares ladrones, señorías! ¡Vulgares ladrones disfrazados de sabios! En verdad, os digo, excelencias, que el diablo no pacta con los mejores, sino, por el contrario, con los peores, con los mediocres, con los plagiarios. Ni siquiera tenéis frente a vosotros a tres geniales estafadores, suponiendo que la estafa y la genialidad pudiesen ser hermanas. No. ¡Estáis frente a ramplones rateros que no se han valido ni de su propia inventiva para el mal!

Gutenberg, Fust y Schöffer acusaron el golpe. Fue un puñal que Sigfrido de Maguntia acababa de hundir en el corazón de su orgullo. Los tres miraron al fiscal con un odio profundo. Gutenberg estaba dispuesto a escuchar cualquier imputación. Pero no esa.

Johannes recordó entonces el día en que llegó a Haarlem con el entusiasmo y la curiosidad de un explorador que se internara en tierra virgen. No bien divisó a la distancia las altas agujas de la catedral de Sint-Bavokerk y los edificios públicos que rodeaban la *Grote Mark*, su corazón, siempre abierto a nuevos conocimientos, latió con la fuerza de la fatiga del largo viaje y la euforia del arribo. Desde la plaza del mercado llegaba el aroma de los puestos de flores, cuya fragancia se mezclaba con el del humo de los corderos asados, el pescado fresco, las frutas y las verduras.

La pequeña ciudad no podía resultar más acogedora: el viento del Mar del Norte traía una frescura salitrosa que contrastaba con la brisa suave y húmeda del Spaarne. Abrazada por el río y el mar, Haarlem, además, estaba surcada por encantadores canales cuyas aguas tranquilas confluían en un gran lago central.

Luego de comer y beber con el hambre de los viajeros en una taberna del *Grote Mark*, Johannes encaminó sus pasos hacia la catedral. Con el ánimo renovado por el almuerzo abundante, el buen vino, el sol que brillaba en un cielo diáfano y el rumor acuático, el espíritu de visitante se dispuso de la mejor manera. Invadido por una profunda felicidad, Gutenberg se dijo que aquel día no podría depararle más que satisfacciones. Además de su excelente estado de ánimo, tenía buenas razones para ser optimista y confiar en el éxito de su viaje. El destino le había hecho el más preciado de los regalos: la posibilidad de estudiar con el hombre que mejor conocía los secretos de la xilografía, el grabado y el arte de la escritura: el abate Laurens Janzoon, conocido como Koster<sup>[7]</sup> por haber ingresado de muy joven en la catedral como sacristán.

Nacido en el año 1370, Koster era por entonces un anciano de aspecto venerable.

Envuelto en una toga amplia y repleta de pliegues que lo cubría desde la barbilla hasta los pies, la cabeza oculta por un tricornio y el amplio cuello de piel sobre los hombros, apenas le dejaba visible una franja del rostro. Sin embargo, sus ojos claros, límpidos, se destacaban como si brillaran con luz propia. Cuando estuvo frente al viejo abad, Gutenberg se prosternó ante él en un gesto espontáneo surgido del verdadero respeto y no de las normas del protocolo. Luego presentó las cartas credenciales del Ayuntamiento de Estrasburgo y le hizo saber al religioso la admiración por su bien ganada fama. Hombre sencillo y modesto, Koster conminó a Johannes a incorporarse con un ademán de auténtica humildad. Pero lo cierto era que el anciano religioso tenía sobradas razones para merecer la devoción de cualquier grabador.

Desde que ingresó como monaguillo en la catedral ejerció todos los trabajos, por nimios que pudieran parecer, con la mayor responsabilidad. Su primer oficio fue como fabricante de velas. Se ocupaba de hacer, uno por uno, los cirios, las candelas, las lucernas para las arañas, los blandones y todas las velas que sirvieran para los servicios religiosos o para iluminar. Aquel lejano trabajo fue el que lo llevó a experimentar, por primera vez, el arte del moldeado: utilizaba arcilla para confeccionar moldes para velas, y la cera de las velas para capturar las formas de diferentes imágenes. En la convicción de que jamás podría conocer el espíritu humano sin tomar contacto con los hombres sencillos y sus labores cotidianas, decidió quitarse los hábitos y ocuparse de los más diversos trabajos mundanos: como labriego, compartió las duras jornadas con los campesinos para ganarse el magro pan de cada día; fue posadero en una taberna de baja calaña y conoció el alma de los criminales, de los pobres de espíritu que necesitaban ahogar sus pesares en alcohol, la desesperación de los insomnes, la corrupción de los poderosos que contrataban los servicios de los criminales y se aprovechaban de los pobres de espíritu y de los desesperados. Fue oficial de la guardia pública de Haarlem y llegó a capitán. Fue tesorero, carpintero, herrero, platero, fundidor, grabador. Fue discípulo y fue maestro. Cuando sus manos se hicieron sarmentosas, curtidas y fuertes, cuando su alma conoció la necesidad, el sufrimiento y la inmisericordia que padecía la mayor parte de los simples, solo entonces decidió volver a ponerse los hábitos para parecer el monje que nunca había dejado de ser.

Otra vez en la catedral, Laurens Koster se dedicó a difundir el Verbo entre los que no sabían leer, estampando láminas que representaban los diferentes pasajes de la Biblia. Siempre le había sorprendido el hecho de que los mejores jugadores de naipes de la taberna eran incapaces de entender una sola letra, aunque, desde luego, eran muy buenos con los números y las figuras. De manera que para llegar al alma de aquellos que más necesitaban de la Palabra, debía apelar a las imágenes. Ideó un mazo de naipes que, en lugar de figuras paganas, presentaba imágenes sagradas: en vez de espadas, mostraba cruces; en lugar del rey, representaba a Jesús; la reina era la Virgen y así cada figura de la baraja ordinaria era reemplazada por otra venerable.

Por entonces, el juego de cartas había sido prohibido en casi todas las grandes ciudades de Europa: desde 1310 estaba prohibido en Barcelona; fue declarado ilegal en Marsella en 1337 y más tarde en Venecia. Las autoridades de Haarlem habían intentado perseguir varias veces a los jugadores, pero estos siempre se las ingeniaban para encontrar sitios clandestinos. La baraja de Koster funcionaba de una manera paradójica: en lugar de ser los jugadores quienes eludían la norma moral, sería la moral la que entraría de contrabando en sus almas enviciadas. A los ojos de los viajeros resultaba un extraño espectáculo ver a los tahúres invocar el nombre de Jesús, María y José, a la vez que estrellaban sus figuras contra el tapete.

Más allá de la eficacia espiritual de la baraja de Koster, cierto era que los naipes estaban dotados de una belleza incomparable. A diferencia de las cartas rústicas y ordinarias, las que fabricaba el monje parecían estar hechas por la mano de un sutilísimo artista. Nada tenían que envidiar a las mejores láminas que reproducían los murales de palacios e iglesias; más aún, las superaban por mucho.

La técnica requería de varios pasos. Con un buril, Koster grababa las figuras sobre un taco de madera con la forma de cada naipé. Una vez que completaba los cuarenta tacos, los reunía en cuatro grupos de diez y luego los cubría con tintas que él mismo fabricaba. Hecho esto, colocaba un grueso papel de algodón rígido del tamaño de cada grupo de diez tacos y los sometía a la presión de una prensa muy semejante a la que se utilizaba para fabricar vino. Luego quitaba el papel y, mágicamente, quedaban impresos los diez naipes, que luego cortaba con una hoja afilada que trabajaba sobre una bisagra. Y así, repetía el procedimiento hasta formar la baraja. Con este método podía fabricar decenas de mazos por día. Este, claro, fue solo el principio; más tarde, con esta misma técnica habría de imprimir no solo láminas, reproducciones de pinturas famosas que adornaban iglesias y palacios sino que, gracias a estas artes, podía ponerlas al alcance de todo el mundo a un costo ínfimo.

Laurens Koster acogió a Gutenberg como discípulo. Fue un maestro generoso. Johannes supo ganarse la confianza del monje holandés a fuerza de demostrarle su talento. Pero sobre todo, en virtud de su disposición para el trabajo; el nuevo discípulo de Mainz era infatigable. Podía pasarse toda una jornada trabajando, estudiando e investigando sin dormir durante días. En la medida en que Gutenberg se mostraba cada vez más aplicado, el anciano maestro le revelaba una nueva técnica que, hasta entonces, nadie conocía. Johannes era un verdadero privilegiado. Sin embargo, sospechaba que el viejo Laurens Janzoon Koster guardaba un secreto que solo se reservaba para sí. Gutenberg se había propuesto no abandonar Holanda hasta conocer el último de los arcanos del oficio de grabador.

Sigfrido de Maguntia, al notar el enardecimiento que había provocado en Gutenberg su última acusación, decidió insistir y profundizar en el argumento:

—¡Ladrones de poca monta, excelencia, eso es lo que son los tres acusados! —vociferó el fiscal.

Luego, poniéndose de pie junto a Johannes, lo señaló con el brazo extendido y en tono dramático, al borde del llanto, agregó:

—No solo me ha despojado a mí de lo único que poseo, mi modesto oficio de copista, sino que no ha vacilado en apropiarse también del trabajo y las herramientas del maestro holandés Laurens Koster, quien lo acogió en su casa, le dio cobijo, comida y lo trató como a un discípulo dilecto.

Gutenberg, frente al tribunal, rememoraba sus días en Holanda y la relación que había entablado con su maestro, quien por momentos se mostraba generoso y, por otros, se sumía en silencios herméticos cuando le requería alguna explicación. Johannes había notado que cada vez que lo interrogaba sobre ciertos detalles de las técnicas de los libros xilográficos, Laurens Koster le respondía con un laconismo enigmático. Ante la insistencia de Johannes, el viejo monje solía desembarazarse del asunto con evasivas contrastantes con el habitual entusiasmo que empleaba para enseñarle otros menesteres del oficio del grabado. Sin embargo, tanta era la tenacidad del discípulo de Mainz que, en cierta ocasión, ya en el límite de la paciencia, el abad le respondió misterioso y terminante:

—Si quieres evitar problemas, dedícate al grabado de las láminas. Los libros son un asunto delicado que solo habrá de traerte complicaciones.

Semejante declaración no hizo otra cosa que acicatear aún más la curiosidad de Johannes. A partir de aquella conversación, Gutenberg redobló su atención: seguía subrepticamente a su maestro y lo escudriñaba desde las sombras para descubrir los escondrijos secretos que guardaba toda catedral. No existía iglesia que no escondiese una trampa en el suelo para acceder a los sótanos, una claraboya alta que condujera a una buhardilla recóndita o una puerta simulada tras un mueble que llevara a alguna sala privadísima. Johannes no le perdía pisada al viejo Koster. Sin embargo, nunca pudo sorprenderlo en ningún movimiento furtivo.

Un día en que el abate debió viajar a la vecina Amsterdam para atender cierto asunto, el discípulo aprovechó y entró en su claustro. Revisó los cajones en los que el abad guardaba sus escasas pertenencias, las páginas de su libro de anotaciones, el interior del ropero, los resquicios del modesto camastro y hasta las tablas del piso. Nada. Cuando estaba por abandonar el cuarto, convencido de que su maestro no tenía nada que ocultar, sucedió algo inesperado. Al acomodar los objetos que había revuelto, un pequeño sello que estaba sobre la mesa de noche —que había visto antes aunque no le otorgó importancia alguna— se deslizó sobre la portada del cuaderno y cayó al suelo. Al tomarlo entre sus dedos, dos cosas llamaron su atención: para

tratarse de un sello tenía una forma inusualmente alargada y, más notable aún, la inicial no era la *K* de Koster ni la *L* de Laurens; ni siquiera la *J* de Janzoon. Se trataba de una inexplicable letra *a* minúscula. No había nadie en la catedral cuyo nombre comenzara con *A*. Pero, por otro lado, ¿quién, por muy modesto que fuese, utilizaría un sello con iniciales minúsculas? Gutenberg escondió entre sus ropas aquella misteriosa pieza de madera labrada, dispuesto a resolver el pequeño enigma.

Convencido de que la talla con la letra, en apariencia insignificante, era parte de algo mayor, Johannes esperó el regreso del prior para que fuese él quien lo condujera a la elucidación del misterio. Una y otra vez había examinado la pieza de madera y no acertaba a distinguir qué podía ser ni para qué podía servir. Cuando por fin Koster volvió de su breve viaje, Gutenberg decidió retomar sus indagaciones. Se debatía entre dos alternativas: la primera, decir a su maestro que había encontrado aquella pieza por casualidad y preguntarle, sin rodeos, qué era exactamente; la segunda consistía en guardarse la letra de madera y esperar a que Koster la buscara sin éxito, hasta que, como las alimañas, se dirigiera a la madriguera en la que fabricaba sus enigmáticos artefactos secretos. La primera opción era la más sencilla, pero, evidentemente, la menos segura: corría el riesgo de que el abad se negara a responderle y recuperara su pieza despojando a Johannes de su hallazgo. Además, podía alimentar la sospecha de que el alumno de Mainz había estado hurgando en su claustro. La segunda tampoco le aseguraba el éxito pero, al menos, si Gutenberg no conseguía hallar el taller oculto de Koster, podría conservar la pieza e intentar descifrar su utilidad. Tal vez, se dijo, todas aquellas lucubraciones no tuviesen sentido alguno; quizás esa letra fuera algún resto de un grabado, de una plancha de xilografía o una simple talla hecha para ensayar caligrafía. Sin embargo, por alguna extraña razón, Johannes intuía que esa sencilla letra *a*, minúscula e insignificante, era la parte elemental de un universo desconocido.

Apenas unos días después del regreso de Koster de Amsterdam, Gutenberg notó que el viejo abad tenía un ceño adusto como jamás le había visto; iba de aquí para allá buscando y rebuscando en cuanto cajón, armario o biblioteca, había en la catedral. Lo vio caminar en cuatro patas entre los reclinatorios, detrás de las imágenes, en el atrio, en el altar, en el púlpito, en las escaleras, peldaño por peldaño, y en todos los recovecos de cada ámbito de la basílica. Conociendo el objeto de la búsqueda, Johannes le preguntó:

—¿Habéis perdido algo?

—Algo, sí, algo... —dijo el abad sin dar mayores precisiones.

—¿Puedo ayudaros?

—No lo creo...

—Tal vez, si me dijerais qué buscáis...

—Nada importante —dijo, sin poder disimular la desesperación con la que examinaba cada rincón.

—Si me decís qué es podré ayudaros.

Gutenberg por un momento tuvo la esperanza de que con una palabra el viejo Koster le revelara el misterio.

—Una madera, nada especial, un recuerdo de... en fin, nada, una madera como de este tamaño —dijo separando los extremos del índice y el pulgar.

Solo entonces, Gutenberg pudo comprobar la importancia de aquella pieza cuyo nombre el prior evitaba develarle.

Cuando cayó la noche, Johannes tuvo la certeza de que estaba muy cerca de encontrar, al fin, lo que había buscado durante tanto tiempo, aunque hasta entonces no supiera de qué se trataba exactamente. Comió solo en su claustro apenas una papa sin condimentar. La comida en la catedral solía ser muy austera, pero, además, Gutenberg tenía las tripas tensas como la cuerda de una lira. Koster hizo lo propio en su cuarto de retiro: tomó un tazón de caldo y un mendrugo. El uno porque la había perdido, el otro porque la había encontrado, ambos, maestro y discípulo, tenían la cabeza ocupada en aquella pieza de madera con una pequeña letra grabada. Luego de la cena frugal y solitaria, los dos se metieron en sus camastros y, casi al mismo tiempo, apagaron los candiles.

Como si la catedral hubiese sido visitada por íncubos, Johannes y el abad, cada cual en su cama, daban vueltas sin poder conciliar el sueño. Víctimas de súbitos accesos de frío, se arropaban hasta el cuello para quitarse luego las cobijas, cubiertos de sudor. Los pensamientos se sucedían con imágenes caóticas, perturbadoras. Los corazones palpitaban con una fuerza tal que, ambos, desvelados, debían cambiar de posición para que los latidos no se hicieran audibles. De pronto, el rechinar de una bisagra sobresaltó a Gutenberg; luego escuchó el ruido de una puerta que se cerraba y, finalmente, oyó unos pasos que avanzaban por la galería y apuraban la marcha delante de su puerta. Se incorporó apoyándose en sus brazos. Con igual sigilo que presteza, Gutenberg saltó del camastro, se cubrió con una toga, abrió la puerta sin hacer ruido y, al asomarse, creyó ver la silueta del viejo Koster alejándose por la crujía que unía los claustros hacia el patio contiguo. Entonces decidió seguirlo. El prior caminaba con paso resuelto y, considerando su edad, bastante ligero. Bordeó el muro perimetral, avanzó hacia una de las puertas secundarias que conducían al exterior de la basílica, tomó una gran llave de hierro, abrió la puerta y salió. Una vez afuera, Koster volvió a echar llave a la cerradura.

Johannes iba y venía sobre sus pasos sin saber qué hacer; no tenía forma de abrir ninguna de las puertas. Entonces, con bríos juveniles, trepó por las ramas gruesas de la hiedra que revestía el muro y alcanzó el tope. Pero del otro lado no había plantas ni ninguna otra cosa que sirviera para facilitar el descenso. Desde aquellas alturas pudo ver cómo Koster se alejaba por una callejuela empedrada. Sin pensarlo, cerró los ojos, se persignó y encomendándose a la providencia se dejó caer hacia el otro lado.

Gutenberg se desplomó de manera tumultuosa; el impacto contra el suelo fue brutal. Se había enganchado con la punta de una piedra y al enredarse en sus propias vestiduras, Johannes cayó de espaldas al piso. Sin embargo, el accidente provocado

por su ropa lo salvó de romperse los huesos, ya que aminoró la velocidad de la caída y, en consecuencia, el impacto fue menor. Cuando comprobó que estaba sano y salvo, Gutenberg se incorporó, acomodó su atuendo cubriéndose nuevamente las partes que habían quedado desnudas durante el salto y corrió tras los pasos del abad.

La calle estaba desierta y solo se escuchaba el rumor del agua que surcaba la ciudad. Johannes debía ser silencioso para no ser descubierto. Uno tras otro, el abad y su discípulo atravesaron la plaza del mercado en diagonal, cruzaron el puente sobre el canal, serpentearon varias callejuelas hasta que, por fin, el viejo Koster, agitado, llegó a destino. La alegría de Johannes por el descubrimiento de la guarida del prior se convirtió en asombro cuando vio qué era aquella construcción en la que se aprestaba a ingresar el grabador holandés.

Los jueces escuchaban con atención las revelaciones del fiscal. El notario Ulrich Helmasperger estaba concentrado en las palabras de Sigfrido de Maguntia quien, implacable, mantenía el tono encendido y la lengua filosa. Los acusados no albergaban esperanzas de salir con vida del proceso ante la incisiva oratoria del acusador.

Abstraído en sus propios recuerdos con la mirada perdida en los vericuetos de la memoria, Gutenberg evocaba su estadía en Holanda. A Johannes le había sorprendido la notable escasez de mujeres en Haarlem. En las calles, en las plazas y en las tiendas, era evidente la superioridad numérica de los hombres. Sin embargo, Gutenberg recibió la asombrosa noticia de que, en realidad, las mujeres casi duplicaban la cantidad de varones. «¿Dónde se esconden?», se preguntó, antes de conocer la verdad. El secreto residía en los *hofjes*.

El *hofjes* era una institución largamente arraigada en Haarlem. Por lo general, se trataba de una importante construcción en forma de herradura que se extendía en torno de un gran jardín poblado de flores y árboles; en algunos casos, estos parques podían alcanzar la superficie de un pequeño bosque. Algunos estaban rodeados por hermosos canales y por murallas altas y majestuosas. Las puertas, decoradas y pintadas por lo general de un azul intenso, solían estar presididas por la imagen de una virgen protegida por un pequeño capitel. Pero lo más curioso de estas edificaciones no era la arquitectura, sino su población: se trataba de verdaderas ciudadelas habitadas solo por mujeres. A diferencia de los conventos, en los *hofjes* no vivían monjas ni existía un orden jerárquico; no regía la dura disciplina eclesiástica ni estaban dirigidos por una inflexible madre superiora. Las mujeres solían ser religiosas, sí, pero laicas, y la organización se establecía de acuerdo con principios seculares más que monacales. Nacidos en Liège, Bélgica, en el siglo XII con el nombre de beguinajes en virtud del apellido de su fundador, Lambert le Bègue, se extendieron rápidamente por todos los Países Bajos. Pero en ninguna otra ciudad había tantos como en Haarlem. Estas virtuales ciudadelas surgieron como casas de caridad en las que recibían refugio las mujeres pobres, las viudas, las que, por las razones que fueran, se quedaban sin techo o sin familia, o sencillamente, aquellas que querían ingresar para aprender oficios o retirarse a una vida espiritual sin someterse a las privaciones monásticas. En todos los casos, las beguinas —así se llamaba a esta orden laica— eran libres de abandonar el *hofje* cuando quisieran y no debían rendir cuentas ante nadie si decidían dejar el beguinaje para contraer matrimonio.

En contraste con los monasterios, donde las religiosas llevaban una vida de clausura cuando no de sacrificio y hasta de flagelación, el *hofje* se caracterizaba por una existencia alegre, volcada hacia afuera de los claustros, en el aire libre del amplio jardín. Las labores eran mundanas y agradables, y había diferentes talleres en los que

las mujeres aprendían y desarrollaban diversos oficios. Fundados en general por benefactoras ricas, estos beguinajes luego se mantenían gracias al trabajo de sus moradoras y a los aportes de las autoridades. Por entonces en Haarlem existían varias decenas de *hofjes* diseminados por toda la ciudad. Para los extranjeros, estos conventos laicos eran objeto de asombro y solían despertar las más diversas fantasías, muchas de ellas fundadas en murmuraciones. Algunos imaginaban verdaderos templos de disolución; acaso porque estaban rodeados de agua, muchos los asociaban con la isla de Lesbos, la mítica tierra en que Safo, la poetisa, cantaba su pasión por las mujeres. Contribuía a estas lucubraciones el hecho curioso y, para ciertos miembros del clero, condenable, de que las beguinas, igual que Safo, también eran poetisas, escritoras y amantes de los libros.

Tal vez la más célebre de las beguinas haya sido Hadewych de Amberes quien, a mediados de siglo XIII, dejó una vasta obra poética, epistolar y diversas crónicas de sus experiencias espirituales en los beguinajes. Para indignación de muchos clérigos, Hadewych no escribía en el idioma del Sacro Imperio, el latín, sino en su entrañable neerlandés, considerado una lengua vulgar por la Iglesia. Pero, además, muchos de sus versos eran no ya profanos, sino lisa y llanamente heréticos. Su poesía más conocida, *Amar el amor*, era una verdadera elegía al amor mundano y carnal, alejado del concepto monacal que solo admitía la adoración a un solo hombre: Jesús. De hecho, muchos de sus versos terminaron ardiendo en las hogueras.

No corrieron mejor suerte las obras de Matilde de Magdeburgo, beguina y poetisa, cuyo libro, titulado *La luz que fluye de la divinidad*<sup>[8]</sup>, acabó repudiado por la Iglesia. La jerarquía eclesiástica no toleraba que estas mujeres, laicas y escritoras, se tomaran la libertad de hablar de cuestiones mundanas o, peor aún, de escribir sobre cosas sagradas sin su consentimiento previo, ni su exégesis posterior. En rigor, los clérigos no soportaban que fuesen mujeres, escritoras, laicas y que esparcieran sus ensoñaciones heréticas o, más grave todavía, religiosas, en lenguas vulgares como el flamenco, el neerlandés, el francés y el alemán.

Pero de todas las beguinas, quien padeció el peor de los martirios fue Marguerite Porrette. Autora del maravilloso libro *El espejo de las almas simples*<sup>[9]</sup>, cuyos versos fueron enviados al fuego de la Inquisición junto con su autora. Condenada por el obispo de Châlons, fue quemada viva el 1 de junio de 1310 en la plaza de Grève.

A causa de la larga historia de juicios y prejuicios que pesaban sobre las beguinas, muchos viajeros, incluido el propio Johannes, dejaban volar su imaginación cada vez que pasaban frente a las puertas azules de aquellas fortalezas habitadas solo por mujeres. Gutenberg se figuraba una entrada triunfal en la que, a poco de trasponer los muros, hordas de mujeres desesperadas se arrojarían sobre su masculina persona y, ávidas de sexo, le arrancarían la ropa y le harían conocer placeres como jamás hombre alguno experimentó. Por estas mismas razones, Johannes no salía de su asombro mientras escudriñaba a Koster dispuesto a entrar en aquel lugar prohibido. Para entonces, se había olvidado por completo de la pequeña pieza de madera con la

primera letra del alfabeto grabada; sus fantasías viajaban ahora en una dirección muy diferente.

Oculto tras un ligustro que surgía del borde del canal, Gutenberg vio cómo el viejo monje tomaba unos pequeños guijarros del suelo y los arrojaba con una diferencia de pocos segundos, uno tras otro, como si se tratara de una seña, sobre uno de los tejados que asomaban tras el muro. Luego se alejó unos pasos y aguardó a una distancia prudencial. Johannes escuchó movimientos dentro de la fortaleza femenina, y poco después observó, azorado, la silueta de una mujer que abrió apenas la puerta azul para dejar pasar al abad de la catedral de Sint-Bavokerk. ¿Cómo era posible que aquel anciano venerado por toda la ciudad de Haarlem tuviera la osadía de entrar en ese recinto donde, se suponía, las mujeres permanecían a salvo de los hombres? ¿Y si fuera al revés; si en realidad los *hofjes* protegían a los hombres de la lascivia de las beguinas? Como quiera que fuese, ¿qué relación podía existir entre la letra que le había sustraído a su maestro y las misteriosas actividades secretas en aquel lugar prohibido? Gutenberg no estaba dispuesto a resignar las respuestas a todos sus interrogantes.

Mientras el fiscal proseguía con su extenso alegato, Gutenberg, los ojos vueltos sobre sus propios recuerdos, rememoraba su incursión en aquel increíble refugio femenino.

Con el cuerpo todavía dolorido por la reciente caída desde el muro de la catedral, Johannes se dijo que acaso Dios había decidido, literalmente, levantar paredes para poner a prueba su fortaleza. Una vez más, se dispuso a trepar. Pero a diferencia de su anterior hazaña, esta vez debía escalar sin el auxilio de enredadera alguna: era una pared alta y completamente lisa. Miró en derredor para ver de qué podía valerse para el ascenso. En el canal, justo delante de él, había una barcaza amarrada. Sin pensarlo, desenrolló la cuerda del amarradero y con sus hábiles manos desató el nudo que mantenía la embarcación junto al muelle. Ni siquiera se percató de que al hacerse de la sogá, la pequeña nave quedó a merced de la corriente del canal y, lentamente, se alejó a la deriva. Corrió con la cuerda hacia el *hoffje*, hizo un lazo corredizo y con la destreza de un domador de caballos, consiguió enlazar uno de los minaretes que remataban el muro. Tan fuerte era su curiosidad, que no fue consciente de las consecuencias de semejante osadía. Violar la privada intimidad de un refugio de mujeres podía costarle la vida. Pero el ingreso del viejo Koster era, de alguna manera, una licencia que acaso lo habilitaba también a él.

Con un par de tirones, constató que la sogá estuviese bien sujeta y fuera lo suficientemente resistente para soportar su peso. Hecho esto, rodeó la cuerda en su antebrazo, afirmó la suela de los zapatos en el muro y comenzó el lento ascenso. Cuando alcanzó la parte superior de la pared y pudo ver el interior, quedó estupefacto. La luz de la luna iluminaba el jardín central, cuyas blancas calas resplandecían como ojos abiertos. Todo era de una belleza paradisíaca: en el centro del parque había un pequeño lago en el que flotaban las más diversas y maravillosas plantas acuáticas: nenúfares en flor, violetas de agua y lirios. Los balcones y las ventanas estaban repletos de macetas igualmente floridas. Las puertas trasuntaban hospitalidad con arreglos de cintas de colores. En algunos de los áticos que antecedían los claustros se veían canastos con frutas. No había nada que no estuviese tocado por la delicada mano de las mujeres. La brisa traía el inconfundible perfume de los cuerpos femeninos. Solo entonces, Gutenberg comprendió el abismo que separaba el *hoffje* del convento. Era la diferencia absoluta entre los opuestos: el blanco y el negro, la luz y la oscuridad, el perfume y el hedor, el bien y el mal, la salud y la enfermedad, la pureza y la disolución, el hombre y la mujer. De hecho, se dijo Johannes, cualquier presencia masculina hubiese corrompido aquella deliciosa armonía que solo las mujeres podían componer.

Por un momento consideró la posibilidad de desandar sus pasos y renunciar a cometer semejante sacrilegio, pero en ese preciso instante, desde su posición tras el minarete, pudo ver al abad caminando en compañía de la mujer que le había abierto la puerta. No parecía ser aquella una circunstancia clandestina. Al contrario, el viejo

Koster iba con las manos enlazadas por detrás de la espalda y la mujer conversaba animadamente con una sonrisa en los labios. Borearon el lago, atravesaron el jardín y finalmente se perdieron debajo de una galería que conducía hacia otra construcción. Entonces sí, Johannes pasó la cuerda hacia el otro lado del muro y se descolgó con sigilo. Una vez dentro, se deslizó ocultándose de árbol en árbol, de muro en muro, hasta que, por fin, llegó al recinto en el que habían entrado su maestro y la anfitriona momentos antes. Caminó en cuclillas hasta el alféizar de una de las ventanas y se asomó con cautela entre las plantas. Lo que vio fue una escena inverosímil.

Era un taller cuya disposición le recordó la Sala de los Copistas de la Casa de Moneda que dirigía su padre. Solo que en lugar de hombres barbados y circunspectos, había mujeres gráciles y sonrientes trabajando sobre unos enormes y preciosos libros. Pero su asombro fue mayúsculo al comprobar que las letras no surgían de la pluma de un copista, sino de unas tablas compuestas por pequeñas piezas talladas en madera. ¡Eran letras exactamente iguales a la que había encontrado en el claustro de su maestro! Todo el alfabeto estaba grabado en tablillas independientes e intercambiables. Con las diferentes piezas, Koster armaba palabras y así componía las páginas, en espejo, dentro de una caja. Desde su escondite, Johannes pudo ver el proceso completo. Una vez compuesta la caja que contenía las futuras páginas de cada libro, una mujer distribuía tinta sobre la superficie de las letras con una muñeca de tela compacta. Luego trasladaba la caja entintada hasta una prensa, la cubría con un papel del mismo tamaño del bastidor y luego, entre tres mujeres, accionaban las manivelas de la prensa con todas sus fuerzas. A una orden de Koster, volvían a levantar la prensa, retiraban el papel y, mágicamente, la página quedaba impresa. El proceso no difería demasiado del de la acuñación de monedas; de hecho, era como entintar monedas, cubrirlas con un papel y prensarlas.

Al ver la página terminada, Gutenberg tuvo que morderse la lengua para no dar un alarido y, agachado como estaba, debió sujetarse los pies con las manos para no saltar e irrumpir en el taller a través de la ventana. Qué duda podía haber —se dijo Johannes—, estaba asistiendo a un verdadero aquelarre de brujas. Bajo los hábitos de Koster, se escondía el mismísimo Satanás. ¿Qué otra cosa podían ser aquellos libros sino la obra del Maligno tantas veces condenada por los Padres de la Iglesia? De seguro, esos enormes y decorados volúmenes eran las obras prohibidas de las beguinas heresiarcas. Intuía que de aquella prensa diabólica salían los versos de Hadewych de Amberes, de Heilwige Bloemart y de Matilde de Magdeburgo. No albergaba duda alguna acerca de que aquellas hijas del maligno intentaban difundir los libros de María de Oignies, de Lutgarda de Tongeren, de Juliana de Lieja, de Beatriz de Nazaret y, por supuesto, los de Marguerite Porrette.

Gutenberg tenía la convicción de que Dios lo había conducido hasta ese lugar para cumplir una misión. Aquella certeza lo desembarazó de cualquier sentimiento de profanación, a pesar de permanecer escondido como un ladrón, mientras espiaba al grupo de mujeres. Ya era muy tarde. Estaba dispuesto a esperar allí hasta que Koster

y sus asistentes terminaran la labor, así tuviese que quedarse hasta el alba.

No hizo falta que aguardara tanto tiempo. Cuando estuvo impresa la última página del libro, el monje se despidió con un saludo breve pero afectuoso, salió del taller y, acompañado por la misma mujer que le había abierto la puerta, se retiró del *hofje*. Las mujeres limpiaron, ordenaron y pusieron a secar las páginas en una cuerda como quien colgara ropa. Hecho esto, soplaron las candelas y abandonaron también el taller. Johannes esperó a que pasara un tiempo prudencial; cuando estuvo seguro de que ya nadie quedaba fuera de los claustros, empujó las hojas de la ventana y, con el sigilo de un felino, entró en el taller.

Gutenberg recorrió el taller iluminado apenas por la luz de la luna llena que ingresaba por la ventana. Con los ojos acostumbrados a la oscuridad y su memoria prodigiosa, podía orientarse a la perfección y ubicar hasta el más mínimo detalle de cuanto había visto oculto desde el alféizar. Johannes sabía cuál era su objetivo; sobre una de las grandes mesadas, a un costado de la prensa, descansaba en una caja alargada un juego completo de letras de madera, como la que había encontrado en el claustro de Koster, que incluía todos los caracteres del alfabeto y los números del 0 al 9. Pero, además, quería confirmar sus sospechas sobre los títulos que se apilaban en los anaqueles.

Grande fue la sorpresa de Johannes al comprobar que, lejos de tratarse de libros prohibidos como los de Marguerite Porrette, los versos heréticos de Hadewych de Amberes o cualquier otro anatema de la impura tradición de las beguinas, el volumen que tenía entre las manos era un precioso ejemplar de la *Gramática Latina*. Nerviosamente, examinó los demás títulos: todos eran escritos sacros. Lleno de asombro, pudo ver una *Biblia pauperum*. Koster, refinadísimo grabador, había conseguido combinar el arte de la xilografía con el de la caligrafía; la *Biblia de los pobres* salida de su prensa mostraba una sucesión de imágenes del Antiguo Testamento que preanunciaban la llegada del Mesías y escenas de la vida de Jesucristo que confirmaban los dichos de los profetas de Israel. No se trataba de un libro con ilustraciones sino, al contrario, de una serie de dibujos acompañados de breves leyendas ubicadas de modo tal que las palabras parecían salir de la boca de los distintos personajes. La *Biblia Pauperum* estaba destinada a que cualquiera, aun aquellos que apenas sabían leer, pudieran comprender el mensaje.

Había un ejemplar de la versión resumida del *Ars Moriendi*, una serie de recomendaciones para alcanzar una muerte digna de un buen cristiano. Igual que la *Biblia de los pobres*, este libro constaba de once grabados: los primeros cinco mostraban a Satanás bajo el aspecto de las diferentes tentaciones y otras tantas imágenes ilustraban las formas de evitar caer en ellas. La última representación era la de un moribundo en su lecho que, indiferente a la seducción del maligno, era recibido en los brazos de Dios, mientras los íncubos y los súcubos huían al infierno. Por entonces, era uno de los libros que mayor influencia ejercían y, de hecho, se había traducido a la mayoría de los idiomas europeos. Esta era una versión en neerlandés.

El libro que hacía unos momentos había salido de la prensa, aquel cuyas páginas todavía frescas permanecían colgadas de una cuerda como si se tratara de ropa, era el *Ars Memorandi*, que tenía por propósito, tal como sugería su nombre, enseñar el arte de memorizar la Biblia. De un modo sencillo y sucinto, compendia en treinta páginas —quince con ilustraciones y quince con textos— la secuencia y los hechos narrados por los apóstoles. El *Ars Memorandi* era utilizado por Koster para instruir a los seminaristas.

Sin embargo, Johannes estaba convencido de que algo oscuro debía esconderse en

aquel taller oculto en la ciudadela de las mujeres. Buscó y rebuscó hasta que, de pronto, en la penumbra, leyó en uno de los títulos la palabra *Speculum*; he aquí, se dijo, la prueba de la herejía: no podía ser otro libro que *El espejo de las almas simples* y, para el colmo del sacrilegio, traducido al latín como si se tratara de una obra santa. Sin embargo, cuando lo acercó a sus ojos descubrió, casi con decepción, que se trataba de *Speculum Humanae salvationis*, el célebre anónimo del siglo XIV que, a la sazón, se había convertido en el libro más consultado por los clérigos luego de la Biblia. Era, en rigor, un manual práctico para hallar la salvación del alma escrito de manera sencilla y comprensible, alejado de los complejos tratados de teología clásicos.

Johannes logró convencerse de que no lo guiaba el vil propósito de robar el juego de letras móviles de Koster, sino la épica tarea de salvar al mundo de la herramienta del maligno para esparcir su obra. Sin embargo, el descubrimiento de que los libros nada tenían de diabólicos, sino todo lo contrario, lo despojaban de argumentos para justificar su fin. Entonces, buscó razones por otro lado. Al examinar una de las páginas impresas a la pálida luz de luna, comprobó que resultaba evidente la falsificación; no era necesario observar bajo los rayos del sol para advertir que aquellas letras no estaban hechas por la mano humana. Tan burdo resultaba el fraude, que, por ejemplo, ni siquiera se había tomado la molestia de grabar un taco con la letra *m*, sino que, para imitarla, utilizaba dos *n*, una al lado de la otra, artificio que quedaba en evidencia por el espacio que quedaba entre ambas. Johannes no contempló la posibilidad de que Koster no se hubiese propuesto imitar un manuscrito, sino simplificar la tarea de copiar libros. Por otra parte, pensó Gutenberg, la tinta no parecía la más adecuada para las piezas talladas: cuando llegaba al papel ya había sido absorbida por la madera y dejaba una impresión débil, desapareja, como un sello gastado. Además, las letras eran exageradamente grandes, causa que atribuyó a la dificultad para cincelar la madera con el minucioso detalle de la caligrafía hecha a pluma.

Dispuesto a hacer justicia, tomó un pedazo de tela y con él improvisó una talega. Dentro de ella guardó la caja con el juego de letras, unas hojas impresas y un frasco con tinta. Se colgó la saca al hombro, observó la prensa por última vez para memorizar cada detalle y salió por la misma ventana por la que había entrado. Una vez afuera, corrió a través del parque y respiró tranquilo cuando divisó la cuerda pendiendo de la muralla. Volvió a trepar por la soga y, por fin, abandonó el *hofje* con su preciado botín.

Mientras huía a toda carrera por las callejuelas de Haarlem, Gutenberg temió que alguien pudiese confundirlo con un simple ladrón<sup>[10]</sup>.

Gutenberg partió de regreso a Estrasburgo antes de que despuntara el alba sin siquiera despedirse de su maestro. Para justificar la apropiación del juego de letras, se convenció de que Laurens Koster no era el anciano monje venerable que aparentaba, sino un hereje disfrazado de clérigo. Solo un aliado del maligno podía ingresar en aquel antro de brujas y servirse de ellas para llevar adelante sus oscuras artes. De nada servía la comprobación de que los libros que había visto en el taller no solo no eran blasfemos, sino que, por el contrario, formaban parte del canon del Sacro Imperio. Algún engaño debía haber, pensó Johannes, de lo contrario, ¿por qué razón Koster se refugiaba clandestinamente en un *hofje*? Sin embargo, la discreción que Gutenberg condenaba en el abad, la justificaba para con sus propias investigaciones. Lo que en su caso era una cauta reserva, aplicado a su maestro lo consideraba ocultamiento y clandestinidad.

Laurens Koster, durante sus años de vida mundana antes de volver a los hábitos, había aprendido que, contrariamente a lo que se decía, las mujeres eran mucho más reservadas y confiables que los hombres. De hecho, a juzgar por el modo en que el discípulo de Mainz le había pagado sus enseñanzas y su hospitalidad, la convicción del prior se veía confirmada. Las mujeres no solo sabían guardar secretos, sino que solían ser más aplicadas, responsables y escrupulosas para desempeñar, incluso, aquellos oficios que se creían reservados a los hombres. El propio Johannes debía saberlo mejor que nadie, ya que su madre era el ejemplo más cercano y elocuente. Pero para aligerar el peso de la culpabilidad y limpiar su conciencia, Gutenberg necesitaba manchar la figura de su maestro.

Johannes se aferraba al tesoro que había arrebatado a Koster como si acabara de liberar a la humanidad del peor de los peligros. No bien llegó a Estrasburgo, se reincorporó a su trabajo en el Ayuntamiento. Todas las técnicas que había aprendido con el viejo grabador de Haarlem se veían reflejadas en su nueva producción de láminas que ahora agregaban frases al pie, cuya delicada factura parecía hecha a pluma por el mejor de los calígrafos. El alcalde de Estrasburgo estaba admirado por el desempeño de Gutenberg y se felicitó por su decisión de enviarlo a estudiar a Holanda. Lo que el mandatario ignoraba era que los trabajos secretos de Johannes, hechos en la soledad de su casa, eran mucho más sorprendentes que sus láminas.

Rápidamente Gutenberg descubrió los defectos que presentaban las técnicas de Koster para la impresión de libros. En primer lugar, la tinta, pese a que era un poco más espesa que la utilizada para escribir a mano, no tenía la consistencia adecuada para copiar las sutiles formas de la caligrafía. Por otra parte, luego de examinar con minucia las piezas, concluyó que, por muy dura que fuese la madera en la que estaban buriladas, se veían expuestas a un desgaste excesivo: la fuerza de la prensa provocaba leves estrías y aplastamientos que, con el tiempo y el uso, deformaban las letras. Además, notó que, pese a estar contenidas en un bastidor, las piezas solían quedar

desalineadas. Para solucionar este problema, Gutenberg ideó un recurso simple pero eficaz: perforó los laterales de los tipos y los acolloró con un hilo tensado de manera que las letras talladas quedaran perfectamente alineadas. Pero aun así, persistía otro inconveniente: el del margen derecho. Entre los variados secretos del oficio de los copistas, se contaba el del arte para espaciar sutilmente las letras y las palabras, de modo tal que las líneas quedaran exactamente centradas entre ambos márgenes. Pero las piezas móviles presentaban una dificultad: habida cuenta de que todos los tacos de madera tenían el mismo tamaño, la distancia entre una letra y otra siempre era la misma, lo cual hacía que las últimas palabras de las líneas no coincidieran en el margen derecho. Johannes encontró la solución: fabricó pequeñas piezas en blanco de diferente tamaño para suplementar de manera imperceptible el espacio entre las letras, las palabras y los signos de puntuación, de manera que las líneas quedaran centradas entre ambos márgenes.

Por otra parte, todos los caracteres de una misma letra eran idénticos, detalle nada sutil que hacía evidente la falsificación. No era necesario ser un entendido en libros para percibir el artificio. Pero más allá de estos defectos, fácilmente subsanables fabricando varias letras levemente distintas entre sí, había algo en todo el sistema de Koster que no lo convencía: el grabador holandés no podía escapar de los estrechos límites de la xilografía y el grabado. Johannes se convenció de que era necesario dar un paso más. Pero ¿hacia dónde?

La xilografía era, sin dudas, un gran avance para facilitar el trabajo de las impresiones; sin embargo, Gutenberg notó que en la misma virtud residía el defecto. Sospechaba que para hacer libros perfectos debía desembarazarse de las técnicas xilográficas y romper amarras con el grabado para alcanzar nuevos horizontes. Por otra parte, sabía que Koster y él no eran los únicos que andaban tras un propósito semejante. De hecho, uno de los copistas del Ayuntamiento le había comentado a Johannes una versión que había llegado a sus oídos: en Italia el nielador Maso Finiguerra estaba trabajando en un método de burilado en cobre para obtener impresiones más fidedignas. Sus grabados en el baptisterio de Florencia eran, según afirmaban quienes los habían visto, sobrecogedores. Había hecho una reproducción de *La crucifixión*, otra de la *Pax* y una *Coronación de la Virgen* que superaba ampliamente a cualquiera de las impresas sobre madera.

Así como el grabado había conducido a Koster al libro xilográfico producido a partir de una sola pieza de madera para cada página y, de allí, al tipo de madera individual y móvil, Gutenberg debía apresurarse para que los nieladores italianos no se le adelantaran en el pasaje de la ilustración a la letra impresa empleando planchas de metal.

Se decía entre los grabadores que cierto platero de Praga llamado Procopius Waldfoghel había inventado una técnica novedosa a la que bautizó *Art scribendi artificialiter*, o el arte de escribir artificialmente. Gracias a este método conseguía imitar perfectamente la apariencia del manuscrito mediante letras talladas en hierro.

Por si todas estas versiones no fueran suficientes para desatar la ansiedad de Gutenberg, al indagar sobre las investigaciones de sus colegas de otros países se enteró de que un tal Pánfilo Castaldi estaba trabajando en Milán sobre el desarrollo de los sistemas de impresión que el veneciano Marco Polo había descrito en sus crónicas de viajes por la China. De acuerdo con estos relatos, Castaldi diseñó sellos con el famoso cristal de Murano. Cada sello contenía una letra del alfabeto y con ellos imprimía los signos de manera individual hasta formar palabras, líneas y páginas. Para facilitar el trabajo se le ocurrió utilizar una prensa. Sin embargo, a Johannes le resultaba inverosímil que el vidrio pudiera soportar el prensado. Por las dudas, sometió una ordinaria botella de vino, en forma vertical, a una presión semejante a la utilizada para extraer aceite de oliva. El resultado de la prueba fue asombroso: el vidrio resistía muchísimo más peso que la madera.

Gutenberg se convenció de que si quería tomar la delantera, debía comenzar a trabajar sin demoras.

Fieles a la antigua usanza proveniente de la prostitución ritual, las Adoratrices de la Sagrada Canasta jamás se desnudaban frente a sus clientes. En lugar de quitarse la ropa, se vestían con los atavíos ceremoniales y se emperifollaban con las joyas que lucían las putas de los templos babilónicos. Los exóticos vestuarios eran uno de los principales atractivos del burdel. Por lo general, las mujeres se presentaban en la alcoba, donde el cliente esperaba tendido en el lecho, envueltas en el típico manto de kaunakes que cubría los hombros y los brazos, rodeaba el torso y descendía sobre la espalda como una capa. También podían llevar el exótico traje colgante, que consistía en una simple gaza rectangular que pasaba a través de un hueco por la cabeza y quedaba sostenida por las amplias hombreras ocultas en los pliegues.

Frente a los ojos del amante ocasional, de pie junto a la cama, se quitaban la túnica y descubrían sus siluetas ceñidas por trajes de cuero de antílope. El ropaje ajustado al cuerpo presentaba dos orificios en la parte superior por los cuales asomaban los senos o bien solo los pezones; en la zona de la entrepierna se abría un extenso tajo que se iniciaba a la altura del clítoris y recorría toda la extensión de la ondulada frontera que separaba los glúteos. La piel del traje era tan fina y delicada que copiaba la musculatura, las protuberancias, concavidades y hasta las fibras más sutiles. Podía ser de color rojo, negro muy brillante, o incluso imitar el mismo tono de la piel. La textura del cuero era de tal refinamiento que, en muchos casos, los clientes creían que las mujeres estaban completamente desnudas. En otras ocasiones, al contrario, la piel de antílope estaba ricamente decorada con metales; hilos de oro y piezas de bronce rodeaban el cuello, los brazos y los tobillos. El cuero podía estar ornamentado también con plumas de pavo real o escamas que figuraban una serpiente reptando en dirección a los genitales. Otro atavío era el faldón de kaunakes sumerio que realzaba las partes traseras con una suerte de borla hecha con badana de cabra rellena con algodones que se prendía alrededor de las caderas mediante un grueso cinturón negro decorado con metales brillantes.

Las mujeres llevaban el pelo atado con cintas de oro o un tocado recogido con fíbulas punzantes. Desde el lóbulo de las orejas pendían aros con forma de media luna o argollas que llegaban hasta los hombros. Ingresaban en la alcoba con la cara cubierta con un velo, tal como lo obligaba la ley babilónica. Pero cuando se iniciaba el rito, lo alzaban sobre la frente para tener la boca libre y los ojos atentos, siempre fijos en los del hombre. En ocasiones especiales podían vestirse igual que las monjas de clausura de los conventos cristianos aunque, debajo del hábito, llevaban el traje de piel de antílope ceñido al cuerpo.

—Para ser una buena puta hay que aprender a ser indiferente a los encantos del placer —solía repetir Ulva ante sus inexpertas hijas, que ni siquiera podían evitar sentirse acaloradas frente a la imponente figura de Príapo. Si una simple escultura les causaba semejante excitación, muchas se preguntaban cómo habrían de sustraerse al

placer ante el contacto con un hombre de carne y hueso.

—En primer lugar, debéis saber que la distribución de la carne y el hueso es, en la mayoría de los hombres, tan injusta como la distribución de la riqueza. Son pobres donde deberían ser ricos —decía Ulva señalando la verga monumental del Dios de la lujuria—, y son ricos donde deberían ser pobres —agregaba, indicando el abdomen atlético de la estatua.

Para reforzar la idea, las invitaba a asomarse por la ventana que daba a la calle y, en aquellas horas de mayor tránsito de gente entre los comercios, les decía que se fijaran en los hombres. Casi todos se veían viejos, entrados en carnes o, al contrario, demacrados y hasta enfermos. También los había rengos, tullidos y andrajosos.

—Podéis pasaros horas aquí y os aseguro que no solo no veréis a vuestro Adonis, sino que difícilmente encontraréis un solo hombre digno de llevaros a la cama. Y, si por ventura, lo vierais, tened por seguro que ese no habrá de pagar por tener lo que obtendría gratis.

Y cada vez que aparecía un nuevo viandante, las jóvenes alumnas podían comprobar que, tal como sostenía la putísima madre, muy lejos estaba de despertar en ellas el menor atisbo de atracción. Esto les producía dos sentimientos encontrados: por una parte, el desasosiego de descubrir cuán ingrato habría de ser su trabajo y, por otro, el temor a que, por contraste, si algún día les tocaba recibir a un hombre joven y atractivo, no pudieran evitar entregarse al placer. Esta inquietud estaba fundada en un rumor que corría entre las putas aprendizas. Se decía que las que eran incapaces de refrenar la voluptuosidad, ante el riesgo de que pudiesen escapar con un cliente, se les practicaba la ablación del único órgano humano destinado exclusivamente al placer: el clítoris. Y, ciertamente, aquella versión tenía su fundamento. Una antigua pintura que decoraba los aposentos de Ulva representaba el momento fundacional, acaso mítico, de la Congregación de la Sagrada Canasta.

Era un cuadro profano en el que se veía a un grupo de mujeres en cuyo centro había una niña recién nacida. La comparación con las numerosas representaciones de la circuncisión de Cristo eran inevitables: en el lugar del Niño Jesús estaba la pequeña; en el sitio de María aparecía una mujer igualmente joven; donde solía verse a José, había una anciana que empuñaba una cuchilla ensangrentada a cuyos pies había una canasta en la que arrojaba el pequeño órgano seccionado. Todas las mujeres llevaban túnicas blancas, casi transparentes, y el ámbito en el cual se desarrollaba la escena, lejos de tener un aire sagrado, parecía ser uno de los legendarios jardines babilónicos en los que se celebraba el culto a Ishtar.

Lo cierto era que ya no se practicaba la ablación del clítoris. En su lugar, se estableció una ceremonia ritual en la que, con un afilado escalpelo, se marcaba por cicatrización o escarado un símbolo que distinguía a las recién nacidas como pertenecientes a la secta. La antigüedad de la Congregación de la Sagrada Canasta se remontaba mil ochocientos años antes del nacimiento de Cristo en la remota Babilonia. Existía en Mainz una leyenda negra en torno de aquel peculiar prostíbulo:

a nadie escapaba que entre sus paredes convivían ancianas, jóvenes, niñas e incluso lactantes. Muchas veces se oían los llantos agudos de los recién nacidos. Y también era un hecho sabido que todas las moradoras de la congregación, cualquiera fuera su edad, eran hembras. Como sucedía en todos los prostíbulos, en ocasiones las pupilas quedaban embarazadas. Ahora bien, ¿cómo era posible que solo nacieran mujeres en el lupanar regido por Ulva? Algunos sostenían que a los niños varones los mataban no bien salían del vientre materno. Tampoco esta versión carecía de sustento: en uno de los vestíbulos había otra pintura, de clara semejanza con las imágenes de la matanza de los Santos Inocentes, en la que se veía al mismo grupo de mujeres del cuadro de la «circuncisión», asesinando a niños recién nacidos. La mayor de las mujeres sostenía un pequeño por el cuello y, en la misma actitud que Herodes, le atravesaba una espada en medio del pecho.

¿Cuánta verdad encerraba esta pintura? La misma impronunciable pregunta se hacían las jóvenes discípulas de Ulva.

Sigfrido de Maguntia, en lo alto del estrado, iluminado por el sol que entraba a través de los vitrales de la sala en la que se desarrollaba el juicio, sabía cómo impresionar a los jueces. Ya conocía con qué argumentos provocarles el gesto adusto de la indignación, la expresión boquiabierta del asombro y los sordos resuellos de la furia contenida. Sabía que nada funcionaba mejor que presentar a Johannes Gutenberg como un falsificador que, amparado en el nombre de Dios y de las Sagradas Escrituras, pretendía engañar a los cristianos de buena fe para enriquecerse. El hecho de que los jueces fueran clérigos encumbrados facilitaba el camino por el cual el fiscal encauzaba la acusación. En su rincón, a un costado de los jueces, muy por debajo de la altura del estrado, en un oscuro segundo plano, el notario Ulrich Helmasperger continuaba con la infausta tarea de anotar cuanta palabra pronunciaba Sigfrido de Maguntia.

—Señorías: ¿quién es, en realidad, este hombre? ¿Es el hijo del venerable y honesto funcionario que, teniendo al alcance de su mano los tesoros de la ciudad, jamás tocó un céntimo que no le perteneciera, o es, en cambio, su infiel aprendiz; el que estudió las bellas artes para hacer de ellas ruines y malas artes? ¿Es el hombre piadoso que intenta convencerlos de que solo pretende multiplicar la Palabra o el que multiplica Biblias con la ayuda de las repugnantes garras del maligno?

Mientras escuchaba las preguntas del fiscal, Gutenberg no pudo evitar la certeza de que, aunque mirara a los jueces, Sigfrido se dirigía a él.

Gutenberg tenía dos caras opuestas: una, la pública, la del funcionario oficial del Ayuntamiento que mostraba a un grabador talentoso, amable y recatado. Quienes conocieron al viejo Friele creían ver en su hijo el más fiel retrato del padre. Sin embargo, el rostro oculto de Gutenberg era el exacto opuesto al que exhibía: cada vez que asentía, solícito y servicial, su otra cara negaba con fastidio; cuando se mostraba atento e interesado por alguna idea de un colega, un gesto recóndito de superioridad se dibujaba debajo del rictus visible. Si reía con deferencia, una mueca amarga y hostil subyacía en los pliegues de sus párpados. Se veía generoso y desprendido frente al dinero, pero ante su presencia, un brillo intenso se apoderaba de sus ojos y solo entonces se traslucía su verdadero rostro. Pero aquella otra faz, hasta entonces, jamás había sido vista por nadie. La moneda que llevaba impresa la cara y la ceca de Gutenberg giraba en el aire y el destino habría de establecer cuál de ambos lados sería el que decidiría, al fin, su suerte.

De la misma forma que, según el principio de Arquímedes, dos objetos jamás podían ocupar el mismo espacio, era igualmente imposible que dos almas pudieran coexistir en un mismo cuerpo. Aquella doble existencia no tardaría en rebasar el espíritu de Gutenberg, produciendo el primer paso hacia su propia exclamación de «Eureka». Así como tenía un espacio público y conocido en el Ayuntamiento, un taller luminoso en el que grababa las láminas más bellas de la Germania, necesitaba

otro sitio para que su lado oculto pudiera expandirse a sus anchas y poner en marcha sus planes inconfesables. Y, ciertamente, aquellos oscuros designios precisaban de un lugar cuyas dimensiones se ajustaran a la grandeza de sus aspiraciones. Pero escapaba por completo a sus posibilidades económicas comprar una propiedad semejante. Y aunque hubiese contado con el dinero, debía ser un ámbito alejado de las miradas extrañas. Un taller de grabado no podría pasar inadvertido para los vecinos ni, menos aún, para los implacables recaudadores de impuestos. Recorrió cada rincón de Estrasburgo buscando un sitio que se adecuara a sus necesidades. Con desazón, concluyó que no existía en toda la ciudad un lugar semejante. Alzó la mirada al cielo y entonces el azar puso delante de sus ojos una opción insospechada. En los confines de la ciudadela antigua había un monte elevado y brumoso, cuya mala fama lo convertía en su Meca tan buscada. Johannes no pudo menos que atribuir la súbita revelación a un designio divino.

Aquel promontorio sombrío al que pocos se atrevían a aventurarse estaba emplazado en un terreno accidentado y tortuoso que dificultaba el ascenso. Más allá de la ladera de piedras escarpadas, crecían unos arbustos cuyas ramas, serpenteantes y rastreras, se habían apoderado de lo que parecía ser una antigua construcción en ruinas. A la distancia se veía un peñón gris verdoso; en la cima, recortada contra el cielo, podía deducirse la forma de una torreta alargada y, más abajo, algo semejante a una serie de arcos y una muralla. Sin embargo, bien podía tratarse de un capricho de la naturaleza que, mezclado con la imaginación del observador, formaba la ilusión de que aquel paisaje había sido tocado por la mano del hombre.

Eran muchas las habladurías en torno de aquel monte escabroso. Se decía que en la parte más elevada había sido enterrado el monje ermitaño Arascach. De acuerdo con la leyenda, el eremita cristiano había llegado de Irlanda en el siglo VII como misionero en Alsacia y la Germania. Nombrado obispo de Estrasburgo, a la sazón llamada también Argentina, el religioso había sido rebautizado con el nombre latinizado de Arbogasto. A su muerte fue sepultado, según su voluntad, en aquel monte en el que, por entonces, eran enterrados los ladrones, los ajusticiados y los vagabundos cuyos cuerpos no eran reclamados por nadie.

De acuerdo con la tradición, sobre su tumba fue erigido un monasterio consagrado a su memoria. Sin embargo, en 1298, un incendio declarado en la pequeña villa que estaba en la falda del cerro destruyó por completo el poblado. Las llamas treparon rápidamente por las ramas marchitas a causa de la sequía y alcanzaron el ala occidental de la abadía, dejándola virtualmente en ruinas. Algunos años más tarde, cuando el convento había sido reconstruido, las inclemencias climáticas volvieron a ensañarse con San Arbogasto; en esa ocasión la culpable no fue la sequía, sino, al contrario, las copiosas lluvias que se abatieron como un diluvio: en el preciso momento en que los albañiles terminaban de colocar las últimas tejas, un desprendimiento del suelo provocó un alud que sepultó al convento para siempre.

Más allá de la veracidad de estas historias, las formas inciertas que se divisaban al

pie del monte eran llamadas las ruinas de San Arbogasto y su sola mención provocaba un temor reverencial. Eran incontables las leyendas sobre aparecidos. No pocos afirmaban haber oído en aquel bosque de arbustos retorcidos, los lamentos y las súplicas de los bandidos ahorcados que rogaban al santo piedad por sus almas. Otros decían haber visto cadalsos fantasmales desde cuyo travesaño colgaban los cadáveres lacerados que, con voz lánguida, imploraban a los caminantes que los descolgaran. Y no faltaban quienes daban testimonio de la presencia temible del mismo San Arbogasto que solía aparecerse entre los arcos del antiguo convento amenazando con un báculo de fuego a quien osara interrumpir su eterna soledad de ermitaño.

Johannes Gutenberg, educado en la ciencia y en la fe, jamás había creído en supercherías propias de paganos e idólatras. Pero no ignoraba que la mayor parte de la gente, por muy devota y creyente que se declarara, en el fondo de su alma conservaba las más arcaicas supersticiones: fantasmas, sortilegios, cábalas, nigromancia y ocultismo eran los espantajos que despertaban un terror incomparable en los espíritus de la mayoría de los mortales. Gutenberg sabía que muchas veces la Iglesia, lejos de llevar luz a tanto oscurantismo, solía aprovecharse de la credulidad en detrimento de las verdaderas creencias. Como fuera, se decía Johannes, si las historias de aparecidos mantenían a la gente alejada de las ruinas de San Arbogasto, tal vez aquel monte tenebroso y escarpado fuera un buen lugar para asegurarse la mayor privacidad.

Una tarde, al caer el sol, Gutenberg se cercioró de que ningún campesino de la alquería vecina lo viera internarse en aquel paraje y, con la ayuda de un cayado y un candil, decidió subir al monte para comprobar con sus propios ojos qué eran aquellas supuestas ruinas. Tal como supuso, el ascenso se dificultaba conforme avanzaba sobre las rocas, cuyos cantos afilados se le clavaban en las suelas de los zapatos hasta tocar las plantas de los pies. Cuando por fin superó la franja de piedras, pudo comprobar que el verde follaje complicaba aún más el ascenso. Semejante a la cabellera de Medusa, las ramas, como serpientes, se extendían hacia todas partes constriñendo todo cuanto se ponía en su camino. Los tallos retorcidos estaban plagados de espinas. El viento de las alturas aullaba al cortarse en las copas de los árboles. El sol se había puesto detrás del horizonte irregular formado por los cerros, dejando tras de sí una mancha violácea que se fundía con unas nubes altas, oscuras y amenazadoras.

En el momento en que Johannes estaba por alcanzar la cima, la luz se había retirado casi por completo. La tenue llama del candil, al vacilar, producía un extraño efecto en las ramas: las sombras temblorosas contagiaban su indecisión al pulso de Gutenberg. De pronto todo parecía estar animado por algo diferente de la naturaleza vegetal del bosque, como si aquellos tenues movimientos no dependieran tampoco del viento. Una angustia indecible se instaló en la garganta de Johannes. Cada tanto, sus pies se enredaban con las ramas rastreras que, como brazos largos y deformes

dotados de voluntad propia, parecían querer impedir al visitante que se internara más adentro. El corazón de Gutenberg latía a todo galope y no se debía solo al esfuerzo del ascenso. Empezaba a inquietarse. Intentó encontrar calma en la idea de que tal vez estaba algo afectado por todas las historias que envolvían ese sitio. De pronto, tropezó con algo que asomaba desde el follaje y ni la ayuda del cayado impidió que perdiera el equilibrio y rodara barranca abajo. Por un momento temió precipitarse por el despeñadero, pero algo lo asió de las vestiduras y detuvo su tumultuoso descenso.

Cuando pudo distinguir qué era aquello que la providencia había puesto en su camino, su corazón se detuvo: era una mano blanca, fría, cadavérica. Intentó incorporarse y alejarse de aquella entidad que lo tenía sujeto por la ropa, pero los dedos eran tan fuertes, que no tenía forma de zafarse. Igual que un insecto que quisiera liberarse de una telaraña, Johannes cada vez se complicaba más: sus brazos se enredaban en las ramas y al mover las piernas con desesperación, hacía que las piedras bajo sus pies se despeñaran hacia el abismo. Entonces, entre el espeso follaje pudo distinguir un rostro que, literalmente, surgía de la tierra y lo escudriñaba con unos ojos muertos, íntegramente blancos y desprovistos de iris y pupilas. La cara era del mismo color marmóreo de la mano que lo sujetaba del sayo. Intentó pelear, se resistió a su captor con golpes de puño, pero era como pegarle a una roca. Se dio por muerto.

La genealogía de las Adoratrices de la Sagrada Canasta era mucho más antigua de lo que la mayoría de sus propias integrantes podía imaginar. Sus raíces se hundían en profundidades a las que ni siquiera solía llegar la memoria de las dinastías más remotas. En rigor, se trataba de una sucesión de linajes. Su origen se remontaba a los albores de Babilonia, durante el dominio de los amorreos, cuando aún era una ciudad sin importancia.

En un miserable burdel de las afueras de la ciudad ejercía su oficio un grupo de prostitutas libres, regidas por Shuanna, la mayor de todas ellas. El pequeño lupanar, un cubo dividido por cortinas raídas y sin más comodidades que unas alfombras mugrosas sobre el suelo de tierra, no se diferenciaba en nada de los otros prostíbulos vecinos que formaban un cordón arcilloso e irregular alrededor de la naciente ciudad. En sus pobres aposentos, las pupilas de Shuanna ofrecían sexo a los comerciantes de baratijas, a los pastores y a los habitantes de la ciudad que se atrevían a trasponer las murallas, más allá de las cuales se extendía un sórdido suburbio habitado por ladrones y bandidos de la peor ralea.

El pequeño burdel, al igual que los demás, mantenía una relación cambiante con las autoridades; su suerte dependía del humor de los funcionarios menores de turno: sin que mediara motivo, las precarias construcciones un buen día eran derribadas y sus pupilas, encarceladas. De tanto en tanto lapidaban a una puta vieja para que cundiera el ejemplo. Sin embargo, con el tiempo, poco a poco, las mujeres reconstruían paredes y techos y volvían a trabajar sin que nadie las molestara hasta el siguiente cambio de ánimo de las autoridades.

Los gobernantes tenían como principal propósito acumular dinero para utilizar en provecho propio. Si había excedentes, los destinaban a la obra pública, de modo que el descontento popular nunca creciera hasta el punto de que sus cabezas se vieran en riesgo de rodar lejos de sus cuerpos. Las prostitutas no solo contribuían a mantener alegres a los hombres, sino que, además, engrosaban el erario público mediante el pago de impuestos. En épocas de vacas gordas, los gobernantes se consideraban a sí mismos gloriosos paladines de la moral y entonces arrasaban con los burdeles que quitaban lustre a la ciudad. Pero cuando las vacas empezaban a languidecer y se tornaba necesario percibir tributos de donde fuese, los recaudadores no sentían pudor alguno en llamar a las puertas de los lupanares para embolsar las impías contribuciones.

La primera dinastía babilónica, fundada por Sumu-Abum, no dudó en conciliar dos elementos hasta entonces antagónicos: para evitar conflictos morales decidió no solo legalizar la prostitución, sino declarar su carácter sagrado. Entonces sacó a las putas de sus miserables cubos, les otorgó investidura de sacerdotisas y las autorizó a dar sexo en los templos. Shuanna y sus pupilas pasaron a ser las protectoras del templo de Ishtar y se convirtieron en las preferidas de la nobleza.

Con la llegada del rey Hammurabi, la prostitución no solo mantuvo su estatuto legal y religioso, sino que su sagrada condición quedó para siempre grabada en la piedra fundacional en escritura cuneiforme: el código Hammurabi legitimaba la prostitución ritual.

Cada vez más numerosos, los devotos de las sacerdotisas del templo de Ishtar pagaban verdaderas fortunas para recibir placer y gozar de los favores de la diosa de la fertilidad, de la vida y del amor. Pero la prosperidad no habría de durar para siempre: Ishtar era también la deidad de la guerra. Y llegó el día en que el pueblo necesitaría de la protección de su diosa para enfrentar a los invasores.

Luego de la muerte de Hammurabi, la unidad interna se quebró y las defensas de la ciudad quedaron debilitadas. Los jefes enemigos iniciaron el asedio a Babilonia, a la vez que el reino se desmembraba en múltiples dinastías.

Desde el norte arreciaban los hurritas; desde el sur, los sumerios; desde el este los casitas y desde el oeste otros pueblos arios. Babilonia fue humillada primero por Agum y luego por Mursil II. Invadida, saqueada y luego incendiada, la ciudad virtualmente desapareció. Nada quedó en pie. Salvo el templo de Ishtar: Shuanna y sus mujeres fueron las únicas que resistieron la invasión, salvaron sus vidas, su templo y bienes sin más armas que sus propios cuerpos y sin otras artes para la guerra que las de dar placer.

A partir de entonces, Shuanna y sus lascivas sacerdotisas se habrían de convertir en el bastión de Babilonia durante las sucesivas e innumerables invasiones. Shuanna vivió ciento diez años, ejerció el oficio hasta el último día y llegó a ungir a su sucesora, a quien legó todos los secretos para ofrecer deleite a los hombres en unas tablillas cuneiformes que ella misma grabó sobre arcilla. Babilonia fue invadida por asirios, caldeos, persas y griegos. La ciudad finalmente fue borrada de la faz de la Tierra. Pero las descendientes de Shuanna sobrevivieron, incluso, a la destrucción del templo de Ishtar.

Las mujeres iniciaron una larga marcha y se establecieron en diversas ciudades. Prescindieron siempre de los hombres, a quienes utilizaban solo para perpetuarse a través de sucesivas generaciones. Las niñas nacidas en la comunidad eran criadas de acuerdo con los viejos preceptos del libro de Shuanna. Los niños eran abandonados o, según las circunstancias, sacrificados a la gloria de Ishtar o sus distintas advocaciones: Innana de Sumeria, Anahit de Armenia, Astarté de Canaán y Fenicia, Afrodita de Grecia o Isis de Egipto. Las descendientes de Shuanna inmolaban a sus hijos varones hasta que consiguieron, mediante ciencia o sortilegio, concebir únicamente hembras. Este nuevo secreto fue agregado al libro que legó su fundadora a sus herederas, junto con otros arcanos que se sumaron a través de generaciones.

A lo largo de la historia y de acuerdo con las diferentes alternativas, por momentos volvieron a ser simples putas, luego, otra vez sacerdotisas del templo e incluso, llegaron a ser religiosas alejadas de la prostitución, pero siempre fieles a los preceptos de Shuanna. Adonde iban, llevaban consigo las frágiles tablas celosamente

ocultadas a miradas ajenas a la secta. Más tarde reemplazarían las tablas de arcilla por rollos de pergamino, material hecho con pieles, mucho más resistente, fácil de transportar y de ocultar.

Incontables generaciones de mujeres descendientes de aquellas que fundaron el pequeño prostíbulo de las afueras de Babilonia, fueron perseguidas, santificadas, asesinadas, deseadas y vueltas a venerar. En Grecia fueron sacerdotisas pitias —o pitonisas—, las profetisas oraculares; en Pompeya, las putas más putas de todas las putas pompeyanas; en Roma, vírgenes vestales encargadas de mantener el fuego fatuo hasta que dejaron de serlo para entregarse a las llamas del placer. En Judea volvieron a ser prostitutas, guiadas por María Magdalena. Se hicieron cristianas, pero jamás abandonaron las enseñanzas de Shuanna. San Pablo se dirigió a ellas en sus epístolas reconociéndolas como sacerdotisas. Fueron monjas de diversas órdenes y hasta alcanzaron el Sumo pontificado a través de Juana de Ingelheim<sup>[11]</sup>, nacida en Mainz, y, haciéndose pasar por hombre, se hizo llamar Benedicto III. A partir de entonces vivieron en Mainz, donde fundaron la Congregación de la Sagrada Canasta.

Esta es la línea sucesoria desde la lejana fundación por parte de Shuanna, la primera de todas, en el año 1800 antes de Cristo en Babilonia, hasta Ulva, su dignísima heredera a través de los siglos, encargada de velar por el libro secreto y mantenerlo a salvo de curiosos, ladrones y, sobre todo, de asesinos.

El fiscal descendió de la tarima y recorrió en silencio el largo estrado en el que se sucedían los jueces. Al pasar frente a ellos, dedicó a cada uno una mirada cargada de preocupación, como si quisiera hacerlos responsables del sombrío futuro de la humanidad toda. Luego se acercó a los reos y de pie junto a Gutenberg, interrogó al tribunal:

—¿Quién es, en verdad, este hombre? ¿Es, como él pretende, la mano de Dios y la herramienta de la verdad? Señorías, me anticipo a decirles que, de seguro, el acusado dirá en su favor que su invención no tiene otro propósito que difundir el Verbo entre los simples.

Sigfrido de Maguntia, hábilmente, se adelantó al único argumento del que podían echar mano los reos: no se trataba de una falsificación, sino de una novedosa técnica para facilitar la fabricación de libros. Entonces el fiscal decidió clausurar aquella discusión aún antes de que tuviese lugar.

—Excelencias, si esa fuese la razón, me pregunto por qué los acusados procedieron de manera clandestina, ocultando su rostro de la luz pública, escondiendo y sustrayendo sus maléficas acciones del conocimiento de las autoridades. Señorías: prueba de lo que os digo es la indecible profanación que cometió el reo, erigiendo su demoníaco templo secreto en los sagrados recintos de una abadía. ¡Osó llevar a Satanás a los santísimos ámbitos de Dios! ¿Cuál es, Excelencias, el nombre de ese delito?

Entonces Gutenberg recordó el día en que trepó el sombrío y escarpado monte cuyos dominios no parecían los de Dios, sino los del Diablo.

Atrapado en la ladera de la montaña, cuando notó que sus nudillos sangraban, Johannes comprendió que, en realidad, estaba golpeando a un hombre de piedra. Tardó en darse cuenta de que se trataba de las ruinas de una estatua derribada y que, a medio enterrar, había sido capturada por el follaje. El brazo extendido sobresalía de la espesura y, providencialmente, las ropas de Gutenberg quedaron enredadas en la extremidad de la escultura. Cuando finalmente Johannes reconoció la figura de San Arbogasto, rio con una risa estruendosa, hecha de nervios contenidos y alivio. Festejó su propia estupidez con una alegría infinita. Sin embargo, la euforia habría de durarle muy poco.

No bien consiguió liberarse de la antigua escultura en ruinas, tomó nuevamente el candil y continuó el ascenso. Supuso que estaba muy cerca de la cima del monte. Todavía agitado y algo mareado, notó que sus pies no pisaban sobre suelo firme, sino sobre un lecho blando de enredaderas. Intentó afirmarse en una roca que estaba delante de él, pero al dar un paso, las ramas crujieron y Johannes cayó dentro de un pozo negro que parecía no tener fin. La caída fue amortiguada por efecto de la espesa vegetación, hasta que su cuerpo golpeó contra un piso duro y uniforme, muy diferente del suelo accidentado del bosque.

Dolorido, sin poder incorporarse, elevó el candil sobre su cabeza y vio un paisaje propio de una pesadilla: aquí y allá había huesos humanos esparcidos por todo aquel recinto incomprensible. Cráneos apilados, costillas, vértebras y huesos para él inclasificables, tapizaban el piso húmedo y mohoso. Aquel bosque subterráneo parecía un horripilante paraíso infernal, si tal cosa fuera posible: una bóveda hecha de hiedra, bejucos y enebros, propios del jardín del Edén, servían de verde mortaja a una innumerable cantidad de cadáveres destrozados por el tiempo y las bestias de las profundidades. Gutenberg alejó con el pie una calavera que parecía observarlo a través de las cuencas vacías de los ojos; entonces, al remover la tierra con el talón, descubrió que el piso estaba hecho de mosaicos dispuestos como un tablero de ajedrez. En ese preciso momento, pudo hacerse una composición de lugar: eran aquellas las entrañas del antiguo convento de San Arbogasto.

Las plantas se habían adueñado por completo de las ruinas del viejo beaterio. Johannes se incorporó no sin dificultades y rengueando se abrió camino entre los macabros restos del osario. En efecto, tal como señalaban las historias que tantas veces había escuchado, ese lugar había sido, antes, durante y después de la existencia del convento, un cementerio en el que cohabitaban despojos de ladrones, vagabundos, indigentes y religiosos de distintas épocas.

De acuerdo con la lógica arquitectónica de los cenobios, Gutenberg dedujo que debía hallarse en el patio central. Avanzó hacia lo que parecía ser una columna y pudo comprobar que, tal como supuso, era la galería en la que se sucedían los claustros. Todos los techos estaban derrumbados y las tejas habían sido sustituidas por pérgolas naturales en las que competían la hiedra, la parra virgen y toda clase de plantas trepadoras. Donde antes debían estar las puertas, ahora había marcos huérfanos que conducían a la más absoluta negrura.

No solo la naturaleza se había ensañado con la vieja abadía; aquí y allá se percibían los evidentes vestigios de diversos saqueos: humanos, vegetales y animales se habían turnado para rapiñar todo cuanto habían podido. La infinita desazón que produjo en el espíritu de Johannes aquel lóbrego paisaje, de pronto se tornó en una excitación hecha de inquietud y una incipiente euforia. Por fin, había hallado el sitio perfecto para sus planes secretos. Recorrió el convento en ruinas con una risa desencajada que, iluminada por el candil, hubiera espantado a las almas en pena de todos los difuntos. Incluso, si un peligroso asesino prófugo hubiese presenciado la escena desde un rincón oculto, también habría huido a toda carrera: aquella figura desharrapada que paseaba su renguera entre los esqueletos, a la vez que lanzaba unas carcajadas estridentes, resultaba aterradora. No podía existir un sitio mejor en todo el mundo: Gutenberg tenía un monasterio solo para él, donde podría instalar un enorme taller. Por sus dimensiones, nada tenía que envidiar a la Casa de Moneda. Por otra parte, no podía contar con un ejército más disuasivo que aquellas tenebrosas calaveras, las gárgolas amenazantes que asomaban entre el follaje, las columnas góticas que, aunque ya nada sostenían, tenían la apariencia de lanzas afiladas

dispuestas a atravesar a quien quisiera aventurarse más allá.

El hecho de que se tratara de una abadía, hacía que Johannes se sintiera animado por los designios del Altísimo; siempre había sido creyente, pero en aquel instante experimentó la presencia y la voluntad divinas de un modo inédito. No solo se había despojado de toda culpabilidad, sino que, además, se convenció de que la suya era la tarea más alta y noble que solo Dios le podía haber confiado. Si debía apartarse de las leyes de los hombres y mantenerse en la clandestinidad, era porque la mayor parte de sus contemporáneos sería incapaz de comprenderlo.

Así, en lo más alto de Estrasburgo, lejos de los mortales y cerca de Dios y San Arbogasto, fue presa de un arrebató místico. Igual que los monjes anacoretas, sintió que el Todopoderoso lo apartaba con Su mano del resto de los hombres y le encargaba una misión. Se hincó de rodillas, bajó la cabeza y entonces pudo escuchar una voz beatífica y celestial:

—Johannes, mírame, abre los ojos. Aquí estoy.

Los párpados de Gutenberg, anegados de lágrimas, se separaron con dificultad. Entonces vio al mismísimo San Arbogasto, de pie junto a él, rodeado de una luz perfectamente circular que coronaba su barbada cabeza. No era la estatua derribada que había descubierto momentos atrás, sino una imagen espectral que hablaba y se movía.

—Dichoso de ti, Johannes, a partir de este instante serás inmortal. Devuelve la vida a este santo lugar, rescátalo de las tinieblas y tráelo a la luz. No tienes por qué usarlo de guarida como si fueras un ladrón. Fúndalo por segunda vez y conviértelo en el santuario donde habrá de nacer y multiplicarse el Verbo para que llegue a todos los hombres del mundo.

Al escuchar estos dichos, Gutenberg lloró con un llanto infantil. Unos espasmos lo sacudían y le impedían pronunciar palabra. Entonces San Arbogasto se inclinó, le tocó la espalda para calmarlo y prosiguió:

—Desde hoy, habrás de empuñar la antorcha que derramará la luz en la faz de la Tierra para gloria del Cielo y de los hombres. Todos los pueblos que habitan el Orbe hasta sus confines, incluso los idólatras de las tierras más lejanas que aún no han sido tocados por el Verbo, podrán leer y, así, entender las verdades sagradas; esparcirlas y multiplicarlas como el fuego que pasa de tea en tea. Gracias a tu obra, serás reconocido y proclamado inmortal por aquellos santos a quienes habrás de inmortalizar.

De pronto, se hizo un largo silencio. Johannes levantó la cabeza y comprobó que la aparición se había ausentado de la misma misteriosa manera en que había llegado. Entonces, otra voz diferente comenzó a hablar. Gutenberg no podía precisar de dónde provenía. Parecía venir de todas partes y de ninguna a la vez, como si en realidad se originara en el centro mismo de su cabeza:

—No lo escuches, Johannes. Olvida tu invento de una vez y para siempre. ¿Quieres ser inmortal, que los hombres te recuerden por los tiempos de los tiempos? Es comprensible. Pero ¿qué precio estarías dispuesto a pagar? ¿El pensamiento de tus semejantes es acaso siempre tan puro y tan santo para que merezca ser expuesto a los ojos de la humanidad? Por otra parte, las revelaciones de los libros verdaderos son demasiado elevadas para ser rebajadas al vulgo. ¿Los simples estarían en condiciones de comprenderlos? ¡Si ni siquiera saben leer! Y, por cierto, ¿cuántos libros merecerían ser multiplicados? ¿No ves el peligro?

»Johannes: son más los hombres viles y malintencionados que los sabios y los buenos. Tu invento será profanado; el bien que pretendes será usado para el mal. Tu memoria, en lugar de ser bendecida, será objeto de las peores maldiciones. Habrá hombres cuyas artes para escribir serán tan seductoras como venenosas. Su corazón, soberbio y corrompido, habrá de corromper y ensorberber a quienes se dejen enredar por sus bellas palabras. En cambio, sin tu invento quedarían encerrados en su estrecha oscuridad, no podrían diseminar su ponzoña a través de la Tierra, ni de las generaciones, ni de la eras. Si dieras a conocer tu invento, ellos mismos llevarán la desgracia y el crimen a todos los hombres de todas las edades y condiciones. Verás millares de almas corromperse con la corrupción de una sola. El mal de la lectura se extenderá como la peste.

»Verás jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas derramarán el veneno en el espíritu.

»Verás a las jóvenes pecar de soberbia, de adulterio y de perfidia por obra de esos libros que derramarán la maldad sobre sus corazones.

»Verás a las madres llorar a sus hijos.

»Verás a los padres avergonzados de sus hijas.

»Johannes, ¿una inmortalidad a costa de tantas lágrimas y angustia no es demasiado cara? ¿Querías la gloria a semejante precio? ¿No te espanta la responsabilidad que esta gloria hará pesar sobre tu alma? Una vez más, te suplico: Johannes, olvida tu invento y vive tu vida de siempre. Considera tu invención como un sueño seductor pero funesto, cuya ejecución sería útil y santa si el hombre fuera bueno. Pero el hombre es malo. ¿Acaso, ofrecer armas a los malvados no es ser cómplice de sus crímenes<sup>[12]</sup>?

Gutenberg se incorporó y, confundido, buscó el origen de esa voz. Sin embargo, no vio a nadie. Giró sobre su eje, mareado pero consciente de la disyuntiva moral. ¿Qué debía hacer? En ese instante, escuchó un ruido horroroso, volvió la cabeza y, con pánico, pudo ver cómo un conjunto de huesos desperdigados en el suelo se reunían en un punto del recinto y formaban una osamenta humana completa. El esqueleto se puso de pie y caminó hacia Johannes. Los pasos sonaban como la madera hueca contra una piedra. El horrendo cadáver se sentó sobre el alféizar de una ventana en ruinas y, batiendo la mandíbula desnuda, comenzó a hablar con una voz aguda, áspera y burlona:

—No les hagas caso, Johannes, la inmortalidad es una quimera. Puedo dar fe de eso. ¿Acaso te gustaría verte como me veo yo por toda la eternidad? Ya lo dijo el Cristo: si obras para ganar el Cielo, de seguro lo perderás. Nada hay que el dinero no pueda comprar: el prestigio, el reconocimiento, los títulos de nobleza y las indulgencias.

En ese instante la calavera se incorporó, se acercó a Gutenberg y con un aliento gélido y hediondo, le susurró al oído:

—También el cielo se puede comprar.

Johannes se alejó con una mezcla de repugnancia y temor y escuchó la carrasposa risa del difunto ladrón, que prosiguió con su monólogo:

—Si la Santísima Iglesia ha alcanzado la cima del mundo fundada en sus pilares de oro, en sus tesoros inabarcables, ¿qué podría esperar un simple mortal? Para conseguir tu cometido, Johannes, necesitarás dinero, dinero que, no hace falta que yo te lo recuerde, tú mismo podrías fabricar. ¿Quieres servir a Dios? Jamás podrías hacerlo ni realizar tu obra sin dinero. Mira a tu padre: desterrado, en la más lastimosa pobreza, dejó pasar su oportunidad como el agua entre los dedos. ¿Acaso crees que el viejo Friele tiene un lugar a la diestra del Altísimo? —preguntó el ladrón muerto y luego rio con sorna—. Hasta la inmortalidad tiene precio.

En ese momento el esqueleto hizo una pausa y abandonando su tono cáustico, dijo con severidad:

—Johannes, no des a conocer tu invento a nadie; guárdatelo para ti y sácale buen provecho. Multiplica los libros, no importa su contenido, no eres juez de nadie. Reprodúcelos por decenas, por cientos, por miles, no te fijes si son santos o réprobos, si son sagrados o heréticos; mira, sí, que sean valiosos y que haya quien los pague.

## SEGUNDA PARTE

# 1

Una lluvia torrencial caía sobre Mainz. La tormenta había adelantado la llegada de la noche, obligando a los comerciantes a cerrar las puertas de sus tiendas. Los puesteros de la plaza intentaban en vano sostener los toldos que se volaban con el viento, arrastrando en algunos casos los puestos enteros. Al aguacero se sumaban hojas de verduras que se arremolinaban en el aire presas del vendaval. Las calabazas rodaban sobre los adoquines y los corderos colgados se bamboleaban de aquí para allá como si estuviesen vivos. Los relámpagos caían sobre las torres de la catedral y los truenos cercanos sonaban en simultáneo con el refucilo enceguecedor.

La gente, aterrada, corría a ponerse a resguardo. Algunos trastabillaban al resbalar sobre el empedrado mojado y otros chocaban entre sí. No era solo el miedo ancestral que producían las tormentas. La ciudad convivía con un temor latente que se desataba con todas sus fuerzas ante cualquier situación más o menos inesperada. Desde que la muerte había entrado en el Convento de la Sagrada Canasta y su sombra se proyectaba sobre Mainz, todos sentían su macabro acecho. La noche había dejado de ser un sereno refugio para el descanso; hasta los más confiados echaban cerrojo a las puertas, ponían pasadores en las ventanas y dejaban un cuchillo a mano, oculto entre la almohada y la pared.

A pesar de los rayos que golpeaban las agujas de la basílica y las pesadas gotas que repicaban sobre el tejado aturdiendo a los presentes, el juicio continuaba en aquella nueva jornada del proceso. El fiscal Sigfrido de Maguntia se disponía a iniciar su acusación y el escribiente sus anotaciones, cuando fue interrumpido por el presidente del tribunal. El más anciano de los clérigos, un hombre calvo cuya cabeza estaba literalmente hundida entre los hombros, carraspeó para aclarar la voz y, dirigiéndose a los acusados, explicó que uno de los jueces —cuya identidad no reveló— había considerado que no existían elementos para que los reos permanecieran encarcelados. Dado que el principal crimen que se les imputaba, el delito de falsificación de libros, no revestía mayores peligros, el proceso podía continuar su curso sin que resultara necesario que los acusados fuesen castigados con cárcel antes de que los cargos estuviesen probados.

—Este tribunal ha resuelto por mayoría de sus miembros que los reos sean puestos en libertad, previo pago de una prenda fijada en doscientos florines.

Aquellas palabras fueron un balde de agua más fría que la de la tormenta. No las esperaban el fiscal ni el público presente ni, mucho menos, los acusados. La mano de Ulrich Helmasperger vaciló, reflejando el asombro de su dueño, y finalmente dejó plena constancia de la decisión en el documento notarial. Hasta ese momento, Sigfrido de Maguntia estaba seguro de la eficacia de sus argumentos y de su actuación. Con frecuencia sucedía que sus modos grandilocuentes lograban su cometido en el momento, pero luego, durante las reuniones del jurado fuera del ámbito del juicio, los conceptos quedaban en el tamiz de la razón y se separaban de

las emociones inmediatas. Lo cierto era que, más allá de la cantidad de veces que el fiscal había pronunciado la palabra «muerte», esta no podía ser más que una metáfora aplicada a los libros. El gesto del acusador se tornó más sombrío y amenazante que el cielo negro cruzado por los relámpagos. Sigfrido de Maguntia bajó la cabeza, cerró los ojos y musitó entre dientes:

—Perdónalos, Padre, no saben lo que hacen.

El fiscal fue severamente advertido por el presidente del tribunal; aun cuando no llegó a escuchar lo que dijo, nadie tenía permitido hablar hasta que la palabra no fuese formalmente otorgada por los jueces. Con su habitual inclinación a la teatralidad, Sigfrido de Maguntia resopló, entrelazó los dedos de ambas manos, fue y vino de un lado a otro hasta que, por fin, guardó un silencio elocuente, cuyo patetismo quedó realzado por el ruido de la tormenta. El notario, que tenía el oído bien entrenado, sí alcanzó a comprender la frase y, a sabiendas de que no le haría ningún favor al fiscal, dejó constancia escrita de la infeliz cita en la que se comparaba, nada menos, con Jesucristo. Fue aquella una pequeña cuenta que se cobró el escribiente frente al silencioso desprecio que le prodigaba el engreído calígrafo que fungía de acusador.

Fust y Schöffner se miraron intentando disimular una euforia contenida. Pero el rostro de Gutenberg permaneció inalterable. Desde aquella lejana noche en la que, en lo alto del monte en el que se ocultaban las ruinas de San Arbogasto, los muertos se habían levantado de sus sepulcros frente a sus alelados ojos, a Johannes jamás lo había abandonado aquella expresión ausente.

Entre los truenos, los relámpagos, el temible ruido del diluvio sobre el tejado y el recuerdo de los aparecidos, Gutenberg ni siquiera parecía alegrarse ante la feliz noticia de su liberación.

Johannes rememoraba aquella noche cerrada, solitaria y pavorosa en la que, con el cuerpo dolorido, mareado y sin fuerzas para incorporarse, comprendió la dimensión de su empresa y las alternativas morales que se abrían frente a él. Tal vez, se dijo, aquellas tres apariciones tuvieran, cada una, su parte de verdad. Por otro lado, no debía tomar una decisión en ese momento. Necesitaba recuperarse y pensar con calma. La única certeza que tenía era que aquel convento en ruinas sería el sitio secreto en el que habría de poner manos a la obra, cualquiera fuese la forma final de esta.

En los días sucesivos, Gutenberg se entregó por completo a su misión clandestina. Durante el día, era el eficiente y prolijo funcionario que todos conocían, el más delicado grabador del Ayuntamiento de Estrasburgo. Pero cuando caía el sol, se transformaba en una sombra, en una suerte de eremita nocturno que se internaba solitario en las tripas oscuras de la abadía de San Arbogasto.

Su tarea fue titánica; como un Cristo, cargaba sobre sus espaldas todo lo necesario para instalar su taller. Todas las noches iniciaba el tortuoso ascenso acarreado maderas, materiales variados, muebles agrestes, prensas para oliva,

metales diversos y partes de maquinarias agrícolas indescifrables. Trabajaba sin descanso. Casi no dormía; apenas si comía.

Ascendía al monte con los últimos destellos del sol en el poniente y descendía con las primeras luces del alba. Ningún caminante circunstancial hubiese notado diferencia alguna en la ladera escarpada de la colina. Por fuera, todo se veía igual. Si, por acaso, un viajero perdido se hubiese aventurado hacia la abadía oculta entre el follaje, de inmediato habría vuelto sobre sus pasos, lleno de terror: Johannes se había ocupado de emplazar una primera línea de defensa con su ejército de cadáveres. Cada diez pasos, dispuso una hilera de cráneos humanos que asomaban desde las rocas y vigilaban amenazadores con sus ojos vacíos. Por otra parte, se encargó de borrar todo vestigio del sendero que conducía al monasterio, plagándolo de obstáculos en apariencia insalvables, aunque, en rigor, no eran más que un decorado: enormes troncos ahuecados de aspecto inamovible que Johannes desplazaba con facilidad para entrar y salir, como si se tratara de una simple portezuela de trampa. Sin embargo, el cambio que se había producido en el corazón del monte se hubiera dicho milagroso; retirada de los ojos del mundo, la vieja abadía había vuelto a cobrar una extraña vida.

Debajo de una cúpula vegetal formada por diferentes enredaderas entrelazadas, existía una ciudadela fundada con las ruinas de la abadía y los diversos materiales que había llevado Johannes con el tesón de una hormiga. Reconstruyó con listones de madera los techos derruidos de los claustros y de la nave central de la antigua capilla. Limpió y removió los helechos, las malezas, las trepadoras y las plantas parasitarias del interior del convento y, por primera vez en siglos, reaparecieron las piedras perfectamente rectangulares de las paredes y los hermosos pisos de mosaico. En claustros contiguos instaló los diferentes talleres que habrían de dar vida a su proyecto.

Siguiendo la distribución de la Casa de Moneda de Mainz, en la primera crujía Gutenberg instaló la sala de fundición: en el centro del recinto fabricó un horno para tal fin. El efecto era extraño; se trataba de un cubo dentro de otro: la escala del macizo crisol parecía respetar a la perfección las proporciones de la sala. Ninguno de los monjes que en el pasado habitaron aquel claustro imaginó el curioso destino del modesto cuarto de clausura. Desde la parte posterior del horno surgía una chimenea que atravesaba el techo y se elevaba incluso más allá de la altura del domo verde formado por las plantas y los arbustos. Johannes debía hacer un fuego de combustión lenta con leños muy secos para evitar grandes fumaradas visibles desde la ciudad y los alrededores.

En el claustro siguiente habría de funcionar la sala de prensado. Con la misma técnica ideada por su padre, Johannes montó una enorme prensa de las que se utilizaban para extraer aceite de oliva, solo que en el lugar del recipiente destinado a recoger el óleo, había una base plana de metal. La manivela superior, unida a un eje roscado que hacía descender una pesada plancha de hierro, ejercía presión sobre la base. A cualquier extraño le hubiese resultado un artefacto completamente inútil.

Siguiendo por la galería se accedía a la habitación contigua: semejante a la sala de los copistas de la Casa de Moneda, Gutenberg había almacenado una enorme cantidad de tinta negra y roja, y varias planchas de papel como el que se utilizaba para los manuscritos. La gran diferencia con el salón de los escribas era que, curiosamente, no había ningún sitio destinado a copista alguno. No se veían pupitres ni *scriptorias*; ni siquiera una modesta tabla y una silla para sentarse a escribir. Tampoco había plumas ni plumines o pinceles. En fin, nada semejante a las herramientas de escritura que se adaptaran a la mano humana.

En la nave principal de la renacida capilla, podía verse una escena propia de un sueño: en el sitio en el que debía estar el altar, había una enorme montaña de viejos hierros retorcidos, restos de metales diversos: pesadas cadenas oxidadas, herrajes en desuso, candados desvencijados, llaves, herraduras rotas y objetos indescifrables que, apilados, llegaban hasta el techo. Se trataba, claramente, de una versión grotesca de la pirámide de oro de la Casa de Moneda; en lugar de los perfectos lingotes dorados, se erigía un metálico monumento de basura. Cualquiera que hubiese conocido el imponente edificio de Mainz dirigido durante años por el viejo Friele, habría jurado que su hijo se había vuelto completamente loco, que aquella parodia entre las ruinas, oculta bajo una bóveda de plantas, era un remedo del que nada bueno podía salir.

Gutenberg no solo carecía de toda noción del sacrilegio que significaba instalar una guarida clandestina para producir falsificaciones, sino que cada noche que pasaba se convencía de que la suya era una misión divina. Como un abad demente, se paseaba por sus subterráneos dominios inspeccionando que cada detalle estuviese a punto.

La situación económica de Johannes era dramática: todo el dinero que había conseguido ahorrar en sus diversos trabajos se lo había gastado en papel, tinta, madera y en desperdicios metálicos que compraba en las herrerías de los pueblos cercanos a Estrasburgo para no levantar sospechas entre sus vecinos. Demacrado, hecho piel y hueso, falto de sueño y de comida, sin una sola moneda, Gutenberg necesitaba cuanto antes poner a funcionar su empresa secreta. La sola idea de terminar como su padre lo aterraba. Él, en lo más profundo de su corazón, creía estar llamado a un destino de grandeza. De manera que cuando consideró que ya todo estaba dispuesto, extrajo de la caja el juego de letras de madera de Koster y, como quien abriera un arcón que guardara un tesoro, se dispuso a hacer las primeras pruebas.

Un alarido rompió el silencio matinal de Korbstrasse. El grito que retumbó en las paredes de la callejuela y llegó hasta la plaza, había surgido de una de las ventanas abiertas del monasterio de la Sagrada Canasta. Todavía no había salido el sol cuando una de las mujeres más jóvenes, impulsada por una inexplicable angustia, se dirigió al cuarto de su hermana mayor, Hannah. La muchacha golpeó la puerta tímidamente. No obtuvo respuesta. Accionó el picaporte pero el pasador estaba echado por dentro. Presa del pánico, corrió a buscar a Ulva, que aún dormía. La jovencita, con los ojos llenos de lágrimas y la respiración cortada, le hizo saber su temor. La puta madre saltó de la cama y con el mismo impulso corrió escaleras arriba. Volvieron a golpear la puerta, esta vez con todas sus fuerzas. Silencio. Ulva sabía que Hannah era la siguiente en la línea sucesoria. Corrió hasta la cocina y regresó con una barra de hierro que utilizaba para acomodar los leños ardientes. Introdujo el extremo más delgado entre la puerta y el marco, accionó el barrote como una palanca hasta que, por fin, el pasador se quebró. Cuando consiguieron entrar, se encontraron con la escena más temida: la mitad superior del cuerpo de Hannah estaba sobre la cama y los pies tocaban el piso. Fue en aquel momento cuando la hermana menor de la víctima dejó escapar aquel alarido agudo que despertó al resto de las mujeres. A diferencia de las tres muertes anteriores, no había una sola gota de sangre. Por otra parte, no había sido desollada como las otras pupilas. El cuerpo de Hanna se veía intacto: no presentaba golpes, contusiones, hematomas ni cortes. De hecho, Ulva albergó la esperanza de que aún estuviese con vida. La alzó sobre el lecho, buscó su pulso, el latido del corazón, el más leve indicio de aliento. Nada. Evidentemente, el asesino la había asfixiado de la misma forma que a las demás. La piel permanecía blanca e inmaculada. Solo tenía la pequeña marca en el omóplato que les hacían al nacer a todas las putas de la casa y que era el diminuto símbolo que las distinguía: la estrella de ocho puntas que representaba tanto a Ishtar como a la ciudad de Babilonia.

Era curioso, pero las mujeres que, entre sollozos, rodeaban el cadáver, se preguntaban por qué razón no habían despellejado a Hannah, cuando la pregunta debía ser otra: ¿por qué les habían quitado la piel a las tres anteriores? Tal vez, se decían, el asesino no había tenido tiempo. Acaso la corazonada que llevó a su hermana menor a llamar a la puerta, había frustrado su propósito y debió escapar por la ventana antes de ser descubierto.

Sin embargo, las únicas dos personas que tenían la respuesta a esa pregunta eran Ulva y el asesino.

A diferencia de la primera jornada del proceso a Gutenberg y sus cómplices, los acusados debían comparecer ante el tribunal sin ser llevados por la fuerza pública. Dado que los jueces habían resuelto liberarlos mientras durara el juicio, los reos no serían trasladados desde la celda hasta la sala de audiencias por los guardias, sino que debían hacerse presentes en la catedral por sus medios. Faltaban treinta minutos para

que dieran las campanadas de las siete, hora de inicio de la audiencia, cuando llegaron juntos Fust y Schöffner. El tribunal se constituyó quince minutos antes de tiempo. Sigfrido de Maguntia fue el primero en ingresar en la sala; había llegado a las seis, cargado de papeles que se dedicó a estudiar con minucia en un rincón del recinto. El segundo en entrar, instantes después, fue Ulrich Helmasperger. El notario saludó escueto pero formal y a cambio recibió el más antipático silencio. Masculló su fastidio y se encaminó derecho hasta su pupitre, se sentó y preparó el tintero, la pluma y el papel. Para ganar tiempo, el escribiente encabezó y tituló el documento. Entonces el fiscal se incorporó y se paseó con las manos enlazadas por detrás de la espalda por el perímetro de la sala. Al llegar al pequeño escritorio, se detuvo junto al notario y, sin piedad, le espetó:

—¿Podrías escribir con letra más clara?

Ulrich cerró los ojos, apretó los puños y tuvo que hacer esfuerzos para mantener la calma y no saltar al cuello de Sigfrido. Bajo otras circunstancias hubiera podido matarlo. Pero se limitó a mirar fijamente a los ojos del fiscal como advirtiéndole que acababa de sobrepasar un límite. Por primera vez, el fiscal pudo ver el rostro del notario, que, hasta entonces, siempre se había mantenido oculto entre los hombros, siempre inclinado sobre el papel. Sigfrido de Maguntia acababa de reconocerlo; sin dudas, se había cruzado con él en otros ámbitos. Sintiéndose descubierto, el escribiente bajó rápidamente la vista. Temió que el fiscal pudiera haberlo visto alguna vez entrando en el burdel de la calle de los cesteros. Ulrich deseó que el fiscal cayera muerto en ese mismo instante. La entrada de los miembros del jurado disipó aquella incómoda escena.

El único que hasta el momento no se había presentado era Johannes Gutenberg. Un silencio elocuente reinaba en la sala. El fiscal calculaba el paso del tiempo haciendo repicar su dedo índice sobre la tabla del atril para poner en evidencia cada segundo de demora. En caso de que no cumpliera con su obligación frente a la ley, sería declarado prófugo, buscado por la fuerza pública y, en caso de que fuese atrapado, tendría pocas chances de no ser condenado a muerte. Al margen de que su ausencia sería tomada como una tácita confesión de los cargos que se le imputaban, los jueces se mostraban implacables cuando eran traicionados en su buena fe. Faltaban dos minutos. Los miembros del tribunal intercambiaban miradas filosas como si se reprocharan en silencio la decisión a la que habían arribado luego de largas discusiones. Fust y Schöffner no sabían si debían entregarse a la alegría o a la consternación; por un lado, suponían que si Gutenberg, al profugarse, reconocía su culpa, ellos dos podrían descargar toda la responsabilidad en la ausente persona de Johannes. Sin embargo, también podía suceder que, de considerar culpable a Gutenberg, el tribunal hiciera extensiva la condena a sus dos cómplices. Faltaba un minuto. Sigfrido de Maguntia estaba preparado para pedir a los jueces que declararan al reo en rebeldía y lo condenaran, sin más trámite, a morir en la hoguera. El carrillón del convento ya se había puesto en marcha, cuando, en el preciso instante en que iba

a dar la primera campanada, Gutenberg entró en la sala agitado y sudoroso. Solo entonces sonó el primero de los siete repiques. Sigfrido de Maguntia lo miró con odio y, con renovada animadversión, comenzó su alegato:

—Excelencias, por lo visto, uno de los reos decidió comparecer ante vuestra majestad en el límite del plazo. Acaso, ante las contundentes evidencias en su contra, haya considerado hasta último momento ausentarse de Mainz.

Todavía agitado por la corrida y secándose el sudor con la manga, Gutenberg se desplomó en la silla e intentó recuperar el aliento. El aire se negaba a llenar sus pulmones y no podía evitar un jadeo perruno. Poco a poco su pulso se regularizó y el oxígeno recompuso los colores del rostro. Pero no bien escuchó las palabras con que el fiscal inició su acusación, el corazón de Johannes volvió a acelerarse.

—No sería la primera vez que el acusado huyera de una ciudad, tal como escapó de Haarlem, antes de que fuera apresado por robar a su maestro, mi honorable colega Laurens Koster —lanzó Sigfrido de Maguntia.

El acusador obligó a Gutenberg a evocar su veloz huida de Holanda luego de despojar a su maestro del juego de letras. De hecho, durante algún tiempo consideró que no había nada más valioso en aquel taller levantado entre las ruinas de San Arbogasto que el juego de letras de Koster. Para ponerlo a salvo de cualquier intruso, lo había guardado en un sótano secreto, al cual se accedía desde una trampa imperceptible disimulada debajo de los restos saqueados de un sepulcro tenebroso. Cualquier otro objeto era más o menos prescindible y, en el peor de los casos, podía sustituirse; pero las valiosas piezas traídas de Holanda eran irremplazables.

Johannes estaba a punto de hacer la prueba inaugural. En primer lugar, debía poner en práctica todas y cada una de las soluciones que había ideado para subsanar los problemas del sistema de Laurens Koster. Con sumo cuidado de no dañarlas, perforó las piezas de madera calculando que el orificio pasara exactamente por la mitad de cada letra. Luego armó la primera línea del Génesis y unió con una cuerda fina, resistente y tensada en ambos extremos, las letras que la componían. Entonces dispuso las piezas de la segunda línea intercalando los pequeños tacos vacíos que había fabricado para que ambas líneas quedaran perfectamente justificadas. Y así procedió con las siguientes líneas hasta componer la primera página. Su corazón latió con euforia al comprobar que todas las líneas estaban perfectamente paralelas entre sí y que, además, quedaban centradas con precisión entre ambos márgenes. Pero no se apresuró. Aún debía resolver otro problema: el de la tinta.

Todavía conservaba el frasco con la tinta que empleaba Koster. A Gutenberg le sorprendía el hecho de que la tinta se viera bien negra, brillante y con cuerpo mientras estaba fresca. Sin embargo, al pasar al papel perdía consistencia y definición. Los bordes de las letras quedaban difusos y opacos. Y luego, al secar por completo, se tornaba grisácea y aguada. Johannes no podía precisar si ese defecto se debía a la tinta o al papel, aunque sospechaba que era una mezcla de ambos elementos. Intuía, además, que la madera también absorbía buena parte del fluido

negro. Para alcanzar la tinta perfecta debía despejar primero estos interrogantes.

Por entonces existían tres formas de fabricar tinta negra: la más extendida era la tinta de carbón que se obtenía con una mezcla de polvo de carbonilla con agua y goma arábica. Otro método, el negro de humo, era el que se conseguía al reemplazar el carbón molido por partículas obtenidas de la combustión de resinas vegetales. El humo negro otorgaba a la tinta una coloratura profunda y un cuerpo más espeso, aunque la consistencia podía variar según se agregara más o menos goma arábica a la mezcla. Muchos artistas fabricaban sus tintas negras raspando las paredes internas de las chimeneas en las que se depositaban grandes cantidades de partículas de humo y restos de carbón. La goma arábica, por su parte, se hacía con la savia que liberaban las acacias para cicatrizar las heridas de la madera. Existía un tercer método de fabricación de tintas a partir del uso de metales. Eran pocos los que conocían estas técnicas y, por cierto, requerían conocimientos muy específicos de las reacciones químicas de los diferentes compuestos minerales y vegetales. Se creía que las fórmulas de las tintas metálicas provenían de las experimentaciones de los alquimistas: buscando la forma de convertir metales innobles en oro, se toparon accidentalmente con el oro oscuro con el que solían escribir sus más preciados secretos. Así, mezclando sales de hierro, *vitriolo verde* o *sal martis* con el tanino de robles en los que ciertas avispas criaban sus larvas, se obtenía una tinta de una pureza inigualable. También podían utilizarse los taninos de las semillas de la uva negra y de las cáscaras de nuez.

Sobre la base del negro de carbón, el de humo y el del metal, cada escriba desarrollaba sus propios secretos, muchos de los cuales pudo conocer Gutenberg en la Sala de los Copistas de la Casa de Moneda. Ellos solían agregar extracto de ajo prensado que otorgaba a la tinta un brillo y una adherencia notables. Todas estas tintas, desde las más rústicas hasta las más delicadas, presentaban ventajas y desventajas. Sin embargo, el gran problema de Johannes, el mismo con el que, a todas luces se había tropezado Koster, era que esos preparados servían para escribir a mano y con pluma, pero no para prensar. Las que eran demasiado acuosas eran absorbidas por la madera y el papel, mientras que las que presentaban mayor cuerpo y adherencia se pegoteaban al papel de tal modo que muchas veces no había forma de despegarlo.

Gutenberg probó con centenares de mezclas y proporciones pero, invariablemente, los papeles, malogrados, acababan en el fuego. Solo entonces comprendió que debía descartar los métodos tradicionales y desechar de una vez por todas las tintas conocidas. De pronto, tuvo una revelación: durante su viaje a los Países Bajos había descubierto la maravillosa pintura flamenca, completamente distinta de todas las técnicas del resto de Europa. Los pintores de Flandes habían alcanzado la perfección provocando la envidia de los artistas más exquisitos de la Germania e incluso de los geniales pintores de los reinos de Italia. Johannes había tenido el privilegio único de ver con sus propios ojos los cuadros de Jan van Eyck y

los de Robert Campin, los de Hans Memling y los de Roger van der Weyden. Nunca en su vida Gutenberg había imaginado que colores semejantes pudieran ser alcanzados por la inventiva del hombre. Su maestro, el viejo Koster, había llevado a su discípulo a la catedral de San Bavón, en Gante, para que admirara el Políptico pintado por los hermanos Van Eyck. Al ver que su alumno de Mainz no podía articular palabra, el maestro grabador le explicó que aquellas pinturas inéditas tenían un nombre: *oleo*. No fue sino hasta aquel momento, en la abadía de San Arbogasto, que Johannes volvió a recordar ese término revelador.

### *Oleo.*

Fue la palabra mágica, la llave para abrir una de las puertas que hasta entonces parecía infranqueable. Gutenberg no tenía idea de cuáles eran las fórmulas secretas de aquellas pinturas flamencas, pero la sola palabra *oleo* era una pista nada despreciable. No necesitaba conocer los arcanos de aquellos rojos encarnados, de los azules luminosos como el cielo, de los dorados refulgentes como el sol. Solo se conformaba con aquel negro más negro que la muerte, que la ausencia, que la nada. Precisaba de esa nada absoluta para volcar en el papel todo el conocimiento del mundo.

Johannes hizo centenares de pruebas ligando aceites con metales, carbones y elementos diversos. Utilizó aceite de uva como vehículo para el negro de humo; mezcló aceite de nueces con negro de carbón; religó aceite de oliva con sales de hierro; fusionó limadura y óxido de cobre, de plomo y de titanio con aceite de lino y luego hizo y rehizo todas las combinaciones posibles. A medida que experimentaba, veía cómo se abría frente a sus ojos un camino oscuro como un hermoso reguero de tinta negra. Johannes era feliz en aquella deliciosa penumbra en la que solo él podía moverse a sus anchas. Nadaba como un pez en un océano negro. Y cuanto más negro y profundo era, más se iluminaba su esperanza. Después de muchos e intensos días y noches, por fin descubrió la fórmula de la tinta perfecta: podía darle el espesor que deseaba friendo el aceite. Si quería que fuese más brillante bastaba con agregar *vitriolo*. La tinta obedecía a la voluntad de Gutenberg como un perro, dócil, fiel y, sobre todo, negro.

Johannes esparció la tinta sobre las letras de Koster con una almohadilla de cuero, primorosamente las cubrió con el papel como una madre que arropara a un niño y, con la severidad de un padre, sometió a su criatura al rigor de la prensa. Cuando la liberó de la presión, comprobó que el papel se despegaba con absoluta facilidad y las letras quedaban perfectamente impresas. Así, por primera vez, tuvo entre sus manos la primera hoja de la Biblia. Estaba ante el *Génesis* de la génesis, ante el origen de los orígenes.

Había conseguido inventar la tinta perfecta. Sin embargo, su felicidad fue tan efímera como el tiempo que separa el relámpago del trueno. Cuando observó la página con detenimiento, notó que las letras de madera no estaban a la altura de su genio: las estrías producidas por el uso, el ligero astillado y todas las deformaciones

que dejaban los sucesivos prensados quedaban reflejados en el papel a causa del contraste entre la sutileza de la tinta y la rusticidad de la madera.

En un raptó de ira y euforia, Gutenberg echó al fuego las letras de Koster.

La llegada de Gutenberg a la audiencia en el límite de la hora había malquistado al tribunal para con los reos. En la Germania, la impuntualidad injustificada estaba considerada una ofensa. Que un procesado llegara tarde a comparecer frente a la misma Corte que acababa de beneficiarlo con la libertad, resultaba imperdonable. Sigfrido había notado el fastidio en el rostro de los jueces y decidió sacarle el mayor provecho.

—Excelencias, el principal acusado se ríe delante de vuestras propias narices. Su actitud desafiante, su hostilidad y desprecio hacia la justicia, es la misma que guio sus pasos en su carrera de falsario, ladrón, estafador y hereje. No bien tuvo las manos libres, se aprovechó de vuestra inestimable confianza.

Gutenberg, irritado frente a la bufonesca puesta en escena del fiscal, intentaba reconstruir en su memoria cada eslabón de la cadena de hechos que lo condujeron hasta el juicio. El tono altisonante de Sigfrido de Maguntia, que no cesaba de caminar de un lado al otro, era para Johannes una tortura cada vez más difícil de soportar. Entre sus variadas dotes histriónicas, el acusador tenía una notable habilidad para imitar voces: cada vez que refería los dichos de tal o cual personaje conseguía remedar su voz, sus giros y muletillas particulares con un parecido inquietante.

Liberado de las ataduras de la xilografía, Johannes decidió aventurarse hacia un nuevo camino que lo condujera a las impresiones perfectas. Resuelto el problema de la tinta, se impuso como siguiente paso la tarea de reproducir la letra del más exquisito de los copistas. Los tacos de Koster eran tan grandes que solo cabían quince líneas por página, mientras que los buenos manuscritos constaban de alrededor de cuarenta líneas separadas en dos columnas. Si quería lograr una copia sin defectos, antes necesitaba conseguir el mejor de los originales. Pero un libro de esas características era inalcanzable para Gutenberg. Un manuscrito costaba no menos de cien escudos de oro.

El Ayuntamiento de Estrasburgo guardaba la Biblia más hermosa que Gutenberg hubiese visto. Y había visto muchas. De la Casa de Moneda, que durante tantos años presidió su padre, salieron centenares y todas, por cierto, eran de excelente calidad. Las Biblias de Mainz estaban altamente conceptuadas en toda Europa. Sin embargo, la Sagrada Biblia que guardaba la biblioteca de Estrasburgo era una pieza única. Si Dios hubiese escrito con su divina diestra, seguramente lo habría hecho con una caligrafía semejante a la de aquellas Escrituras. Lo que le resultaba cautivante a Johannes era, precisamente, que no parecía un libro hecho por un hombre. La letra era tan perfecta, que apenas podía advertirse diferencia entre dos caracteres equivalentes. Los signos más complejos solían ser los que combinaban líneas curvas y rectas, como la *G* mayúscula, la *B* mayúscula y la *b* minúscula, la *e* minúscula, la *P* y la *d* minúscula y los números 2, 5, 6 y 9. El mayor desafío para un calígrafo era evitar que el lector percibiera las diferencias entre los mismos caracteres. Muchas

letras presentaban una apariencia antropomorfa que las hacía particularmente complejas. El número 8 semejaba una cabeza y un torso; la X, un hombre con los brazos y las piernas separados; la O, una cabeza o una boca abierta; la Y, un hombre con los brazos tendidos al cielo. Los copistas ágrafos, ignorantes del sentido de las letras, veían, efectivamente, formas humanas. En cambio, para quienes sabían leer, una letra no representaba una mera forma, sino un sonido. Así, para aquellos que conocían el alfabeto, una letra P, por ejemplo, sonaba igual en todos los casos por muy diferente que fuera una de otra porque, en rigor, «veían» un sonido. Pero el hombre analfabeto veía en una P, por ejemplo, un hombre de perfil con el pecho henchido; si la siguiente P aparecía más alargada, percibía un hombre más delgado. Es decir, los ágrafos eran mucho más propensos a notar los defectos porque carecían del sentido de las letras. Por esa misma razón, Friele prefería que sus copistas no supieran leer.

La copia que conservaba la biblioteca del Ayuntamiento se aproximaba asombrosamente a la perfección, no por el lujo de las cubiertas ni por la iluminación de las letras capitales, sino por la maravillosa caligrafía. Gutenberg podía distinguir la letra de cada uno de los copistas de su padre, porque, como era de esperarse, cada cual tenía sus peculiaridades. Sin embargo, lo que a los ojos de Johannes hacía única la Biblia del Ayuntamiento era su completa falta de singularidad; a su juicio, ese libro contenía la esencia platónica de la letra, es decir, la idea misma. La letra en estado puro. No era azaroso que el autor de aquella Biblia maravillosa estuviese considerado uno de los mejores copistas del mundo. Se trataba del Prior Sigfrido de Maguntia.

Una mañana como todas, después de haber pasado la noche en vela en la abadía de San Arbogasto, Gutenberg llegó al Ayuntamiento con una idea clara y un propósito oscuro. Quienes lo vieron entrar notaron que una nube negra ensombrecía su ya turbada persona: estaba más pálido que de costumbre, andaba de aquí para allá con la mirada perdida y en nada encontraba sosiego. Cuando se sentaba frente al pupitre, su mano quedaba suspendida en el aire sujetando inútilmente la gubia con los ojos extraviados en un punto impreciso del universo. De pronto volvía en sí y giraba la cabeza para uno y otro lado como si temiera que alguien pudiera adivinar sus pensamientos. Pasaba de la perplejidad al sobresalto y del temblor a una quietud mortuoria. Sus subordinados no se atrevían a dirigirle la palabra y, ante las miradas amenazadoras que les lanzaba cuando se sentía observado, preferían dejarlo solo.

Johannes escudriñó en derredor y cuando comprobó que no había nadie cerca, se deslizó como un gato hacia las escaleras que conducían a la biblioteca. Se tomó de los pasamanos para aligerar su peso y subió los peldaños sin hacer ruido. Llegó hasta el amplio vestíbulo y cuando estaba por encaminarse hacia los altos portales del archivo, vio que el viejo bibliotecario entraba en el recinto y de inmediato volvía a cerrar la puerta tras de sí. En general, el anciano albacea dormitaba en su silla con la cabeza reclinada sobre su pecho. Por otra parte, era sordo como una tapia y sus ojos ya no veían como en los buenos tiempos. De cualquier forma, ni siquiera le hacían

falta: nadie como él conocía el orden de los incontables archivos, documentos y libros que descansaban en los anaqueles de aquel inmenso salón. Cada vez que le solicitaban un manuscrito, ni siquiera se tomaba un segundo para pensar; sin el menor atisbo de duda, se dirigía hasta el sitio exacto, extendía el brazo, tomaba el libro indicado, lo entregaba al solicitante y volvía a su silla.

Ningún libro podía salir del recinto de la biblioteca bajo ninguna circunstancia. Nadie, cualquiera fuera su investidura, estaba autorizado a retirar un manuscrito, así se tratara del alcalde, del rey o de Su mismísima Santidad el Papa de Roma. No existía mortal que pudiera pasar por sobre la autoridad del viejo albacea dentro de los límites del archivo. Gutenberg esperó unos momentos agazapado junto a una columna para dar tiempo a que el hombre se acomodara en su silla y se durmiera. Se acercó unos pasos, pegó la oreja a la superficie de la puerta y escuchó los ronquidos del anciano. Giró suavemente el picaporte y, con una sonrisa, Johannes celebró el hecho providencial de que no le hubiese echado llave. Empujó levemente una de las hojas y, como una sombra, se escurrió hacia el interior dejando la puerta entornada para evitar hacer ruido al volver a abrirla.

Como de costumbre, el viejo dormía profundamente. Con el corazón repicando como un tambor, Gutenberg se dirigió hasta el lugar donde descansaba la Biblia, justo encima de la cabeza del bibliotecario. Se acercó en puntas de pie y, para su fastidio, comprobó que el Libro estaba bastante más alto de lo que recordaba. Extendió el brazo cuanto pudo, estiró los dedos, pero no llegó siquiera a tocarlo. Tal vez con un pequeño salto podría alcanzarlo, se dijo. Era un movimiento peligroso, ya que su cuerpo quedaba inclinado por encima del hombre. Flexionó las rodillas y cuando se dispuso a saltar, perdió el equilibrio y se precipitó con todo su peso. Estuvo a punto de desplomarse sobre el viejo; quiso la buena suerte que Johannes llegara a tomarse de un estante, evitando la caída. Pero un pliegue de la ropa de Gutenberg rozó la mejilla del bibliotecario. Aterrado, vio cómo sacudía la cabeza y, llevándose una mano al moflete, espantaba una mosca inexistente. El viejo había alcanzado a despertarse, aunque no se molestó en abrir los ojos.

Tal era la agitación del furtivo visitante, que temió que los latidos de su corazón se hicieran audibles. Se quedó inmóvil, sin respirar, hasta que volvió a escuchar los ronquidos del albacea. Entonces, Johannes intentó un movimiento más arriesgado aún: levantó una pierna hasta hacer pie en el primer estante, afirmó su mano en otro y se elevó por encima del bibliotecario. Con la mano libre, por fin alcanzó la Biblia. Descendió con el mismo sigilo y, no bien tuvo ambos pies en tierra, respiró aliviado. En ese momento, una fortísima corriente de aire recorrió el interior de la sala. Entonces, con pánico, vio que la puerta que había dejado abierta comenzó a cerrarse con una violencia tal, que habría de provocar un estruendo. Gutenberg corrió dando trancos largos y ligeros como lo haría un ave zancuda y en el preciso instante en que la puerta iba a azotarse, se arrojó cuan largo era y alcanzó a amortiguar el golpe interponiendo la Santa Biblia entre una hoja y la otra. Tendido como estaba, se

persignó: agradeció a Dios y, a la vez, se disculpó con Él por utilizar Su Libro para tan rústica empresa. El bibliotecario seguía durmiendo.

Por fin, Gutenberg se retiró del archivo, cerrando la puerta con la mayor delicadeza. Cuando giró sobre sus talones para alejarse, se topó con otro hombre que venía en sentido contrario. Una vez que se repusieron del inesperado choque y de la sorpresa, Johannes descubrió que se trataba del mismísimo alcalde de Estrasburgo. No hubiese tenido motivos para sentirse morir, de no haber sido porque en la diestra sostenía la Biblia más preciosa de la ciudad que, por otra parte, jamás había salido de la biblioteca. Llegó a ocultar las Sagradas Escrituras llevando sus manos detrás de la espalda. El color, el talante y el estado de Gutenberg le daban un aspecto tan patético, que el alcalde le preguntó si se sentía bien.

—Sí..., bueno, no..., en realidad —titubeó el improvisado ladrón de Biblias, a punto de perder el equilibrio.

—Será mejor que descanséis —dijo el mandatario—, en verdad, tenéis un aspecto francamente lamentable.

Gutenberg agradeció la preocupación del alcalde y su virtual concesión de licencia, inclinando la cabeza y ofreciendo reverencias extrañas, cuyo propósito no era otro que mantener oculto el Libro. Una vez que el alto funcionario entró en la biblioteca, Johannes metió la Biblia entre sus ropas y se retiró del edificio con el mismo gesto alucinado que tenía al llegar.

Nadie sabía que debajo de sus vestiduras escondía una fortuna equivalente a más de cien escudos de oro.

El fiscal se incorporó, caminó hacia su atril y volvió a tomar las Biblias que había exhibido a los jueces durante las primeras jornadas del juicio. Luego de aquel solitario encuentro cara a cara entre el acusador y el notario, el pulso de Ulrich Helmasperger se había tornado vacilante y su letra, menos clara y algo más pequeña. De todos modos, este hecho solo perceptible a los ojos de un profesional de la caligrafía, no era óbice para que continuara dejando fiel testimonio de los dichos del fiscal.

—Excelencias: os he manifestado mi sorpresa al descubrir que de los talleres clandestinos de los reos había salido una falsificación exactamente igual a una Biblia que yo mismo había escrito. Os he preguntado si podíais notar la diferencia entre la buena y la falsa, ya que ni yo, el modesto copista que la escribí, podía establecer las diferencias. Si grande fue mi asombro entonces, mayor lo es ahora, al haber podido establecer que ni la una ni la otra son auténticas.

Ante la confusión de los miembros del tribunal, Sigfrido de Maguntia volvió al atril y tomó un tercer ejemplar, en apariencia idéntico a los dos anteriores. Aquello parecía la función de un mago de la corte. El fiscal elevó esta última Biblia sobre su cabeza y dijo:

—Luego de mucho examinar los tres ejemplares, he podido establecer que este es el que yo escribí. Lo notaréis porque aquellos dos libros son idénticos entre sí; en cambio, el que veis aquí tiene ligeras diferencias, propias de la escritura surgida de la mano humana y no de una diabólica máquina de cuyas entrañas podrían salir cientos, miles, millones de falsificaciones mecánicas exactamente iguales.

Los jueces quedaron anonadados con la revelación. No acabaron de reponerse de esta última intervención, cuando el fiscal aprovechó el silencio de la sala para formular una nueva acusación.

—Señorías, acuso a los reos de robo, ya que para hacer sus falsificaciones se apropiaron de mis manuscritos. Esta Biblia escrita por mí fue encontrada en el taller clandestino de Johannes Gutenberg y es la prueba irrefutable de lo que os digo.

Gutenberg no tenía el propósito de quedarse con la hermosa Biblia del Ayuntamiento. Pensaba devolverla antes de que alguien notara su ausencia. Por cierto, cien escudos de oro eran una fortuna nada despreciable. Pero sabía que si su empresa llegaba a buen puerto, aquella cifra se multiplicaría *ad infinitum*. El verbo en cuestión era, precisamente, multiplicar.

Gutenberg no necesitaba apropiarse de la Biblia de Mainz, sino de la caligrafía de Sigfrido de Maguntia. Por otra parte, ante las limitaciones de los tacos de madera, Johannes se propuso fabricar piezas móviles de metal. Todos reconocían el gran talento de Johannes y sus numerosas habilidades para los más diversos oficios; sin embargo, no lo adornaba el talento de los copistas. Intentó, una y otra vez, imitar la letra del mejor calígrafo de la Germania valiéndose de papel, pluma y tinta. Primero,

transcribió capítulos enteros del Libro; luego se limitó a copiar un mismo versículo llenando hojas completas y, finalmente, decidió reproducir letra por letra, repitiéndola una y otra vez como los niños cuando aprenden a escribir.

Con decepción, comprobó que sus signos no solo distaban de parecerse a los de Sigfrido de Maguntia, sino que ni siquiera guardaban semejanza entre sí. Se preguntaba de qué manera podía plasmar la letra en piezas metálicas, si era incapaz de trasladar la caligrafía del copista al papel. Su fracaso le había costado no menos de un centenar de hojas, varios frascos de tinta y numerosas plumas. Parecía un costo exiguo en relación con todo lo que ya había gastado, pero para quien consumió todos sus ahorros, hasta una pluma equivalía a una fortuna.

Gutenberg intentó numerosas técnicas de calcado provenientes del grabado. Intentó plasmar las formas de las letras originales sobre un papel virgen, ejerciendo una ligera presión con una punta mochada y roma, signo por signo, sobre una de las hojas del Libro Sagrado. Pero los resultados fueron catastróficos: la valiosa Biblia de Mainz había quedado irremediablemente marcada. Hizo otra prueba con un tul de trama fina y transparente; lo colocó sobre el original y escribió sobre la tela con un pincel delgado. Si bien de esta manera lograba calcar la letra casi a la perfección, luego no tenía forma de transportarla a otra superficie virgen, ya que el tul se arrugaba bajo la presión de la punta. Antes de lo que suponía, sucedió lo inevitable: Gutenberg se quedó sin papel, insumo ciertamente oneroso.

En Estrasburgo existía una sola fábrica de papel, la de los hermanos Heilmann. Uno de ellos, Andreas, conocía bastante bien a Johannes. Aunque nunca llegaron a ser amigos, mantenían una relación cordial. La casa Heilmann abastecía al Ayuntamiento y era Gutenberg quien se encargaba de estos asuntos comerciales: él decidía la cantidad de papel que se precisaba para la confección de láminas. Andreas se mostraba interesado en el comportamiento de los distintos tipos de papel frente al uso de las diferentes tintas, el grado de absorción, el tiempo de secado y la resistencia que ofrecían al prensado sobre madera o metal. Gutenberg, por su parte, se instruía en los menesteres de la fabricación del papel. Quería conocer las técnicas de elaboración desde el más antiguo antecedente egipcio, hecho con los tallos del papiro que se cultivaba a orillas del Nilo, pasando por el viejo pergamino.

Heilmann le explicaba que, en rigor, los rollos producidos con pieles bovinas se utilizaban desde la más remota antigüedad; de hecho, los primeros ejemplares de la Biblia se habían escrito sobre rollos de pergamino. Por otra parte, Marco Polo había descrito en su *Libro de las maravillas del mundo* la forma en que los chinos fabricaban papel con arroz, cáñamo, algodón e incluso con los sobrantes de la elaboración de la seda. Andreas sostenía que el papel de lino, cuya invención se atribuían los franceses, era un remedo del modo de fabricación traído del Lejano Oriente.

Heilmann notó que durante los últimos tiempos Gutenberg solía encargarle mayores cantidades de papel, pese a que no se había incrementado la producción de

láminas. El mismo Andreas acarreaba el papel hasta el depósito del Ayuntamiento y no entendía cómo se consumía tan velozmente. También al administrador del Ayuntamiento le había sorprendido este hecho. Lo que ambos ignoraban era que Johannes sacaba en forma furtiva el excedente de papel y, con la tenacidad de las hormigas, llevaba las hojas ocultas en su ropa a la guarida en San Arbogasto.

Gutenberg sabía que sus maniobras eran sumamente riesgosas, que los faltantes de papel ya eran notorios y que no podría sostener mucho más tiempo el desvío sin levantar suspicacias. Su proyecto parecía destinado a naufragar si no conseguía hacerse del insumo elemental cuanto antes. Heilmann, hombre despierto para los negocios, intuyó que el talentoso grabador del Ayuntamiento tenía otro lucrativo asunto entre manos. La inocultable curiosidad de Johannes por ciertos menesteres técnicos, su avidez por el papel y la insistencia en preguntas que escapaban al interés ordinario de un grabador, llevaron a Andreas a proponerse dilucidar en qué otras cosas ocupaba su cabeza y su tiempo aquel hombre tan reservado.

Un día, luego de descargar de sus hombros un pesado paquete de papel, ante los ojos arrobados de Johannes, quien miraba las hojas con la desesperación de un hambriento frente a un banquete, Heilmann le preguntó a bocajarro:

—¿Qué extraños negocios os ocupan? Podéis hablar con confianza. He notado que vuestro interés por mi papel excede vuestras labores en el Ayuntamiento.

Gutenberg empalideció, tragó saliva e intentó articular palabra; una sonrisa idiota le impedía hablar.

Entonces Andreas redobló la apuesta:

—No es por entrometerme en lo que no me incumbe, pero puedo darme cuenta de que el Ayuntamiento no necesita la cantidad de papel que encargáis cada semana.

Al comprobar el terrorífico efecto que produjeron estas últimas palabras en su interlocutor, Heilmann adoptó un tono tranquilizador y confidente:

—De hecho, el administrador me hizo saber sus sospechas, pero, claro, conseguí disuadirlo de sus reparos.

Johannes no tardó en comprender que Andreas estaba dispuesto a guardar el secreto a cambio de participar del negocio. La idea de asociar al único fabricante de papel de Estrasburgo de pronto se le antojó como un signo providencial. ¿Qué más podía pedir? Sin embargo, Gutenberg no estaba dispuesto a revelar su secreto. No confiaba ni en su sombra.

Andreas adivinó la silenciosa disyuntiva en la que se debatía el grabador de Mainz. Supo que era el momento de guardar silencio. El comerciante palmeó la pila de hojas como quien acaricia a un perro, mostrándose como lo que era: el amo absoluto del papel. Este simple movimiento tuvo un efecto inmediato; Johannes respiró profundamente y se dispuso a hablar:

—Reliquias —susurró en el oído de Heilmann—, las más asombrosas reliquias que podáis imaginar.

El rostro de Andreas se iluminó. Si bien sabía que una gran cantidad de

falsificadores últimamente dedicaba su escaso ingenio a fabricar clavos de Cristo, Santos Prepucios, Sábanas Santas, sudarios, coronas de espinas, astillas de la Santa Cruz y hasta cruces enteras, el comerciante sabía que de las manos de Gutenberg solo podían salir obras maravillosas.

—¿Reliquias? Interesante. ¿Se puede saber qué clase de reliquias? —inquirió Heilmann.

Con un convencimiento que surgió de lo más hondo de su corazón, Johannes contestó terminante:

—Auténticas reliquias.

Entonces Andreas lanzó una sonora carcajada.

—¿Falsificaréis reliquias auténticas? —preguntó ahogándose en su propia risa.

—Es imposible falsificar el Verbo Divino; solo puede propagarse como se propaga la buena simiente con el viento. La semilla que saldrá de mis manos dará frutos. Una semilla falsa jamás podría dar frutos, ni verdaderos ni falsos. Y no os diré más.

Gutenberg había hablado con tal misteriosa convicción que la risa de Heilmann quedó petrificada. Las breves palabras de Johannes sonaron tan auténticas que, lo que fuere que se trajera entre manos, debía ser grandioso. Andreas comprendió que no era oportuno preguntar más.

—Venid mañana a la fábrica y os daré una buena partida de papel. Si en una semana puedo ver tan enigmático fruto, obtendréis más.

—Un mes —opuso Johannes.

El comerciante sacudió la cabeza, pensó unos instantes y asintió.

—Socios —dijo a la vez que extendía la diestra.

—Socios —afirmó Gutenberg y se estrecharon las manos.

Así, en el depósito subterráneo del Ayuntamiento, Andreas Heilmann y Johannes Gutenberg sellaron su secreta alianza.

La ciudad estaba conmovida por la noticia del asesinato de Hannah. El juicio a los falsificadores había quedado eclipsado por la horrorosa sucesión de muertes. Por otra parte, al no encontrar al culpable o, cuanto menos, algún sospechoso, los pobladores tenían una sensación de absoluta indefensión. Aunque había quienes sostenían que el asesino de las prostitutas prestaba un inestimable servicio a la comunidad y ahorrraba un trabajo a las autoridades, eran pocos los que tenían las manos limpias para arrojar la primera piedra: la mayor parte de los hombres de Mainz había estado alguna vez con una puta. De la taberna al burdel había, literalmente, un solo paso. Las mujeres jóvenes temían que ellas o, peor, que sus hijas pudieran ser confundidas con ramerías; finalmente, ¿qué diferencia notable existía a simple vista entre una mujer respetable y una puta? Además, la saña que llevaba a matar y desollar hablaba de una mente enferma que, guiada por la pura sinrazón, de pronto podría decidir ampliar el círculo de las víctimas más allá de las prostitutas. Los propios jueces que llevaban adelante el proceso contra los falsificadores de Biblias por momentos tenían la impresión de estar malgastando el tiempo en aquellos tres estafadores de poca monta frente a la magnitud de los asesinatos que aterraban a la ciudad. Sigfrido de Maguntia decidió montarse sobre el sentimiento de condolencia general hacia las mujeres para echar más leños al fuego y sumar una nueva acusación contra Gutenberg.

—Excelencias, no conforme con robar y falsificar, el principal acusado no dudó en aprovecharse de una mujer indefensa para llevar a cabo sus repugnantes propósitos.

Sentado frente a los jueces, Gutenberg recordó el día en que conoció a la única mujer que lo amó sin límites ni condiciones.

Enfrentado a una situación financiera que iba de mal en peor, Johannes había descubierto que todos sus avances chocaban contra la dura pared de la miseria. Había resuelto el problema de la tinta, se aseguró el suministro de papel, ideó el sistema de piezas móviles metálicas, consiguió el mejor de los manuscritos para tomar como modelo y construyó un taller alejado de las miradas indiscretas; sin embargo, todavía no había podido imitar la caligrafía de Sigfrido de Maguntia. Para eso necesitaba tiempo y, sobre todo, dinero. Estaba quebrado y sus incipientes logros le habían generado más apremios, compromisos y deudas.

En primer lugar, tenía urgencia por devolver la Biblia a su sitio en la Biblioteca antes de que notaran su ausencia. Por otra parte, el papel que le proveía Heilmann era una suerte de adelanto a ciegas a cuenta de un proyecto que desconocía. Cada hoja de papel desperdiciada era un nuevo débito que se sumaba al creciente pasivo.

Quiso el azar que por aquellos días Gutenberg conociera a Ennelin von der Isern Türe, la hija mayor de un noble matrimonio de Estrasburgo. De no haber sido por su aristocrática condición, se hubiera dicho que Ennelin estaba condenada a terminar sus días en un convento. Con una notable ventaja sobre las demás, se disputaba el título

de la mujer más fea de la ciudad. No parecía probable que pudiera conocer un amor diferente del de Cristo ni casarse con otro que no fuera Dios.

Su fealdad era motivo de los comentarios más despiadados. En los saraos del patriciado, mientras Ennelin se sentaba en el sitio más recóndito y alejado de las miradas, solía percibir entre las jóvenes risas disimuladas y murmuraciones socarronas, tales como:

—No me parece justo decir que Ennelin es una mujer fea.

—¿No os parece fea?

—No, no parece una mujer.

Y, por muy cruel que sonara semejante afirmación, no dejaba de tener algo de cierto. Ennelin tenía una expresión y unos rasgos vacunos, los cuales, si bien la alejaban de cualquier canon de belleza, le conferían un semblante dulce, inocente y lleno de bonhomía. Su apariencia no mentía: Ennelin era esencialmente buena. Con resignación, escuchaba cómo los invitados murmuraban, ocultando la boca detrás de las manos:

—Su padre debería hacerle honor al apellido, encerrarla detrás de la *Isern Türe*<sup>[13]</sup> y luego tirar la llave al río.

Ennelin bajaba la cabeza y sus ojos grandes, negros y rodeados de pestañas duras como cerdas, semejantes a los de las vacas, se humedecían bajo los párpados apretados. Como si su cuerpo se hubiese amoldado a su nombre, la muchacha, vista de frente, tenía la forma de una puerta: no presentaba una sola curva femenina en la cintura, en las caderas ni en el busto. Pero su corazón y sus sentimientos eran fuertes y fieles como el hierro. Había aprendido a sobreponerse a la crueldad de aquellos que juzgan solo por lo que ven. Quienes la conocían le profesaban un cariño proporcional al que ella solía dar con total desinterés y entrega.

Ennelin era la luz de los ojos de su padre. De niña fue criada con tanto amor y ternura que, al convertirse en una mujer, le costaba comprender la maldad y la saña con que la trataban a causa de su aspecto. Tantas humillaciones, sin embargo, no consiguieron que habitara en ella el veneno del resentimiento. No conocía el rencor ni el odio y, aunque no pocas veces la embargaba la tristeza, nunca mostraba enojo. Tenía un carácter alegre, una risa tierna siempre a flor de labios y disfrutaba de la vida. A diferencia de la mayor parte de los hijos de los patricios, no sentía que la holgura económica y su vida privilegiada fueran dones otorgados por la generosa gracia de Dios. Se compadecía de la desdicha de los pobres y sus desprendidas limosnas no obedecían al cuidado de las formas o al temor de la mirada divina. A medida que entraba en la adultez, veía cómo sus hermanas, sus primas, sus amigas e incluso algunas de sus sobrinas, niñas apenas, se casaban de acuerdo con las rígidas normas del contrato matrimonial que imponía un sinfín de cláusulas, condiciones, formalidades, promesas, obligaciones y, llegado el caso, punitivos. Eran pocas las privilegiadas que llegaban a amar a sus esposos. Ennelin se alegraba cada vez que una de sus parientas o amigas se casaba. Jamás sintió celos ni envidia y, aunque en lo

más recóndito de su alma deseaba conocer el amor de un hombre, no albergaba ninguna esperanza de que eso pudiera ocurrir.

Era frecuente que las prometidas, aun siendo niñas, se casaran con hombres mucho mayores que ellas: había numerosos casos de pequeñas de doce o trece años que contraían matrimonio con ancianos que pasaban las seis décadas. Ninguna mujer esperaba, más que en sueños, que su marido fuera joven, hermoso o, tan siquiera, amable. Bastaba con que fuera justo, considerado o, en el mejor de los casos, indiferente. La única ventaja que representaba la vejez, era que a los hombres de edad ya no les quedaban demasiados bríos para pasarse al lecho de la esposa y consumir la obligación conyugal. No había para ellas música más hermosa que un ronquido fuerte que asegurara un sueño reposado.

Las condiciones prenupciales eran menos intrincadas para los varones. Así como las mujeres no tenían posibilidad alguna de elegir al esposo ni rebelarse contra la decisión de sus padres, los hombres gozaban de mayores libertades. La buena apariencia no era algo que pudiera exigir la familia de una mujer a la de un varón; la belleza femenina, en cambio, era un activo que cotizaba bien a la hora de establecer el contrato matrimonial. Capital del que, en términos contractuales, Ennelin carecía por completo. Lamentablemente, su hermosura espiritual y sus beldades interiores no tenían ningún valor para los fríos términos del intercambio familiar que suponía un casamiento. Habida cuenta de que el principal propósito del matrimonio era el de asegurar la persistencia del linaje y la fortuna mediante la descendencia, era menester no dejar librado al azar ningún detalle. La madre, tal como indicaba el término latino *mater*, aportaba la materia, mientras el padre, *in nomine Patris*, legaba el patriciado, es decir, la estirpe. A los ojos de las familias patricias, la materia de Ennelin no parecía la más deseable para embellecer y prolongar las ramas de un digno árbol genealógico.

Por otra parte, si bien la familia Von der Isern Türe pertenecía a la aristocracia, tampoco era de las más ricas de Estrasburgo; algunos de los nuevos comerciantes de la naciente burguesía podían jactarse de contar con una fortuna varias veces superior, aunque no estuviesen en condiciones de exhibir sangre ni lejanamente azulada. El otrora majestuoso castillo familiar que se erigía frente al Rhin, ahora se veía agrisado, deslucido y con varias alas deshabitadas. Sus señoriales puertas de hierro, las que habían dado origen al apellido, mostraban un óxido centenario.

El padre de Ennelin, Gustav von der Isern Türe, era pariente lejano aunque amigo estrecho del alcalde de Estrasburgo. Este fue el nexo entre Ennelin y Johannes. Cada vez que Gustav conocía un nuevo miembro del patriciado le preguntaba, sin rodeos, si estaba casado. Al enterarse de que el joven grabador del Ayuntamiento era soltero, creyó ver el candidato ideal para su hija. Resultaba claro que Gutenberg no conservaba más fortuna que su abolengo; de otro modo no se explicaría por qué un joven ilustrado de Mainz debía ganarse un magro sustento a fuerza de golpes de martillo y cincel. Aun sin conocer la calamitosa situación económica de Johannes,

Gustav von der Isern Türe no estaba en condiciones de ser muy exigente. Por otra parte, el padre de Ennelin sabía del éxodo y la persecución que había padecido el patriciado de Mainz tras la revuelta. Entre los nobles de las distintas ciudades existía un solidario sentimiento de casta; después de todo, ninguna familia estaba exenta de vivir una desgracia semejante.

El orgulloso propietario del castillo de la puerta de hierro era un hombre cordial, de modales corteses y gestos amables. Sin embargo, detrás de aquel carácter ameno, se notaba una contextura espiritual severa. Era la clase de persona que cuando admitía a alguien en su círculo de confianza era capaz de los actos más nobles; pero si a cambio de su amistad recibía traición, se convertía en el enemigo más temible.

Johannes, por su parte, nunca se había sentido parte de la nobleza sino hasta que su familia debió huir de Mainz. Era mayor el sufrimiento que le había provocado su pertenencia al patriciado que los frutos que había podido tomar de ella. A pesar del lustre de su linaje, los Gensfleisch no gozaban de la riqueza de sus antepasados. De hecho, el padre de Johannes había sido un acuñador cuyas manos curtidas por el trabajo se parecían más a las de un simple artesano que a las del alto funcionario que, por cierto, también era. Y, a pesar de su resistencia, el hijo temía verse condenado a la misma suerte. Nunca imaginó que su apellido podía convertirse en unpreciado bien.

La familia Gutenberg tenía aquello que le faltaba a la familia Von der Isern Türe y viceversa. Gustav comenzó a frecuentar el Ayuntamiento y era más el tiempo que pasaba conversando con Johannes que el que le dedicaba a su amigo el alcalde. El padre de Ennelin, de pronto, se había convertido en un ferviente admirador del grabado y no hacía más que exaltar el talento del artista de Mainz. Gutenberg había desarrollado un olfato especial para captar la cercanía del dinero fresco que tanta falta le hacía. Intuía que el interés de su nuevo amigo en su persona tenía un propósito, aunque ignoraba cuál. Hasta que un buen día, Gustav von der Isern Türe le habló francamente.

—Sería un alto honor para mí que aceptaras casarte con mi hija mayor, mi amada Ennelin.

Johannes quedó helado. No atinó a articular palabra. Era infrecuente que un hombre ofreciera la mano de su hija. El procedimiento solía ser el inverso. Sin embargo, no ignoraba que el famoso «amor cortés», cargado de declaraciones apasionadas, formas caballerescas y un cierto platonismo trágico era algo que sucedía en las poesías y los cantos de los juglares. Los amantes furtivos que trepaban hasta los balcones de las doncellas, las aventuras que terminaban con la muerte a manos de un marido despechado o el suicidio a causa de los infortunios del destino, empeñado en separar a los amantes, no era más que literatura. De acuerdo con los cánones del amor cortés, el amante debía proceder con la amada de la misma forma que el vasallo con su señor. Así como la épica solía ser el género del relato con que los príncipes disfrazaban las componendas viles, los pactos turbios y los negocios más espurios, el amor cortés era la mascarada grandilocuente detrás de la cual se escondían los

negocios matrimoniales.

Gutenberg comprendió que Gustav von der Isern Türe le acababa de hacer una propuesta comercial. Aunque no sabía aún cuál era su parte en el acuerdo, Johannes era consciente de su necesidad desesperada de dinero para llevar a cabo su emprendimiento. Así, con la misma frialdad de quien acuerda los términos de un negocio, Johannes no tardó un segundo en preguntar al padre de Ennelin:

—¿Qué suma ofrecéis por la dote?

—Ochocientos florines —respondió Gustav como si hubiese calculado previamente esa cifra.

—Mil doscientos.

—Novecientos.

—Mil cien.

—Mil.

—Que sean mil —aceptó Gutenberg y luego propuso—: Quinientos florines a la firma del compromiso y quinientos luego de la boda.

—Doscientos a la firma y ochocientos luego de la boda.

—Cuatrocientos y seiscientos.

—Trescientos y setecientos.

—Que así sea —asintió Gutenberg y tendió la diestra a su futuro suegro.

—Que así sea —refrendó el hombre de la puerta de hierro y apretó la mano de Johannes.

Así, en la sala de grabado del Ayuntamiento, el padre de Ennelin tomó uno de los tantos papeles en blanco que se apilaban sobre una mesa, pidió una pluma y tinta a su anfitrión y en ese mismo momento redactó el acta de compromiso de matrimonio. Hecho esto, Gustav fue a buscar a su amigo el alcalde de Estrasburgo y ante el más calificado testigo de la ciudad, firmaron el documento.

Una vez rubricado el papel, para completo asombro de Gutenberg, Gustav von der Isern Türe extrajo de una talega la cifra exacta que habían acordado para la firma, como si supiera por anticipado los términos del convenio. Pagó con monedas de oro.

Ambos volvieron a estrecharse la mano y, luego de haber pagado para asegurar la descendencia de su sangre, el padre de Ennelin se retiró con el compromiso de Johannes.

Una vez solos, el alcalde preguntó a su grabador:

—¿Ya conoces a Ennelin?

—Todavía no —contestó Gutenberg mientras guardaba el dinero.

Antes de girar sobre sus talones y encaminarse hacia la puerta, el alcalde carraspeó. Johannes creyó escuchar una breve carcajada antes de que el mandatario abandonara la sala.

## 6

Durante las numerosas pruebas de impresión, Gutenberg notó que la prensa que había adaptado tenía varios defectos. En rigor, al tratarse de un artefacto originariamente hecho para extraer aceite, resultaba demasiado tosco para un fin tan sutil como imprimir letras que parecieran escritas a pluma. Era muy difícil nivelar la prensa de modo tal que ejerciera una presión pareja sobre la superficie completa de la plancha: o bien las letras de la mitad derecha del papel aparecían más tenues, o bien la parte superior de la página presentaba mayor definición que la parte inferior, según se calibraran la plataforma fija y la móvil. Por otra parte, la prensa era demasiado contundente para los tacos de madera, los que solían romperse con frecuencia, y no servía tampoco para los primeros tipos metálicos con los que había comenzado a experimentar Johannes.

Gutenberg no tenía tiempo para perder. El mismo día que firmó el compromiso para contraer matrimonio con Ennelin, salió del Ayuntamiento y, al caer la noche, corrió a su refugio secreto en San Arbogasto. Sin siquiera pensar en su futuro casamiento, Johannes dibujó los planos de una nueva prensa que sirviera para imprimir con tipos móviles metálicos y, antes de que despuntara el alba, ya había fabricado una miniatura a escala. Sin pegar un ojo, sin siquiera probar un bocado, al amanecer bajó a la ciudad y se encaminó al taller de Konrad Saspach, el mejor fabricante de máquinas de Estrasburgo.

Saspach combinaba magistralmente el oficio de carpintero con el de herrero y el de tornero. Era capaz de fabricar maquinaria agrícola como prensas, molinos y molares. De su colosal taller salían también los mejores artefactos militares: desde las precisas y livianas ballestas, hasta las pesadas y demoledoras catapultas.

Gutenberg y Saspach tenían una relación de confianza y respeto, frecuente entre dos artesanos de diferente gremio cuyos universos se tocan pero no compiten entre sí. Cada uno era el mejor en su oficio, de modo que no había motivos para celos ni disputas. Mantenían un trato socarrón y deliberadamente rudo, como si uno quisiera demostrar al otro que su trabajo era el más viril.

Johannes se presentó en el taller de Konrad con la apariencia y la actitud de un demente: tenía los ojos inyectados en sangre a causa del desvelo, la fatiga acumulada y la euforia por el resultado de su trabajo nocturno. El carpintero lo confundió con un mendigo y estuvo a punto de echarlo a empujones. Cuando finalmente lo reconoció, pensó que el respetable grabador de Mainz estaba endemoniado.

—¡Por Dios, si te viera el diablo saldría espantado! —dijo Saspach, intentando disimular su preocupación.

—Bueno, no te veo correr —repuso Gutenberg en el mismo tono.

—¿Qué te trae tan temprano? O, a juzgar por tu cara, quizá debería decir tan tarde.

—Ocurre que estuve trabajando, a diferencia de ciertos carpinteros...

Como prueba de lo que decía, Johannes extrajo de una talega el artefacto en miniatura y lo depositó sobre la mesa de trabajo de Konrad. Si el aspecto de Johannes resultaba estrafalario, el pequeño y complejo mecanismo era, incluso para los ojos experimentados de Saspach, incomprensible.

—Necesito que construyas esta máquina cuanto antes y, desde luego, con la mayor discreción —dijo Gutenberg.

—La discreción es más cara que la urgencia —dijo Konrad, un poco en broma, un poco en serio.

Saspach tomó una lupa y examinó cuidadosamente la maqueta. Luego de darle vueltas y mirarla al derecho y al revés, con un súbito gesto circunspecto, concluyó:

—No puedo hacer esto.

—Viejo zorro; podrías hacerlo con los ojos cerrados. No conseguirás que te suplique de rodillas ni que te pague más de lo que vale.

—Hablo en serio, Johannes. No puedo —dijo Konrad sin que su rictus dejara un resquicio para la broma.

La cara de Johannes se terminó de desencajar. Con una sonrisa que intentaba ocultar la ira, Johannes le dijo:

—No podía facilitar más tu trabajo. Ya está prácticamente hecha. Solo debes ampliar la escala de uno a diez.

—No, no comprendes —dijo Saspach, retirando el pequeño modelo de su mesa y devolviéndolo a las manos de Gutenberg—; no me está permitido fabricar máquinas de tortura sin una orden del Arzobispado o un edicto real.

Johannes lanzó una carcajada. Solo entonces notó la similitud con un artefacto de tormento. El aspecto era muy semejante al del temible potro: una camilla angosta y rígida, dentro de la cual había una pieza que se desplazaba en forma longitudinal. Sin embargo, en lugar de tener una manivela paralela a la cama, tenía una superior que accionaba un torniquete perpendicular, como para aplastar la cabeza del reo.

—No, ¿cómo piensas semejante cosa? ¿De verdad me confundiste con el diablo? —dijo Gutenberg con aquella risa que se alternaba con una tos que revelaba el agotamiento.

—Y entonces, ¿qué demonios es? —preguntó Konrad Saspach con expresión seria e inquisitorial.

Johannes jamás había pensado en tener que revelar su secreto al carpintero. Pero no parecía quedarle alternativa.

—Es una prensa —repuso escueto, sin dar mayores precisiones.

—Eso puedo verlo; pero parece una prensa para hundir cráneos.

—Es una prensa xilográfica —mintió Gutenberg—, aquí va el taco; la prensa, accionada por la manivela metálica, imprime la forma sobre el papel. Te recuerdo que soy grabador, no verdugo. Aunque creo que no sería nada malo —dijo, retomando el tono burlón para romper la pared de hielo que se había levantado entre ellos.

Estas últimas palabras convencieron al herrero.

—Trescientos florines, la mitad por adelantado. La puedo tener en un mes — concluyó Saspach.

—Puedo pagarte los trescientos florines ahora mismo si me prometes que estará terminada en quince días.

El carpintero, dubitativo, sacudió la cabeza.

—Haré lo posible —concluyó.

Konrad hizo un recibo a Johannes, en el que se comprometía a tener terminada la prensa en dos semanas<sup>[14]</sup>.

Gutenberg le pagó con el mismo dinero que acababa de recibir de su futuro suegro y antes de retirarse del taller le dijo al carpintero:

—Si no funciona como espero, juro aplastarte el cráneo con tu propia prensa.

Ennelin estaba alterada como nunca; un miedo desconocido se había apoderado de su siempre serena persona. Gustav von der Isern Türe y su esposa habían dispuesto todo para tan esperada ocasión. Por primera vez en muchos años el castillo de la puerta de hierro volvía a recuperar algo del viejo esplendor. Todas las lámparas, candiles e incluso las antorchas que flanqueaban la puerta estaban encendidas como no sucedía en años. Ennelin había contado los días, las horas y los minutos hasta el momento en que, por fin, escuchó los cascos del caballo que se detuvo frente a la entrada. Su corazón latió como si fuera a salirse del pecho.

Johannes había recuperado su aspecto habitual. El hecho de saber que su nueva prensa estaba en proceso de fabricación le había devuelto algo de calma: después de varias jornadas de trabajo sin pausa durante días y noches, pudo descansar y recomponerse. Hacía mucho tiempo que no dormía seis horas de corrido. Su boda cercana con una mujer a la que desconocía no lo inquietaba en absoluto; al contrario, sabía que algún día habría de casarse y no podía haber encontrado mejor partido. Disponía por anticipado de una dote que le permitía no poca holgura para abocarse por completo a su proyecto. Había pagado la prensa a Konrad Saspach y luego de la boda cobraría setecientos florines más para invertir en su empresa. Era el capital que necesitaba para montar su taller. Por otra parte, imaginaba la alegría de su madre al enterarse de su casamiento; qué más podía esperar: una nuera joven, rica y perteneciente a la aristocracia de Estrasburgo.

Todo esto pensaba Johannes mientras enderezaba sus pasos hacia el palacio, cuyas luminarias se reflejaban en las aguas del Rin. Podía ver el esplendor del que habría de ser su nuevo hogar, tanto más fastuoso que su casa natal de Mainz, que la pequeña finca en Eltville am Rhein y, por supuesto, que el pequeño cubo en el que vivía en Estrasburgo. Antes de llegar a la entrada, una de las hojas del enorme portón de hierro se abrió y salió a su encuentro Gustav von der Isern Türe ataviado como un rey.

—Bienvenido a mi humilde morada —dijo a Gutenberg con una sonrisa franca. Luego le dio dos besos, uno en cada mejilla, y con un gesto ampuloso, lo invitó a entrar.

Johannes no sabía dónde fijar la mirada: los techos altos, los arcos de medio punto, las paredes de piedra, las pinturas que decoraban la enorme sala, las alfombras traídas de Persia, los muebles labrados en maderas nobles, todo, en fin, tenía las proporciones de una catedral y los lujos de un palacio real. Tanto era el embeleso de Gutenberg ante semejantes riquezas, que sus ojos no repararon en las añosas manchas negras de la bovedilla, en los frisos descascarados, en las sedas raídas que cubrían las paredes, en las telas gastadas de los sillones ni en el óxido de los herrajes. Finalmente, no se trataba de nada grave: la pátina del *tempo* no era necesariamente una señal de decadencia, sino que demostraba el antiguo linaje de la nobleza

auténtica, detalles de estirpe que, por cierto, los nuevos burgueses no podían exhibir en sus estrechas casas por muchos fastos que mostraran los capiteles escalonados.

El invitado de honor tardó en bajar la vista hacia el grupo humano que lo esperaba en la sala. Como si fuese una pintura, en el centro de la sala, sentada en un sillón de respaldo alto, estaba la esposa de Gustav. A su lado, una a su izquierda y otra a la derecha, dos jovencitas de mejillas encarnadas daban la bienvenida al invitado ofreciéndole una sonrisa estudiada, protocolar. Evidentemente, eran las hijas del matrimonio. Con una mirada sumaria, Gutenberg las observó hasta el más mínimo detalle: la mayor tenía la misma mirada afable del padre y el porte bien formado de su madre. La otra, más joven, era dueña de una cara redonda, más bien regordeta, y un busto prominente, realzado por un escote amplio que dejaba ver la unión de los senos redondos y voluminosos. Si hubiese tenido que elegir, Johannes sin dudas se habría quedado con esta última; pero cualquiera de las dos estaba bien. Más atrás había tres varones, dos jóvenes, probablemente los hijos de matrimonio, y uno mayor, acaso el esposo de una de las hijas. En la última línea, de pie cerca de la pared, en el sitio más sombrío, estaba la servidumbre.

Gutenberg estaba feliz. Una sonrisa de auténtica alegría se había instalado en su boca. Las largas noches de soledad en el convento de San Arbogasto con la macabra compañía de los difuntos del antiguo cementerio, la condición de extranjero, la lejanía de su madre, de sus hermanos y de los amigos de la infancia, habían convertido a Johannes en una suerte de ermitaño. Por primera vez en mucho tiempo sintió el calor de un hogar. Nada podía ser mejor: una familia patricia, un castillo a orillas del río y una esposa joven y encantadora.

Por fin, el dueño de casa inició la presentación formal. Con una actitud paternal, el anfitrión pasó un brazo sobre el hombro del invitado y dijo a viva voz:

—El noble señor Johannes Gensfleisch zur Laden, de la honorable Casa de Gutenberg de Mainz.

Johannes hizo una reverencia ante la señora de la casa y creyó recibir una mirada de aprobación general. Entonces Gustav comenzó a presentar a cada miembro de su familia:

—Mi esposa Anna —dijo, mientras la mujer hacía una leve inclinación de cabeza.

—Mis hijos: Eduard y Wilhelm —ambos se cuadraron en actitud marcial.

—Mi hija, Marie —señaló, mientras la muchacha delgada que estaba a la derecha de su madre se ponía de pie y hacía una reverencia.

—Su esposo, Joseph —dijo, extendiendo el brazo hacia el hombre mayor que estaba de pie detrás del respaldo del sillón.

—Elizabeth, mi hija menor.

Johannes, que no cabía en su alegría, miró embelesado a la joven y tuvo que esforzarse para que sus ojos no bajaran hacia el escote que se ofrecía desafiante, orgulloso y tentador. Cuando la muchacha se puso de pie para hacer el saludo de cortesía, exhibió una estatura magnífica y una silueta curvilínea. Tal era el júbilo de

Gutenberg que no había entendido el nombre.

Johannes, que estaba a punto de arrodillarse a sus pies, quedó petrificado. Antes de que pudiera reponerse, el dueño de casa señaló hacia la puerta principal de la sala y con tono solemne, anunció:

—¡Ennelin!

Entonces, desde el vano de la puerta aparecieron dos criadas que acompañaban el paso de la prometida.

Gutenberg quedó sin habla. Antes de sacar una conclusión debía descifrar la intrincada anatomía de la novia. No resultaba sencillo comprender cómo se distribuía aquella humanidad, por llamarla de algún modo, dentro del vestido. Donde debía haber concavidades había convexidades; donde tenía que haber planicies, surgían promontorios. Por otra parte, su manera de desplazarse no parecía humana: era como si se impulsara con movimientos de cadera, dando medios giros a un lado y a otro a cada paso. Parecía un bovino que hubiese aprendido a caminar erguido. Esta impresión se reforzaba con el tocado que llevaba en el pelo, un *hennin* de dos puntas que, lisa y llanamente, parecía una cornamenta vacuna. Ennelin sonrió a su prometido con una boca bufonesca: el maxilar prognático se adelantaba al resto de la cara como un balcón cuya baranda fueran los dientes separados, torcidos y amarillentos. Los ojos, grandes y salientes como huevos, estaban enmarcados en una sola ceja recta y continua que se hubiera dicho pintada con un pincel ordinario y de un solo trazo.

Al ver a su futura esposa, Johannes reconsideró sus recientes pensamientos: la soledad, su vida de anacoreta en las ruinas de San Arbogasto, las noches de insomnio, la tenebrosa compañía de los ladrones muertos; nada en este mundo podía ser más horroroso que aquella entidad indefinible disfrazada de mujer. Nada, salvo la miseria. Solo cuando hubo considerado esta última certidumbre, el novio avanzó hacia Ennelin, se inclinó ante sus pies y declaró:

—Soy el hombre más feliz del mundo.

Con los ojos vueltos hacia sus recuerdos, Johannes rememoraba aquel primer día en la casa de Ennelin. Se sentía estafado. Ahora que había conocido a su prometida, comprendió la risa burlona del alcalde. Nunca había esperado semejante deslealtad de Gustav von der Isern Türe. Mil florines era una miseria para aceptar semejante presente griego. Aunque, en rigor, más que al mítico caballo de Troya, su futura esposa le recordaba al Minotauro, suponiendo que Ennelin pudiera exhibir un vestigio de anatomía humana. De haberla conocido, Gutenberg habría estado en condiciones de exigir el Castillo de la Puerta de Hierro con todas sus pertenencias incluidas.

Hacía mucho tiempo que Johannes no disfrutaba de la compañía íntima de una mujer. Como un idiota, había llegado a ilusionarse con la más bella de las hijas de Gustav. El contraste con su hermana había sido impactante. Por mejor voluntad que pusiera de su parte, era imposible siquiera imaginar que pudiera cumplir con el deber marital. Su pequeño *alter ego*, tan necesitado de conocimiento carnal, jamás podría estar dispuesto a incorporarse para acompañarlo en semejante empresa. Pero había firmado un contrato y no tenía forma de echarse atrás; el incumplimiento del convenio establecido entre las familias Gutenberg y Von der Isern Türe podría acarrearle severas consecuencias judiciales, económicas y su palabra de caballero quedaría hundida para siempre en el fango de la deshonra. Por otra parte, ya había cobrado un porcentaje del dinero y necesitaba imperiosamente el resto.

Ennelin era pura bondad. Durante los encuentros posteriores a la presentación, se conducía hacia su futuro esposo con un cariño y una lealtad como nadie le había profesado. Consciente de la impresión que provocaba su apariencia en los demás, ella siempre encontraba la forma de situarse de tal modo que Johannes no tuviese que verla; si estaban en la sala, se sentaba en un sillón detrás del que ocupaba su prometido, o bien en el rincón más oscuro. La voz de Ennelin era dulce y su conversación abarcaba los más diversos temas. Era inteligente y la adornaba la virtud poco frecuente de la sensatez: jamás hacía un comentario fuera de lugar. Era más proclive a escuchar que a tomar la palabra, a entender razones que a pretender imponerlas, a comprender los yerros que a criticarlos o a condenar el comportamiento ajeno. Por otra parte, admiraba el talento artístico y los oficios de Johannes. Cada vez que veía un nuevo grabado de la autoría de su prometido, no tenía más que sinceras palabras de veneración.

—Ennelin, debes saber que soy un hombre pobre, un artesano apenas. Cuánto quisiera poder dedicarme por completo a ti y, claro, a mi devoción por el Altísimo para difundir Su Palabra —le confesó Johannes a su futura esposa.

Entonces Gutenberg le habló de su afición por los libros. Con el propósito de ocultar su proyecto secreto, la impresión de libros con tipos móviles metálicos, le mostró algunos de sus mejores libros xilográficos. Al ver un precioso ejemplar de la

*Biblia de los Pobres*, los ojos de Ennelin se llenaron de lágrimas.

—¿Qué necesitas para poder abocarte a tu verdadera vocación?

Johannes bajó la cabeza y con un gesto dramático, teatral, dijo en tono lastimoso:

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Acaso necesitas dinero?

—No, mi querida Ennelin, no es dinero lo que necesito. Lo que mi corazón precisa es servir a Dios.

—¿Pero cómo habrías de servirlo sin dinero para tu empresa?

—Si tuviera la respuesta a esa pregunta...

—Dinero puede poseer cualquiera; en cambio, el talento es un don escaso. Mi querido Johannes, tal vez, si me dejaras, yo podría ayudarte.

—¿De qué manera?

—Si permitieras que yo te diera algo de dinero...

—Oh, no, ¿cómo se te ocurre semejante cosa? Jamás podría aceptarlo.

—No lo hagas por mí, hazlo por Él.

La relación de Johannes con Dios dependía de las circunstancias que estuviese atravesando. Ante el infortunio y la necesidad, su devoción rayaba con el misticismo. Si, como entonces, la fortuna le sonreía, no vacilaba en invocar Su nombre en vano. Gutenberg elevó la mirada hacia el cielo, sacudió la cabeza como quien se debate en un dilema irresoluble y, por fin, con un largo suspiro, asintió.

—¿Entonces dejarás que te ayude? —preguntó Ennelin dando breves saltos de alegría sobre sus piecitos semejantes a las patas redondas de un cerdo.

—Solo si me prometes una cosa...

—Sí, claro...

—Que no le dirás nada a tu padre.

—Pero él estaría orgulloso de colaborar contigo en tan pía misión...

—Sorprendámoslo entonces con la primera Biblia que salga de la prensa.

La cara de Ennelin se iluminó con una sonrisa y luego se echó a los brazos de Johannes. Él la apartó delicadamente con unas palabras de afecto que intentaban disimular la repulsión que le provocaba el contacto físico con ella.

Ese mismo día, Gutenberg obtuvo ciento cincuenta florines de las pequeñas y generosas manos de su prometida.

Gutenberg no perdió un segundo. Con el dinero fresco que acababa de obtener, corrió al taller de Saspach. Por un lado, quería ver los avances de la construcción de la prensa y, por otro, encargarle un nuevo artefacto.

—¿Tan ansioso estás por tener tu instrumento de tortura?

—Sí, no veo la hora de probarlo con tu cabeza, aunque creo que ni prensándola podría salir algo de ahí dentro.

El carpintero lo hizo pasar al recinto contiguo a aquel donde atendía al público y entonces, en el centro del taller, pudo ver la prensa a medio hacer. Tan preciosa era, que Johannes la contempló como quien aprecia una escultura o una obra arquitectónica. Se veía majestuosa; a todas luces, no se trataba de una prensa ordinaria. Nadie podría considerar que aquella máquina guardaba relación alguna con los rústicos artefactos para obtener el mosto de las uvas o el aceite de oliva. Solo entonces Gutenberg tuvo conciencia de que había inventado algo completamente novedoso, inédito, que no merecía compartir el nombre con la vieja y rústica prensa. Todavía no se le ocurría cómo llamar a ese instrumento que se destacaba por sobre los innumerables objetos desperdigados aquí y allá.

Como si Saspach hubiese leído el pensamiento de su cliente, le preguntó:

—¿Ya lo has bautizado?

Aquella máquina era mucho más que una simple prensa. A diferencia de esta, no tenía por función extraer fluidos por presión, sino dejar una impronta, es decir, la impresión que deja un material duro sobre otro más blando.

—Imprenta —musitó Gutenberg entre dientes, como quien piensa en voz alta.

—¿Cómo? —volvió a preguntar el carpintero.

—No, no; todavía no tiene nombre —dijo cautamente Johannes.

Luego extrajo un papel de entre sus ropas y mostró un dibujo a Konrad Saspach.

—Necesito que fabriques esta pieza.

Se trataba de una cuña algo parecida a las que utilizaba su padre para estampar monedas, solo que mucho más pequeña y en el lugar donde debía estar el relieve con la cara o la ceca no había nada. Era un prisma metálico rectangular, encastrado en una culata de madera. La pieza no superaba el tamaño de un dedo meñique.

El carpintero examinó detenidamente el dibujo y preguntó:

—¿De qué metal debe ser?

—Necesito hacer pruebas; de modo que unas deben ser de hierro, otras de plomo y algunas de cobre.

—¿Cuántas son algunas?

—Unas... cien.

—¡Cien!

—Cien de cada metal...

—¿Trescientas?

Gutenberg asintió con la cabeza.

—Si me dijeras para qué demonios sirven estas cosas, tal vez podría ayudarte.

—Menos pregunta Dios...

—Cuánto misterio —dijo con sorna Saspach. Si no hubiese sabido que el grabador de Mainz tenía un talento inigualable, habría creído que estaba completamente loco. Aquellas piezas ciegas no parecían tener utilidad alguna. No era difícil suponer que ambos artefactos guardaban relación entre sí, aunque el carpintero no pudiera establecerla. Nunca había creído del todo en la escueta explicación de su cliente acerca de la utilidad de la máquina aunque, en rigor, tampoco lo desvelaba el enigma. Lo único cierto era que Johannes le había pagado por adelantado. Cada uno se ocupaba de sus propios asuntos; ignoraba en qué consistiría el proyecto del grabador de Mainz, pero Saspach sabía perfectamente cuál era su negocio. De acuerdo con esta convicción, el carpintero dejó el plano sobre la mesa y declaró:

—Ciento cincuenta florines las trescientas piezas.

Johannes se tuvo que morder la lengua para no protestar; sabía que Saspach no solo no aceptaba regateos, sino que era capaz de sacarlo a empellones de su taller como había hecho con tantos otros que osaron discutirle el precio. Pero además, nadie en Estrasburgo estaba en condiciones de hacer ese trabajo.

—¿Cuánto demorarás en hacerlos?

—Primero debo terminar la prensa... —calculó Konrad, pero Gutenberg lo interrumpió.

—Si estuviesen terminadas antes que la máquina, para mí sería mejor.

—Oh, no —se quejó Saspach—, tu potro me está ocupando casi todo el taller, no puedo dejarlo ahí tanto tiempo.

Entonces se inició una discusión entre el carpintero y el grabador, que solo se zanjó cuando Johannes extrajo los ciento cincuenta florines y los puso sobre la mesa.

—Aquí tienes el pago completo por adelantado, te pido que los tengas en una semana.

—Imposible.

Entonces Johannes le lanzó una mirada severa. En el tono imperativo de quien se debate en un asunto de vida o muerte, repitió:

—Una semana.

Konrad volvió a examinar el papel, le dio un par de vueltas para considerar hasta el último detalle y, tomando el dinero, finalmente asintió con la cabeza.

—Entonces la prensa deberá esperar una semana más.

Gutenberg notó la coincidencia: el día que Saspach había prometido terminar su artefacto, era el mismo de su boda con Ennelin.

La familia Von der Isern Türe estaba abocada por completo al casamiento de Ennelin. El padre de la novia había ofrecido a su futuro yerno el ala occidental del Palacio de la Puerta de Hierro, virtualmente abandonada hacía muchos años. No se trató de una invitación formal o una muestra de afecto hacia Gutenberg. De hecho, le hizo la propuesta en términos enteramente contractuales: habida cuenta de la generosa dote que le había ofrecido por su hija, Gustav le descontaría del pago de los setecientos florines restantes el importe de las refacciones, las que, por cierto, no habrían de ser pocas. Johannes se resistió amablemente; en tono cordial le hizo ver a su suegro que esa cláusula no estaba en el acuerdo que habían firmado:

—Mi querido Gustav, he tomado un compromiso y jamás he incumplido mi palabra. Pero si tal condición hubiese sido requerida, gustoso habría estado dispuesto a discutirla.

Sin perder su natural cortesía, el padre de Ennelin recordó a Gutenberg que la dote no consistía en un intercambio comercial semejante a una venta, sino que era un aporte para la manutención de la novia.

—Mi querido Johannes —replicó Gustav, apelando a la misma fórmula protocolar de Johannes—, la cláusula que mencionas está implícita en el acuerdo matrimonial. La morada en la que habrá de habitar mi hija es la parte más importante de aquello que el convenio denomina «manutención».

Gutenberg mostró una sonrisa forzada, sacudió la cabeza de izquierda a derecha sin que ese gesto quisiera aparentar una negación ni una afirmación. Iba a ensayar un argumento en contrario, cuando Gustav completó su idea por si Johannes no había comprendido o albergaba alguna duda:

—Mi querido Johannes, jamás permitiría que mi amada Ennelin permaneciera un segundo en el cubo inmundo en el que vives.

La tonalidad de la vergüenza se mezcló con el color de la furia y, de pronto, las mejillas de Gutenberg pasaron de la habitual palidez a un rojo encarnado; debió hacer ingentes esfuerzos para no perder las formas:

—De acuerdo con la *traditio puellae*, es potestad del marido llevar a la esposa a vivir en su casa familiar. Podríamos ir a mi residencia en Eltville am Rhein o mi casa de Mainz.

El padre de Ennelin rio con una breve pero sonora carcajada, apoyó una mano sobre el hombro de Johannes y dijo terminante:

—Valoro el sentido del humor: llamar residencia a la casa de campesinos de Eltville es una excelente humorada. Solo imaginar a mi pequeña viviendo entre cerdos y gallinas es un insulto...

—... a los cerdos y a las gallinas —musitó entre dientes Gutenberg, mordiéndose los labios para no decirlo a viva voz. La «pequeña Ennelin» tenía el porte y la gracia de un jabalí y difícilmente fuera admitida en un corral por las demás bestias.

Por fortuna, la acotación de Johannes, pronunciada en un murmullo, casi *in pectore*, no fue siquiera percibida por Gustav, quien prosiguió con su virtual sentencia:

—Por otra parte, en Mainz mi hija no estaría segura. Aunque el pueblo todo lo olvida, el alzamiento contra el patriciado aún podría estar latente.

Gustav von der Isern Türe se incorporó, caminó en torno de su futuro yerno y con tono severo, le dijo:

—Vivirán aquí, en mi casa. No es una sugerencia, ni un ofrecimiento, ni un pedido. No permitiré que mi hija se aparte de la familia. Pero, además, queda fuera de toda discusión que el pago de las refacciones de los aposentos se descontará de la dote, pues, como ya dije, y así queda expresamente asentado en el compromiso matrimonial, el techo es parte elemental del sustento de la esposa.

Con gesto adusto, Gutenberg asintió. Sin embargo, aquella conversación no sería la última batalla de la guerra que acababa de declararle Gustav von der Isern Türe.

Aquellas semanas habían traído un vendaval de novedades. Todo parecía encaminarse según los planes de Gutenberg. El día acordado, Johannes fue al taller de Saspach; como no podía haber sido de otro modo, el carpintero lo esperaba con las trescientas piezas metálicas perfectamente terminadas de acuerdo con lo estipulado. Eran tal como las había imaginado: la culata de madera cúbica servía de asiento al rectángulo alargado de metal. Konrad Saspach miraba lleno de intriga la expresión radiante del más estrafalario de sus clientes.

—Ahí tienes tus cuñas ciegas.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver.

—Es verdad, prefiero cerrar los ojos para no ser cómplice de tu locura.

—Mejor así, mejor así... —dijo Gutenberg examinando los pequeños mecanismos uno por uno.

Guardó los tres centenares de piezas en la fina caja de madera que el carpintero había fabricado a medida para guardarlas y, poco menos, salió a la carrera como si no tuviese un minuto que perder. No había hecho diez metros, cuando volvió sobre sus pasos y, desde el dintel de la puerta, gritó a Saspach:

—En una semana vendré por la prensa, espero que esté terminada.

Konrad hizo un gesto despectivo con la mano y se metió en el taller.

Esa misma noche, en la soledad de las ruinas de San Arbogasto, Gutenberg se abocó a trabajar sobre las piezas. En el extremo metálico ciego grabó cada letra del alfabeto imitando la de los manuscritos. Era infinitamente más difícil grabar el hierro que la madera. Sin embargo, el resultado era muy superior: los contornos de las letras se veían con mayor definición. Luego hizo lo mismo en los cuños de bronce; la mejora era notable: por una parte, al ser más blando que el hierro, el bruñido se hacía mucho menos dificultoso. Por otro lado, el bronce presentaba una mayor plasticidad y una terminación más afín a la de la mano humana. Finalmente hizo la prueba con el plomo, siguiendo un procedimiento diferente de los anteriores: en lugar de grabar el extremo de la cuña con una gubia fina, trabajó por fundición. El resultado fue sorprendente: era más fácil de grabar que la madera, mostraba la firmeza del metal y, a la vez, era suave y maleable.

Asaltado por un entusiasmo infantil, compuso la primera línea con los tipos metálicos. Con las piezas de hierro formó la palabra *Johannes*; con las de cobre, *Gensfleisch*, y con las de plomo, *Gutenberg*. Aunque aún no tenía la prensa definitiva, su vieja prensa de uvas, adaptada, serviría para hacer una primera prueba de impresión. Dispuso los tipos en la caja, los colocó cuidadosamente en la base de la máquina y corrió a buscar la tinta. Abrió el frasco y, entonces, su cara se desfiguró: no quedaba más que un fondo seco, imposible de remover. Buscó una botella de aceite para fabricar aunque más no fuera un poco de tinta, pero también estaba vacía. Rebuscó entre frascos y más botellas. Nada. Se arrodilló para llegar hasta el rincón

más profundo de la despensa en la que guardaba los recipientes con los pigmentos: no contenían más que aire completamente incoloro. Solo entonces debió aceptar que se había quedado sin los insumos básicos.

Con paso resuelto fue hasta el escondrijo en el que ocultaba los ahorros. Las arcas estaban exhaustas; todos sus ingresos habían ido a parar a las manos de Konrad Saspach. Una vez más estaba en la más absoluta de las ruinas. Pero además recordó que por aquellos días debía rendir cuentas de sus avances a su proveedor de papel, Andreas Heilmann. Entonces decidió que era hora de volver a visitar a su prometida.

Ennelin era un enorme arcón repleto de bondad, de amor y, sobre todas las cosas, de dinero. Solo bastaba con tomar su mano cariñosamente y pronunciar una palabra de afecto para que su corazón y su alcancía se abrieran de par en par. Ella devolvía cada caricia con un prendedor de oro, cada declaración apasionada con un relicario de plata, cada abrazo con un puñado de florines. Hasta estaba dispuesta a aceptar un beso antes de la boda; sin embargo, Johannes evitaba aquellos labios semejantes a los belfos colgantes de un mastín, argumentando que no quería que su prometida perdiera la inocencia antes de tiempo. Ella sabía que su futuro esposo trabajaba con devoción y desinterés para multiplicar la Palabra, noble tarea que ningún dinero podía pagar. Ennelin, sin embargo, insistía en colaborar con mano generosa, a pesar de la resistencia de su prometido, quien, a su pesar, terminaba aceptando.

Así, con un abrazo a la inabarcable persona de su prometida, Gutenberg se hizo del efectivo para comprar una gran cantidad de sales de hierro. A cambio de un «amor mío» tiernamente pronunciado, obtuvo los florines necesarios para pagar una saca completa de *vitriolo verde* y de *sal martis*. Una primorosa caricia sobre su pelo suave como la crin de una mula, fue retribuida con dinero suficiente para comprar goma arábiga traída de Oriente y los más finos aceites de primera prensada hechos con los mejores olivos, nueces y linos. Con el sudor de su frente y la inigualable resistencia de su estómago, en pocos días Johannes tuvo todo lo necesario para fabricar grandes cantidades de tinta.

Por fin regresó a San Arbogasto y completó la tarea pendiente. Entintó la primera composición hecha con las piezas metálicas, la cubrió con un papel y accionó la manivela de la prensa. Los tres metales funcionaban perfectamente bien. Aun con todas las deficiencias que presentaba la rústica prensa, nadie hubiera podido creer que el nombre impreso, *Johannes Gensfleisch Gutenberg*, no estuviese escrito a mano. Podía imaginar cuánto mejoraría aún con la máquina que estaba fabricando Saspach. Pero todavía debía superar otro escollo: en este nuevo intento, tampoco había podido imitar la letra magistral de Sigfrido de Maguntia. Agotado, hundió el rostro entre las manos y terminó de convencerse de que no le quedaba alternativa: iba a necesitar los servicios de un calígrafo. Hasta entonces, había hecho esfuerzos ingentes para que nadie se enterara de su plan secreto. De hecho, ya tenía un socio que le proveía papel y, al menos por el momento, no le hacía preguntas, pero ¿cómo evitar que un copista asociado no participara del secreto?

Todos estos interrogantes lo distraían de una preocupación que no podía dilatar mucho más tiempo: su casamiento con Ennelin, el que, por añadidura, se superponía con el día de la entrega de su ansiada imprenta.

Con un semblante poco amigable, Heilmann visitó a Gutenberg y le enrostró el listado con las cantidades de papel que ya le había entregado sin que hasta el momento hubiese visto resultado alguno. La cifra ascendía a la cantidad de doscientos florines. Andreas, cuyos brazos eran gruesos y musculosos, forjados en el acarreo de los pesados fajos, golpeó la mesa con el puño y conminó a Gutenberg a que le pagara el dinero adeudado, le devolviera el papel o bien le develara el secreto del negocio que tenía entre manos.

—El dinero no lo tengo ahora, pero...

—No hay «peros».

—El papel lo usé en las pruebas...

—Muy bien, entonces estoy dispuesto a escuchar tu plan.

Johannes sacudió la cabeza, hizo un gesto conciliador y ensayó una última excusa. Entonces Andreas lo tomó del cuello con la mano derecha mientras alzaba el puño de la izquierda para descargarlo en plena nariz de Gutenberg. En el momento en que los nudillos estaban por llegar a destino, gritó:

—¡Está bien, está bien, hablaré!

Heilmann depositó suavemente a su interlocutor en una silla, le acomodó las ropas pasando la palma de su manaza sobre los hombros y con absoluta calma, le dijo:

—Te escucho.

Con la misma habilidad que había desarrollado para convencer a su prometida, con tal de no revelar su secreto, Gutenberg comenzó a improvisar una historia:

—Se trata de las reliquias de la basílica de Aquisgrán.

Andreas abrió los ojos y asintió con entusiasmo. Johannes se tomó del cuello, todavía dolorido y continuó:

—Particularmente de la cabeza de San Juan el Bautista.

Heilmann sonrió exaltado, ignorante de que, en realidad, a Gutenberg se le acababa de ocurrir la idea de la cabeza de San Juan al ver peligrar la suya propia a manos de su proveedor de papel.

La catedral de Aquisgrán conservaba las cuatro reliquias más preciadas de la Germania: el manto de la Virgen, el pañal del niño Jesús, el taparrabo que llevaba Jesucristo en la crucifixión y el pañuelo con el que cubrieron la cabeza de Juan el Bautista luego de su decapitación. Todas estas reliquias habían sido recuperadas por Carlomagno para la Basílica Imperial y eran expuestas cada siete años. En aquellas ocasiones, llegaban multitudes de peregrinos desde los más lejanos lugares del mundo. Sin dejar de frotarse el cuello, Johannes siguió con su historia:

—Estoy trabajando en unos espejos que, al apuntarlos hacia el sudario de San Juan el Bautista, atrapan su imagen. Así, cada uno de los miles —dijo enfatizando la cifra— de peregrinos podrá llevar consigo la sagrada imagen y gozar de la bendición

eterna del santo.

Heilmann rio con una carcajada estruendosa. Johannes no distinguía si era una risa auténtica o el prólogo burlón de una paliza. Ante la duda, se cubrió la cara.

—Genial, sencillamente genial —dijo Andreas palmeando con excesivo entusiasmo la castigada anatomía de Gutenberg—; tengo que ver eso.

—Es que necesito un poco más de tiempo para mostrarte el resultado.

—Está bien: una semana.

—En una semana podría tenerlo, pero sucede que exactamente en una semana será mi boda.

—Congratulaciones, pero antes deberás formalizar tu compromiso conmigo. Será un día emocionante para todos. Una semana. Ni un día más.

Gutenberg todavía debía pensar en algo convincente para mostrar a Heilmann. De pronto, Johannes tuvo la convicción de que el destino de su cabeza no sería muy diferente del de Juan el Bautista. Ese día también estaría concluida su imprenta.

Sin dudas sería una jornada plena de emociones.

Sigfrido de Maguntia ascendió al estrado y, como si ocultase debajo de él un arcón mágico, extrajo un artefacto que, a primera vista, parecía un espejo de mano. Los miembros del jurado miraban con ojos infantiles el nuevo acto del fiscal.

—Señorías, igual que yo la primera vez que lo vi, habréis de suponer que esto que sostengo en mi mano es un simple espejo. Nada extraño podríais esperar ver en un espejo más que vuestro propio rostro reflejado.

Como un grupo de niños, los jueces, sin proponérselo, asintieron con la cabeza todos al mismo tiempo.

—Sin embargo, Excelencias, os equivocáis. Este pequeño artefacto, así de mundano y sencillo como lo veis, es obra, también, del demonio, ¡del diablo que habita dentro de la mente maléfica del acusado! —bramó el fiscal, señalando a Gutenberg.

Una vez más, los magistrados empalidecieron. Entonces, al observar el semblante de los jueces, volvió a redoblar la apuesta; elevó el espejo con su brazo extendido y lo pasó por delante del tribunal. Los magistrados pudieron ver reflejada su propia cara de asombro. Sigfrido de Maguntia prosiguió su camino hacia el amplio vitral por donde entraba el sol y, de espaldas a la sala, permaneció en aquella posición, enarbolando el pequeño espejo. Luego giró sobre sus talones y nuevamente mostró a los jueces el vidrio oval en el que se acababan de mirar. Lo que vieron en la superficie del espejo les arrancó una exclamación de pánico que se transformó en griterío general cuando el fiscal lo mostró al resto de los presentes. Ulrich Helmasperger, absorto como el resto de los presentes, por primera vez estuvo a punto de perder el hilo de la transcripción de las palabras al documento notarial.

Gutenberg, hundido en su silla, se tapó los oídos para no enloquecer con el escándalo que se había apoderado de la sala. Así, con los ojos cerrados y los oídos tapados, volvió a refugiarse en sus recuerdos. Por fin, había llegado el gran día. De acuerdo con la tradición germánica, la boda se celebraría en la casa paterna. Como la mayor parte de los palacios del patriciado, la Casa de la Puerta de Hierro albergaba una capilla. La ceremonia era un rito solemne en el que la esposa era entregada por el padre a un sacerdote. Luego el religioso celebraba el matrimonio y daba la misa de velaciones. Por último, el cura otorgaba la bendición sacerdotal y entonces sí, concedía la mujer a su esposo una vez consumada la «gracia sacramental». Concluida la ceremonia religiosa, el padre de la novia entregaba la dote al marido —en este caso, la suma que restaba del anticipo— y por fin llegaba el momento más esperado por los invitados: el banquete.

Todo estaba dispuesto para la ceremonia. La capilla había sido decorada como nunca antes. Gustav hizo preparar los más exquisitos manjares y trajo los mejores vinos. Ennelin, por su parte, no había podido conciliar el sueño durante toda la noche. Vio el amanecer a través del velo de lágrimas que cubría sus ojos embargados por la

emoción. Nunca pensó que aquel momento le llegaría. Todo parecía un sueño: no solamente estaba a punto de cumplir aquel anhelo que creía imposible, sino que habría de casarse con el hombre que amaba, hecho nada frecuente para la mayor parte de las mujeres. No había sido un insomnio angustioso, sino una dulce duermevela en la que los más tiernos pensamientos y sensaciones se mezclaban con otros que, hasta el día anterior, los consideraba pecaminosos; sin embargo, aquella sería la última noche en la que dormiría sola. Los nervios, el temor y la excitación habían estremecido sus entrañas y atizado sus pasiones. Estaba dispuesta a entregarse en cuerpo y alma a su amado Johannes. Durante su último día de soltera, Ennelin no solo había imaginado la noche de bodas, sino también la mañana siguiente, en la que su flamante esposo habría de entregarle el *matutinale donum*, el regalo que le correspondía a ella por haberle entregado su virginidad.

También Johannes había pasado la noche en vela, aunque por razones muy diferentes. Aquel día debía cumplir tres obligaciones impostergables, en el siguiente orden: a primera hora tenía que mostrar a Andreas Heilmann algún avance en el negocio de las reliquias; al mediodía se había comprometido a retirar la prensa del taller de Konrad Saspach y a las cinco de la tarde debía hacer honor a su trato con Gustav von der Isern Türe; es decir, casarse con Ennelin. De todos estos compromisos, el que más le preocupaba era el que tenía para con Heilmann; en otras palabras: temía por su vida.

Durante toda la noche había trabajado en el artefacto que lograría plasmar las imágenes de las reliquias al paso de la procesión de Aquisgrán, según prometió a su proveedor de papel en una improvisada idea de la cual ya no tenía forma de desdecirse. Pero además, el artificio debía requerir el insumo esencial de aquello que necesitaba en forma imperiosa para su proyecto secreto: papel. Si algo le sobraba a Gutenberg, además de deudas, era inventiva. En las largas horas que separaban el ocaso del alba, Johannes concibió un ingenioso dispositivo cuya utilidad solo podía comprobar con la salida del sol. En apariencia, se trataba de un simple espejo de mano; sin embargo, si todo salía como esperaba, aquel espejo común y corriente sería capaz de atrapar de manera milagrosa la imagen de la cabeza de San Juan el Bautista durante la procesión en la que exhibirían el paño que la cubrió luego de la decapitación. Pero ya no había tiempo: a Johannes no le quedaba otro remedio que hacer la primera prueba ante la severa mirada de Heilmann.

No bien terminó de pulir el espejo, lo cubrió con una delgada lámina de goma arábica diluida en una emulsión que le quitaba un poco de adherencia, de modo tal que pudiera retirarse fácilmente. Hecho esto, guardó el espejo, salió de su escondite en las ruinas de San Arbogasto y corrió ladera abajo como alma que se la lleva el diablo.

A la hora convenida, agitado y sudoroso, Gutenberg entró en la fábrica de Andreas Heilmann.

—Qué grata visita —le dio la bienvenida el comerciante—, temía verme obligado

a interrumpir la boda para cobrarme la deuda en el momento del pago de la dote.

Johannes sabía que Heilmann era perfectamente capaz de semejante cosa.

—Espero que traigas algo más que puras palabras.

—Por supuesto; y no tengo tiempo que perder —contestó Gutenberg, un poco para darse importancia y otro poco para hacer honor a la más pura verdad.

Francoamente intrigado, Andreas lo invitó a pasar a una sala privada. Entonces, con la destreza de un mago, Gutenberg inició un número que parecía divertir al anfitrión, que lo observaba cómodamente sentado en un sillón. De pie en medio del recinto, el grabador de Mainz extrajo de entre sus ropas una tela prolijamente enrollada. Extendió los brazos y, como un prestidigitador, la desplegó delante de los ojos de Heilmann. Con asombro, el dueño de casa pudo ver el sudario de San Juan el Bautista: el pañuelo con el que había sido envuelta la cabeza del santo y en cuyo paño, por obra y milagro de Dios, había quedado impreso su rostro.

—¿Es el auténtico? —preguntó ingenuamente el fabricante de papel.

—¿Será auténtico el que está en la basílica de Aquisgrán? —respondió Gutenberg para acrecentar el suspenso.

No creyó necesario decirle a su socio que se había pasado la noche entera pintando la cabeza del Bautista sobre el paño. En rigor, era solo un detalle; la parte realmente asombrosa de la función aún no había comenzado. Johannes pidió a Heilmann que sostuviera firmemente el sudario, alzándolo sobre su cabeza como solía exhibirlo el sacerdote en la procesión. Lleno de intriga, el hombre hizo caso con una obediencia infantil. Entonces Gutenberg sacó el espejo que guardaba dentro de una saca y apuntó la superficie cubierta por una lámina opaca hacia el lienzo. Ambos se quedaron en esa posición, enfrentados durante varios segundos.

—Ya puedes bajar el paño —dijo Johannes, a la vez que, también él, bajaba el espejo.

Hecho esto, Gutenberg entregó el espejo de mano a Heilmann y le pidió que retirara la cubierta de goma arábiga. La lámina se desprendió con facilidad.

—¿Qué ves en el espejo? —preguntó Johannes.

Andreas miró la superficie y con una expresión desanimada, contestó:

—Además de mi estúpida cara, ninguna otra cosa.

—¿Estás seguro? Tal vez debas acercarte a la ventana para ver mejor.

—Ya basta, farsante, me estás tratando como a un idiota.

—Por favor, vuelve a mirar.

Entonces sí, el rictus de Andreas se transformó en una mueca de pasmo: pudo ver con sus propios ojos el inicio del milagro. El reflejo de su propia cara, poco a poco, iba dejando lugar a la aparición de la imagen de la cabeza de San Juan el Bautista, idéntica a la que estaba en el paño. Y a medida que pasaban los minutos, el rostro milagroso se iba haciendo más y más nítido. La mano enorme de Heilmann temblaba como una hoja, a punto tal que el espejo casi se estrella contra el suelo si los rápidos reflejos de Gutenberg no hubiesen ido en su auxilio atajándolo antes de que tocara el

piso.

—No querrás siete años de mala suerte...

—¿Cómo lo hiciste?

—Cuando disponga de más tiempo, prometo explicarte; pero ahora debo irme. Te puedes quedar con el espejo y pedir tres deseos. Una cosa más: necesitaría que me adelantaras cien florines.

Andreas titubeó. Entonces Gutenberg le hizo ver que cada espejo podía venderse a cinco florines; solo había que multiplicar aquella cifra por los miles y miles de peregrinos que irían a la procesión.

Johannes, otra vez, salió a toda carrera para cumplir con su segundo compromiso: retirar la prensa del taller de Saspach. Sin embargo, sabía que aún se enfrentaba a un gran problema: ¿cómo habría de acarrear semejante artefacto a su secreto refugio de San Arbogasto en la cima de la colina?

Como siempre, algo se le ocurriría.

Tenía diez minutos para pensarlo.

Johannes no confiaba en nadie. No había revelado su proyecto secreto a su socio, Andreas Heilmann, ni pensaba decírselo tampoco a Konrad Saspach. Mucho menos dispuesto estaba a que supieran de su taller secreto en las ruinas de San Arbogasto. De manera que no podía contar con ellos para que lo ayudaran a mover la prensa. Pero tampoco podía confiar en cualquier carrero. Por otra parte, el último tramo de la empinada cuesta hacia su reducto era inaccesible para los animales; solo podía hacerse a pie. Mientras apuraba el paso, Johannes se devanaba los sesos para superar este nuevo escollo, que parecía insalvable.

En el breve camino que separaba la fábrica de Heilmann del taller del carpintero, Gutenberg pasó por delante del Internado de los Expósitos, dependiente del Episcopado de Estrasburgo. Aquella casa venida a menos, daba asilo a jóvenes que, por distintos motivos, no tenían dónde vivir: huérfanos, niños abandonados, lisiados y ciegos. Estaba por seguir de largo, cuando tuvo una revelación: ¡ciegos! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Con la misma inercia del apuro, desvió el camino y entró en el hospicio. Como buen cristiano que era, Johannes estaba dispuesto a apiadarse de aquellos pobres muchachos. Fue derecho hasta la dirección y llamó a la puerta.

—En qué puedo ayudarte, hijo —dijo el religioso al visitante.

—Humildemente, padre, soy yo quien desea ayudaros con una modesta contribución para estos pobres muchachos.

—Oh, muy generoso de tu parte. Dios sabrá recompensarte.

—No solo quisiera donaros una limosna, sino, además, me gustaría dar trabajo sano y digno a algunos de vuestros jóvenes.

—Mucho me temo que no será posible: la mayoría son tullidos cuando no ciegos.

—La ceguera no será obstáculo para que conozcan por vez primera la dignidad que otorga el trabajo.

—¿A qué te refieres?

—Yo seré sus ojos y ellos serán los brazos fuertes y las piernas que, plenas de juventud, claman ejercicio. Será bueno para ellos sentirse útiles. Solo quiero que me ayuden a trasladar una máquina que dará trabajo a mucha gente. Antes de pagar a un carrero, prefiero donaros a vos ese dinero y colaborar así con vuestro hospicio.

El religioso sonrió con beatitud y dijo:

—Si todos los cristianos obraran como tú...

Entonces condujo a Gutenberg por los laberínticos pasillos del hogar. A su paso salían jóvenes que, desprovistos de piernas, se arrastraban como bestezuelas. Otros daban unos horrorosos alaridos de desesperación, presas de la locura. Niños sin brazos, gibosos o deformados por la enfermedad salían a examinar al desconocido no sin cierta hostil curiosidad. El cura, provisto de una vara, los alejaba como si fuesen fieras. El aire olía a excrementos. Una náusea, mezcla de repulsión y temor,

convulsionó a Johannes. Hacia el final de la galería, entraron en un gran recinto en el que se agolpaban niños y jóvenes que exhibían las cuencas vacías, o bien los ojos blancos, acuosos y apagados.

El religioso los hizo formar con una orden marcial y ofreció al generoso visitante que eligiera los que creyera más apropiados para el trabajo. Examinó a todos, uno por uno, y se detuvo en los más robustos. Luego consultó al cura sobre el carácter de los seleccionados; quería estar seguro de que no fueran a rebelarse o crearle problemas.

—No te preocupes, son serviciales y obedientes.

Por las dudas, el prior entregó a Johannes una vara larga y temible y le dijo:

—No dudes en aplicarla con energía cuando lo consideres necesario.

Así, con su pequeño ejército de ciegos, Gutenberg dispuso la mudanza de la prensa desde el taller de Saspach hacia la abadía de San Arbogasto para que nadie pudiera ver su guarida ni saber su ubicación.

Ennelin, por su parte, vivía el día más feliz de su vida. De acuerdo con la tradición germánica, habría de casarse con un vestido rojo. Sus hermanas se habían encargado de preparar el tocado: una cofia de seda igualmente roja prendida por debajo del mentón, que le cubría la cabeza y los hombros, coronada por una tiara de oro. Parecía una princesa. A pesar de que había pasado la noche sin dormir, se veía radiante. En comparación con su aspecto habitual, se diría que estaba hermosa. La cofia mejoraba en forma notable su rostro, no por lo que dejaba ver, sino, más bien, por lo que ocultaba. El vestido, una larga túnica prendida por debajo del busto, estaba decorado con delgados pespuntos dorados que armonizaban con la corona y dibujaban una silueta proporcionada allí donde no había curva alguna.

Según las supersticiones populares, que, por cierto, provocaban una divertida adhesión en el patriciado, todo propiciaba los mejores augurios: esa noche habría luna llena, señal de fertilidad y abundancia. Además era viernes: de acuerdo con la tradición romana, la boda estaría tutelada por Venus, diosa del amor, que favorecería la solidez de la unión. Por añadidura, el viernes quedaba bien distante del martes, día fatídico para un casamiento, ya que Marte, dios de la guerra, era presagio de las más severas desavenencias, peleas y discordias. Los astros se habían alineado para que nada saliera mal. Ennelin, alternativamente, lloraba de emoción y reía de felicidad.

En ese mismo momento, Gutenberg, como un general desmañado, báculo en mano, comandaba su tropa de ciegos que, con paso vacilante, acometía la empinada ladera que conducía a su taller secreto. Cinco de un lado y cinco del otro, los internos de la Casa de Expósitos intentaban mantener el equilibrio bajo el peso demoledor de la prensa. El suelo, tortuoso y escarpado, no facilitaba las cosas a quienes prescindían por completo del don de la vista. Varias veces la base de la máquina había golpeado contra las piedras; Johannes, furioso, descargaba el rigor de la vara sobre las piernas del culpable. De tanto en tanto, alguno de los muchachos tropezaba y rodaba ladera abajo. Cada vez que sucedía esto, el grupo debía detener la marcha; Gutenberg descendía a rescatar al caído y luego lo obligaba a subir, guiándolo a punta de vara.

Cuando por fin conseguían emparejar el paso y ascender a marcha regular, con frecuencia los jóvenes ciegos perdían el rumbo y se dirigían hacia cualquier parte.

—¡Por aquí! —gritaba Johannes agitando los brazos como si pudieran verlo.

Varias veces estuvieron a punto de dejar caer la prensa por los acantilados y otras tantas de morir aplastados bajo el peso del gigantesco artefacto. El sol ascendía en la bóveda del cielo más velozmente que aquel patético grupo por la falda de la montaña. Gutenberg calculaba el trecho que faltaba para la cima y las horas que lo separaban de la boda. La distancia parecía extenderse a medida que el tiempo se acortaba.

Por fin, llegaron a las ruinas de San Arbogasto. Exhaustos, los muchachos bebieron agua y se recostaron en el piso fresco de la ruinas de la catedral. Ignoraban en qué sitio estaban y no se mostraban interesados en averiguarlo; solo querían regresar al hogar. Preferían el encierro y el hedor nauseabundo del hospicio a los gritos, los golpes y la inhumana faena a la que los había sometido aquel extravagante desconocido.

Johannes contemplaba maravillado la enorme imprenta que había quedado perfectamente emplazada en el centro del taller. No veía la hora de hacer la primera prueba. La hubiese hecho en ese mismo instante, rodeado por los jóvenes ciegos que, tendidos en el piso, boqueaban cual pescados, de no haber sido por el acuerdo que había firmado con Gustav von der Isern Türe.

Eran las cuatro de la tarde. Todo estaba dispuesto en el castillo de la Puerta de Hierro: el cura en la capilla; la novia, acompañada por su madre y sus hermanas, preparada para salir cuando fuese avisada; el padre supervisaba que estuviesen perfectamente presentados los manjares para el banquete y ya habían comenzado a llegar los primeros invitados. No parecía faltar nada. Salvo el novio. Como de costumbre, no faltaron las bromas; sin embargo, todavía no era la hora. Desde luego, todos se habrían quedado más tranquilos si Gutenberg hubiese llegado un poco antes de lo previsto; pero la ansiedad y los nervios eran normales en los momentos previos a una boda.

Ennelin permanecía en silencio mientras sus hermanas, llevadas por la alegría, no dejaban de hablar un segundo. La novia, sentada frente al tocador, miraba el suelo abstraída, evitando verse en el espejo; acaso nadie sentía un rechazo semejante por la imagen de la muchacha como ella misma. A medida que el castillo se iba poblando de gente, de fastos y de luces, el ánimo de Ennelin se ensombrecía. Una convicción que había permanecido imperceptible, latente, comenzó a germinar como una maleza entre las flores. Sus vacuos pero sagaces ojos no habían querido ver lo inocultable. Mientras los músicos afinaban los instrumentos para la fiesta, un ruido espantoso empezaba a resonar en las sensibles cuerdas del alma de Ennelin. Ella siempre fue feliz; desde que su madre la acunó entre sus brazos había crecido en el amor de su familia, bajo la tierna protección de su padre. Al otro lado de las puertas de hierro del castillo se iniciaba un mundo hostil, habitado por extraños que solían ver en ella lo único que parecía no estar permitido a las mujeres: la fealdad. No los culpaba; después de todo, ni ella misma se atrevía a mirarse en el espejo. ¿Estaba dispuesta a poner en riesgo aquella felicidad que, aunque ceñida a las paredes de su hogar, para ella resultaba inconmensurable? De pronto, tuvo la certidumbre de que su familia, Johannes y ella misma, estaban jugando al gallo ciego<sup>[15]</sup>; solo que todos permanecían con los ojos vendados. Pero ese juego estaba llegando a su fin; faltaban exactamente tres cuartos de hora para que cayeran las vendas.

Gutenberg, en cambio, estaba exultante; nunca antes había visto el futuro con tanto optimismo. Una embriaguez rayana en la euforia hacía que su corazón latiera con fuerza y no dejara de reír. Mientras terminaba de vestirse para la ocasión más importante de su vida, no podía dejar de pensar en los tiempos de gloria que se avecinaban. Un súbito sentimiento de amor brotaba de su corazón y alcanzaba a la creación entera. Como si de pronto hubiese concluido una noche larga y solitaria, todo estaba bañado por una luz beatífica: los tejados de Estrasburgo, el cielo límpido, los árboles, en fin, cada elemento que alcanzaba su mirada tenía el encanto de la novedad.

Johannes se contemplaba en el espejo y se sentía feliz con la imagen que le

devolvía: había recuperado los colores, ya no tenía aquella palidez enfermiza ni su barba parecía la de un mendigo. Las primeras canas que empezaban a poblar su bigote le conferían un aire de madurez e importancia. Albergaba la convicción de que, a partir de aquel ansiado momento, nada sería igual.

Gustav comenzaba a inquietarse. Iba y venía por el castillo, salía a los jardines, volvía a entrar, se asomaba por el balcón mirando el camino con las manos en visera esperando que de una vez por todas apareciera su futuro yerno. Ya era hora de que llegara. Las bromas de la familia se habían transformado en comentarios de preocupación: ¿le habría sucedido alguna desgracia? Ante la duda, el dueño de casa había despachado a un criado a la casa de Johannes. Los invitados cuchicheaban comentarios maliciosos. El religioso, por su parte, con el ceño fruncido transmitía, a quien quisiera oírlo, la ira de Dios.

Una sonrisa resignada se había dibujado en el rostro de Ennelin. Las hermanas intentaban consolarla con palabras de ánimo:

—Seguramente se ha retrasado un poco.

—Ya llegará.

—Debe estar en camino.

—Tal vez haya sufrido una indisposición.

—No debes preocuparte.

Ennelin, sonriente, asentía en silencio. En rigor, era la única que no estaba preocupada, ni triste, ni desconsolada. Al contrario, era feliz en compañía de sus hermanas, de su madre y con la certeza de que su padre estaba allí para protegerla como siempre lo hizo. Aquella fortaleza de paredes de piedra resguardada por una infranqueable puerta de hierro, era su pequeño universo y no le hacía falta ninguna otra cosa.

A las cinco en punto de la tarde, Johannes Gutenberg estaba impecablemente vestido y arreglado, haciendo honor al compromiso que había asumido. Caminó por la nave central de la capilla en dirección a su amada ante la mirada del Cristo que presidía el templo. En el centro del altar, bañada por la luz de los candelabros, se la veía espléndida, virginal, inmaculada. Johannes no albergaba la menor duda de que ella, el objeto de sus desvelos, habría de acompañarlo en la salud y en la enfermedad, en los momentos prósperos y en los adversos hasta que la muerte los separara. Emocionado, avanzaba hacia el altar en medio del silencioso ritual. Aunque enorme, pesada, casi cuadrada y desprovista de curvas, él la contemplaba con los ojos de un enamorado y la veía hermosa. Marchaba resuelto pero con paso moroso, como si quisiera prolongar la dicha del instante. Pasó por delante del púlpito de madera labrada y se encandiló por el brillo de aquella suerte de tiara, circular y perfecta, que coronaba su estatura. Cuando finalmente estuvo frente a ella, se hincó a sus pies y, junto a la Biblia, selló la alianza mediante el metálico objeto.

Así, a las cinco en punto de la tarde, Johannes Gutenberg, arrodillado ante su flamante imprenta en la capilla ruinososa de San Arbogasto, depositó los tipos

metálicos que componían la primera página de las Sagradas Escrituras y se dispuso a girar la enorme corona que constituía la manivela de la prensa.

Gustav von der Isern Türe bramaba su furia a los cuatro vientos. Su mujer intentaba calmarlo en vano. El cura calculaba en qué círculo infernal habría de alojar Satanás al infame. Los invitados comenzaban a retirarse para evitar más bochorno a la familia. Los criados aprovechaban el tumulto para probar los manjares del frustrado banquete. Los músicos se preguntaban quién habría de pagarles. Las hermanas de Ennelin lloraban sin pausa ni consuelo. Ennelin, armada del temple y la calma que la caracterizaban, intentaba tranquilizar y consolar a todo el mundo. Alternativamente, abrazaba a sus hermanas, a su madre y a su padre haciéndoles ver que nada le producía más felicidad que tenerlos a ellos, que, finalmente, en vista de la catadura del novio, su fuga era lo mejor que podía haber sucedido. Ennelin estaba convencida de que la humillación y el dolor pronto habrían de pasar. En cambio, si la boda se hubiese consumado, su vida junto a un hombre vil habría sido un largo calvario.

El jurado había quedado absorto. Sigfrido de Maguntia sostenía en la diestra el solemne contrato de compromiso de matrimonio firmado por Gutenberg y los documentos de pago correspondientes a la dote.

—Excelencias, a los cargos formulados por mí, agrego la acusación de incumplimiento de promesa de matrimonio y el de usurpación de dote.

Los jueces ya habían perdido la cuenta de las imputaciones que había enumerado el fiscal. Todas las pruebas parecían incontestables. Allí estaban las Biblias apócrifas, los contratos rubricados por el reo, el artefacto para falsificar reliquias y los testimonios inculpativos escritos por Ennelin y Gustav von der Isern Türe.

En el curso de la que debería haber sido la noche de bodas, Gutenberg y su imprenta se convirtieron en una sola y única entidad hecha de carne, corazón, madera y metal. Así, abrazado a la manivela, acariciando su robusta estructura de roble, mediante la simiente de plomo y tinta, Johannes y su máquina concibieron el primer fruto de la apretada entraña de la prensa: el capítulo del *Génesis* impreso en cuarenta y dos líneas separadas en dos columnas.

El trabajo que había hecho Konrad Saspach lo confirmaba como el mejor carpintero de Estrasburgo. La combinación de los tipos metálicos, la tinta al aceite y la imprenta eran un éxito completo. El mecanismo tenía la precisión de un reloj; la plataforma móvil se desplazaba en el eje torneado con suavidad y ligereza, pero descargaba una presión contundente y pareja en toda la superficie de la caja que contenía los tipos. El procedimiento era sencillo: en primer lugar había que armar la línea letra por letra, espacio por espacio, signo por signo en el componedor, una suerte de bandeja alargada que tenía la medida exacta de la línea. Luego se colocaban las líneas en la galera para hacer una primera prueba y corregir los defectos. Hecho esto, se armaba la página con los tipos dentro de una caja de madera. Una vez compuesta la carilla, se extendía la tinta sobre la superficie con un par de almohadillas provistas de empuñaduras. Encima de la caja se desplegaba un tímpano consistente en un bastidor recubierto de pergamino al que se fijaba el papel que, unido por unas bisagras, se ajustaba con absoluta precisión a los tipos, de manera que todo quedara a un mismo nivel. Entonces, sí, se accionaba la manivela de la prensa y los tipos entintados dejaban su impronta perfecta en el papel.

Tan precisa era la nueva imprenta, que resultaba imposible diferenciar un manuscrito de un libro impreso. Pero un manuscrito demandaba a un copista alrededor de un año de trabajo, mientras que con el uso de la imprenta de Gutenberg se podría reproducir un libro en un solo día. Por otra parte, el precio de un manuscrito era de unas cien monedas de oro. De acuerdo con las cuentas de Johannes, un libro impreso podía costar entre dos y tres monedas. Es decir, por la venta de una Biblia podía obtenerse una ganancia de noventa y siete piezas de oro por día. Haciendo cálculos pesimistas, estaba en condiciones de ganar unas treinta mil monedas de oro

anuales: una fortuna.

Sin embargo, todavía persistía un problema: las letras que Johannes había grabado en los tipos móviles eran, juzgándolas con benevolencia, apenas correctas. Pero comparadas con las de Sigfrido de Maguntia se veían como una sucesión de garabatos. Gutenberg podía financiar su trabajo con los espejos para «capturar» imágenes de reliquias mediante su sociedad con Heilmann. Sin embargo, no solo era dinero lo que precisaba. Necesitaba un socio calígrafo que pudiera imitar a la perfección la letra de un copista cuyos libros cotizaran en cualquier parte del mundo. Pero Estrasburgo se había convertido para él en una ciudad difícil.

El incumplimiento de su compromiso matrimonial obligó a Gutenberg a dejar su empleo en el Ayuntamiento y la pequeña casa que ocupaba en el centro de la ciudad. Por otra parte, no podía vivir en las ruinas de San Arbogasto como un prófugo. Con su invento terminado y a buen resguardo en su taller clandestino, decidió volver a Mainz para conseguir el socio que necesitaba y dejar pasar un tiempo hasta que el escándalo de la boda frustrada se disipara. La gente tenía poca memoria y sus juicios solían ser lábiles: aquello que al principio era percibido como un crimen imperdonable, unos días después pasaba a ser una anécdota, luego un episodio risueño y, finalmente, se evaporaba por completo. No pasaría mucho tiempo para que pudiera regresar a Estrasburgo y terminar su paciente obra. Sin embargo, antes de viajar a Mainz, debía pasar por la casa familiar de Eltville am Rhein.

Else tardó en reconocer al jinete que se apeó en la entrada de la finca. Desde la ventana de la cocina había visto cómo se acercaba un caballo y luego se detenía junto a la cerca. Al principio supuso que era el correo, conjetura que no podía evitar cada vez que alguien llamaba a la puerta: desde el día en que su hijo había partido a Estrasburgo esperaba, aunque más no fuera, una breve esquela. Solo había recibido un par de cartas durante los primeros meses. Nada más. Pero cuando el hombre avanzó por el sendero de grava, Else reconoció el inconfundible andar de Johannes. Entonces la mujer abandonó su tarea, retiró la olla del fuego, corrió a su encuentro y lo abrazó como al niño que había sido hacía más de cuatro décadas. Luego lo separó sin soltarle las muñecas y lo consideró de arriba abajo. El tiempo había pasado para ambos. La estatura colosal de Else empezaba a vencerse bajo su propio peso. Sin embargo, doblada como estaba, seguía siendo más alta que su hijo. Los años habían sido más rigurosos con él: la barba larga y agrisada, el pelo hirsuto y las bolsas debajo de los ojos le daban la apariencia de un hombre mayor de lo que en realidad era.

Else tuvo que insistir a su hijo, igual que cuando era un niño, para que se sentara a la mesa y comiera. Detrás de la nube de vapor que surgía del plato repleto de lentejas, Johannes, con su silencio, aumentaba la ansiedad de su madre, que quería saber todo sobre su larga estancia en Estrasburgo.

—No hay mucho para contar —dijo escueto, llenándose la boca con una cucharada de comida para evitar la conversación.

Ante la insistencia de la mujer, Johannes se limitó a relatarle el viaje a los Países Bajos y su empleo en el Ayuntamiento de Estrasburgo. Else, que lo conocía como nadie, supo reconocer detrás de la barba aquel infantil gesto huidizo que no podía disimular cada vez que quería ocultar algo. Aunque sabía, también, que no había forma de derribar ese muro de silencio.

La sonrisa de Else se transformó en una mueca inocultable de desazón. Ella se habría alegrado si su hijo le hubiese contado que era uno de los más destacados grabadores de Europa. Sin embargo, ese hecho, que a cualquier madre la habría llenado de dicha, a él no le producía ningún sentimiento en particular. Su único orgullo era, precisamente, aquello que no podía confesar a nadie: la invención de la imprenta para falsificar libros. No se sentía un héroe por haber faltado a su compromiso matrimonial, pero tampoco le pesaba en la conciencia como un crimen; estaba convencido de que el dinero del adelanto de la dote le pertenecía en virtud de un derecho que el resto de la humanidad no sabría reconocer. Incluyendo a su propia madre.

La visita iba a ser más breve de lo que Else hubiese deseado. Johannes le dijo que necesitaba seguir viaje a Mainz para concretar un negocio. Entonces la preocupación se transformó en angustia.

—No puedes volver a Mainz.

Johannes sonrió por primera vez desde que llegó a casa de su madre.

—Es mi ciudad.

—Ya no. Ni siquiera tendrías dónde vivir.

Ambos ignoraban cuál era la situación legal de la vieja casa en la que él había nacido. De hecho, Else ni siquiera había vuelto a interesarse en ella. El recuerdo de la persecución, los saqueos, los incendios y la súbita huida nocturna era una pesadilla que había querido olvidar. Sin embargo, Johannes estaba dispuesto a recuperar la propiedad. Pidió a su madre los títulos y cuanto documento acreditara que la familia había habitado esa casa.

No hubo forma de que Else convenciera a su hijo de que volver a Mainz era una locura. A pesar de todo el tiempo transcurrido, ella jamás había olvidado el lejano día en que sus propios vecinos, a muchos de los cuales consideraba amigos, saquearon la casa y destrozaron todo lo que no pudieron llevarse. ¿Qué le hacía pensar a Johannes que aquellos mismos que los habían expulsado, lo recibirían como si nada hubiese sucedido?

—La gente olvida todo, madre.

—¡Yo no olvido!

—Deberías intentarlo.

—¡Eso has hecho tú! Has olvidado la educación que te dio tu padre. Has olvidado a tu familia. Ni siquiera te has acordado de mí durante todo este tiempo.

Pero lo último que quería Else era apurar la partida de su hijo con sus reproches. De modo que lo tomó tiernamente de la mano y le preguntó:

—¿Dónde vivirás? ¿Tienes dinero?

—No ahora. Pero lo tendré muy pronto. Debo concretar un negocio en Mainz — repitió Johannes.

Cuántas veces había escuchado Else comentarios semejantes. De hecho, eran los mismos que motivaban las agrias discusiones entre padre e hijo.

—De todas formas, permaneceré poco tiempo en Mainz. Tengo mis negocios en Estrasburgo.

Cada vez que Johannes pronunciaba la palabra «negocios», Else percibía que detrás de aquella vaguedad se escondía algo turbio sobre lo cual no podía preguntar. No comprendía por qué un grabador se refería a su trabajo con ese término. Friele siempre decía, no sin cierto orgullo, «mi oficio». Por otra parte, para ser un hombre de negocios se veía bastante pobre. Ignoraba qué oscuros asuntos ocupaban los días de Johannes, pero era su hijo y, antes que juzgarlo, debía ayudarlo. Else se puso de pie, caminó hasta el dormitorio, quitó uno de los cajones del ropero e introdujo su mano en un escondrijo donde guardaba un pequeño cofre. Volvió a la cocina, se sentó frente a su hijo y vació el contenido de la pequeña caja sobre la mesa: rodaron algunas monedas de oro y plata y unas pocas alhajas.

—No lo puedo aceptar, madre.

—Ignoro cuánto representará tu negocio. Sé que no te ofrezco una fortuna. Pero prefiero que te quedes con esto a que te metas en problemas.

—Madre, soy un hombre viejo...

—Pero no has cambiado nada.

Gutenberg tomó el dinero y las alhajas, las volvió a guardar en el cofre y se lo devolvió a su madre.

—No tienes de qué preocuparte. Voy a estar bien.

Al mismo tiempo que en la catedral se desarrollaba el proceso contra Gutenberg y sus dos secuaces, a pocas calles, en el convento de las Adoratrices de la Sagrada Canasta, Ulva intentaba tranquilizar a sus desconsoladas hijas. La puta madre no iba a permitir que el miedo y el desasosiego se apoderaran del burdel. Desde los albores de los tiempos habían debido enfrentar la persecución, el destierro, la humillación y la muerte. Muchas veces las habían diezmado, pero jamás las habían derrotado. De hecho, aún estaban de pie. Ulva no estaba dispuesta a dejar que le arrebataran otra hija. Era tiempo de dar batalla y como dignas sacerdotisas de Ishtar, diosa de la guerra, iban a luchar. Habían sobrevivido a los más encarnizados déspotas y a los imperios que parecían estar destinados a la eternidad. Habían visto nacer y morir tiranos que, enfermos de soberbia, fueron tan poderosos como efímeros. Habían contribuido a construir reinos y los vieron caer. Gobernaron. Fueron emperatrices. Fueron esclavas. Resurgieron una y otra vez. Acostumbradas a largos años de tranquilidad, las últimas generaciones desconocían el sufrimiento en carne propia. Ulva debía infundirles a las suyas el orgullo de las antiguas sacerdotisas guerreras. No podía consentir que derramaran una lágrima más.

En la sala de la catedral, Gutenberg esperaba que, de una vez por todas, finalizara la audiencia. Pero, mientras tanto, debía escuchar, estoico, el alegato del fiscal.

Desde el lejano día en que tuvo que huir junto a su familia, Gutenberg no había vuelto a pisar Mainz. No bien se acercó a su ciudad natal, reconoció el perfume del río en la brisa fresca. La ciudad se veía idéntica al día anterior a los incendios. Una sucesión de recuerdos se agolparon en su memoria. No sentía temor. Los cascos del caballo resonaban en el empedrado y podía anticipar los viejos accidentes del camino: los mismos adoquines hundidos, las mismas protuberancias del suelo. A su paso, se cruzó con muchos de sus antiguos vecinos, quienes lo saludaban con una inclinación de cabeza como si se hubiesen visto el día anterior. Incluso, se topó con algunos de los que habían participado del saqueo de su casa; también ellos lo saludaban con la cordialidad de siempre. Nada había cambiado.

Llegó hasta la plaza del mercado y comprobó que los puesteros eran los mismos, un poco más viejos, cuando no sus hijos, ya crecidos. Dio la vuelta a la catedral, se paseó por la ribera y luego, con una naturalidad cotidiana, llegó a la puerta de la casa en la que había nacido. Se apeó, extrajo el manojito de llaves que le había dado su madre, metió una en la cerradura y, luego de luchar un poco contra el óxido añoso, el mecanismo giró ruidosamente. La puerta se abrió con el mismo chirrido de siempre.

Como si el tiempo se hubiese detenido aquel remoto día de la huida, Johannes se reencontró con la exacta visión que conservaba en las retinas. La casa estaba saqueada pero en idénticas condiciones que cuando la abandonaron. Era evidente que en el momento en que terminaron los saqueos y volvió a reinar la paz, nadie más había vuelto a tocar nada. Resultaba notable cómo la gente, igual que un río manso,

de pronto salía de madre y luego, con la misma naturalidad, volvía a su cauce y seguía su curso normal.

Gutenberg inició el recorrido de su vieja casa. El vestíbulo estaba completamente destruido. La puerta que separaba la amplia antecámara del resto de la casa estaba quemada en la base, aunque permanecía cerrada. Tomó otra llave y abrió una de las hojas. Johannes permanecía con los ojos cerrados: no se atrevía a ver la magnitud del desastre. Pero cuando los abrió, supuso que era presa de una alucinación: todo estaba impecable, tal como lo había visto por última vez. Entonces comprendió que el fuego de la puerta, cuyos vestigios aún eran visibles, había oficiado de guardián, impidiendo la invasión de la turba y luego, providencialmente, se extinguió por sí mismo. Una gruesa capa de polvo se extendía como una enorme sábana gris sobre todos los objetos de la casa. Al pasar el índice por la mesa, pudo comprobar que el lustre de la madera estaba intacto. Luego abrió los cajones de los muebles e hizo un inventario sucinto: no faltaba nada. Incluso, cuando examinó el ropero, encontró la ropa que no se habían podido llevar, dispuesta con la prolijidad con que la colgaba su madre. Ni siquiera las polillas habían osado entrar.

Eufórico, salió a la calle cuando caía la noche. La ciudad se veía alegre: las tabernas que rodeaban la plaza del mercado estaban repletas. Decidió celebrar el reencuentro con su tierra y el milagroso hecho de haber recuperado su casa con todas sus pertenencias. Entró en la vieja cervecería Schöffershof Mainzer, cuya cerveza era la mejor de Mainz, resuelto a emborracharse como una cuba.

Acodado en la barra, se sumó a las groseras canciones que cantaba un grupo de parroquianos, cuyos versos eran loas a la bebida y a las mujeres. En el momento en que alzaba la sexta jarra, sintió que una mano amistosa le palmeaba el hombro. Devolvió el saludo, sin mirar, con el mismo gesto.

—¿Gutenberg? —preguntó el hombre que lo abrazaba—. ¿Johannes Gutenberg, el hijo de Friele?

Si hubiese estado sobrio, Johannes habría tenido muchos motivos para inquietarse: la despedida que le habían ofrecido años atrás no había sido especialmente afectuosa. Sin embargo, mareado y alegre como se sentía, tenía el corazón abierto y la guardia baja.

—Sí, amigo, soy yo. Déjame verte —contestó a la vez que intentaba unir aquella cara inciertamente conocida con algún nombre.

Ante el gesto vacilante, el hombre le facilitó la tarea:

—Fust, Johann Fust.

Entonces la expresión de Gutenberg se transformó. De inmediato relacionó la fisonomía con el apellido. La familia Fust era dueña del banco más próspero de Mainz. Y, a juzgar por la ropa de seda que lucía Johann, continuaba siéndolo. Gutenberg reconoció entonces al hijo del viejo conocido de su padre. La relación entre el director de la Casa de Moneda y el poderoso banquero era tan cercana como tortuosa.

—Un honor, excelencia —dijo Johannes en un exceso de respeto, producto de los efectos del alcohol y de su reverencial inclinación por el dinero.

—Sin formalidades. ¡Bienvenido a tu ciudad! —festejó Fust, alzando el jarro rebosante de espuma.

El banquero alejó a su antiguo conocido del grupo de borrachos que cantaba a voz en cuello y lo condujo hasta una mesa oscura y reservada. Tronó los dedos para que trajeran más cerveza y sin soltarle el hombro, le dijo:

—Quiero que conozcas a mi socio.

Fust hizo un gesto en dirección a la puerta que separaba la taberna de las oficinas y entonces apareció un hombre de mirada vivaz y barba elegantemente rizada.

—Mi amigo y socio, Petrus Schöffer —dijo señalándolo y luego completó la presentación:

—Johannes Gutenberg.

Schöffer, al escuchar el nombre que acababa de pronunciar Fust, preguntó con incredulidad:

—¿Gutenberg?

Sin comprender el motivo del asombro, el grabador asintió intrigado.

—¿El mismísimo Johannes Gutenberg?

Johannes miró de reojo a Fust, como queriendo saber si él era, en efecto, el mismísimo Gutenberg que ambos pensaban o si había un malentendido.

—Admiro tu modestia —dijo Fust.

—Excelencia, quedo a vuestra entera disposición para todo cuanto queráis —balbuceó Schöffer haciendo una reverencia aparatosa.

Ante el desconcierto de Gutenberg, Fust se vio obligado a decirle:

—Creo que no eres consciente de tu fama aquí en Mainz.

Confirmando las palabras del banquero, Johannes primero asintió y luego negó confundido. No terminaba de comprender si era aquella una buena o una mala noticia.

—Es hora de que hablemos de negocios —dijo Fust, pronunciando la palabra que más le gustaba a Gutenberg.

Sigfrido de Maguntia, por primera vez desde el comienzo de su alegato, cambió la dirección de su índice para señalar a Johann Fust. Los miembros del tribunal guardaban expectativas sobre el tono que emplearía el fiscal hacia el banquero más poderoso de Mainz y uno de los más influyentes de la comunidad, pese a su origen judío.

Tal como indicaba su apellido, el banquero estaba hecho de la madera del viejo árbol de los Faust<sup>[16]</sup> —o Faustus según la voz latina—, cuyas raíces se hundían en lo más hondo de la historia germánica. Muchos de sus antepasados habían sido funcionarios del Sacro Imperio. De su hermano mayor, Jacob, había aprendido el noble oficio de orfebre y de su tío Aaron, la habilidad para la usura. De hecho, estaba dispuesto a combinar ambas actividades para acrecentar aún más su ya dilatada fortuna. Escudado en su prosapia y en el nombre y la fama de sus ancestros, Johann Fust fue escalando posiciones a expensas de sus relaciones con el poder político, el olfato para los negocios y, sobre todo, su escaso apego a la moral corriente.

Durante su juventud, Fust se vio deslumbrado por los libros. Su casa paterna era una de las escasísimas que poseían biblioteca privada, privilegio reservado a las familias reales y a algunas del patriciado más rancio. Fust había heredado de su padre más de cien libros y él llegó a triplicar aquel número. No solo atesoraba varias Biblias y escritos religiosos finamente encuadernados, sino también antiguos manuscritos en papiro y pergamino. Entre sus ejemplares más raros había una antiquísima *Torá* de papiro, los veinticuatro rollos que componían el *Tanáj* y los dos que constituían el *Talmud*: la *Mishná* y la *Guemará*. En un sector apartado, oculto y bajo siete llaves, conservaba una decena de libros prohibidos, cuya existencia solo él conocía.

Gutenberg y Fust habían transitado los mismos lugares, aunque en distintas épocas, ya que Gutenberg era tres años mayor que Johann: ambos fueron destacados estudiantes de caligrafía y orfebrería. Compartieron maestros y tuvieron amigos en común. Las dos familias estaban vinculadas con el dinero: el padre de Johannes lo fabricaba pero no lo poseía; el de Fust, lo acumulaba y lo gastaba en lujos. Las vidas de ambos parecían discurrir por caminos paralelos; sin embargo, estaban predestinadas a cruzarse en ese punto que suele confundirse con la casualidad. Por otra parte, tenían en común la ambición, la audacia y una peculiar manera de concebir los límites éticos y legales. Pero, sobre todas las cosas, compartían la misma fascinación por los libros: los sagrados y los profanos, pero también los contables.

Por aquellos días, en el pequeño mundo de los grabadores, los calígrafos y los orfebres, se había extendido una suerte de fiebre semejante a la de los alquimistas; solo que en lugar de perseguir la fórmula de la multiplicación del oro, buscaban la manera de reproducir los valiosos manuscritos. Eran un secreto a voces los avances

que habían conseguido Maso Finiguerra y Pánfilo Castaldi en Italia, Procopius Waldfoghel en Praga, Koster en Holanda y Mantel en Estrasburgo, entre otros menos conocidos. Pero había uno cuyo nombre se destacaba muy por encima del resto: Johannes Gutenberg, quien, casi aislado del mundo en su escondite de San Arbogasto, ignoraba por completo su enorme fama dentro del limitado mundo de los conquistadores de la palabra que, temerarios, se aventuraban en los oscuros mares de tinta, a bordo de sus frágiles barcos de papel. Por aquella época, Fust había decidido entrar en aquella contienda silenciosa, en alianza con uno de los mejores calígrafos del mundo: Petrus Schöffer.

Petrus Schöffer había nacido en 1425 en la ciudad de Gernsheim, en Gross-Gerau. Llegó a ser uno de los copistas más exquisitos de la Germania. Sus manuscritos eran de una caligrafía superior, la colorida iluminación de las letras capitales, la riqueza de los decorados, la austera delicadeza de las viñetas y la solidez de sus encuadernaciones convertían a sus ejemplares en los más codiciados de la extensa ribera del Rin, luego, claro, de los de Sigfrido de Maguntia. Para Schöffer fue una sociedad fructífera desde el comienzo: además de las generosas sumas de dinero para experimentar en el taller, obtuvo de Fust la mano de su bella hija Christina, con quien se casó y tuvo dos hijos.

Pero antes de convertirse en un destacado copista, Petrus transitó los más variados estudios. Formado en la Universidad de París primero y en la de Lyon después, Schöffer no solo conocía los secretos del grabado y la fundición de metales, sino que era dueño de una vasta cultura que abarcaba las más diversas disciplinas intelectuales y las más diferentes técnicas artesanales. Era tan diestro con la palabra como con el uso de las manos. De esto último podía dar fe la hija de Fust, a quien daba clases de caligrafía antes de convertirla en su esposa. Por otra parte, Petrus hablaba varios idiomas, dominaba conocimientos filosóficos y teológicos pero también conocía los secretos de la química, los de las matemáticas y los de la geometría. Alcanzó la perfección del arte de la caligrafía a partir del minucioso estudio de las proporciones pitagóricas. Las letras eran para él una combinación aritmética de formas geométricas sujetas a leyes precisas.

La sociedad entre el banquero y el copista había rendido no pocos frutos en materia de imitación caligráfica gracias al enorme talento de Petrus, capaz de reproducir a la perfección la letra de los mejores copistas sobre una tabla de madera. Sin embargo, jamás pudieron superar los estrechos límites de la xilografía: las excelentes dotes de calígrafo de Petrus se estrellaban una y otra vez contra los tacos de madera de una sola pieza, las prensas rudimentarias y las tintas convencionales. Las magistrales tablas labradas por Schöffer, una vez impresas sobre el papel, se convertían en unos rústicos libros xilográficos, a todas luces falsificaciones cuyo carácter apócrifo era evidente hasta para un ciego.

Johann Fust, no bien lo vio entrar en la taberna, supo de inmediato que si a la sociedad con Schöffer se sumaba un general de la talla de Gutenberg, la sorda guerra

desatada entre los grabadores europeos estaría definitivamente ganada.

Mientras en la sala de audiencias el fiscal se aprestaba a dar el golpe de gracia a los acusados, en el monasterio de las Adoratrices de la Sagrada Canasta las mujeres se preparaban como para una guerra, dispuestas a enfrentar al asesino con su arma más letal.

Aquellos tres hombres reunidos por el azar en medio del bullicio y las canciones desafinadas de los borrachos, no eran conscientes de que la sociedad que estaban gestando en los márgenes no ya de la taberna, sino, incluso, en los de la ley, habrían de cambiar para siempre la historia de la humanidad. Fust contaba con el capital y con el maestro copista, pero le faltaba el visionario que pudiera romper, literalmente, los viejos moldes y dar un paso más allá de la xilografía. Schöffler era dueño de un talento único y podía disponer del dinero de su socio capitalista para experimentar. Gutenberg, por su parte, había inventado la técnica y los mecanismos, al tiempo que mejoró los materiales básicos: la imprenta, la tinta y los tipos metálicos móviles. Pero carecía del dinero y de la habilidad de los calígrafos.

Algunos de los parroquianos creían que aquellos tres hombres inclinados sobre sí mismos estaban jugando a los naipes. Y no estaban tan equivocados. Igual que los jugadores, Fust y Schöffler por un lado y Gutenberg por el otro, se medían y recelaban, escuchaban más de lo que decían, como quien evita mostrar sus cartas en una partida. Poco a poco, cerveza mediante, el diálogo se fue tornando más distendido y los tres comprendieron que cada uno tenía el tercio que formaba la totalidad.

Pero antes de hablar de letras, discutieron de números. Fiel a su cerrado secretismo, Gutenberg se resistía a dar a conocer su invención. Como era su costumbre, tal como lo había hecho con Heilmann, él pretendía que le dieran dinero a cambio de resultados. Pero negociar con un banquero no era sencillo. La propuesta de Fust era, en apariencia, mucho más generosa: no solo le ofrecía un adelanto de dinero, sino, además, el tercio de las ganancias.

Johannes rio con ganas y arriesgó una carta difícil:

—No quiero el tercio. Mitad para vosotros dos, mitad para mí.

Schöffler, cuyo juego consistía en hacerse el estúpido —táctica que, a juzgar por el modo en que se había quedado con la hija y buena parte del dinero de Fust, le resultaba ampliamente beneficiosa— guardó un cauto silencio y mantuvo la mirada sobre la mesa. Fust comprendió rápidamente que Gutenberg podía ser un genio en materia de técnicas de impresión, pero desconocía los rudimentos elementales de la negociación. Desde que el mundo es mundo, se sabe que la mejor forma de triunfar en un simple juego, en un negocio o en una guerra es dividir al contendiente. Con su propuesta, en lugar de procurarse un aliado, Johannes, al contrario, no hacía más que consolidar la sociedad preexistente entre Fust y Schöffler quedando él mismo en minoría. Como dos viejos jugadores, Johann y Petrus se miraron y pensaron lo

mismo.

—Si pretendéis la mitad de las ganancias, hemos de suponer que ofrecéis la mitad del aporte a la sociedad. ¿En qué consiste vuestra mitad? —preguntó Fust con la mayor calma.

—Si conocierais mi invención lo entenderíais.

—De acuerdo. Entonces mostradnos vuestro invento.

—Oh no, no. La máquina permanecerá bajo mi exclusiva tutela.

Sin quererlo, Gutenberg acababa de revelar en qué consistía su secreto: una máquina.

Entonces decidió intervenir Schöffer:

—Maestro Gutenberg, os ahorraré la incomodidad. Vos y yo, salvando las enormes distancias entre vuestra sabiduría y mis modestos conocimientos, compartimos el oficio del grabado, la orfebrería y la fundición. Debo entender que si pretendéis la mitad de las ganancias y ofrecéis la mitad del aporte a la sociedad, yo estoy de más. Infiero que vuestra máquina podrá sustituir mi trabajo. Lo comprendo y no tengo motivos para sentirme ofendido. Os dejo que conversen vosotros dos —dijo Schöffer, igual que el jugador que simula dejar sus cartas en la baraja.

—Tal vez Petrus esté en lo cierto. Hablemos claramente. Soy banquero, no me dedico a la caridad. Si alguien estuviera de sobra, es mejor saberlo desde ya.

En el momento en que Schöffer estaba por abandonar la mesa, Gutenberg lo tomó de la muñeca para retenerlo:

—Sentaos, nadie sobra en esta mesa.

—Entonces debo saber cuál será mi trabajo.

—Necesito un calígrafo de vuestra excelencia que, además, sepa grabar el metal.

En ese momento, las expresiones de Fust y Schöffer no pudieron esconder la sorpresa. No solo acababan de sonsacarle a Gutenberg la secreta existencia de una máquina, sino que aquel misterioso artefacto no funcionaba con tacos de madera, sino de metal. En ese preciso momento, Johannes comprendió que no tenía forma de ocultar su imprenta a Petrus: ¿Cómo hacer que grabara las letras en los tipos móviles sin revelar su secreto? Los dos socios habían jugado sus cartas de manera magistral: estaban a punto de ganar la partida. Entonces Fust decidió jugar la última y la más arriesgada de las cartas:

—Vamos ahora mismo a mi taller. Seréis el primero en conocer nuestro más preciado secreto.

El fiscal no fue tan elocuente para referirse al poderoso banquero como lo había sido con Gutenberg. Pero ahora, mientras señalaba a Schöffer, parecía haber recuperado su anterior tono exaltado. Y tenía buenas razones para mostrarse indignado, ya que el joven yerno de Fust era quien se había apoderado de lo que más apreciaba Sigfrido de Maguntia de sí mismo: su inigualable caligrafía.

En los sótanos del palacio de Johann Fust funcionaba en secreto el taller mejor provisto que hubiera conocido Gutenberg. A juzgar por sus dimensiones y sus lujosos decorados, nada tenía que envidiar al salón principal de la residencia. De hecho, aquel subsuelo no solo tenía el mismo tamaño que la planta superior, sino que replicaba las columnas, los frisos y los altos abovedados del palacio. En una de las paredes había una inmensa tabla desde la cual colgaba un sinfín de herramientas. Sobre una estantería se apilaban los más diversos y delicados papeles, finos papiros y exquisitos pergaminos traídos de tierras remotas. Aquí y allá había tacos de maderas exóticas: las había duras como la piedra y tersas como la cera. Pudo ver moldes, metales y hasta un enorme crisol de fundición que respiraba a través de complejos tubos que cruzaban los altos techos del recinto. También había varias prensas para hacer vino y aceite, adaptadas para la impresión o fabricadas para ese único fin.

Gutenberg pudo comprobar que Fust y Schöffer estaban recorriendo el mismo camino que él mismo había transitado. Solo que recién habían empezado a andar. Examinó las tintas y vio que, pese a que eran de buena calidad, no servían más que para escribir con pluma o grabar estampas. Vio algunos papeles impresos, pero no se acercó a mirarlos en detalle; sabía que con esas tintas era imposible que fuesen fidedignos.

—Necesito ver los tacos —ordenó Gutenberg, ansioso por obtener la prueba de fuego.

Schöffer caminó hacia un armario, tomó un libro en una mano y un taco de madera en la otra y se los acercó a Johannes.

—Sois el primero en conocer mis trabajos —dijo Petrus, con un dejo de prevención.

Gutenberg acomodó un candelabro, tomó la plancha de madera grabada y la acercó a la luz. No bien vio las letras, tuvo que sujetarse de la banqueta para no caer al suelo. Quiso articular palabra, pero el don del habla lo había abandonado. Podía reconocer aquella caligrafía a la perfección.

—Es la letra viva de Sigfrido de Maguntia —dijo Johannes con un hilo de voz.

—Sí —contestó sorprendido Schöffer, a la vez que abría el libro que acababa de traer: una Biblia escrita por el mejor calígrafo de Mainz.

Era exactamente lo que Gutenberg había buscado hasta la desesperación. Y ahora lo tenía entre las manos. El problema estaba resuelto.

Fust y Schöffer, azorados, vieron cómo el maestro Johannes Gutenberg lloraba

con una emoción incomparable.

Amanecía.

Los tres hombres partieron aquella misma madrugada a Estrasburgo.

Por primera vez, Johannes Gutenberg abría las puertas de las ruinas de San Arbogasto a miradas ajenas. Los ojos de Fust y Schöffer no cabían en sus órbitas al abrirse paso entre la frondosa vegetación que daba cobijo a la vieja abadía. Miraban con una mezcla de fascinación y terror la hilera de calaveras que oficiaban de mudas guardianas de aquellos recintos ocultos. Cuando atravesaron la imprecisa transición entre el techo vegetal y los restos del antiguo tejado, traspusieron las columnas que sostenían el pórtico y se encontraron con un panorama que parecía irreal: una capilla perfectamente conservada en la tripa de la montaña. Ahí, delante de sus ojos, bajo los brazos abiertos del Cristo, pudieron ver la imponente máquina de Gutenberg. Ninguno de los tres hubiese podido precisar cuánto tiempo había pasado desde el momento en que se encontraron en la taberna hasta ese preciso instante. La falta de sueño, la fatiga del largo viaje, el ascenso del cerro y la sucesión de emociones, hizo que aquel trío tuviese la alucinatoria sensación de que uno era un personaje del sueño del otro.

Fust y Schöffer daban vueltas alrededor de la imprenta, intentando comprender la utilidad de cada parte del mecanismo. Entonces, Gutenberg llevó la caja de tipos móviles metálicos, compuso con las letras una página, la depositó en el tímpano, acomodó el papel, desplazó el bastidor armado hacia la base de la prensa y, frente a los ojos maravillados de sus nuevos socios, entintó los tipos y accionó la manivela. Luego volvió a girarla en sentido inverso, retiró el papel impreso y se lo dio a Fust; allí estaba, como escrito con su propia mano, el nombre de los tres socios:

*Johannes Gutenberg – Johann Fust – Petrus Schöffer*

*Das Werk der Bücher*<sup>[17]</sup>

Schöffer examinaba el breve texto y si no hubiese presenciado aquel milagroso proceso con sus propios ojos, habría jurado que se trataba de un manuscrito. Se acercó a la imprenta, tomó la caja y se dedicó a revisar los tipos móviles grabados en metal. Se dijo que era una idea brillante y se reprochó en silencio el hecho de que no se le hubiese ocurrido a él.

—Lo único que resta es que grabéis en el metal un alfabeto que imite la letra de Sigfrido de Maguntia —dijo Johannes a Petrus.

—Eso sería muy sencillo —contestó meditabundo y agregó—: Podemos mejorar aún más el sistema.

Gutenberg no recibió aquellas palabras de buen grado, pero quiso escuchar la sugerencia. Sin embargo, Fust, que permanecía detrás de Johannes, fuera de su vista, hizo un gesto a Petrus para que guardara silencio. Entonces Schöffer, para salir del paso, apeló a su más verdadero y profundo sentimiento:

—Ahora necesito descansar, no estoy en condiciones de pensar ni de hablar con claridad.

Los tres hombres acusaban la fatiga de días enteros sin dormir: tenían los huesos doloridos por la larga cabalgata, los párpados inflamados y la mente obnubilada a causa de la mezcla fatal de la excitación y la falta de sueño.

Como lo hicieran los monjes de la antigua abadía, cada uno ocupó un claustro y, sin siquiera preocuparse por el estado ruinoso de las habitaciones, se tendieron sobre el suelo y se durmieron profundamente.

Ulva tenía la certeza de que el asesino volvería para asestarles otro golpe mortal. Pero tal vez, el verdugo intuyera que la puta madre lo estaría esperando preparada para la guerra. Y acaso ambos, en sus fueros más íntimos, esperaran deseosos aquella batalla final, una lucha cuerpo a cuerpo a matar o morir.

Los jueces parecían contar con todos los elementos necesarios para dictar sentencia al principal acusado. Sin embargo, conservaban muchas dudas aún respecto de los cómplices. Dudas que, por cierto, Sigfrido de Maguntia estaba dispuesto a despejar. Por fin, había llegado el turno de Fust y Schöffer. A esas alturas del juicio, la diestra del notario estaba entumecida y manchada de tinta. Debía esforzarse para no ensuciar el papel con el contacto de sus dedos y no perder la concentración, ya por completo extenuada.

Igual que tres monjes de clausura, Gutenberg, Fust y Schöffer se instalaron en las ruinas de la abadía de San Arbogasto. Con las barbas crecidas, los pelos revueltos, sucios y desharrapados, parecían una runfla de vagabundos. Johann Fust, el banquero más rico de Mainz, vivía como un anacoreta y no dejaba de rascarse la cabeza, convertida en un frondoso nido de piojos. Petrus, el distinguido egresado de las universidades de París y Lyon, tenía la cara tiznada por la tinta y la mugre añosa del lugar. Johannes ya estaba acostumbrado a aquella demencial vida de retiro.

Codo a codo, en silencio, los tres trabajaban noche y día. Schöffer tenía las espaldas vencidas de tanto permanecer doblado sobre sí mismo mientras grababa cada tipo con la réplica de la compleja caligrafía de Sigfrido de Maguntia. Durante diez días completos apenas si probaron bocado. Fueron diez jornadas de trabajo agotador en los que no vieron la luz del sol. Diez eternos días cruciales durante los cuales el próspero banquero ofició de aprendiz, asistente, cocinero y dócil subalterno de Gutenberg, el capitán de aquella tropa andrajosa. Y entonces, luego de diez días con sus noches, la ardua faena dio sus frutos: en solo diez días imprimieron diez Biblias perfectamente idénticas a la que había escrito con su diestra Sigfrido de Maguntia. Ni el propio copista podría distinguir cuál era el original y cuáles las copias.

Entonces, igual que la noche en que sellaron la sociedad, Gutenberg, Fust y Schöffer celebraron y brindaron con cerveza hasta caer borrachos. Y era solo un modesto anticipo de lo que vendría; en poco tiempo llegaron a imprimir ciento ochenta Biblias: ciento cincuenta sobre papel y treinta en pergamino.

Si algún defecto tenían estas primeras Biblias era, paradójicamente, el de la perfección. Normalmente, dos ejemplares hechos por un mismo copista, si se los examinaba en detalle, presentaban numerosas diferencias. Ningún calígrafo, por excelente que fuera, podía hacer dos copias de un mismo libro con idénticos trazos. Estos volúmenes, en cambio, al estar impresos sobre la misma matriz, eran exactamente iguales entre sí. Pero a nadie se le ocurriría tomarse el trabajo de buscar

diferencias entre dos obras de un mismo título, aun suponiendo que, una vez vendidos a diferentes personas, existiera la remota posibilidad de que volvieran a reunirse. Además, un libro raramente salía del recinto de una biblioteca.

Los libros estaban impresos; pero aún debían encuadernarlos y fabricar las portadas. A diferencia de los escasos recursos con los que contaba Gutenberg, el taller de Fust tenía todos los insumos para tales fines. De acuerdo con el plan de trabajo que se habían trazado los tres socios, Johannes se quedaría en Estrasburgo haciendo las tareas de impresión; Schöffer se encargaría de iluminar, decorar y encuadernar los impresos en el taller de Mainz y Fust se encargaría de vender los libros terminados. El primer destino sería París, ciudad en la que le resultaría muy fácil conseguir dos o tres compradores.

De acuerdo con lo convenido, Fust pagó a Gutenberg un adelanto de ochocientos florines, cuatrocientos en ese mismo momento y el resto cuando estuviesen encuadernados los libros. Luego, de lo obtenido por las ventas, Johann recuperaría su inversión y, tal como habían pactado, la mitad de las ganancias serían para Johannes y la mitad restante se repartiría entre Fust y Schöffer.

Gutenberg no se arrepentía de haber compartido su secreto con sus flamantes socios. Las tres partes se acomodaban perfectamente, igual que los tipos móviles en el componedor. Al despedirse, Johannes quiso ver los libros por última vez, antes de que los guardaran en las alforjas de los caballos. Fust y Schöffer saludaron afectuosamente a Gutenberg y se alejaron por el camino que bordeaba el río.

Johannes, alegre con sus cuatrocientos florines y la promesa de una fortuna, en medio de la borrachera de alcohol y ambiciones de la primera noche con sus socios en San Arbogasto, había firmado documentos sin detenerse a leerlos en detalle, ignorante de que sus socios tenían planes diferentes de los que él imaginaba.

Astutamente, Fust no había querido que Schöffer hablara de sus ideas para mejorar la producción en presencia de Gutenberg. Cuando llegaron a Mainz, Petrus explicó a su suegro las enormes mejoras que se le habían ocurrido a partir del invento de Johannes.

Schöffer le hizo ver a Fust un descubrimiento que luego habría de convertirse en la regla fundamental de la tipografía: la combinatoria de los tipos móviles no debía regirse en las formas de la caligrafía manuscrita, sino en la lógica de las proporciones espaciales que facilitarían aún más el intercambio de los tipos. No tenía sentido imitar la letra de los calígrafos conocidos, tal como habían hecho con Sigfrido de Maguntia, ya que este recurso no solo no facilitaba el trabajo, sino que lo complicaba enormemente. A Petrus se le ocurrió entonces la original idea de falsificarse a sí mismo. De este modo, no existiría delito si, por ventura, se descubría que no se trataba de un manuscrito: él no podía ser su propio victimario. Por otra parte, este novedoso método le permitiría establecer una nueva caligrafía que se adaptara perfectamente a la imprenta. Así, decidió recurrir a la letra gótica, por entonces en desuso, cuyas elegantes formas geométricas simplificarían enormemente el grabado

de los tipos y, por añadidura, resolvería el problema de los espacios que, si se examinaba con minucia, aún subsistía en el sistema de Gutenberg. Pero además, con este nuevo método podían aprovecharse mejor los grafismos: con un mismo tipo se podía hacer otro según se lo acomodara al derecho o al revés.

Fust comprendió que el sistema ideado por su socio y yerno era una verdadera revolución en la caligrafía. De esa manera, no solo se economizaría el complejo procedimiento de tipos móviles, sino que se otorgaría al libro una armonía visual, facilitando la lectura y disimulando el artilugio. Por otra parte, desde el punto de vista legal no era lo mismo vender un manuscrito falso de un tercero que falsificarse a sí mismo.

De todas formas, para poner en práctica y financiar semejante proyecto, antes Fust debía vender los ejemplares impresos por Gutenberg. Así, Johann partió a París a visitar a uno de los posibles compradores con tres juegos de la Biblia de 42 líneas, divididos en dos tomos: el primero de 324 páginas y el segundo, de 319.

Hacía mucho tiempo que los prostíbulos de Korbstrasse estaban desiertos. Desde que la muerte había llegado a la ciudad, los clientes no se atrevían a entrar en los burdeles y las putas no salían a la calle. Pero a diferencia de lo que ocurría en los lupanares ordinarios, Ulva y las Adoratrices de la Sagrada Canasta se negaban a entregarse al terror y se aprestaban para librar la batalla de todas las batallas, como aquella que anunciaba el libro del Apocalipsis: la gran puta de Babilonia contra las huestes del Hijo del Hombre. Vestidas como las antiguas sacerdotisas guerreras, estaban dispuestas a defender el convento como sus antecesoras babilónicas tantas veces habían protegido, victoriosas, el templo de Ishtar.

Sigfrido de Maguntia, por su parte, intentaba convencer a los jueces no solo de la culpabilidad de los acusados, sino, sobre todo, de los peligros que entrañaba la divulgación del libro y la lectura entre los simples.

—Señorías, en verdad os digo: el libro en manos santas, es objeto santo; pero el libro santo en manos profanas, en profano se convierte. Y el libro santo en manos malignas, maligno será. Si los libros santos quedaran librados al arbitrio de los simples, los simples, creyéndose santos, enloquecerán. Preguntaos qué sucedería si el libro, en lugar de costar cien escudos, pudiera comprarse por un puñado de céntimos. Excelencias, imaginad por un momento qué sucedería si las bibliotecas pudiesen estar en casa de cualquier hijo de vecina. Figuraos la vida, por ejemplo, de un noble caballero: los ratos que esté ocioso, se dará a leer con tanta afición y gusto que olvidará casi de todo punto el saludable ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda. Y llegará a tanto su curiosidad y desatino en esto, que habrá de vender sus tierras de sembradura para comprar libros en qué leer, y así, llevar a su casa todos cuantos pueda haber. Excelencias, imaginad por un momento: con estas razones perderá el noble caballero el juicio, y se desvelará por entender y desentrañar el sentido de los libros. Que no se lo sacara ni los entendería el mismo Aristóteles, si resucitara. En resumen, se enfrascará tanto el hombre en la lectura, que se pasará las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, de poco dormir y de mucho leer, se le secará el cerebro, hasta el punto de perder el juicio. Confundirá la fantasía de todo aquello que lea en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y se le asentará de tal modo en la imaginación que creerá verdad todas aquellas invenciones que leerá, que para él no habrá otra historia más cierta en el mundo que la de los libros. Muchas veces sentirá el deseo de tomar la pluma y darle fin a libros escritos por otros. Lo que quiero deciros con esto, Señorías, es que, enloquecido por la lectura, no dudará el hombre en dar el salto y convertirse de simple lector en pretencioso escritor. Imaginad un mundo de autores profanos que, alejados de vuestra sabia guía, se dieran a escribir herejía tras herejía. Sería entonces el comienzo del fin.

El fiscal, con los ojos desorbitados y la oratoria afectada por un súbito arrebató místico, hablaba como para sí mismo:

—Qué sería de la humanidad si con el satánico invento de Gutenberg y sus cómplices, en lugar de la Biblia, se diseminaran como semillas en el viento obras diabólicas como *Talía* de Arrio o la *Theologia summi boni* de Pedro Abelardo. Qué sucedería si se dieran a conocer libros como *Contra traducem peccati* de Celestio o *El satiricón* de Petronio. Qué sería del mundo si cualquiera pudiese leer los abyectos poemas dedicados al dios fálico en los *Priapeos* o *Lisístrata* de Aristófanes o *Asinus aureus*, de Apuleyo o el *Diálogo de las cortesanas*, de Luciano, o el pecaminoso *Ars amatoria* de Ovidio o los poemas infinitamente obscenos de Marcus Valerius Martialis. Qué sucedería si todos estos libros heréticos estuviesen a la mano de cualquiera y, peor, si cualquiera pudiese ser dueño de una biblioteca.

El notario Ulrich Helmasperger, apenas si podía seguir la alocada y vertiginosa exposición del fiscal. Tantas veces debía hundir la pluma en el tintero y volver raudamente a la superficie del papel que cerca estuvo de derramar la tinta sobre el documento. Si en lugar de blandir la pluma hubiese tenido un puñal, el escribiente no habría dudado en clavarlo en el impiadoso corazón de Sigfrido de Maguntia.

Mientras el fiscal hablaba girando sobre sí mismo con los brazos abiertos, como si hubiese perdido la razón, Johann Fust recordaba su encuentro con el noble francés. Jean-Claude Moutón tenía una de las bibliotecas más ricas y mejor conservadas de París. Acaso el excelente estado de los libros se debía a que el próspero comerciante francés jamás había abierto uno solo de sus numerosos volúmenes. La posesión de una biblioteca no solo otorgaba prestigio a su dueño, sino que resultaba altamente decorativa. Por otra parte, los libros eran una excelente inversión, cuya cotización aumentaba año tras año. Moutón recibió a Fust en su palacio con una amabilidad que, en realidad, era puro entusiasmo. Pocos días antes, el banquero de Mainz le había escrito una carta anunciándole que tenía previsto visitar París y, como al pasar, le mencionó su intención de vender una Biblia. Los ejemplares hechos en la ribera del Rin eran de los más requeridos en toda Europa. No era la primera vez que ambos hombres de negocios comerciaban libros. La carta había surtido un efecto inmediato en Jean-Claude, sobre todo, al leer el precio que pretendía Fust: cien escudos; resultaba claro que si la primera cifra era cien estaba dispuesto a venderlo al menos en ochenta. Era una convención. El francés no solo le hizo saber su posible interés, sino que lo invitaba a que, durante la visita a París, se quedara en su casa. El ofrecimiento de hospedaje, además de un gesto de amabilidad, significaba un ahorro para el visitante que podía traducirse en un considerable descuento. A ninguno de ambos le faltaba dinero; pero la gratificación más grande en una transacción residía para ellos en conseguir el mejor precio.

Fust llegó al palacio Moutón luego de un largo viaje. Con un gesto amable, rechazó el ofrecimiento del lacayo para cargar su equipaje; no quería dejar en manos de nadie su valiosa carga. El mismo banquero se encargó de acarrear sus pesados

petates escaleras arriba hasta la habitación de huéspedes. Durante lo que quedaba del día, el dueño de casa propuso a su invitado pasear por las acogedoras calles parisinas, ciudad que Fust detestaba a causa de la vieja rivalidad entre francos y germanos. Regresaron a palacio con las últimas luces de la tarde. Jean-Claude propuso cenar temprano; en realidad, quería que llegara cuanto antes el momento de la sobremesa para, de una vez por todas, ver la Biblia de Mainz. Por su lado, el banquero había dilatado ese instante hasta la noche para que su anfitrión no examinara el libro con luz natural.

Durante la cena continuaron la conversación de la tarde. Resultaba notable la habilidad de ambos para charlar durante horas sobre asuntos completamente triviales. Volvieron a repasar los mismos tópicos que, bajo las mismas circunstancias, habían tocado en sus encuentros anteriores. Fust sabía exactamente el orden de los comentarios de su interlocutor, e incluso festejaba los chistes que le había contado decenas de veces como si los escuchara por primera vez. Por fin, se levantaron de la mesa y el anfitrión invitó a su huésped a que pasaran a la sala.

—Quisiera ver la Biblia —dijo el francés, no bien se acomodaron en los sillones frente al hogar donde ardían los leños.

—Oh, por supuesto —respondió Fust, simulando recordar súbitamente el motivo del viaje.

Entonces el banquero fue hasta su cuarto y cerró la puerta, asegurándose de que nadie anduviera cerca. Se dispuso a abrir su baúl de viaje, pero estaba tan nervioso que no acertaba con la pequeña llave en la cerradura del candado. Cuando finalmente lo consiguió, separó el primero y el segundo volumen de uno de los juegos de Biblias que traía envueltos dentro de su baúl de viaje. Tomó ambos tomos y, por fin, caminó nuevamente a la sala cargando los Libros Sagrados.

Moutón, sin poder disimular la excitación, tomó el primer volumen y, antes de abrirlo, acarició la portada de piel de cordero. Cerró los ojos y recorrió con su enorme nariz toda la superficie exterior del libro como un perro sabueso.

—No existe perfume más exquisito que el de un libro —dijo extasiado el francés, como hablando para sí.

Luego examinó el rico labrado y los ornatos dorados de la tapa. Lo sopesó entre sus manos y, como correspondía a tan valioso ejemplar, se calzó unos guantes de fina seda y finalmente lo abrió.

—¡Ah! —exclamó maravillado.

El corazón de Fust latía con la fuerza de la inquietud y el temor.

—¡Ah! —repitió el francés como si hubiese perdido el habla.

El banquero, por su parte, permanecía en silencio para no romper el tórrido romance entre el hombre y el libro. Entonces, Jean-Claude tomó una enorme lupa y emprendió un examen minucioso de la letra. Pasaba las páginas, se detenía en las letras capitales y en las viñetas. Fust notó que su frente se había empapado de sudor y el corazón se aceleraba aún más. La expresión de Moutón cambió súbitamente; una

arruga se había instalado entre sus cejas. De pronto bajó la lupa, cerró el libro y mirando fijamente a los ojos de su invitado, dictaminó:

—Una maravilla. Sencillamente, una maravilla.

Fust respiró aliviado.

Jean-Claude Moutón no regateó ni un céntimo. Pagó cien escudos, moneda sobre moneda.

Johann se retiró a su cuarto haciendo enormes esfuerzos para no hacer visible su euforia, mientras el francés, feliz con su compra, llevó los libros al salón de la biblioteca para buscarles un lugar destacado en los anaqueles. Hasta entonces solo había estudiado el primer tomo. Se sirvió otra copa de vino de sus propios viñedos y, antes de guardarlo, se dispuso a leer el segundo volumen. Pero antes de abrirlo, notó lleno de sorpresa que el tomo que debería llevar grabado el número II en el lomo, era, en realidad, igual al primero. Fust, presa de los nervios y el apuro, había confundido los libros y, en lugar de tomar un juego, los había mezclado, llevando a Moutón dos libros iguales. En un primer momento, el comerciante supuso, de buena fe, que el germano traía consigo dos juegos de Biblias. Pero un momento más tarde, advirtió que ambas portadas eran idénticas. Resultaba muy extraño que un encuadernador hiciera una tapa igual a otra; cada libro tenía sus marcas particulares de manera deliberada. Jean-Claude volvió a tomar la lupa, abrió ambos libros y con el aliento cortado, descubrió que eran gemelos: cada letra, cada punto, cada coma, cada viñeta era idéntica a las del otro ejemplar. Ignoraba cómo el banquero había conseguido semejante prodigio, pero de una cosa no tenía dudas: estaba frente a una falsificación.

Rápidamente buscó a uno de sus lacayos y le ordenó que fuese de inmediato a casa de su amigo, el oficial Jacques Borderaux, que lo despertaran si era necesario. Mientras tanto, él subió sigilosamente al cuarto de huéspedes y, con el oído pegado a la puerta, comprobó que Fust roncaba en medio de un sueño profundo, satisfecho de haberlo estafado. Personalmente, armado con una espada, el dueño de casa montó guardia en la puerta hasta que llegó el oficial de la guardia real.

Johann Fust fue arrancado del sueño por una partida de guardias. Lo arrestaron sin siquiera permitir que se cambiara la ropa de dormir y, antes de que pudiera pronunciar una palabra, le fueron decomisados los libros, los cien escudos que había obtenido de la estafa, el dinero que traía y todo su equipaje. Intentó dar una explicación, pero lo único que recibió a cambio fue un empujón que lo despidió fuera del cuarto. Vociferó en francés su condición patricia y en alemán su investidura de banquero. Los soldados rieron a carcajadas, haciéndole ver que, en realidad, disfrutaban del privilegio de arrestar a un germano presuntuoso y, por añadidura, judío.

Fust estaba en problemas, ya que los únicos franceses que podían haber intercedido por él eran, justamente, aquellos a los que pretendía estafar. El caso, grave de por sí, se complicaba por varios motivos: por un lado, no se trataba de cualquier libro, sino de la Biblia. Por otra parte, era una adulteración hecha sobre un original manuscrito por un alto sacerdote, Su Excelencia Sigfrido de Maguntia. Pero existía todavía una tercera y más seria razón: los clérigos a cargo del caso no se explicaban cómo el reo había podido reproducir los libros con semejante exactitud. Todo indicaba que se trataba de un caso de brujería.

Johann Fust fue juzgado de manera sumaria por un tribunal francés. Los jueces resolvieron por unanimidad condenarlo a la hoguera. Ya ardían los leños cuando el propio Sigfrido de Maguntia se enteró del escándalo. El sacerdote y copista de Mainz consideró que, en realidad, él era el mayor damnificado y consiguió que, mediante un oficio urgente, el propio Papa ordenara que la causa se sustanciara en los tribunales eclesiásticos de Mainz, ciudad de donde también era oriundo el propio Johann Fust.

De no haber sido por la gestión de Sigfrido de Maguntia, Fust se habría llevado su secreto a la tumba, ya que en el sucinto juicio al que lo sometieron en París no le fue permitido siquiera pronunciar una palabra en su defensa. No bien llegó a su ciudad, antes de que diera comienzo el juicio, Fust descargó toda la responsabilidad sobre Johannes Gutenberg y ni siquiera tuvo el decoro de eximir a Schöffer para evitarle sufrimientos a su propia hija.

Así, los tres estafadores más osados de Europa fueron arrestados, sometidos a juicio en la catedral de Mainz y acusados por la propia víctima del mayor y más misterioso fraude que recordara la Germania.

Una sombra se deslizó desde la plaza del mercado —a esas horas de la noche, completamente desierta— hacia la calle de los cesteros. Era una figura longilínea envuelta en una toga negra que la ocultaba de pies a cabeza, tornándola virtualmente invisible. La capucha echada sobre la cara y la amplitud del manto impedían saber si era la silueta de un hombre o la de una mujer. Un cielo despejado y sin luna confería a la ciudad una penumbra casi completa. Todo estaba teñido con el mismo negro de la noche. Los burdeles de Korbstrasse y las tabernas de los alrededores solían animar la vida nocturna de aquella parte de la ciudad. Sin embargo, desde que la muerte se había enseñoreado de aquellas callejuelas, ya no se oían las canciones que entonaban los borrachos en las cervecerías: ahora todas cerraban sus puertas antes de que anocheciera. Los habituales gritos de las putas que llamaban a los paseantes desde las ventanas eran un alegre recuerdo: no se veían ni putas ni paseantes.

El paisaje era desolador: las puertas y las ventanas estaban cerradas con pasadores, cerrojos y candados; los tímidos faroles de las esquinas intentaban quebrar la oscuridad; sin embargo, tan débiles eran las llamas que, como las estrellas, en lugar de iluminar, no hacían más que destacar, por contraste, la cerrada penumbra del entorno. Las autoridades, lejos de reforzar la seguridad con guardias que recorrieran las calles, habían decidido retirar al único soldado destacado en Korbstrasse. El asesino había conseguido aquello que los funcionarios nunca habían logrado: que las tabernas cerraran más temprano y que los prostíbulos se llamaran a recato.

Nadie había percibido aquella ominosa presencia que se adentraba en la callejuela, pegada a las paredes con el sigilo de un gato negro. Llegó hasta la puerta del monasterio de la Sagrada Canasta, se detuvo frente a la entrada, miró hacia arriba y estiró su cuerpo aguzando los sentidos como si quisiera obtener, mediante la vista, el olfato y el oído, toda la información de lo que sucedía en el interior. De pronto, creyó haber encontrado la señal que buscaba. Entonces, retomó el paso y siguió de largo. Avanzó hacia la siguiente calle y volvió a detenerse, esta vez, en la diminuta capilla de San Severin.

Aquel oratorio era el más pequeño de toda la Germania y, tal vez, del mundo entero. La puerta no alcanzaba la altura de un hombre adulto y era tan estrecha que quien estaba demasiado entrado en carnes ni siquiera podía pasar por el marco. El recinto tenía dos pasos de largo por uno de ancho. Solo había un Cristo en la pared frontal, un ínfimo taburete a guisa de reclinatorio y una urna alargada para la limosna. Durante el día abría su angosta puerta para que los viandantes, casi al paso, elevaran sus oraciones de manera expeditiva, hicieran su ofrenda y dejaran el turno al siguiente. Sus exiguas dimensiones hacían que quien ingresara en su interior se sintiera a solas con Dios en una ceremonia íntima, en un encuentro, por así decirlo, cara a cara. Y, dado que no existía lugar para un párroco, no había mediación alguna entre el Altísimo y el feligrés.

De pie junto a la entrada de la pequeña capilla, aquella negra silueta extrajo un puñal que llevaba oculto en la toga, lo introdujo dentro de la cerradura y con un movimiento certero, consiguió accionar el mecanismo. La mano, manchada de tinta, empujó la puerta y esta chirrió al abrirse. El intruso miró hacia ambos lados y, luego de comprobar que no había nadie, ingresó en el oratorio y volvió a cerrar la puerta tras de sí. Completamente a oscuras, procedía con tal precisión que, o bien tenía el don de ver en la penumbra, o bien conocía el lugar al detalle. Como fuere, abrió las piernas de modo tal que cada pie quedara afirmado sobre el zócalo. En esa posición, el incógnito personaje se agachó, removió la baldosa central que escondía una trampa y, tomando un asa oculta, levantó el suelo entre sus piernas. Apoyó la tapa de aquel piso falso y con agilidad se deslizó hacia el pozo que se abría debajo de él. Luego hizo pie en el subsuelo secreto y caminó a lo largo de un angosto y extenso túnel. A su paso, decidido y veloz, saltaban ratas asustadas ante la llegada del visitante. Cuando alcanzó el extremo opuesto del húmedo y hediondo pasadizo, elevó ambos brazos y empujó con las palmas de las manos un rectángulo de madera, hasta que se abrió una claraboya que daba a la superficie. Antes de trepar, asomó su cabeza encapuchada, se aseguró de que no anduviera nadie cerca, afirmó las manos en el marco e impulsándose con las piernas ascendió de un salto.

El intruso estaba en el subsuelo del monasterio de la Sagrada Canasta. Con la misma facilidad con la que había llegado al sótano, ingresó en la cocina. Se deslizaba en silencio como si conociera cada rincón del burdel, como si hubiese estado allí varias veces. De pronto, escuchó unos pasos. Se asomó al corredor y vio que una de las pupilas entraba en su cuarto. Apenas unos meses atrás, a esa misma hora, el lupanar era un constante ir y venir de hombres y mujeres, un hervidero en el que se dejaban oír jadeos, exclamaciones de placer y risotadas. Pero desde aquella primera incursión hasta ese momento, nada era igual. Antes resultaba imposible recorrer el trayecto hasta los aposentos sin cruzarse con alguien. Por la misma razón, también era más fácil pasar inadvertido entre tanta gente. Ahora, en cambio, debía guardar la mayor cautela; cualquier movimiento en falso lo dejaría expuesto. El visitante apretó el puñal para comprobar que estuviese en su lugar. Sabía perfectamente a cuál de las alcobas debía dirigirse: aquella en la que dormía la sucesora. Avanzó unos pasos, se detuvo frente a la puerta y llamó con dos tímidos golpes.

—¿Quién es? —Se escuchó que preguntaban al otro lado.

—Yo, Ulva —dijo la visita en un susurro.

Apenas la puerta se entornó, aquella incógnita presencia envuelta en la túnica negra introdujo el brazo y tapó la boca de la muchacha. Sin soltarla, se abalanzó sobre ella. Con una mano cerró la puerta y con la otra, mientras le apretaba la cara, la arrastró hasta la cama. Tenía una técnica perfecta para silenciar los gritos de la víctima: le aplastaba el rostro con la almohada, a la vez que la inmovilizaba apretando con sus piernas las de ella que, en vano, intentaban liberarse. El asesino, cerca de lograr su propósito, de pronto escuchó que alguien decía a sus espaldas:

—Bienvenido, os estábamos esperando.

Sin comprender, giró la cabeza por sobre su hombro y entonces vio el rostro plácido y sonriente de Ulva que, con un tono cordial y hospitalario, agregó:

—Hacía tiempo que no venía un cliente. Preparaos para disfrutar de una noche única.

Antes de que el intruso atinara a moverse, Ulva elevó la barra de hierro que usaba para remover los leños ardientes y le descargó un golpe en la mitad de la espalda. Si hubiese querido matarlo, podría haberlo conseguido con facilidad acertándole en la nuca. Pero tenía otros planes. El visitante, sin aire, giró sobre su eje. Intentó incorporarse, pero recibió otro golpe, esta vez en la boca del estómago. Detrás de Ulva estaba el resto de las mujeres, vestidas todas con sus trajes de sacerdotisas.

—Una gran imitación de mi voz —dijo Ulva sonriente, a la vez que le quitaba el puñal que asomaba desde un pliegue de la toga.

Hasta ese momento, el rostro del asesino continuaba oculto tras la capucha. A una orden de la mayor de las putas, la mujer que yacía en la cama y que aún intentaba recuperar el aliento, tomó el extremo de la cogulla y tiró de ella dejando el rostro al descubierto.

Una mezcla de odio, repulsión, indignación y furia se resumió en una exclamación general. El hombre más culto de Mainz, aquel que se jactaba de sus lecturas y sobre todo, de sus libros; el que desde lo alto de un púlpito impartía misa y se erigía como el paladín de los justos, estaba ahora tendido cuan largo era, en el promiscuo lecho del burdel más herético de toda la Germania.

Sigfrido de Maguntia se esforzaba por recuperar la mecánica de la respiración, pero los golpes habían sido tan certeros que aún permanecía sin aire. Cuatro mujeres lo extendieron sobre la cama, cada una lo tomó por las extremidades y ataron sus manos a la cabecera y los tobillos al piecero.

El hombre que se rasgaba las vestiduras y ponía el grito en el cielo ante el peligro de que se difundieran los libros prohibidos, era el mismo que entraba en aquellos recintos del diablo. Ulva entendió perfectamente la razón que había llevado al más prestigioso de los copistas, el severo fiscal abocado a desenmascarar a los falsificadores de Biblias, a matar y despellejar a sus hijas.

—¡Qué honrosa visita, excelencia! Hoy será la mejor noche de vuestra vida —dijo Ulva, al tiempo que ordenaba a sus hijas que le quitaran la ropa.

El hombre, con una expresión aterrada, veía cómo aquel grupo de doce mujeres se quitaban las túnicas y exhibían sus cuerpos voluptuosos que, ceñidos en los trajes de cuero negro, rojo o color piel, copiaban cada detalle de sus anatomías.

—De modo que queréis conocer el secreto del placer. Vuestros deseos serán órdenes —dijo la más joven de todas, a la vez que frotaba los pezones, que surgían erguidos desde los orificios del traje, sobre el torso palpitante del clérigo.

Ulva entendió qué era lo que buscaba el escriba de Mainz. Quería apoderarse del secreto que atesoraban las Adoratrices de la Sagrada Canasta: el *Libro de los placeres*

*prohibidos.*

—Tendréis el privilegio de ser el único hombre, en siglos, que habrá de conocer los arcanos del placer absoluto —dijo Ulva, mientras otra mujer de una estatura augusta, piernas firmes, largas y cuerpo torneado, subía a la cama y, de pie sobre la cabeza del monje copista, separaba los muslos dejando ver una vulva rosada desde la cual asomaba un clítoris erecto a través de la pequeña abertura del traje de cuero rojo. Al tiempo que la anterior continuaba frotando los pezones por la piel lechosa de Sigfrido, la otra descendió y, en cuclillas, apretó su sexo abultado y lampiño contra la boca abierta del clérigo, cuya locuacidad y oratoria se habían reducido al más hermético silencio.

—Hoy, por fin, habréis de conocer en carne propia los deleites que mortal alguno haya experimentado —decía Ulva dando indicaciones a sus pupilas.

Desde que los sumerios habían conseguido atrapar las palabras para impedir que se las llevara el viento, los hombres pudieron dejar testimonio de sus proezas y las de sus dioses, de sus triunfos y de sus derrotas, de sus grandezas y de sus miserias, de sus verdades y de sus mentiras, de sus memorias y de sus conjeturas sobre la existencia. Así fundaron la historia, escribiendo sobre el barro, la piedra, la madera, el papiro, el pergamino, el papel. Y también sobre la piel humana. Utilizaron cuñas, plumas y pinceles. Pero también puñales. Desde que un ser humano aprendió a escribir y divulgar sus palabras, nunca faltó otro que quisiera borrarlas, destruirlas, hacerlas desaparecer de la faz de la Tierra. Junto con la escritura nació también la censura. Las palabras estaban hechas de la misma sustancia del deseo, de la lubricidad, del sexo. La ley, en cambio, estaba forjada con el metal de la espada.

—Tal vez conseguisteis leer los libros de las hijas que me arrebatasteis. Quizá los hayáis destruido como a mis amadas niñas. Ahora habréis de sentir en vuestra carne el placer de los placeres.

Mientras Ulva hablaba, se iban sumando más y más mujeres sobre el cuerpo desnudo del cura que gemía presa de un gozo inédito. Y no porque desconociera el placer; de hecho, varias veces había estado con mujeres, con algún que otro hombre, por lo general hermano en los hábitos, y con varios niños. Pero lo que ahora experimentaba era completamente distinto. Su verga estaba inflamada y señalaba en dirección del Altísimo.

—Hoy, por fin, conoceréis el placer verdadero.

La primera ceremonia ritual de las Adoratrices de la Sagrada Canasta coincidía con el día de su nacimiento cuando, utilizando la misma técnica de los babilonios, la puta madre dibujaba con un punzón agudo la estrella de ocho puntas de Ishtar. En lugar de escribir en arcilla, lo hacía sobre la carne de la recién nacida. Dentro del círculo central, del cual partían las puntas de la estrella, grababa una inscripción cuneiforme que indicaba el linaje de la niña: «De la casta de Shuanna, sacerdotisa de Ishtar, hija de Ulva». La escritura por cicatrización o escariado consistía en lacerar la piel, hasta llegar a la carne, mediante un buril afilado con el que dibujaba los

grafismos. La encargada de la ceremonia ritual era la mayor de las putas que, con sus propias manos, escribía según la técnica de los antiguos babilonios.

—De modo que queréis conocer las más secretas fórmulas del placer. Pues, hoy será el día.

Tres mujeres tenían a su cargo los encendidos genitales del religioso: una se ocupaba de dar deleite al endurecido mástil sin blasón, mientras las otras dos se encargaban de los testigos mudos. Una más comenzó a frotar el contorno del ojo ciego del culo con aceites y unturas que le provocaban un insoportable pero delicioso placer, a la vez que una quinta mujer se aproximaba con una talla que imitaba a la perfección una verga descomunal del tamaño de un antebrazo. En otras circunstancias, el clérigo hubiese entrado en pánico ante semejante visión. Pero ahora, en medio de aquella orgía, había perdido toda noción del decoro, del pudor, del miedo y hasta del peligro. Solo quería obtener más y más placer. El rústico anillo de tripa que coronaba el trasero del cura, comenzó a latir como si reclamara atenciones, a la vez que su glande se había tornado testarudo como nunca, alcanzando un diámetro superior al de la boca de las anfitrionas.

Cuando la puta madre alcanzaba la vejez, debía ungir a su sucesora. Entonces, en ese momento, tenía lugar el rito más importante. Con la misma técnica que empleaba la mayor de las putas para marcar a las recién nacidas, debía escribir en el cuerpo de la elegida el *Libro de los placeres prohibidos* siguiendo el procedimiento de la escritura cuneiforme por el método de escariado. Si bien se trataba de un rito doloroso que producía mucho sangrado, la sucesora se entregaba a la ceremonia con la gozosa convicción de que, de esa forma, se preservaba la milenaria tradición iniciada por Shuanna, haciendo que el secreto del placer pasara a la siguiente generación. El cuerpo, escrito de este modo, quedaba dotado de una singular belleza: la trama cuneiforme de la escritura formaba hermosas figuras en la espalda, en el vientre, en los glúteos y en los hombros, convirtiendo a la piel en una espléndida pieza de arte semejante a las antiguas esculturas sumerias.

—Hoy, excelencia, ha llegado el gran día. ¡Gozad! ¡Gozad sin límites! —repetía Ulva.

Sigfrido de Maguntia se había convertido en una entidad cuya única razón de existir era el placer en el más puro de los estados. No se trataba de un mero goce carnal; su alma había ingresado en un nuevo plano de la existencia. Era un deleite que se iniciaba en la tierra y se elevaba hacia el panteón de los dioses paganos, como si la mismísima Ishtar se hubiera adueñado de su cuerpo.

—Preparaos para ver lo que ningún mortal ha visto en siglos. ¡Preparaos para ver el rostro de Dios!

Librado a las manos y los cuerpos de aquellas doce mujeres, el copista no cesaba de gemir con los ojos y los sentidos puestos en un mundo diferente del de los simples mortales. Se sentía en comunión con Dios, con cada partícula de su humanidad, con cada elemento de la creación.

Aquellos preciosos escritos en el cuerpo no eran meros decorados. Quien sabía leer la escritura cuneiforme, que era, desde luego, el caso de las Adoratrices de la Sagrada Canasta, podía acceder a los secretos conservados durante más de tres mil años: los secretos de la mítica puta de Babilonia. Aquella que, de acuerdo con el libro del Apocalipsis, regresaría para librar la batalla del Fin del Mundo, previa al Juicio Final.

A Sigfrido de Maguntia lo tenía sin cuidado el asunto de las Biblias falsas. En realidad quería impedir que el invento de Gutenberg masificara los libros profanos pero, sobre todo, que pudiera conocerse y divulgarse el *Libro de los placeres prohibidos*. Él, el sabio copista, debía admitir que ignoraba la lectura de los grafismos cuneiformes, aunque sabía que aquellos signos grabados en la piel tenían un sentido que acaso otros, en el futuro, pudieren descifrar. Por eso se había propuesto terminar con la Congregación de la Sagrada Canasta y, ante todo, con los libros escritos sobre la piel de las adoratrices. Aquella y no otra fue la razón que lo impulsó a asesinar y desollar a las sucesoras de Ulva. De acuerdo con la tradición de la dinastía de Shuanna, cuando la mayor de las putas moría, su piel, que llevaba grabados los textos secretos, era convertida en el más fino pergamino y con él se confeccionaban los libros que, bajo la forma de los antiguos rollos, pasaban inadvertidos como simples cueros enrollados. Pero más importante aún que los pergaminos, siempre sujetos al deterioro y a la destrucción, era la letra impresa en los cuerpos vivos: las continuas persecuciones, el exilio, las súbitas huidas y los saqueos obligaban a las mujeres del clan a permanecer ligeras de equipaje. La mejor forma de llevar sus escrituras era hacerlas carne, grabadas en su propia piel. Pero ante el asesinato y el desollamiento de las últimas elegidas, Ulva debió desobedecer, por primera vez, el mandato ancestral. A la muerte de Zelda, decidió proteger a las siguientes escogidas: no volvería a exponerlas haciéndolas portadoras del libro secreto hasta no encontrar al asesino. La mayor de las putas no pudo evitar la última muerte, aunque el matador debió irse con las manos vacías: para su sorpresa, la elegida no tenía las escrituras grabadas en el cuerpo.

—Entregaos al deleite que el pecado no existe. ¡Gozad!

Si el fiscal hubiese estado en sí, Ulva le habría preguntado por qué no la había matado a ella antes que a sus hijas si su propósito era hacer desaparecer, de una vez, a la principal portadora del saber y, por cierto, la única que podía escribir el libro en la piel de su heredera. Pero sabía la respuesta: en su fuero íntimo, Sigfrido deseaba conocer el secreto del placer en estado puro más allá de la letra. Más que nada en el mundo deseaba aquel encuentro cuerpo a cuerpo que solo unos pocos privilegiados habían mantenido desde el origen de los tiempos. No como un cliente más, sino convertido en víctima propiciatoria ofrendada a la voluptuosa Ishtar. Sigfrido de Maguntia anhelaba en secreto entregarse a la sacerdotisa mayor, no a la prostituta, para que ella lo condujera hasta el trono reclinado de la Diosa babilónica.

Las Adoratrices de la Sagrada Canasta elevaron al fiscal a las alturas de un placer

metafísico, siguiendo, paso por paso, las enseñanzas del libro prohibido hasta que, tal como lo anunció Ulva, delante de los ojos del copista surgió un resplandor beatífico, celestial, desde cuyo centro brillante se hizo visible el mismísimo rostro de Dios. No era el rostro barbado y cano de las representaciones que adornaban las iglesias, sino el semblante terso y bello de una mujer. El rostro más hermoso y lascivo que ser humano hubiese visto. Tenía la expresión tentadora de Eva, los ojos verdes de la serpiente, la sonrisa beatífica de la Virgen Madre y los labios carnosos de María Magdalena. No existían palabras que pudieran describirlo. El Todopoderoso de femenino rostro levantó en vilo al celoso guardián de las palabras, lo depositó en su regazo e introdujo su sagrada lengua, larga y roja, en la boca abierta de Sigfrido de Maguncia. El cuerpo trémulo y palpitante del cura, al recibir el beso de Dios, de pronto encontró el éxtasis, luego la calma, por fin, exánime a su diestra, el reposo eterno.

Ulva pudo ver cómo Sigfrido de Maguntia daba su última exhalación; expiró con un gemido de placer que llegó hasta las altas torres de la catedral bicéfala de Mainz. Murió de la forma en que todo hombre quisiera morir.

El placentero sacrificio de Sigfrido de Maguntia no fue en vano. Su cuerpo sirvió de pergamino sobre cuya superficie Ulva escribió uno de los más bellos ejemplares del *Libro de los placeres prohibidos*; el escriba de Mainz terminó convertido en un precioso rollo igual a los que poblaban las salas de la mítica biblioteca de Alejandría. ¿Qué mejor destino podía esperarle a un copista que perpetuarse en un libro?

El fiscal de Gutenberg jamás imaginó que acabaría siendo, él mismo, el libro que había querido destruir a toda costa y a cualquier precio.

## Últimas palabras

Sigfrido de Maguntia desapareció de la faz de la Tierra. Nadie volvió a verlo, salvo las Adoratrices de la Sagrada Canasta quienes, de tanto en tanto, desplegaban sus nobles despojos convertidos en pergamino, para consultar el *Libro de los placeres prohibidos*.

Ante su enigmática ausencia, el acusador fue sustituido por un clérigo justo y ajeno al breve mundo de los copistas. El proceso siguió su curso sin nuevos tropiezos. Johannes Gutenberg fue encontrado culpable de incumplimiento de promesa matrimonial, obligado a devolver el dinero de la dote a Gustav von der Isern Türe y a reparar económicamente a su hija Ennelin. Asimismo, el tribunal condenó a Gutenberg a saldar la deuda de mil seiscientos florines que había contraído con Johann Fust, más los intereses correspondientes. Pero como Gutenberg no contaba con semejante suma, los jueces dictaminaron que entregara la imprenta, las herramientas y los tipos a Fust en concepto de pago. En cuanto a las Biblias ya impresas, resolvieron que se repartieran en partes iguales. Las demás acusaciones contra Gutenberg fueron desestimadas por el tribunal.

Johann Fust y Peter Schöffer continuaron la sociedad usufructuando legalmente la imprenta inventada por Gutenberg. El poderoso banquero logró convencer a las autoridades de que la técnica de impresión por tipos móviles no era un método de falsificación, sino un procedimiento de reproducción mecánica de libros. Así, consiguieron convertir su oscuro plan original en un negocio prestigioso y sumamente rentable: Fust multiplicó varias veces su ya cuantiosa fortuna. En 1457, los socios imprimieron *El Salterio de Mainz*, libro que revelaba, por primera vez, el nombre de la imprenta y la fecha de impresión. Ni en la leyenda final ni en ningún otro lugar del libro se le otorgaba crédito alguno a Gutenberg.

En 1462, tras la ocupación de Maguncia, Schöffer huyó y, por su cuenta, fundó una imprenta en la ciudad de Frankfurt.

Johann Fust murió en 1466 y Peter Schöffer en 1502.

Johannes Gutenberg, sumido en la pobreza, sufrió el permanente asedio de sus acreedores. Durante algún tiempo vivió de la caridad bajo la protección y asilo de los religiosos de la comunidad de San Víctor. Luego de muchos esfuerzos y gracias a la ayuda desinteresada de cierto funcionario de Mainz, Gutenberg pudo montar una modesta imprenta en la que recibía encargos menores. Acaso uno de sus más hermosos trabajos haya sido la impresión del *Catholicon*; en el colofón, se leía: «Con la ayuda del Altísimo, este noble libro se logró imprimir sin la ayuda de la caña, lápiz o pluma, sino por el acuerdo maravilloso, la proporción y la armonía de los golpes y los tipos, en el año de nuestro Señor encarnación 1460 de la noble ciudad de Mainz». Con la invasión de 1462, Gutenberg, una vez más, se vio obligado a dejar su ciudad natal. Igual que en su primer exilio, se trasladó a la finca familiar de Eltville. Allí colaboró en la fundación de la imprenta de los hermanos Bechtermünze, célebre por

la admirable impresión del *Vocabularius*. En forma tardía, Gutenberg fue reconocido por el arzobispo Adolfo de Nassau, quien le otorgó el título de caballero de la corte en 1465. Además de los honores, se hizo acreedor de una asignación de dinero y una generosa canasta rebosante de cereales, frutos secos y vino. Era mucho en comparación con la indigencia. Era nada si se cotejaba con las ganancias que habían obtenido Fust y Schöffer. Johannes Gutenberg murió el 3 de febrero de 1467.

Las descendientes de Ulva continuaron desempeñando su antiguo y noble oficio en casi todas las ciudades del mundo hasta la actualidad. Aún se reconocen entre ellas por llevar grabada en el omóplato la estrella de ocho puntas. En Buenos Aires, donde tomé contacto con la primera noticia que me condujo hacia esta narración, la secta tuvo su santuario en los sótanos de una sórdida discoteca cercana al viejo Mercado de Abasto llamada, sugestivamente, Babilonia. En Madrid tenían su templo en los fondos de un pequeño local de ropa exótica en la calle Hortaleza. En Berlín se reunían en los altos de un club nocturno en el Potsdamer Platz. En París, eran dueñas de una excéntrica galería de arte sobre el boulevard Sebastopol. En la ciudad de México hacían honor a su tradición en un monasterio de monjas de clausura. En Moscú ejercían sus sabias artes en el mismo edificio en el que funcionaba una prestigiosa editorial. En Londres eran dueñas de una señorial residencia en South Kensington, solo frecuentada por altos funcionarios del gobierno y la Corona. En Copenhague tenían su adoratorio en los fondos de una librería de la calle Stroget. Durante mi último viaje a la capital de Dinamarca, interesado en unos antiquísimos libros en latín que había descubierto entre los anaqueles, la encargada del local, una hermosa mujer espigada y madura, me preguntó:

—¿Busca algún título?

—El *Libri voluptatum prohibitorum* —contesté, con una humorada íntima y una involuntaria segunda intención.

—No lo tengo ahora, pero si usted está dispuesto a colaborar, puedo conseguir una edición impresa en pergamino y encuadernada en tapas de piel.

Quedé congelado con una sonrisa estúpida cuando, de pronto, advertí una estrella que asomaba sus ocho puntas desde la blusa sin mangas que dejaba ver parte de su espalda.

—Prefiero mantenerme en la ignorancia, gracias —dije a la vez que apuré el paso hacia la prematura noche danesa.

La mujer me devolvió una sonrisa maliciosa. Inquietante.



FEDERICO ANDAHAZI. Nació en Buenos Aires en 1963. Estudió Psicología en la Universidad de Buenos Aires y trabajó como psicoanalista. En 1997, tras haber sido premiado en numerosos concursos literarios, publicó la novela *El anatomista*, obra con la que ganó el Premio de la Fundación Fortabat. Este libro se convirtió en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de treinta idiomas en más de cuarenta países. Igual suerte tuvo la novela *Las piadosas* en 1998, año en que también publicó el volumen de cuentos *El árbol de las tentaciones*.

En 2000 publicó *El príncipe*, en 2002 *El secreto de los flamencos* y en 2004 *Errante en la sombra*. En 2005 publicó la novela *La ciudad de los herejes* y escribió el folletín *Mapas del fin del mundo* en colaboración con los lectores del diario *Clarín*, siendo esta la primera experiencia de escritura colectiva publicada en un periódico.

Es uno de los autores argentinos cuyas obras fueron traducidas a mayor número de idiomas en todo el mundo.

# Notas

[1] Korbstrasse: la calle de las canastas. <<

[2] Tiene dos y cuelgan bien. <<

[3] No tiene prepucio, es judío. <<

[4] Gensfleisch el Pobre. <<

[5] «*Cantad de la diosa, la más temible de los dioses, / Alabada sea la gobernante mujer de los hombres, la mayor de los Igigi! / Cantad a Ishtar, la más temible de los dioses, / Alabada sea la gobernante dama de las personas, el mayor de los Igigi!*». Himno del rey Ammi-ditana a Ishtar. <<

[6] Gutenberg, montaña buena. <<

[7] *Koster*: sacristán en holandés. <<

[8] *Vliessende lieht miner gotheit*, 1250, aproximadamente. <<

[9] *Mirouer des simples ames anienties*, 1305. <<

[10] Hadrianus Junius, en su obra *Batavia* publicada póstumamente en 1568, menciona el robo de un juego de letras que sufrió Koster a fines de 1441 y lo atribuye a un discípulo suyo de nombre Johannes. <<

[11] «Juan el Inglés nació en Maguntia, fue papa durante dos años, siete meses y cuatro días y murió en Roma, después de lo cual el Papado estuvo vacante durante un mes. Se ha afirmado que este Juan era una mujer, que en su juventud, disfrazada de hombre, fue conducida por un amante a Atenas. Allí se hizo erudita en diversas ramas del conocimiento, hasta que nadie pudo superarla, y después, en Roma, profundizó en las siete artes liberales (*trivium* y *quadrivium*) y ejerció el magisterio con gran prestigio. La alta opinión que tenían de ella los romanos hizo que la eligieran papa. Ocupando este cargo, quedó embarazada de su cómplice. A causa de su desconocimiento del tiempo que faltaba para el parto, parió a su hijo mientras participaba en una procesión desde la basílica de San Pedro a Letrán, en una calleja estrecha entre el Coliseo y la iglesia de San Clemente. Después de su muerte, se dijo que había sido enterrada en ese lugar. El Santo Padre siempre evita esa calle, y se cree que ello es debido al aborrecimiento que le causa este hecho. No está incluido este papa en la lista de los sagrados pontífices, por su sexo femenino y por lo irreverente del asunto». Martín de Opava, *Chronicon Pontificum et Imperatum*. <<

[12] Traducción y versión libre del sueño de Gutenberg que refiere Alphonse de Lamartine en *Le Civilisateur, Histoire de l'humanité par les grands hommes*, 1852.

<<

[13] *Isern Türe*: Puerta de hierro, en español. <<

[14] El documento de pago se conserva en la actualidad. <<

[15] En la Germania se lo conocía como *Blinderkuh*: vaca ciega. <<

[16] Algunos historiadores relacionan a Johann Fust con el Fausto de la clásica leyenda alemana. <<

[17] El trabajo de los libros. <<